

III
LOS REYES
MALDITOS



LOS VENENOS
DE LA CORONA

Maurice Druon



LOS REYES MALDITOS

Los venenos de la corona

Maurice Druon

Traducción de M.^a Guadalupe Orozco Bravo



OceanofPDF.com

Título original: *Les Poisons de la Couronne*

Traducción: M.^a Guadalupe Orozco Bravo

1.^a edición: febrero, 2014

© 2014 by Maurice Druon, Librairie Plon et Editions Mondiales

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 5.788-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-755-4

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

OceanofPDF.com

Quiero renovar mi más entusiasta agradecimiento a mis colaboradores Pierre de Lacretelle, Georges Kessel, Christiane Grémillon, Madeleine Marignac y Edmond Charles-Roux por la preciosa ayuda que me han brindado en la redacción de esta obra. Igualmente, deseo dar las gracias a los servicios de la Biblioteca Nacional y los Archivos Nacionales por su indispensable colaboración con nuestras investigaciones.

M. D.

OceanofPDF.com

La historia siempre es una ciencia conjetural.

Daniel-Rops

OceanofPDF.com

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prólogo

PRIMERA PARTE: FRANCIA ESPERA UNA REINA

1. ADIÓS A NÁPOLES
2. LA TEMPESTAD
3. EL HOSPITAL
4. LOS SIGNOS DE LA DESGRACIA
5. EL REY TOMA LA ORIFLAMA
6. EL EJÉRCITO EMBARRADO
7. EL FILTRO
8. UNA BODA EN EL CAMPO

SEGUNDA PARTE: DESPUÉS DE FLANDES, EL ARTOIS

1. LOS ALIADOS
2. JUANA, CONDESA DE POITIERS
3. LA SEGUNDA PAREJA DEL REINO
4. LA AMISTAD DE UNA SIRVIENTA
5. EL TENEDOR Y EL RECLINATORIO
6. EL ARBITRAJE

TERCERA PARTE: EL TIEMPO DEL COMETA

1. EL NUEVO DUEÑO DE NEAUPHLE
2. LA RECEPCIÓN DE LA SEÑORA ELIABEL

3. LA CALLE DE LOS LOMBARDOS
 4. BODA A MEDIANOCHE
 5. EL COMETA
 6. EL CARDENAL HECHIZA AL REY
 7. "PONGO AL ARTOIS BAJO MI MANO"
 8. EN AUSENCIA DEL REY
 9. EL MONJE HA MUERTO
 10. VINCENNES ESTABA DE DUELO
 11. TOLOMEI RUEGA POR EL REY
 12. ¿QUIÉN SERÁ REGENTE?
- REPERTORIO BIOGRÁFICO
- Árbol genealógico
- Lista biográfica

Prólogo

Felipe el Hermoso había dejado Francia a la cabeza del mundo occidental. Mediante negociaciones, bodas y tratados, sin guerras ni conquistas, había expandido considerablemente el territorio al mismo tiempo que se dedicaba con empeño a centralizar y reforzar el Estado. Sin embargo, las instrucciones administrativas, financieras, militares y políticas de las que quiso dotar al reino, revolucionarias para la época, no estaban suficientemente arraigadas en las costumbres ni en la historia para perpetuarse sin la intervención personal de un monarca fuerte.

Seis meses después de la muerte del Rey de Hierro, la mayor parte de sus reformas estaban condenadas a la desaparición, y sus esfuerzos al olvido.

Su hijo menor y sucesor, Luis X el Obstinado, intrigante, mediocre, incompetente y, desde el primer día de su reinado, superado por su tarea, había descargado sin dudarlo las responsabilidades del poder sobre su tío Carlos de Valois, buen militar pero detestable gobernante, cuyas turbulentas ambiciones, dirigidas largo tiempo a la vana búsqueda de un trono, encontraron por fin en qué emplearse.

Los ministros burgueses, poderosos durante el reinado anterior, habían sido encarcelados, y el cuerpo del más notable de ellos, Enguerrando de Marigny, antiguo rector general del reino, se pudría en la horca del cadalso de Montfaucon.

Triunfaban los reaccionarios: las ligas de barones sembraban el desorden en las provincias y mantenían en jaque a la autoridad real. Los grandes señores, con Carlos de Valois a la cabeza, fabricaban moneda que hacían circular en su provecho personal. La administración, sin control de ningún tipo, se embolsaba dinero, y el Tesoro estaba vacío.

Una cosecha desastrosa seguida de un invierno excepcionalmente riguroso habían originado una hambruna. La mortalidad aumentaba.

Mientras tanto, una sola preocupación agitaba la mente de Luis X: reparar su honor conyugal y borrar, si era posible, el escándalo de la torre de Nesle.

El cónclave no conseguía elegir un Papa que dictara la anulación, así que el rey de Francia, para volver a casarse, había hecho estrangular a su esposa, Margarita de Borgoña, en la prisión de Château-Gaillard.

De ese modo podía unirse libremente en matrimonio con la hermosa princesa de Anjou-Sicilia que Carlos de Valois le había escogido y con quien se disponía a compartir las venturas de un largo reinado*.

* Sobre el fin del reinado de Felipe el Hermoso y los inicios del de Luis X, véanse los dos primeros volúmenes de LOS REYES MALDITOS: El Rey de Hierro y La reina estrangulada (publicados por esta misma Editorial).

PRIMERA PARTE

FRANCIA ESPERA UNA REINA

OceanofPDF.com

Adiós a Nápoles

En pie, completamente vestida de blanco, ante una de las ventanas del enorme Castel-Nuovo, desde el que se dominaban el puerto y la bahía de Nápoles, la anciana reina madre, María de Hungría, dirigía la mirada a un navío a punto de hacerse a la mar. Enjugándose con los resecos dedos las lágrimas que humedecían sus párpados sin pestañas, la reina murmuró: «Ahora ya puedo morir.»

Veía cumplida su misión. Hija de rey, esposa de rey, madre y abuela de reyes, había consolidado su descendencia en los tronos de la Europa meridional y central. Todos sus hijos supervivientes eran reyes o duques soberanos. Dos de sus hijas eran reinas. Su fecundidad había sido un instrumento de poder para los Anjou-Sicilia, rama del árbol de los Capetos que llevaba camino de hacerse tan gruesa como el tronco.

Aunque María de Hungría había perdido a seis de sus hijos, la consolaba el hecho de que uno de ellos, consagrado a la Iglesia, iba a ser canonizado. Sería madre de un santo.¹ Como si los reinos de este mundo se le hubieran quedado pequeños a esta tentacular familia, la anciana reina había llevado su progenie hasta el reino de los cielos.

Septuagenaria ya, sólo aspiraba a asegurar el porvenir de una de sus nietas, la huérfana Clemencia. Al fin lo había logrado.

El gran navío que levaba anclas aquel 1 de junio de 1315, bajo un sol esplendoroso, representaba para la reina madre de Nápoles el triunfo de su política y la melancolía de los hechos consumados.

Porque para su estimada Clemencia, para aquella princesa de veintidós años sin ninguna dote territorial y rica únicamente por la reputación de su belleza y su virtud, acababa de lograr la más alta alianza, la boda más prestigiosa. Clemencia iba a ser reina de Francia. De esta manera, la más olvidada por la suerte de las princesas de Anjou recibía el reino más

poderoso, e iba a reinar como señora feudal sobre toda su parentela. Era un ejemplo de las enseñanzas evangélicas.

Se decía que el joven rey de Francia, Luis X, no tenía un rostro muy agradable ni un carácter apacible. «¿Y qué? Mi esposo, que Dios le perdone, era cojo y no por eso me llevé mal con él —pensaba María de Hungría—. Además, no se es reina para ser feliz.»

También se comentaba con disimulo lo oportuno de la muerte de la reina Margarita en prisión, cuando el rey Luis tenía dificultades para obtener la anulación de su matrimonio. Pero ¿había que dar crédito a todas las maledicencias? María de Hungría era poco inclinada a sentir piedad por una mujer, sobre todo reina, que había traicionado los votos matrimoniales. No le sorprendía en absoluto que el castigo de Dios hubiera caído sobre la escandalosa Margarita. «Mi hermosa Clemencia impondrá de nuevo la virtud en la corte de París», se decía.

A manera de adiós hizo con la mano la señal de la cruz a través de la ventana; luego, con la corona sobre sus cabellos de plata, sacudida la barbilla por tics nerviosos y el paso rígido, aunque todavía decidido, fue a recluirse en la capilla para agradecer al cielo el haberla ayudado a cumplir su larga misión real y para ofrecer al Señor el intenso sufrimiento de las mujeres cuya vida finaliza.

Mientras tanto, el *San Giovanni*, un barco enorme con el casco blanco y oro y luciendo en las astas de su arboladura los gallardetes de Anjou, de Hungría y de Francia, comenzaba a maniobrar para alejarse del puerto. El capitán y la tripulación habían jurado sobre el Evangelio defender a sus pasajeros contra la tempestad, los piratas berberiscos y todos los peligros de la navegación. La figura de san Juan Bautista, protector del navío, relucía en la proa bajo los rayos de sol. En los castilletes almenados, a media altura de los mástiles, cien hombres de armas, vigías, arqueros y lanzadores de piedras ocupaban sus puestos para rechazar, en caso necesario, los ataques de los piratas. La cala rebosaba de víveres; ánforas de aceite y de vino se hundían en la arena de lastre, donde habían enterrado también centenares de huevos para mantenerlos frescos. Los grandes cofres revestidos de hierro, que contenían vestidos de seda, joyas, objetos de orfebrería y todos los regalos de boda de la princesa, estaban alineados contra las paredes del escandalar, un amplio espacio reservado entre el palo mayor y la popa,

donde dormirían, sobre tapices de Oriente, los hidalgos y caballeros de escolta.

Los napolitanos se habían apiñado en los muelles para ver partir lo que les parecía el navío de la felicidad. Las mujeres levantaban en brazos a sus hijos. A esa muchedumbre ruidosa y entusiasta, como siempre ha sido el pueblo de Nápoles, se le oía gritar:

—*Guarda com'è bella.*

—*Addio, Donna Clemenza! Siate felice!*

—*Che Dio la benedica la nostra principessa!*

—*Non vi dimenticate di noi!*

Porque para los napolitanos, rodeaba a Clemencia una aureola de leyenda. Se acordaban de su padre, el apuesto Carlos Martel, amigo de los poetas y, en particular, del divino Dante; príncipe erudito, tan buen músico como valiente con las armas, que recorría la península seguido de doscientos hidalgos franceses, provenzales e italianos, vestidos, como él, de escarlata y verde oscuro, y cabalgando en corceles enjaezados de plata y oro. Lo llamaban «hijo de Venus», porque poseía «los cinco dones que invitan al amor, y que son salud, belleza, riqueza, ocio y juventud». La peste lo fulminó a los veinticuatro años y su mujer, una princesa de Habsburgo, murió al conocer la noticia, lo cual proporcionó un episodio trágico a la tradición popular.

Nápoles había encauzado su afecto hacia Clemencia, que cuanto mayor era, más se parecía a su padre. Aquella huérfana real era bendecida en los barrios pobres, donde acudía para dar limosnas. Los pintores de la escuela de Giotto se complacían reproduciendo en los frescos su rostro sereno, sus dorados cabellos y sus largas manos afiladas.

Sobre la plataforma almenada que servía de techo al castillo de popa, a unos diez metros sobre el agua, la prometida del rey de Francia dirigió una postrera mirada al paisaje de su infancia, al viejo Castel dell'Ovo donde había nacido, al Castel-Nuovo donde había crecido, a aquella muchedumbre bulliciosa que le tiraba besos, a toda aquella ciudad deslumbradora, polvorienta y sublime.

«Gracias, abuela —pensaba, con los ojos vueltos hacia la ventana de donde acababa de desaparecer la silueta de María de Hungría—. Sin duda, nunca os volveré a ver. Gracias por haber hecho tanto por mí. A los

veintidós años cumplidos me desesperaba por no tener marido; creía que ya no lo encontraría y que habría de entrar en un convento. Teníais razón al aconsejarme paciencia. Ahora voy a ser reina de un gran reino regado por cuatro ríos y bañado por tres mares. Mi primo el rey de Inglaterra, mi tía de Mallorca, mi pariente de Bohemia, mi hermana la delfina de Vienne, e incluso mi tío Roberto, que reina aquí y de quien hasta hoy era súbdita, van a convertirse en mis vasallos por las tierras que poseen en Francia, o los lazos que los unen a esa Corona. Pero ¿no será eso una carga excesiva para mí?»

Sentía simultáneamente la exaltación de la alegría, la angustia de lo desconocido y la turbación que se experimenta ante los cambios irrevocables del destino.

—Vuestro pueblo demuestra que os quiere mucho, señora —dijo a su lado un hombre grueso—. Pero apuesto a que el pueblo de Francia no tardará en quereros otro tanto y a que, en cuanto os vea, os dispensará una acogida semejante a este adiós.

—¡Ah! Vos seréis siempre mi amigo, señor de Bouville —respondió Clemencia con efusión.

Necesitaba hacer partícipes de su felicidad a los que la rodeaban y agradecer sus homenajes.

El conde de Bouville, enviado de Luis X que había llevado las negociaciones, había vuelto a Nápoles hacía dos semanas para recogerla y acompañarla a Francia.

—Y vos también, señor Baglioni, sois mi buen amigo —agregó ella, volviéndose hacia el joven toscano que servía de secretario a Bouville y guardaba los escudos de la expedición, prestados por los bancos italianos.

El joven aceptó el cumplido con una reverencia.

Ciertamente todo el mundo era feliz aquella mañana. El grueso Hugo de Bouville, que sudaba un poco con el calor de junio echándose tras las orejas los mechones blancos y negros, se sentía a gusto y orgulloso de haber cumplido su misión y de llevar a su rey tan espléndida esposa.

Guccio Baglioni soñaba con la hermosa María de Cressay, su prometida secreta, para quien llevaba un cofre de sedas y adornos bordados. No estaba seguro de haber acertado al pedir a su tío la agencia de la banca de Neauphle-le-Vieux. ¿Debía contentarse con un puesto tan insignificante?

«¡Bah! No es más que el principio —se decía—. Pronto podré cambiar de situación y, mientras tanto, pasaré la mayor parte del tiempo en París.»

Seguro de la protección de su nueva soberana, no veía límites a su ascensión; imaginaba a María como dama de honor de la reina y se imaginaba a sí mismo con un cargo en la casa real... Con el puño sobre la daga y la barbilla levantada, miraba desplegarse Nápoles ante sus ojos bajo el sol.

Diez galeras escoltaron el navío hasta alta mar. Luego, los napolitanos vieron alejarse y disminuir aquella blanca fortaleza que avanzaba sobre las aguas.

NOTAS

¹ Carlos, conde de Anjou y del Maine, hijo de Luis VIII y séptimo hermano del rey san Luis, se había casado en 1246 con la condesa Beatriz, que le aportó, según expresión de Dante, «la gran dote de Provenza». Considerado por la Santa Sede como adalid de la Iglesia en Italia, fue coronado rey de Sicilia en San Juan de Letrán en 1265. Tal es el origen de esta rama meridional de la familia de los Capetos, conocida por el nombre de Anjou-Sicilia, cuyo poder se extendió por el sur de Francia y el de Italia. El hijo de Carlos I de Anjou, Carlos II, llamado el Cojo, rey de Nápoles, Sicilia y Jerusalén, duque de Pouilles, príncipe de Salerno, de Capua y de Tarento, se casó con María de Hungría, hermana y heredera de Ladislao, rey de Hungría. De esta unión nacieron Carlos Martel, rey titular de Hungría, fallecido en 1295; san Luis de Anjou, obispo de Toulouse, fallecido en 1299; Roberto, rey de Nápoles; Felipe, príncipe de Tarento; Raimundo Berenguer, conde de Provenza, del Piamonte y de Andria; Juan, que tomó los hábitos; Pedro, conde de Eboli y de Gravina; María, esposa de Sancho de Aragón, rey de Mallorca; Beatriz, que se casó en primeras nupcias con Azón, marqués de Este, y luego, con Bertrán de Baux; Blanca, esposa de Jaime II de Aragón; Margarita, primera esposa de Carlos de Valois, muerta en 1299; Eleonora, esposa de Federico de Aragón. El primogénito, Carlos Martel, casado con Clemencia de Habsburgo, y para quien la reina aria

había reclamado la herencia de Hungría, murió (catorce años antes que su padre) dejando un hijo, Carlos Roberto, que fue rey de Hungría, y dos hijas: Beatriz, que se casó con Juan II, delfín de Vienne, y Clemencia, reina de Francia, sobre la que trata este volumen. El segundo hijo de Carlos II, san Luis de Anjou, nacido en febrero de 1275, renunció a todos sus derechos de sucesión para entrar en la Iglesia. Fue nombrado obispo de Tolosa y murió en el castillo de Brignoles, en Provenza, el 19 de agosto de 1298, a la edad de veintitrés años. Fue canonizado el jueves posterior a la Pascua del año 1317 por el papa Juan XXII, ex cardenal Duèze y candidato de los Anjou al solio pontificio, que había sido elegido el verano anterior. El proceso de canonización estaba en curso el año que nos ocupa. El cuerpo de san Luis de Anjou fue exhumado en noviembre de 1319 y trasladado al convento de los franciscanos de Marsella, ciudad angevina.

A la muerte de Carlos II, en 1309, la corona de Nápoles no pasó a la primogénita, que estaba suficientemente provista con el trono de Hungría, sino a Roberto, tercer hijo de Carlos el Cojo. Roberto se encontraba en Marsella en noviembre de 1319 cuando trasladaron los restos de san Luis de Anjou al convento de franciscanos de dicha ciudad. Llevó a Nápoles la cabeza de su hermano, como recuerdo. Cuarenta años después, el papa Urbano V envió un brazo del santo a Montpellier. Por último, el rey Alfonso V de Aragón, cuando tomó Marsella en 1433, sacó lo que quedaba de la osamenta y mandó llevarlo a Valence.

La tempestad

Días después, el *San Giovanni*, medio desarbolado, no era más que un armazón gimiente que daba bandazos entre olas enormes, bajo violentas ráfagas, y que el capitán trataba de mantener a flote en la supuesta ruta hacia las costas de Francia.

El navío había sido sorprendido a la altura de Córcega por una de esas tempestades, tan repentinas como violentas, que azotan a veces el Mediterráneo. Había perdido seis anclas al intentar fondear contra el viento a lo largo de las costas de la isla de Elba, y poco había faltado para que el navío fuera lanzado contra las rocas. Luego reemprendió la travesía entre murallas de agua. Un día, una noche y otro día duraba ya esta navegación infernal. Varios marineros se habían herido al arriar lo que restaba del velamen. Los castilletes de los vigías se habían hundido con todo el cargamento de piedras destinadas a los piratas berberiscos. Fue necesario abrir a golpes de hacha el *escandalar* para liberar a los caballeros napolitanos aprisionados por el palo mayor en su caída. Todos los cofres repletos de vestidos y joyas, toda la orfebrería y los regalos de boda de la princesa habían sido arrastrados por el mar. La enfermería del barbero-cirujano, situada en el castillo de proa, rebosaba de enfermos y lisiados.

El capellán no podía celebrar su misa árida porque el ciborio, el cáliz, los libros y los ornamentos habían caído al agua.¹ Aferrado a una jarcia y con el crucifijo en la mano, escuchaba las apresuradas confesiones y daba la absolución.

La aguja imantada ya no servía para nada, puesto que era sacudida en todos los sentidos por el escaso líquido que quedaba en el recipiente donde flotaba. El capitán, un vehemente latino, se había desgarrado el traje, en su desolación, hasta el vientre y, entre órdenes, se le oía gritar: «¡Señor, ayudadme!» Parecía conocer su oficio y procuraba mejorar la situación;

había hecho sacar los remos, tan largos y pesados que se requerían siete hombres para la tarea, y había colocado junto a él doce marineros para sujetar, seis a cada lado, la barra del timón.

A pesar de ello, Hugo de Bouville, malhumorado, lo había reconvenido al comienzo de la borrasca.

—¡Eh! Maestro marinero, ¿cómo sacudís de esta manera a la princesa prometida al rey mi dueño? Vuestra nave está mal cargada; de lo contrario, no danzaríamos tanto. Vos no sabéis gobernar una nave ni seguir las buenas corrientes. Si no os apresuráis a hacerlo mejor, os citaré a la llegada ante los prohombres del rey de Francia e iréis a aprender navegación a un banco de galeras...

Su cólera, sin embargo, pasó rápidamente, ya que el antiguo gran chambelán se puso a vomitar sobre los tapices de Oriente, imitado por casi todos los miembros de la escolta. Con la cara pálida y empapado de pies a cabeza, el desdichado, presto a entregar su alma cada vez que una nueva ola levantaba el navío, decía, con voz lastimera, entre hipos, que no volvería a ver a su familia y que no había sido tan malo en la vida para sufrir tanto.

Guccio, por el contrario, demostraba una asombrosa valentía. Con la cabeza despejada y ágil de movimientos, se había preocupado de estibar mejor sus cofres, principalmente el de los escudos, y en los instantes de relativa calma corría en busca de un poco de agua para la princesa, o bien esparcía esencias alrededor de ésta, con el fin de atenuar el mal olor que despedían los efectos de la indisposición de sus compañeros de viaje.

Hay una clase de hombres, sobre todo entre los jóvenes, que instintivamente se comportan como si intentaran justificar lo que se espera de ellos. ¿Que se les mira con desprecio? En tal caso, se comportan de manera despreciable. ¿Que sienten, por el contrario, estima y confianza a su alrededor? Entonces se superan, y aunque tiemblen de miedo como cualquiera, actúan como héroes. Guccio Baglioni era, en cierto modo, de esta clase de hombres. Puesto que la princesa Clemencia tenía una manera de tratar a la gente, rica o pobre, noble o villana, que honraba a todos, y puesto que además se mostraba particularmente cortés con aquel joven que había sido un poco el mensajero de su felicidad, Guccio, junto a ella, se sentía un caballero, y se comportaba con mayor bravura que cualquiera de los hidalgos. Era toscano, y capaz por tanto de todas las proezas para brillar

ante los ojos de una mujer. Al mismo tiempo, era banquero de pies a cabeza y jugaba con el destino como se juega con los cambios.

«No hay mejor ocasión que el peligro para hacerse íntimo de los poderosos —se decía—. Si hemos de hundirnos y perecer, no cambiará nuestra suerte por proferir lamentaciones como hace el pobre señor de Bouville. Pero si salimos de ésta, entonces habré conquistado la estima de la reina de Francia.»

Pensar así en semejantes momentos era prueba de un gran coraje. Pero aquel verano Guccio se sentía invencible; estaba enamorado y seguro de ser correspondido.

Aseguró a la princesa Clemencia, contra todo pronóstico, que el tiempo estaba a punto de mejorar; afirmó que el barco era sólido en el momento en que crujía con más fuerza y, por comparación, describía la tempestad —mucho más espantosa, según pretendía— que había azotado su barco el año anterior al atravesar el canal de la Mancha, y de la cual había salido indemne.

—Iba a llevar a la reina Isabel de Inglaterra un mensaje de mi señor Roberto de Artois...

También la princesa Clemencia se comportaba de un modo ejemplar. Refugiada en el paraíso, la gran habitación acondicionada para los huéspedes reales en el castillo de popa, se esforzaba por calmar a las damas de su séquito que, como ovejas asustadas, chillaban y se daban contra las paredes a cada golpe de mar. Clemencia no había pronunciado ni una lamentación cuando se le anunció que sus cofres de ropa y joyas se habían deslizado por encima de la borda.

—Habría dado el doble —se limitó a decir— para evitar que a esos pobres marineros los aplastara el mástil.

Estaba menos asustada por la tempestad que por la premonición que creía ver en ella.

«Era demasiado hermoso para mí este matrimonio —pensaba—; he concebido demasiada alegría y he pecado de orgullo. Dios me va a hacer naufragar porque no merezco ser reina.»

A la quinta mañana de aquella horrorosa travesía, en un momento de relativa calma, pero sin que el temporal pareciera querer amainar ni el sol

aparecer, la princesa vio al gordo señor de Bouville, descalzo, en saya y despeinado, de rodillas y con los brazos en cruz, en el puente del navío.

—¿Qué hacéis ahí, señor? —le gritó.

—Hago como mi señor san Luis, señora, cuando estuvo a punto de naufragar frente a Chipre. Prometió llevar una naveta de cinco marcos de plata a san Nicolás de Varengeville si Dios quería devolverlo a Francia.² Me lo contó el señor de Joinville.

—Yo prometo ofrecer otro tanto a san Juan Bautista, cuyo nombre lleva nuestra nave —dijo entonces Clemencia—. Y si sobrevivimos y se me concede la gracia de dar un hijo al rey de Francia, prometo llamarlo Juan.

—Pero nuestros reyes nunca se han llamado Juan, señora.

—Dios decidirá.

Seguidamente se arrodilló y se dispuso a rezar.

Hacia mediodía la violencia del temporal comenzó a amainar, lo que hizo que en todos renaciera la esperanza. Después el sol desgarró las nubes, y divisaron tierra. El capitán reconoció con júbilo las costas de Provenza a medida que se aproximaban a las calas de Cassis. Estaba orgulloso de haber mantenido el rumbo de la nave.

—Imagino, maestro marino, que vais a hacernos desembarcar enseguida en esa costa —dijo Hugo de Bouville.

—Debo llevaros a Marsella, señor —respondió el capitán—, y no estamos muy lejos de allí. Además, no tengo bastantes anclas para fondear junto a esas rocas.

Poco antes del atardecer, el *San Giovanni*, movido por sus remos, alcanzó el puerto de Marsella. Flotaron una embarcación para prevenir a las autoridades comunales y hacer bajar la gran cadena que cerraba la entrada al puerto, entre la torre de Malbert y el fuerte San Nicolás. Prestamente acudieron el gobernador, regidores y prohombres, zarandeados todos por un fuerte mistral*, para recibir a la sobrina de su señor feudal, pues Marsella era entonces posesión de los angevinos de Nápoles.

En el muelle, los obreros de las salinas, los pescadores, los fabricantes de remos y aparejos, los calafates, los cambistas, los mercaderes del barrio de la judería y los dependientes de los bancos genoveses y sieneses contemplaban estupefactos aquel gran navío sin velas, desarbolado,

deshecho, cuyos marineros danzaban y se abrazaban en el puerto celebrando el milagro.

Los caballeros napolitanos y las damas del séquito procuraban poner en orden su *toilette*.

El bravo Hugo de Bouville, que había adelgazado algunos kilos durante la travesía y flotaba dentro de la ropa, aseguraba que su idea de hacer un voto había impedido el naufragio, como si todos debieran la vida a su piadosa iniciativa.

—Señor Hugo —le respondió Guccio con un dejo de malicia—. Según he oído, no hay tempestad en la que alguien no haga un voto semejante al vuestro. ¿Cómo explicáis, entonces, que vayan tantos navíos al fondo del mar?

—Es que sin duda se encontrará a bordo algún descreído de vuestra clase —replicó sonriendo el antiguo chambelán.

Guccio fue el primero en saltar a tierra. Se lanzó por la escalera con ligereza, para demostrar su vigor. Enseguida se oyeron unos alaridos. Después de haber pasado varios días sobre un suelo movedizo, Guccio fue mal recibido por la tierra firme: resbaló y cayó al agua. Poco faltó para que quedara triturado entre el muelle y el casco del barco. En un instante el agua se tiñó de rojo en torno a él, pues al caer se había herido en un gancho de hierro. Lo sacaron medio desvanecido, sangrando y con la cadera abierta hasta el hueso. Rápidamente lo llevaron al hospital.

NOTAS

¹ En aquella época, la misa celebrada a bordo de los navíos, al pie del palo mayor, era una misa particular, llamada misa árida, porque el sacerdote no consagraba ni comulgaba. Esta desacostumbrada forma litúrgica se debía probablemente al temor de que por el mareo, fuera arrojada la Sagrada Forma.

² El marco era una medida de peso, equivalente a ocho onzas, o sea, media libra (aproximadamente 244 gramos).

* Viento seco y frío procedente del Norte, en el sudeste de Francia.

OceanofPDF.com

El hospital

La gran sala destinada a los hombres tenía las dimensiones de la nave de una catedral. Al fondo se levantaba un altar donde se celebraban diariamente cuatro misas, vísperas y el oficio vespertino. Los enfermos privilegiados ocupaban una especie de alvéolos practicados en los muros, llamados «cuartos de recomendación»; los demás ocupaban una cama cada dos, los pies de uno junto a la cabeza del otro. Los hermanos hospitalarios, con largos hábitos pardos, recorrían sin cesar la parte central, ya fuese para ir a cantar los oficios, cuidar a los enfermos o distribuir alimentos. El culto estaba íntimamente mezclado con la terapia; los gritos de dolor respondían a los versículos de los salmos, y el perfume del incienso no lograba disimular el atroz hedor a fiebre y a gangrena. La muerte se ofrecía como espectáculo público. Las inscripciones, pintadas al fresco a lo largo de las paredes con gruesas letras góticas, invitaban a prepararse más para la muerte que para la curación.¹

Desde hacía tres semanas, Guccio estaba allí, en un hueco, jadeando bajo el agobiante calor del verano, que hacía más agotador el sufrimiento y más siniestra la permanencia. Miraba con tristeza los rayos de sol que entraban por las ojivas abiertas en lo alto de las paredes y proyectaban largas manchas de oro sobre aquella asamblea de desolación. No podía hacer el menor movimiento sin gemir; los bálsamos y elixires de los hermanos hospitalarios le quemaban como fuego, y cada cura constituía un tormento. Nadie era capaz de decirle si la herida había dañado el hueso, pero sentía que el mal no afectaba solamente la carne, ya que estaba a punto de perder el conocimiento cada vez que le palpaban la cadera o los riñones.

Los físicos y los cirujanos le aseguraban que no corría peligro mortal, que a su edad se curaría del todo y que Dios hacía muchos otros milagros, como el de aquel calafate que vieron llegar un día con las tripas en la mano

y que salió al cabo de un tiempo la mar de contento. Guccio no se desesperaba menos por ello. Ya llevaba tres semanas así, y no había ninguna razón para que no tuviera que pasar otras tres, o bien tres meses, y eso si no quedaba imposibilitado para siempre. A veces se veía condenado a acabar sus días inválido detrás de algún mostrador de una casa de cambio de Marsella. Enfermo como estaba, ¿podía soñar en viajar, y menos aún en casarse? Si es que salía vivo de aquel horroroso hospital, porque cada mañana veía sacar uno o dos cadáveres que habían adquirido ya un maligno tinte negruzco. ¿No sería la peste? ¡Y todo por hacerse el fanfarrón y saltar al muelle antes que sus compañeros, cuando acababa de escapar de un naufragio!

Maldecía al destino por su estupidez. Casi a diario hacía llamar al escribano y le dictaba para María de Cressay largas cartas, quejumbrosas e inflamadas a la vez, que hacía remitir por los correos de los bancos lombardos a la sucursal de Neauphle, con el fin de que el primer dependiente las hiciera llegar en secreto a la joven.

Guccio aseguraba a María que sólo deseaba reponerse por ella, por la felicidad de volver a encontrarla, a contemplarla y a quererla eternamente. Le suplicaba que conservara la fe que se habían jurado y le prometía mil dichas. «No tengo en mi corazón otra alma que la vuestra, jamás tendré otra y, si me faltara, mi vida se iría con ella.»

Porque aquel presuntuoso se veía de pronto postrado por su torpeza en un lecho de hospital, dudaba de todo y temía que su amada lo abandonase. María se cansaría de un enamorado siempre ausente y se prendería de cualquier caballero de provincia.

«Mi suerte —se decía— es haber sido el primero en quererla. Pero pronto va a hacer un año que nos dimos el primer beso.»

Mientras contemplaba sus piernas delgadas se preguntaba si alguna vez lograría tenerse derecho, y por ello procuraba en sus cartas mostrarse admirable. Se daba por íntimo y protegido de la nueva reina de Francia. Leyéndolas se hubiera dicho que él había negociado el matrimonio del rey. Contaba su embajada de Nápoles, la tempestad y cómo se había comportado durante ella, levantando el ánimo de la tripulación. Atribuía su accidente a un acto caballeresco: se había precipitado a sostener a la

princesa Clemencia para evitar que cayera al agua cuando bajaba del navío, sacudido, incluso en el puerto, por los remolinos del mar...

Guccio escribió también a su tío Spinello para contarle su desgracia, aunque con menos énfasis, y para pedirle un crédito de su corresponsal en Marsella.

Las visitas, bastante numerosas, lo distraían algo. El cónsul de los mercaderes de Siena fue a saludarle y se puso a su disposición; el corresponsal de Tolomei lo colmaba de atenciones y le hacía llegar una comida mejor que la servida por los hermanos hospitalarios.

Una tarde tuvo la alegría de ver aparecer a su amigo Boccaccio de Cellino, viajante de la compañía de los Bardi, quien precisamente se encontraba de paso por Marsella. A su lado, Guccio se lamentó a sus anchas.

—Piensa en todo lo que voy a perderme —decía—. No podré asistir a la boda de doña Clemencia, en la que hubiera tenido mi puesto entre los grandes señores. ¡Haber hecho tanto por esta boda y no poder asistir! Y también voy a faltar a la consagración de Reims. ¡Ah, cómo me duele todo esto! Además, no tengo ninguna respuesta de mi hermosa María.

Boccaccio se esforzó en calmarlo. Neauphle no era un barrio de Marsella, y las cartas de Guccio no viajaban con la rapidez de los correos reales. Debían recorrer las postas lombardas de Aviñón, Troyes y París, y los correos no se ponían en ruta todos los días.

—Boccaccio, amigo mío —exclamó—; si vas a París te suplico que te llegues hasta Neauphle y visites a María. Dile todo lo que te he confiado. Entérate de si le han entregado mis cartas y fíjate en si continúa en la misma disposición amorosa hacia mí, y no me ocultes la verdad por dura que sea... ¿No crees, Boccaccio, que debería hacerme llevar en litera?

—¿Para que vuelva a abrirse tu herida, se metan en ella los gusanos y mueras de fiebre en cualquier posada del camino? ¡Muy buena idea! ¿Te has vuelto loco? Tienes veinte años, Guccio...

—¡Aún no!

—Razón de más. ¿Qué supone a tu edad un mes perdido?

—Si sólo fuera un mes..., pero es toda mi vida la que puede perderse.

La princesa Clemencia enviaba todos los días a uno de sus hidalgos a preguntar por el herido. El conde de Bouville fue tres veces a sentarse a la cabecera del joven italiano. Hugo de Bouville estaba agobiado de trabajo y de preocupaciones. Se esforzaba en dar una apariencia conveniente al séquito de la futura reina antes de proseguir el viaje. Nadie tenía otras ropas que aquellas, empapadas y echadas a perder, que llevaban al desembarcar.

Los hidalgos y las damas de compañía hacían encargos en las sastrerías y lencerías sin preocuparse por el gasto. Había que rehacer todo el ajuar de la princesa, perdido en el mar; era preciso volver a comprar la platería, la vajilla, los cofres y los muebles. Hugo de Bouville había solicitado fondos a París; París había contestado que se dirigiera a Nápoles, ya que todas las pérdidas habían sobrevenido en la parte del viaje que incumbía pagar a la Corona de Sicilia y que la escolta se encontraba todavía en tierra angevina. Los napolitanos habían enviado al señor de Bouville a los Bardi, que eran los prestamistas habituales del rey de Nápoles, lo cual explicaba la rápida ida a Marsella del señor Boccaccio. En todo aquel embrollo, Guccio le hacía mucha falta a Bouville.

—¿Por qué habíais de resbalar? —decía el antiguo gran chambelán con velado reproche—. Ya lo veis, el cielo os ha castigado por vuestras palabras impías. Pero a la vez me castiga a mí, privándome de vuestra ayuda cuando me sería más útil. Yo no entiendo nada de cuentas, y estoy seguro de que me roban.

—¿Cuándo vais a partir? —le preguntó Guccio, que veía acercarse ese momento con desesperación.

—¡Oh, amigo mío, no antes de mediados de julio!

—Quizá ya estaré repuesto.

—Así lo espero. Esforzaos. Vuestra curación me haría un gran servicio.

Pero, desgraciadamente, a mediados de julio Guccio seguía sin poder levantarse. La víspera de la partida, Clemencia de Hungría fue a despedirse de él.

A Guccio le envidiaban ya sus compañeros de hospital por las visitas que recibía y los cuidados que le prodigaban; pero adquirió una aureola de héroe de leyenda cuando la prometida del rey de Francia, acompañada de dos damas y seis caballeros napolitanos, hizo abrir las puertas de la gran sala del hospital.

Los hermanos hospitalarios, que cantaban vísperas, se vieron sorprendidos, y sus voces enronquecieron un poco. La hermosa princesa se arrodilló como la más humilde devota; luego, una vez terminados los oficios, avanzó entre las camas, seguida por cien miradas trágicas. De las camas donde estaban acostados los enfermos, pies con cabeza, se incorporaron dos cuerpos para verla pasar. Manos de viejos se tendían hacia ella.

Ordenó enseguida a su séquito que se diera limosna en su nombre a todos los indigentes y que se entregaran cien libras a la fundación.

—Pero, señora —le susurró Bouville, que caminaba a su lado—, no tenemos bastante dinero para pagarlo todo.

—¿Qué importa? Esto es más importante que las copas cinceladas para beber, o que las sedas para adornarnos. Me avergüenza pensar en semejantes vanidades; siento incluso vergüenza de mi salud cuando veo tanta miseria.

Entregó a Guccio un pequeño relicario que contenía un minúsculo trozo de la ropa de san Juan, «con una gota visible de la sangre del Precursor», relicario que había comprado a precio muy alto a un judío especialista en esa clase de comercio. El relicario iba colgado de una cadenita de oro, que Guccio se puso enseguida al cuello.

—¡Ah, gentil señor Guccio! —exclamó la princesa Clemencia—. Me da pena veros aquí. Habéis hecho por dos veces un largo viaje para ser, junto al señor de Bouville, mensajero de buenas noticias; me habéis sido de gran ayuda en el mar, y no vais a estar presente en mi boda.

En la sala hacía un calor infernal. Fuera, amenazaba tormenta. La princesa extrajo de su escarcela un pañuelo, y enjugó el sudor que bañaba el rostro del paciente con un gesto tan natural y dulce que a Guccio se le saltaron las lágrimas.

—Pero ¿cómo os ocurrió esto? —continuó Clemencia—. No vi nada, ni comprendo todavía lo que pasó.

—Yo... creí, señora, que ibais a descender, y como la nave continuaba dando bandazos, quise... lanzarme para ofreceros mis brazos. A aquella hora no se veía nada, y mi pie resbaló.

Él estaba ya convencido de que las cosas habían sucedido así y de que el impulso que lo había movido a saltar el primero...

—Gentil señor Guccio —repitió Clemencia muy emocionada—, me alegraré de que os curéis pronto. Venid a decírmelo a la corte de Francia; mis puertas estarán siempre abiertas para vos, como amigo.

Intercambiaron una larga mirada, completamente inocente, porque ella era hija de rey y él hijo de lombardo. Colocados por nacimiento en otra situación, hubieran podido amarse.

NOTAS

¹ La organización de los establecimientos hospitalarios de la Edad Media se inspiraba generalmente en los estatutos del Hospital de París.

El hospital era dirigido por uno o dos rectores, elegidos por los canónigos de la catedral de la ciudad. El personal se reclutaba entre voluntarios, tras un severo examen de los rectores. En el Hospital de París, este personal se componía de cuatro sacerdotes, cuatro clérigos, treinta hermanos y veinticinco hermanas. No se admitía como voluntarios a los casados. Los hermanos llevaban la misma tonsura que los templarios; las hermanas, los cabellos cortados como las religiosas.

La regla impuesta a los «hospitalarios» era muy severa. Hermanos y hermanas debían prometer guardar castidad y vivir en la absoluta pobreza. Ningún hermano se podía comunicar con una hermana sin permiso del «maestro» o de la «maestra» nombrados por los rectores para dirigir al personal. Se prohibía a las hermanas lavar la cabeza o los pies a los hermanos; estos servicios sólo se prestaban a los enfermos que guardaban cama. El maestro podía aplicar castigos corporales a los hermanos, así como la maestra a las hermanas. Ningún hermano podía pasear solo por la ciudad, ni con un compañero que no le hubiera sido asignado por el maestro; esta norma era la misma para las hermanas. El personal del hospital no tenía derecho a recibir invitados. Hermanos y hermanas sólo podían tomar dos comidas diarias, pero tenían que alimentar a los enfermos tantas veces como éstos lo necesitaran. Los hermanos debían acostarse solos, vestidos con una túnica de tela o de lana y con calzón; las hermanas, lo mismo. Si a un hermano o hermana, en la hora de su muerte, se le

encontraba algún bien o un objeto cualquiera que no hubiera mostrado al maestro o a la maestra en vida, no le dedicaban ningún oficio religioso y era enterrado como un excomulgado.

Nadie que llevara un perro o un pájaro podía entrar en el hospital.

Todo enfermo, al presentarse en el hospital, era examinado en primer lugar por el «cirujano de la puerta», quien lo inscribía en un registro. Luego le ataban al brazo una etiqueta en la que figuraban su nombre y la fecha de entrada. Tras tomar la comunión, lo llevaban a una cama y lo trataban «como si fuera el dueño de la casa».

El hospital debía estar siempre provisto de varias batas forradas de piel y de varios pares de calzado, también forrados, para el «calentamiento» de los enfermos.

Después de curarse, para evitar recaídas, el enfermo permanecía siete días completos en el hospital.

Los médicos, llamados físicos, al igual que los cirujanos, llevaban un traje distintivo. Los medicamentos eran preparados en la botica del hospital siguiendo las indicaciones del físico y del cirujano.

El hospital acogía no sólo a personas que sufrían males pasajeros, sino también a los enfermos crónicos.

La condesa Mahaut de Artois hizo donación al hospital de Arras de diez camas con sus correspondientes mantas, almohadas, sábanas y cubiertas, para uso de diez enfermos pobres. En el inventario de este hospital constan varias grandes cubas de madera que servían de bañera, bacines «para colocarlos bajo los pobres en su cama», y numerosas jofainas, bacías de barbero, etc. La condesa de Artois fundó también el hospital de Hesdin.

Los signos de la desgracia

Poco duró el buen tiempo. Los huracanes, las tormentas, las granizadas y las torrenciales lluvias que devastaron aquel verano el occidente de Europa, cuyos rigores había sufrido la princesa Clemencia durante la travesía, se reanudaron al día siguiente de su partida de Marsella. Después de la primera etapa, que acabó en Aix-en-Provence, y de la segunda hasta el castillo de Orgon, llegaron a Aviñón bajo un verdadero diluvio. El techo de cuero pintado de la litera en que viajaba la princesa chorreaba por los cuatro costados como gárgola de iglesia. ¿Iban a estropearse otra vez los hermosos vestidos nuevos? ¿Se abrirían los cofres por la lluvia y se perderían las monturas bordadas de plata de los caballeros napolitanos antes de haber deslumbrado a las poblaciones de Francia?

Apenas instalada la comitiva en la ciudad papal, el cardenal Duèze, obispo de Aviñón, llegó seguido de todo el clero a saludar a Clemencia de Hungría. Visita política. Jacobo Duèze, candidato oficial de la casa Anjou-Sicilia a la elección papal, conocía bien a doña Clemencia, puesto que la había visto crecer cuando él era canciller de la corte de Nápoles. El casamiento de Clemencia con el rey de Francia favorecía su candidatura y ya contaba con aquella boda para ganar los votos que le faltaban entre los cardenales franceses.

Ligero como un cervatillo a pesar de sus setenta años, monseñor Duèze subió la escalera, obligando a sus diáconos y camareros a correr tras él. Lo acompañaban los dos cardenales Colonna provisionalmente partidarios de los intereses de Nápoles.

Para recibir a toda aquella púrpura, el señor de Bouville se sacudió el cansancio y recompuso su dignidad de embajador.

—Bien, monseñor —le dijo al cardenal Duèze, tratándolo como a un antiguo conocido—, veo que es más fácil encontraros cuando acompaño a

la sobrina del rey de Nápoles que cuando voy a veros por mandato del rey de Francia, y que ya no es necesario correr en vuestra busca por los campos, como me forzasteis a hacer el invierno pasado.

Hugo de Bouville podía permitirse aquel tono de amable burla; el cardenal había costado cinco mil libras al Tesoro de Francia.*

—Es que, mi señor conde —respondió el cardenal—, el rey Roberto siempre me ha honrado con su piadosa confianza, y la unión de su sobrina, cuya reputación de gran virtuosa conozco, con el trono de Francia satisface mis plegarias.

El señor de Bouville reconoció aquella extraña voz, cortada, ahogada, de timbre apagado pero de ritmo rápido que tanto le chocó en su primer encuentro con el cardenal. Respondiendo, hablaba sobre todo para Clemencia, hacia quien se volvía constantemente.

—Y además, señor conde —prosiguió el cardenal—, las cosas han cambiado bastante. Detrás de quien viene de Francia no se advierte ya la sombra del señor de Marigny, que tanto poder tenía, y que no nos era nada favorable. ¿Es cierto que mostró tanta doblez en sus cuentas que vuestro joven rey, cuya alma caritativa es de todos conocida, no ha podido librarlo de un justo castigo?

—Sabéis que el señor de Marigny era amigo mío —respondió Hugo de Bouville con valentía—. Comenzó en mi casa como escudero. Creo que fueron sus empleados, no él, los desleales. Fue duro para mí ver a un antiguo compañero perderse por su orgullosa testarudez en querer controlarlo todo. Yo le había prevenido...

Pero el cardenal Duèze no había terminado con sus corteses perfidias. Dirigiéndose igualmente a Hugo pero mirando siempre a Clemencia, continuó:

—Ya veis, señor, que no era necesario apresurarse tanto en procurar a vuestro dueño la anulación de la que vinisteis a hablarme. Muchas veces la providencia escucha nuestros deseos... por poco que se le ayude con mano firme.

Con los ojos y el rostro parecía indicar, refiriéndose a la princesa: «Tengo la obligación de preveniros. Considerad con quién os casáis. Si algo os molesta en la corte de Francia, dirigíos a mí.» Los hombres de Iglesia, incluso cuando hablan mucho, deben ser entendidos entre líneas.

El señor de Bouville se apresuró a cambiar de tema y a preguntar al prelado sobre el estado del cónclave.

—Igual —dijo Duèze—: no hay cónclave. Las intrigas son más numerosas que antes, y urdidas tan fuertemente que es imposible desenredar la madeja. El camarlengo se esfuerza en probar que no puede reunirnos. Continuamos dispersos: unos en Capentras; otros en Orange; yo mismo, aquí, y Caetani, en Vienne.

Duèze sabía que los viajeros debían detenerse en Vienne, para visitar a una hermana de Clemencia, casada con su delfín.¹ Así pues, se apresuró a soltar una retahíla de reproches, susurrados pero feroces, contra el cardenal Francesco Caetani, su principal adversario.

—Es divertido verlo, en la actualidad, defender con tanto valor la memoria de su tío. No olvidemos que, cuando vino a Anagni vuestro amigo Nogaret, con su caballería, para sitiar a Bonifacio, monseñor Caetani abandonó a su muy querido pariente, a quien debía el capelo, y escapó disfrazado de criado. Parece haber nacido para la felonía como otros han nacido para el sacerdocio —declaró Duèze. Sus ojos, animados por una pasión de anciano, brillaban en el fondo de su cara seca y hundida. Según él, el cardenal Caetani era capaz de las peores fechorías—. Tiene el diablo en el cuerpo... Y el demonio, como vos sabéis, puede introducirse en todas partes; nada debe de serle más grato que sentarse en nuestros seminarios.

Los dos Colonna, animados por un odio ancestral contra todo lo que oliera a Caetani aprobaron sus palabras calurosamente.

—Bien sé —agregó Duèze— que el trono de san Pedro no debe estar indefinidamente vacío, y que ello es malo para el universo. Pero ¿qué puedo hacer? Me he ofrecido a aceptar esta carga. Si Dios, al designarme, quiere elevar al menos digno al sitio más alto, me someto a su voluntad. ¿Qué más puedo hacer, señor de Bouville?

Después de esto, entregó a la princesa Clemencia, como regalo de boda, un ejemplar ricamente iluminado de la primera parte de su *Elixir*, tratado de ciencia hermética, del que era dudoso que la joven princesa pudiera comprender una sola línea.

Luego se fue, rápido y a saltitos, seguido de sus prelados, diáconos y pajes. Llevaba ya una vida de papa y, hasta el límite de sus fuerzas, trataría de impedir la elección de cualquiera que no fuera él.

Al día siguiente, cuando el cortejo principesco avanzaba por el camino de Valence, Clemencia preguntó a Hugo de Bouville de improviso:

—¿De qué murió Margarita de Borgoña?

—De la dureza de la prisión, señora, y de la tristeza que le producían sus faltas, sin duda.

—¿Qué quiso decir el cardenal sobre una mano firme que habría ayudado a la providencia?

Hugo de Bouville se sintió levemente turbado. Se resistía a dar crédito a los rumores que circulaban sobre la muerte de Margarita.

—El cardenal es un hombre extraño —dijo—. Parece expresarse mediante enigmas. Sin duda se debe a lo mucho que ha estudiado. Confieso que no puedo seguirlo en todos los recovecos de su espíritu. Supongo que quería decir que la cárcel es un régimen severo, si el carcelero es cumplidor, y que puede llegar a acortar la vida de una mujer...

El recrudecimiento de la lluvia vino a sacarlos de esta conversación. Fue necesario afirmar las cortinas de cuero de la litera.

Arrellanada sobre los cojines, sacudida por el paso de las mulas, cercada por el ruido del agua crepitante e incansable, Clemencia de Hungría pensaba en Margarita.

«Así pues, la felicidad que me proponen —se decía— la debo a la muerte de otra mujer.» Se sentía inexplicablemente unida a aquella desconocida, aquella reina a quien iba a suceder y cuyos pecados y castigo le causaban tanto espanto como piedad.

«Sus pecados ocasionaron su muerte, y su muerte me hace reina», pensaba Clemencia. Veía en esto una condena que la alcanzaba a ella misma, y todo le parecía presagio de desgracias. La tempestad, la herida de Guccio y aquella lluvia que se convertían en una calamidad, eran signos nefastos.

Los pueblos que atravesaban tenían un aspecto desolado. Después de un invierno de hambre, cuando las mieses prometían buenas cosechas y los campesinos comenzaban a cobrar ánimos, unas terribles tormentas se llevaron en unos días sus esperanzas. El agua que caía persistentemente lo pudría todo. El caudal del Durance, el Drôme y el Isère no paraba de aumentar; el Ródano, cuyo curso seguían, había crecido peligrosamente. A

veces se veían obligados a apartar del camino un árbol abatido por la tempestad.

Para Clemencia era penoso aquel contraste entre la Campania de cielo siempre azul, con sus huertos cargados de frutos de oro, y aquel valle devastado con sus aldeas siniestras medio despobladas por el hambre.

«Y sin duda más al norte será peor. Voy a un país duro.»

Hubiera querido aliviar tanta miseria, y constantemente hacía detener la litera para dar limosna. Bouville se vio forzado a interponerse y se dedicó a aplacar aquel ardor de bondad.

—Si dais a este ritmo, señora, no tendremos bastante para llegar a París.

En Vienne, en casa de su hermana Beatriz, casada con el soberano del delfinado, fue donde se enteró de que el rey Luis X acababa de partir para la guerra contra los flamencos.

—Señor, Dios mío —murmuró—, ¿voy a ser viuda antes de haber visto a mi esposo? ¿Y no he de ir a Francia más que para acompañar el infortunio?

NOTAS

¹ Los señores soberanos de Vienne llevaban el nombre de «delfín» por el delfín que adornaba su casco y sus armas, de ahí la designación del delfinado dada al conjunto de regiones sobre las cuales ejercían su soberanía. El delfinado comprendía: el Grésivaudan, el Roannez, el Champasaur, el Briançonnais, el Embrunois, el Gapençais, el Viennois, el Valentinois, el Diois, el Tricastinois y el principado de Orange.

A principios del siglo xiv ejercía la soberanía la tercera casa de los delfines de Vienne, la de la Tour du Pin. Hacia finales del reinado de Felipe VI de Valois, el delfinado fue cedido por Humberto II a la Corona de Francia, por los tratados de 1343 y 1349, con la condición de que, de ahí en adelante, el primogénito de los reyes de Francia llevara el título de delfín.

* Jacobo Duèze nació en 1244, en Cahors, igual que el papa Clemente V, a cuyo séquito pertenecía. Fue nombrado obispo de Frejus, en 1299, obispo de Aviñón, en 1309 y finalmente obispo-cardenal de Porto, en 1312; pero

Clemente V lo conservó junto a sí como cardenal de curia. Desempeñó un papel muy importante en el concilio de Vienne, reunido en 1311 para arreglar el asunto de los Templarios. Como secretario de este concilio, Duèze apoyó en su informe la supresión de la orden, decisión que deseaba Felipe el Hermoso; sin embargo, ganó la enemistad de este rey al oponerse a la condenación póstuma como hereje del papa Bonifacio VIII, negándose a la profanación de sus cenizas. Al morir Clemente V en Carpentas, en abril 1314 (un mes después de la maldición), Duèze se constituyó inmediatamente en candidato al trono pontificio. Lo apoyaba sólidamente la corte de Nápoles, pero tenía en contra a los cardenales italianos y a una parte de los franceses. La expedición de Bertrán de Got y Guillermo de Budos, sobrinos del papa Clemente, enviada por la corte de Francia para impedir la elección de Duèze, fue de mal en peor desde 1314; pendencias, tumultos, incendios y saqueos, escaramuzas al convento donde se celebraba el cónclave... Finalmente, los miembros del Sacro Colegio, huyeron por una brecha y se salvaron a campo traviesa. Se dispersaron: unos fueron a Aviñón otros a Orange, Vienne, Lyon, formando este extraño cónclave errante que tardó dos años en ponerse de acuerdo para elegir a Jacobo Duèze. En el próximo volumen se verá el papel que el conde de Poitiers desempeñó en esta elección, y con qué medios, bastante violentos, obligó a los cardenales a hacer la elección.

El rey enarbola la oriflama

Enguerrando de Marigny había sido acusado de venderse a los flamencos y negociado con ellos un tratado de paz que los favorecía. Éste era al menos el primero de los cuarenta y un cargos contra él formulados.

Ahora bien, en cuanto Marigny fue colgado de las cadenas de Montfaucon, el conde de Flandes violó el tratado, y de la manera más sencilla: se negó, a pesar de que fue llamado, a ir a París para rendir homenaje al nuevo rey. Dejó asimismo de pagar las tasas e insistió en sus reivindicaciones territoriales sobre Lille y Douai.

Al enterarse de esta noticia, el rey Luis X se dejó llevar por uno de aquellos arrebatos dementes por los cuales creía demostrar su realeza y que le habían valido el sobrenombre de El Obstinado. La violencia de su ira fue peor que nunca.

Durante horas estuvo dando vueltas en su gabinete como un tejón en una jaula. Con los cabellos desordenados y las mejillas encendidas, rompía cuanto tenía a mano, volcaba las sillas y no cesaba de articular frases sin sentido, interrumpidas solamente por accesos de tos que lo obligaban a doblarse sobre sí mismo.

—¡La subvención! —gritaba—. ¡Horcas, necesito horcas! Restableceré la subvención. ¿Y qué hace Madame de Hungría? ¡Que se apresure! ¡De rodillas! ¡De rodillas, el conde de Flandes! ¡Y mi pie sobre su cabeza! ¿Brujas? ¡Fuego, le prenderé fuego!

Todo lo mezclaba: el nombre de las ciudades rebeldes, la amenaza de castigos, hasta la tempestad que retrasaba la llegada de su nueva esposa. Pero la palabra que pronunciaba con más frecuencia era «subvención», porque hacía apenas unos días que por consejo de Carlos de Valois, había finalizado la recaudación del impuesto extraordinario destinado a cubrir los gastos de la expedición ordenada por su padre el año anterior.

Comenzó entonces, sin osar decirlo abiertamente, a lamentar la desaparición de Marigny por la manera que tenía de ocuparse de esa clase de rebeliones. Por ejemplo, respondió al abad Simón de Pisa, que le informaba, un verano, de que los flamencos estaban muy enardecidos: «Este gran ardor no me asombra, hermano Simón; es la consecuencia del calor. También nuestros señores son ardientes enamorados de la guerra... Y verdaderamente, sabed que el reino de Francia no se deja desmembrar por palabras; para eso hacen falta obras.» Hubiera querido emplear de nuevo aquel tono. Por desgracia, el hombre que podía hablar así ya no pertenecía a este mundo.

Envalentonado por Carlos de Valois, que no se cansaba de mostrar su ardor bélico, Luis el Obstinado se puso a soñar proezas. Iba a reunir un ejército jamás visto en Francia; caería como el águila sobre los flamencos rebeldes; cortaría en pedazos a unos cuantos miles, desollaría a los demás hasta reducirlos a la impotencia en una semana. Y allí donde Felipe el Hermoso no había podido nunca triunfar por entero, él demostraría lo que era capaz de hacer. Ya se veía de regreso, precedido por los estandartes del triunfo, repletos sus cofres de nuevo con el botín y los tributos impuestos a las ciudades, ensombreciendo el recuerdo de su padre y borrando los infortunios de su primer matrimonio. Luego, con el mismo arrojo, en medio de las ovaciones populares, iría al galope como príncipe vencedor y héroe de la batalla a recibir a su nueva esposa para conducirla al altar y a la consagración.

Aquel joven rey habría despertado la lástima que siempre inspira la estupidez, si no hubiesen dependido de él los destinos de Francia y de sus quince millones de almas.

El 23 de junio reunió el Consejo de los Pares. Tartamudeó, pero obligó con violencia a declarar traidor al conde de Flandes y decidió convocar las huestes reales¹ para el primero de agosto, en Courtrai.

La elección de esta ciudad no era la más acertada; el nombre de Courtrai evocaba la derrota y, en asuntos de guerra, hay que tener muy en cuenta los precedentes; las catástrofes suelen repetirse en los mismos lugares.

Para el mantenimiento del formidable ejército que quería reunir, Luis X se encontraba materialmente falto de dinero. Su Consejo tuvo que utilizar los mismos recursos que empleaba Marigny, y la gente se preguntaba si

había sido necesario ordenar la muerte del antiguo rector del reino para seguir sus mismos métodos aplicándolos peor.

Se dio la libertad a todos los siervos que podían pagársela; se permitió la entrada de más judíos en las villas reales para aplicar una abrumadora tasa sobre su derecho de estancia y comercio; se les redujeron los privilegios a los banqueros y comerciantes lombardos, al mismo tiempo que se instituía primero una, luego dos tasas suplementarias sobre todas las transferencias, a despecho de las garantías dadas por el conde de Valois a sus prestamistas. A raíz de ello, los lombardos dejaron de ver con tan buenos ojos al nuevo gobierno.²

Se quiso asimismo hacer tributar al clero; pero éste se negó, argumentando que la Santa Sede estaba vacante y que no se podía tomar ninguna decisión mientras no hubiera Papa; tras largas negociaciones, los obispos aprobaron una ayuda con carácter excepcional, pero sólo a cambio de exenciones y franquicias que finalmente costaron más caras al Tesoro que los subsidios obtenidos.

La leva del ejército se llevó a cabo sin dificultad, e incluso con cierto entusiasmo por los barones, que se aburrían en sus posesiones y a quienes agradaba la idea de sacar sus corazas y correr aventuras.

El pueblo llano no veía en ello motivo de alegría. «¿No basta —decían las comadres— que esté todo el mundo muerto de hambre para que encima tengamos que entregar a nuestros hombres y nuestro dinero para la guerra del rey?»

A los soldados se los atraía con la esperanza del botín y de los días de pillaje y violaciones; para muchos hombres la guerra era una manera de detener la monotonía de la labor diaria y la preocupación de alimentarse. Nadie quería parecer cobarde, y los sargentos reales sabían llamar al deber a los campesinos decorando los árboles de los caminos con algunos ahorcados.

La mayor parte de las ordenanzas de Felipe el Hermoso relativas a la organización del ejército seguían en vigor, gracias a la obstinación del condestable, y probaron, una vez más, su eficacia.

Se reclutaba a todos los varones de entre dieciocho y sesenta años, a menos que pagaran para librarse o se dedicasen a un oficio considerado indispensable.

La movilización se efectuaba siguiendo un orden esencialmente territorial. El caballero, ni siquiera el escudero, iba nunca solo a la guerra, sino acompañado por criados de armas y gente de a pie. Dueños de sus caballos, de su armamento y del de sus hombres, debían reunir su tropa entre sus vasallos, súbditos o los siervos de su feudo. La caballería implicaba un grado e iba ligada a obligaciones militares bien definidas. El simple caballero, una vez equipada y reunida su gente, se unía al caballero de grado superior, generalmente un caballero con pendón, su inmediato señor feudal. Los caballeros con pendón se agrupaban a las órdenes de los caballeros de estandarte, los cuales, a su vez, estaban bajo las órdenes de caballeros de doble estandarte, jefes de grandes unidades tácticas reclutadas por su baronía o su condado.

El estandarte del conde Felipe de Poitiers, hermano del rey, agrupaba por sí solo un cuerpo de ejército imponente, ya que congregaba las tropas del Poitou y las del condado de Borgoña. Además, dependían administrativamente de él los hombres de diez caballeros de estandarte, entre los que se contaban el conde de Evreux, tío del rey, el conde Juan de Beaumont, hijo del gran Joinville, y el condestable Gaucher de Châtillon con las tropas que procedían de su condado de Porcien.

No sin razón, Felipe el Hermoso había confiado a su segundo hijo, aun antes de que éste tuviera veintiún años, un mando militar tan importante; el estandarte de Poitiers equilibraba en cierto modo el del conde de Valois, bajo el cual se agrupaban las tropas de Valois, Anjou y el Maine.

Otra gran unidad era, desde luego, la de los dominios reales propiamente dichos. A ella pertenecía Roberto de Artois por su castellanía de Conches-en-Ouche y por su condado de Beaumont-le-Roger, siempre prometido y jamás entregado.

Las ciudades no estaban sujetas a menor contribución que el campo. Para este ejército de Flandes, París tuvo que proporcionar cuatrocientos caballeros y dos mil soldados de a pie, cuya paga aportarían los mercaderes burgueses de la Cité, de quincena en quincena. Las carretas y los caballos necesarios habían sido requisados en los monasterios.

El 24 de julio de 1315, después de algún retraso, como era habitual, Luis X tomó en Saint-Denis, de manos del abad Egidio de Chambly, que era su custodio, la oriflama de Francia: una larga banda de seda roja bordada con

llamas de oro y sujeta a un asta de cobre dorado. De ahí su nombre, derivado del latín *aurum*, oro, y *flamma*, llama.

A los lados de la oriflama, venerada igual que una reliquia, flotaban los dos estandartes del rey: a la derecha, el azul flordelisado y, a la izquierda, el de la cruz blanca.

El ejército se puso en marcha con todos los contingentes llegados del oeste, del sur y del sureste, los caballeros languedocianos, las tropas de Normandía y de Bretaña. Las mesnadas del ducado de Borgoña, Champaña, Artois y Picardía se le unirían en el camino, en Saint-Quentin.

El día fue uno de los pocos soleados en aquel verano infecto. La luz centelleaba en los millares de lanzas, cascos de acero, cotas de malla y escudos de combate pintados de vivos colores. Los caballeros se mostraban sus últimas mejoras en materia de armaduras: una nueva forma de bacinete que aseguraba mejor el casco sobre la cabeza; una visera del yelmo que aumentaba el campo de visibilidad, o una hombrera más ancha que protegía la espalda de los golpes de maza o desviaba el tajo de las espaldas.

Cubriendo varias leguas por detrás de los guerreros avanzaba la columna de carretas que transportaban víveres, fraguas y provisiones. A la cola iban toda clase de mercaderes autorizados a seguir al ejército y las muchachas de vida alegre conducidas por los patrones de los burdeles.

Al día siguiente la lluvia comenzó a caer de nuevo, penetrante. Enfangaba los caminos, abría baches, empapaba los cascos, se colaba bajo las corazas y remojaba el pelo de los caballos. Cada hombre pesaba cuatro kilos más.

Y durante los días siguientes, lluvia, siempre lluvia.

El ejército de Flandes no llegaba nunca a Courtrai. Se detuvo en Bondui, cerca de Lille. El crecido Lys le cortaba el paso, se desbordaba por los campos, borraba los caminos, empapaba la tierra arcillosa. Como no se podía avanzar más, se montó el campamento en aquel lugar, bajo el diluvio.

NOTAS

1 Por deformación de la palabra latina *hostis*, enemigo, el término «hueste» (*ost* en francés) servía para designar un ejército, y principalmente el ejército real.

2 Los primeros días de julio de 1315, Luis X promulgó dos ordenanzas sobre los lombardos. La primera establecía que los residentes italianos debían pagar un sueldo por cada libra de mercancía, mediante lo cual quedarían exentos de la leva y de toda subvención militar. Era, pues, un impuesto excepcional del cinco por ciento.

La segunda ordenanza, de 9 de julio, era un reglamento general sobre la residencia y el comercio de los mercaderes italianos. Todas las transacciones de oro y plata, fondos o monedas de cobre, todas las ventas, compras y cambios de mercancías diversas quedaban sujetos a un impuesto que variaba de uno a cuatro denarios por libra dependiendo de la región y de si el comercio se desarrollaba en las ferias o fuera de ellas. A los italianos sólo se los autorizaba a tener domicilio fijo en cuatro ciudades: París, Saint-Omer, Nîmes y La Rochelle. Parece que esta última disposición nunca se aplicó escrupulosamente, pero las excepciones debieron de proporcionar buenos ingresos, ya fuese a las ciudades, ya al Tesoro. Agentes nombrados por la administración real estaban encargados de vigilar las actividades comerciales de los lombardos.

El ejército embarrado

En el interior del amplio pabellón real, todo él bordado de flores de lis pero donde se chapoteaba como en todas partes, Luis X, acompañado de su hermano menor Carlos, escuchaba al condestable Gaucher de Châtillon, que le exponía la situación. El informe no tenía nada de halagüeño.

Gaucher de Châtillon, conde de Porcien y señor de Crève-coeur, era condestable desde 1284, es decir, desde comienzos del reinado de Felipe el Hermoso. Había presenciado el desastre de Courtrai, la victoria de Mons-en-Pévèle, y muchas otras batallas en aquella frontera del norte siempre amenazada donde se encontraba por sexta vez en su vida. Tenía sesenta y cinco años. Era un hombre de mediana estatura y buena planta, a quien ni los años ni las fatigas habían debilitado. Con su arrugado cuello que sobresalía de la armadura, los párpados entrecerrados y la manera que tenía de volver la cabeza, lentamente, de derecha a izquierda, tenía aspecto de tortuga. Daba la impresión de ser lento porque era reflexivo. Su fuerza física y su valor en el combate imponían tanto respeto como su competencia estratégica. Conocía la guerra demasiado de cerca para amarla; la consideraba sólo como una necesidad política; no se vanagloriaba, ni se guardaba sus opiniones.

—Señor —dijo—, la carne y los víveres no llegan a la tropa, pues los carros están atascados en los baches a seis leguas de aquí, y los tiros de los caballos se rompen cuando se intenta desatascarlos. Los hombres comienzan a encolerizarse por el hambre; las mesnadas que todavía disponen de alimento han de defender sus reservas de las que ya no tienen nada; los arqueros de Champaña y los de Perche han llegado a las manos, y sería bastante lamentable que nuestros soldados se dedicaran a luchar entre sí antes de haberse enfrentado al enemigo. Voy a verme obligado a levantar algunas horcas, cosa que no me gusta en absoluto. Pero las horcas no llenan

el estómago. Tenemos ya más enfermos de los que pueden curar los barberos-cirujanos; pronto serán los capellanes quienes tendrán más trabajo. Llevamos así cuatro días y no parece que el tiempo vaya a mejorar. Dos días más y, con el hambre, nadie podrá impedir que los hombres deserten para ir en busca de pitanza. Todo está enmohecido, podrido, oxidado...

A modo de ejemplo, sacudió el gorjal de acero que chorreaba y que se había quitado al entrar.

El rey caminaba en círculos por la tienda, nervioso, ansioso, agitado. Fuera se oían ruidos y chasquidos de látigo.

—¡Que cese ese barullo, aquí no nos entendemos! —gritó Luis el Obstinado.

Un escudero levantó la puerta de la tienda; la lluvia continuaba cayendo torrencialmente y formaba otra cortina delante de la tienda. Treinta caballos, hundidos en el barro hasta los corvejones, tiraban de un enorme tonel que no conseguían arrastrar. —¿Adónde lleváis ese vino? —preguntó el rey a los carreteros que chapoteaban en el fango.

—Al conde de Artois, alteza —respondió uno de ellos.

Luis los miró un instante con sus grandes ojos saltones, movió la cabeza y se volvió sin añadir palabra.

—¿Qué os decía, señor? —continuó Gaucher—. Tal vez tengamos para beber hoy, pero mañana no contéis ya con ello... ¡Ah!, debería haberos rogado más insistentemente que siguierais mi consejo: detener antes la marcha y acampar en cualquier lugar elevado, en lugar de venir a hundirnos en este cenagal. Mi señor de Valois y vos mismo insististeis en que siguiéramos adelante. Temí que se me tomara por cobarde, achacándolo a mi edad, si impedía avanzar al ejército. Me equivoqué.

Carlos de Valois se preparaba para replicar cuando el rey preguntó:

—¿Y los flamencos?

—Están enfrente, en la otra orilla del río, también en gran número y creo que no más felices; pero más cerca de sus puntos de abastecimiento y apoyados por el pueblo de sus burgos y aldeas. Aunque mañana descienda el nivel del agua, estarán mejor preparados para atacarnos que nosotros para asaltarlos.

Carlos de Valois se encogió de hombros.

—Vamos, Gaucher, la lluvia os ha ensombrecido el humor —dijo—. ¿A quién haréis creer que una carga de caballería no dará buena cuenta de esa banda de tejedores? En cuanto vean nuestro muro de corazas y nuestro bosque de lanzas, se dispersarán como gorriones.

El conde, a pesar del barro que lo cubría, estaba soberbio con su sobretúnica de seda bordada en oro sobre la cota de mallas, más regio que el propio rey. Primo de todo el mundo, lo era también del condestable, pues se había casado en terceras nupcias con una Châtillon.

—Bien se ve, Carlos —replicó Gaucher—, que no os encontrabais en Courtrai hace tres años. Estabais entonces guerreando en Italia, por el Papa. Yo vi a esa banda de tejedores, como vos la llamáis, dejar malparados a nuestros caballeros que se habían apresurado demasiado, tirarlos de su montura y acuchillarlos dentro de su armadura.

—Entonces, será preciso creer que faltaba yo —dijo el conde de Valois con la suficiencia que lo caracterizaba—. Esta vez estoy aquí.

El canciller Esteban de Mornay susurró al oído del joven conde de la Marche:

—No tardará mucho en saltar la chispa entre vuestro tío y el condestable; en cuanto se encuentran uno frente al otro, los ataca la cólera sólo con mirarse.

—¡La lluvia, la lluvia! —repetía Luis con rabia—. ¿Ha de estar todo siempre contra mí?

Una salud precaria, un padre genial pero avasallador, cuya glacial autoridad lo había aplastado durante veinticinco años, una mujer infiel y escandalosa, ministros hostiles, un Tesoro vacío, vasallos revoltosos, un desolador invierno en el año que empezaba su reinado, una tempestad que amenazaba con llevarse a su segunda mujer... ¿Bajo qué espantosa conjunción planetaria, que los astrólogos no se atrevían a revelar, había nacido para encontrar la adversidad en cada decisión, en cada empresa, y acabar vencido, no en la batalla, noblemente, sino por el agua y el barro en que acababa de hundirse su ejército?

En aquel momento le anunciaron que una delegación de los barones de Champaña, dirigida por el caballero Esteban de Saint-Phalle, quería la revisión de la carta de privilegios que se les había concedido el mes de

mayo. Amenazaban con abandonar el ejército si no se les daba inmediata satisfacción.

—¡Saben elegir bien el día! —exclamó el rey.

—Cuando se empieza a tirar del hilo —dijo Gaucher, moviendo su cabeza de tortuga—, es de esperar que se deshaga todo el ovillo.

Cada campamento poseía su particular aspecto, que reflejaba tanto el carácter de su provincia de origen como la personalidad de sus jefes. En el del conde de Poitiers se imponía una severa disciplina; la alineación de las tiendas era rigurosa; las calles estaban despejadas y allanadas en lo posible; los centinelas, espaciados regularmente, y todavía no faltaban víveres. Cuando los carruajes comenzaron a atascarse, el conde de Poitiers ordenó repartir los víveres y cargar con ellos a los hombres de a pie. Éstos, al principio, renegaron de su suerte; ahora bendecían a su señor Felipe. El conde de Poitiers apreciaba tanto el orden como la comodidad. Cien criados habían cavado canales de desagüe antes de plantar su pabellón sobre un suelo de leños donde se podía estar casi a salvo de la humedad. Su tienda, tan rica y amplia como la del rey, tenía varios departamentos separados por tapices.

A la misma hora en que su hermano se encolerizaba contra la delegación de Champaña, Felipe de Poitiers, en su asiento de campo, con la espada, el escudo y el yelmo al alcance de la mano, conversaba tranquilamente con sus principales capitanes.

Dirigiéndose a un bachiller* de su séquito, le preguntó:

—Héron, ¿habéis leído, como os pedí, el libro de ese florentino...?

—Dante Alighieri...

—Sí, ese... que trata tan mal a mi familia, según me han dicho. Era protegido de Carlos Martel de Hungría, padre de esa princesa Clemencia que pronto tendremos por reina. Me gustaría saber qué cuenta en su poema.

—Lo he leído, mi señor, lo he leído —respondió Adan Héron—. El señor Dante imagina en el comienzo de su comedia que a los treinta y cinco años de edad, se pierde en un bosque sombrío, cuyo camino está cerrado por espantosos animales, por lo cual comprende que se ha extraviado fuera del mundo de los mortales...

Los barones que rodeaban al conde de Poitiers se miraron sorprendidos. El hermano del rey no dejaría jamás de asombrarlos. En medio de un campamento guerrero y en el estado en que se encontraban, de repente no tenía otra ocupación que conversar sobre poesía, como si se hallara junto al fuego en su casa de París. Sólo el conde de Evreux, que conocía bien a su sobrino y que, desde que estaba a sus órdenes lo apreciaba cada día más, había comprendido su finalidad. «Felipe intenta distraer a sus caballeros de esta nefasta inactividad —se decía—, y para que no se calienten la cabeza los induce a soñar hasta que llegue la hora de llevarlos a combatir.»

Porque ya Anseau de Joinville, Goyon de Bourçay, Juan de Beaumont, Pedro de Garancière y Juan de Clermont se habían sentado sobre unos cofres y escuchaban, con los ojos brillantes, el relato de Dante según el bachiller Héron. Aquellos hombres rudos, bestiales a veces en su modo de vivir, se sentían sobrecogidos por lo misterioso y sobrenatural, y dispuestos siempre a acoger lo maravilloso. Las leyendas los seducían. No dejaba de ser un espectáculo curioso ver aquella asamblea de toscos guerreros que, revestidos de hierro, seguían con pasión las sabias alegorías del poeta italiano; elucubraban acerca de la belleza de aquella Beatriz tan amada; se estremecían al recordar a Francesca di Rimini y Paolo Malatesta, y se desternillaban de repente porque Bonifacio VIII, en compañía de otros pontífices, se asaba en el decimoctavo círculo del infierno, en la fosa de los embusteros y los simoníacos.

—Buena manera se ha imaginado el poeta de vengarse de sus enemigos y manifestar sus quejas —dijo Felipe de Poitiers, riendo—. ¿Y dónde ha colocado a mi familia?

—En el purgatorio, mi señor —respondió el bachiller, quien, a petición de todos, fue a buscar el volumen copiado sobre grueso pergamino.

—Entonces, leednos lo que dice sobre ella o, más bien, traducid para los que de entre nosotros no entienden la lengua de Italia.

—No me atrevo, mi señor...

—Hacedlo, no temáis. Me interesa saber qué piensan de nosotros los que no nos quieren.

—Dante imagina que encuentra una sombra que gime desesperadamente. Le pregunta la causa de su dolor, y he aquí la respuesta que obtiene:

*Raíz fui yo de esa nociva planta,
cuya funesta sombra se proyecta
de modo tal en la cristiana tierra
que raramente buenos frutos se logran.
Si Brujas, Gante, Lille, Douai pudieran,
sangrienta su venganza tomarían;
supremo juez, yo pido esa venganza.*

—Parece profético y se adapta perfectamente al momento presente —
dijo el conde de Poitiers—. Ese poeta conoce bien nuestras dificultades en
Flandes. Continúad...

*Hugo Capeto me llamaron en la tierra,
de mi nacieron los Luises y Felipes
que desde ha poco sobre Francia reinan.
De un carnicero de París soy hijo,
y cuando los viejos reyes se extinguieron
todos menos uno, monje en el claustro...*

—Eso es falso —interrumpió el conde de Poitiers, estirando sus largas
piernas—. Es una infame leyenda que han hecho correr en estos tiempos
para perjudicarnos. Hugo era duque de Francia.¹

Durante todo el tiempo que duró la lectura, no dejó de comentar con
calma, a veces con ironía, los feroces ataques que el poeta italiano, ilustre
ya en su país, dirigía contra la casa real. Dante acusaba a Carlos de Anjou,
hermano de san Luis, no sólo de haber asesinado al legítimo heredero del
trono de Nápoles, sino también de haber hecho envenenar a santo Tomás de
Aquino.

—También quedan bien servidos nuestros primos de Anjou —dijo a
media voz el conde de Poitiers.

Sin embargo, el príncipe francés a quien Dante atacaba con mayor
violencia, aquel para quien reservaba sus peores invectivas era otro Carlos,
que había ido a devastar Florencia y traspasarla por el vientre —escribía el
poeta— «con la lanza con la que combatió Judas».

—¡Vaya, pero si se trata de mi tío Carlos de Valois y de su gran cruzada toscana, cuando era vicario general de la cristiandad! Ésta es la razón de tan tremenda venganza. Parece que mi señor Carlos no nos conquistó buenos amigos en Italia.²

Los asistentes se miraron, sin saber qué actitud tomar. Cuando vieron que Felipe sonreía, pasándose su pálida y larga mano por la cara, se atrevieron a reír. No querían a Carlos de Valois en el séquito de Poitiers.

Pero no era sólo Dante quien detestaba a los príncipes de Francia. Tenían también otros enemigos, igualmente tenaces, e incluso en las filas del ejército.

A doscientos pasos del pabellón del conde de Poitiers, bajo una tienda de campo de los caballeros del condado de Borgoña, el señor Juan de Longwy, de pequeña estatura y de rostro enjuto, conversaba con un singular personaje vestido mitad de monje, mitad de soldado.

—Las noticias que me traéis de España son buenas, hermano Everardo —decía Juan de Longwy—, y me complace escuchar que nuestros hermanos de Castilla y de Aragón han recuperado sus encomiendas. Ellos tienen más suerte que nosotros, que debemos seguir actuando con disimulo.

Juan de Longwy era sobrino del gran maestro de los templarios, Jacobo de Molay, de quien se consideraba heredero y sucesor. Había jurado vengar a su tío y restaurar su memoria. La muerte prematura de Felipe el Hermoso, con la cual se cumplía la triple famosa maldición, no había aplacado su odio; lo traspasó a los herederos del Rey de Hierro: Luis X, Felipe de Poitiers y Carlos de la Marche. Longwy creaba a la Corona todos los problemas que podía. Participaba en las ligas de barones y, paralelamente, se esforzaba para reagrupar secretamente la Orden de los Templarios. Para ello se mantenía en comunicación con los hermanos fugitivos, por quienes se había hecho nombrar gran maestro.³

—Deseo de todo corazón la derrota del rey de Francia —continuó—, y sólo me he unido a este ejército con la esperanza de verlo caer bajo un buen mandoble de espada, como también a sus hermanos.

Everardo, antiguo caballero templario, delgado, con los ojos negros muy juntos, y cojo debido a las torturas sufridas, respondió:

—Que vuestros deseos se cumplan, maestre Juan, si es posible Dios mediante, y, si no, por el diablo.

—No me llaméis maestre, aquí no —le espetó Longwy.

Levantó bruscamente la cortina de la puerta para asegurarse de que no los espiaban y alejó con un pretexto cualquiera a dos criados que no hacían otro mal que resguardarse de la lluvia bajo el saledizo de la tienda.

—Everardo, no tenemos nada que esperar de la Corona de Francia. Sólo un nuevo Papa podría restablecer nuestra orden y devolvernos las encomiendas de aquí y de ultramar. ¡Ah, feliz el día en que eso llegue, hermano Everardo!

La caída de la Orden de los Templarios se remontaba sólo a ocho años, su condena a menos todavía, y no hacía más que dieciséis meses que Jacobo de Molay había muerto en la hoguera. Los recuerdos estaban frescos; las esperanzas, vivas.

—En fin, hermano Everardo —prosiguió Longwy—, ahora iréis a Barsur-Aube, donde el capellán del conde de Bar, que es casi de los nuestros, os dará empleo para que no tengáis necesidad de esconderos más. Luego partiréis a Aviñón, donde, según me han informado, el cardenal Duèze, creación de Clemente V, vuelve a tener muchas posibilidades de ser elegido, lo cual debemos evitar a toda costa. Buscad al cardenal Caetani, que también está decidido a vengar a su tío el papa Bonifacio.

—Apuesto a que me acogerá bien cuando sepa que yo ayudé a enviar a Nogaret al otro mundo. ¡Vais a formar la liga de los sobrinos!

—Justamente, Everardo, justamente. Ved, pues, al cardenal Caetani y decidle que nuestros hermanos de España e Inglaterra y todos los escondidos de Francia lo desean y eligen en su corazón como Papa y están dispuestos a apoyarlo, no sólo con plegarias, sino por todos los medios. Yo hablo en su nombre. Vos os pondréis a las órdenes del cardenal para lo que os solicite. Visitad también al hermano Juan del Pré, que se encuentra allí y os podrá ser de gran utilidad. Y durante el camino no olvidéis averiguar si se encuentran por los alrededores algunos de nuestros antiguos hermanos. Procurad reunirlos en pequeñas compañías, y hacedles repetir sus juramentos, como vos sabéis. Idos, hermano mío; este salvoconducto, que os convierte en hermano capellán de mi mesnada, os ayudará a salir del campamento sin que os hagan preguntas.

Le tendió un papel que el antiguo caballero templario deslizó bajo el delantal de cuero que cubría hasta las caderas su hábito de sayal.

—Os hará falta dinero, sin duda —dijo Longwy.

—Sí, maestro.

Longwy sacó de su bolsa dos piezas de plata; Everardo le besó la mano y se marchó, cojeando, bajo la lluvia. Cuando atravesaba el campamento de Francia oyó en una calle gritos y risas. Una mujer muy escotada que se cubría el rojo cabello con la falda arremangada corría entre dos tiendas perseguida por soldados alborotados. En la parte trasera de una carreta cubierta, otra mujerzuela ofrecía su mercancía. Everardo se paró y se quedó inmóvil un momento, atento sólo a su propia emoción. Las ocasiones de ceder a los deseos de la carne no eran frecuentes. No dudaba en emplear para tal fin el donativo del maestro Juan, sino en gastárselo de inmediato. ¡Bah!, ya mendigaría para seguir su camino. El pan se obtiene de la caridad más frecuentemente que el placer. Y se acercó a la carreta de la mujer...

Junto a ella se levantaba una alta tienda roja, bordada con los tres castillos de Artois pero sobre la cual ondeaba el estandarte de Conches.

El campamento de Roberto de Artois no se parecía en nada al del conde de Poitiers. En éste, a pesar de la lluvia, todo era ruido, movimiento, agitación, idas y venidas en un desorden tan general que parecía estudiado. Daba la impresión de un mercado al aire libre más que de un campamento militar. El hedor a cuero mojado, vino agrio, estiércol y excrementos ofendía el olfato.

El conde de Artois había alquilado a los mercaderes que acompañaban al ejército parte de las tiendas asignadas a su mesnada. Quien deseara comprar un nuevo tahalí, reemplazar la hebilla de su yelmo, encontrar codales de hierro, reparar su cota desgarrada o simplemente echar un trago de cerveza o de aguapié, debía dirigirse allí. El ocio en los soldados favorece el gasto. Había feria ante la puerta del señor Roberto, quien se había ingeniado igualmente para tener a su lado a las muchachas alegres, de manera que pudiera obsequiar a sus amigos.

A los arqueros, ballesteros, palafrenes, escuderos y criados los había apartado y se cobijaban en cabañas de ramaje o incluso bajo las carretas.

En el interior de la tienda roja no se hablaba de poesía. Constantemente estaba abierto el tonel de vino, los cubiletes circulaban en medio de la

algazara, los dados rodaban sobre la tapa de los grandes cofres; el dinero se jugaba de palabra, y más de un caballero había perdido lo que le hubiera costado eximirse de la obligación de combatir.

Una cosa se advertía claramente: a pesar de que Roberto sólo mandaba las tropas de Conches y de Beaumont-le-Roger, un gran número de caballeros de Artois, que dependían de la mesnada de la condesa Mahaut, estaban permanentemente en su tienda, donde no tenían, militarmente hablando, nada que hacer.

Apoyado en el palo central de la tienda, Roberto de Artois dominaba con su colosal estatura aquella turbulencia. Con su nariz corta, las mejillas más largas que la frente y la melena leonina echada hacia atrás sobre la cota escarlata, se divertía jugueteando negligentemente con una maza de guerra. Sin embargo, había una herida en el alma de aquel gigante y tenía motivos para querer aturdirse con la bebida y algazara.

—Para los míos, las batallas de Flandes no valen nada —confiaba a los señores que lo rodeaban—. Mi padre, el conde Felipe, a quien muchos de vosotros conocisteis y servisteis fielmente...

—¡Sí, lo conocimos! ¡Era un hombre valiente! —respondieron los barones de Artois.

—Mi padre resultó herido de muerte en la batalla de Furnes. Suya era esta tienda donde estamos ahora —dijo Roberto, acompañando sus palabras con un amplio ademán—. Y a mi abuelo, el conde Roberto...

—¡Ah, qué valiente y buen señor feudal era! ¡Respetó nuestras buenas costumbres! Nunca se le pedía justicia en vano... —comentaron los otros.

—Cuatro años después lo mataron en Courtrai. Jamás hay dos sin tres. Tal vez mañana, mis señores, tengáis que darme cobijo bajo tierra. —Hay dos clases de supersticiosos; los que nunca evocan la desgracia por miedo de atraerla y los que esperan alejarla hablando de ella. Roberto de Artois pertenecía a esta última categoría—. Caumont, lléname otro cubilete. ¡Bebamos por mi último día! —exclamó.

—¡No queremos que eso ocurra! Os haremos muralla con nuestro cuerpo —exclamaron los barones—. ¿Quién, aparte de vos, defiende nuestros derechos?

Lo consideraban como su señor feudal natural; lo idolatraban un poco por su estatura, su fuerza, su apetito y su esplendidez. Todos querían

parecérselo, todos se dedicaban a imitarlo.

—Pues bien, ved, mis buenos señores, cómo se recompensa tanta sangre vertida por el reino —continuó—. Por haber muerto mi abuelo después de mi padre, ¡sí, por eso!, el rey Felipe encontró la ocasión de despojarme injustamente de mi herencia y dar el condado de Artois a mi tía Mahaut, que tan bien os trata, con la colaboración de todos sus Hirson, el canciller, el tesorero y todos los demás, que os ahoga con impuestos y os niega vuestros derechos.

—Si mañana entramos en combate y un Hirson se pone a mi alcance, le espera un mandoble que no vendrá precisamente de los flamencos —declaró el señor de Souastre, un buen mozo de grandes cejas rojizas.

Roberto de Artois, por mucho que bebiera, conservaba la cabeza clara. El vino escanciado, las muchachas ofrecidas, todo el dinero gastado obedecía a una razón: el gigante trabajaba en bien de sus asuntos.

—Mis nobles señores, en primer lugar, la guerra del rey, del que somos leales súbditos, y quien, por el momento, os lo aseguro, escucha vuestras justas quejas —dijo—. Pero una vez acabada la guerra, entonces, señores, os aconsejo que no depongáis las armas. Ésta es una buena ocasión de manteneros todos los de vuestra sangre unidos. Volved armados al Artois y recorred el país para cazar por todas partes a los agentes de Mahaut y azotarles las nalgas en las plazas de los burgos.

»Yo os apoyaré en la cámara del rey. Si es necesario, reabriré el proceso cuyo fallo me perjudicó tanto, y me comprometo a restaurar vuestras costumbres como en tiempo de mis padres.

—¡Así lo haremos, señor Roberto, así lo haremos!

El señor de Souastre extendió los brazos.

—Juramos —exclamó— no separarnos antes de que se satisfagan nuestras demandas y de que nuestro buen señor Roberto nos haya sido dado como conde.

—¡Lo juramos! —respondieron los barones.

Hubo grandes abrazos, se llenaron otra vez los cubiletes y se encendieron las antorchas porque la tarde declinaba. Roberto de Artois se regocijaba al ver la liga de Artois, que él había fomentado, tan dispuesta a la acción. Verdaderamente, sería una tontería morir al día siguiente...

En ese momento entró en la tienda un escudero, diciendo:

—Mi señor Roberto, los jefes de mesnada son requeridos en el pabellón real.

Cuando el conde de Artois entró, sin prisa, en el pabellón real, la mayoría de los señores se encontraban ya sentados en círculo para escuchar al condestable.

Casi todos ellos llevaban seis días sin lavarse ni afeitarse. En otras circunstancias no habrían dejado pasar tanto tiempo sin bañarse. Pero la mugre formaba parte de la guerra.

Cansado de tener que repetir los mismos argumentos, Gaucher de Châtillon fue breve y casi impertinente con el soberano. Decididamente, no le satisfacía aquel rey que zanjaba asuntos que hubieran merecido un consejo y que convocaba la asamblea cuando ya debería haber tomado una decisión. Gaucher estaba acostumbrado a otros métodos, en los que el mando de las tropas no era materia de deliberación.

Colocándose la sobretúnica de seda azul sobre las rodillas, Carlos de Valois comenzó su perorata:

—Es cierto, sobrino mío, tal como Gaucher acaba de confirmar, que no podemos permanecer por más tiempo en este lugar donde se estropean a la vez el alma de los hombres y el pelo de los caballos. La inactividad nos aplasta tanto como la lluvia...

Se interrumpió, porque el rey se había vuelto para hablar con su chambelán, Mateo de Trye. Luis pedía solamente que le sirvieran sus dulces; los contratiempos le daban ganas de chupar o masticar cualquier golosina.

—Continuad, tío, os lo suplico.

—Es preciso salir mañana de madrugada —prosiguió Carlos de Valois—, buscar un paso río arriba y lanzarnos sobre los flamencos para aniquilarlos antes de la tarde.

—¿Con hombres sin víveres y caballos sin forraje? —preguntó el condestable.

—La victoria les llenará el vientre. Aún pueden aguantar una jornada; otro día y será demasiado tarde.

—Y yo os digo, Carlos, que vais a haceros despedazar o vais a ahogaros. No veo otra salida que replegar las tropas hacia algún punto elevado próximo a Tournai o Saint-Amand y esperar a que nos lleguen los víveres y se retiren las aguas...

—Bien se ve, primo —dijo Carlos—, que cobráis cien libras diarias cuando el rey cabalga con el ejército y que os preocupa poco ver acabada la guerra.

El tono quería ser humorístico; pero el condestable, herido en lo más vivo, replicó:

—Tengo el deber de recordaros, primo, que ni siquiera el rey puede decidir marchar sobre el enemigo sin que dé la orden el condestable, y tal orden, en el estado actual, no seré yo quien la dé. Aclarado este punto, el rey puede si lo desea cambiar de condestable.

Se hizo un penoso silencio. El asunto era grave. ¿Iba Luis X, para complacer a Carlos de Valois, a relevar a su jefe de los ejércitos, como había destituido a Marigny y todos los legistas de Felipe el Hermoso?

El conde de Poitiers intervino de inmediato.

—Hermano mío, estoy por entero de acuerdo con el consejo de Gaucher. Nuestras tropas no están en condiciones de combatir sin antes recuperar fuerzas durante una semana.

—Ésta es también mi opinión —dijo el conde Luis de Evreux.

—¡Entonces, nunca se castigará a esos flamencos! —exclamó Carlos de la Marche, que siempre compartía la opinión del conde de Valois.

El condestable echó una mirada de menosprecio al hermano menor del rey. «El ganso», como lo llamaba su propia madre la reina Juana, había hablado.

Después, el conde de Champaña anunció que se retiraría si no se libraba la batalla al día siguiente. Sus hombres estaban demasiado inquietos y, en cualquier caso, la leva había sido sólo por dos semanas. Carlos de Valois levantó las manos cargadas de joyas, como diciendo: «Vos veréis.» Pero parecía ya menos convencido, y sólo el amor propio le impedía desdecirse de sus belicosas opiniones.

—Retirada o derrota, señor, he ahí el dilema —dijo Gaucher.

El rey no sabía qué partido tomar. Para él, aquel gran ejército no tenía sentido si no actuaba rápidamente. Seguir los dictados de la prudencia, reagruparse en otra parte y esperar significaba retrasar otro tanto su matrimonio y sobrecargar un poco más sus finanzas. ¡Pero, pretender vadear un río en plena crecida y cargar a galope sobre el barro...!

En realidad, él había pensado que no sería necesario cargar, y que los flamencos cederían ante el simple despliegue de un ejército formidable.

Roberto de Artois, que estaba sentado detrás de Carlos de Valois, se inclinó hacia éste y le murmuró al oído unas palabras. Carlos aprobó con la cabeza con aire indiferente. Que cada cual hiciera lo que quisiese; él se retiraba del debate.

Entonces Roberto se levantó y, adelantándose tres pasos para dominar mejor la asamblea, dijo:

—Primo, adivino vuestra preocupación. No contáis con suficiente dinero para mantener este gran ejército inactivo. Además, os espera una esposa, y todos tenemos prisa en veros coronado. Mi consejo es que no hay que obstinarse. No es el enemigo quien nos hace retroceder, sino la lluvia, en lo cual veo la voluntad de Dios, ante la que todo el mundo, por grande que sea, ha de inclinarse. Sin duda, Nuestro Señor quiere advertiros que no debéis combatir antes de que seáis ungido con los santos óleos. Primo, obtendréis tanta gloria de la consagración como de una batalla venturosa. Renunciad, pues, por el momento, a castigar a esos malvados flamencos, y si el temor que les habéis inspirado no basta, volveremos en igual número la próxima primavera.

En la embarazosa situación en que se encontraban, tan radical solución dada por un hombre de cuyo valor con las armas nadie podía dudar, tuvo el apoyo de una parte de los barones y ante todo el del rey. Demostrando una vez más su falta de ponderación, Luis X se apresuró a aceptar la escapatoria que ofrecía De Artois.

—Primo mío, habéis hablado con prudencia —declaró—. El cielo nos manifiesta su advertencia. Que vuelva pues el ejército, ya que no puede continuar. —Alzando la voz para aparentar majestad, añadió—: Pero juro ante Dios que, si el año próximo sigo con vida, iré a combatir a los flamencos y sólo pactaré con ellos si se entregan a mi entera voluntad.

Luego no tuvo otro pensamiento que ponerse en marcha. El conde de Poitiers y el condestable tuvieron que insistirle para que tomara ciertas medidas indispensables, como la de mantener al menos algunas guarniciones a lo largo de la frontera de Flandes; él no los oía, ya estaba en otra parte.

De esta dispersión, Carlos de Valois sacó provecho: había mantenido incólume su heroica reputación. Roberto de Artois, todavía más: la fallida guerra favorecía a su liga.

Tal fue la prisa del rey, contagiada a los demás, que a la mañana siguiente, escasos de carretas y sin conseguir sacar del barro todo el material, echaron al fuego las tiendas, los muebles y todo el equipo. Así se saciaba su apetito de destrucción.

Dejando tras de sí humeantes braseros en lucha con la persistente lluvia, el ejército, hambriento y extenuado, llegó por la tarde ante Tournai. Los asustados habitantes cerraron las puertas de la ciudad y no se les exigió que las abrieran. El rey tuvo que pedir asilo en un monasterio.

Al cabo de dos días, el 7 de agosto, Luis estaba en Soissons, donde firmó algunas ordenanzas que ponían fin a la campaña. Encargó a su tío Carlos de Valois los preparativos de la consagración y envió a su hermano Felipe de Poitiers a Saint-Denis, a devolver la oriflama y a recoger la espada y la corona. Los príncipes volverían a reunirse entre Reims y Troyes para ir al encuentro de Clemencia de Hungría.

Catorce días habían bastado a Luis el Obstinado para decorar sus segundas nupcias con el inolvidable ridículo de su incursión militar, a la que todos llamaban ya el ejército embarrado.

NOTAS

¹ La leyenda según la cual los Capetos descendían de un rico carnicero de París se extendió por Francia con la *Canción de gesta de Hugo Capeto*, panfleto escrito a comienzos del siglo xiv, que fue olvidado rápidamente excepto por Dante y, más tarde, por François Billón.

Dante acusa igualmente a Hugo Capeto de haber depuesto al heredero legítimo y haberlo encerrado en el claustro. Ello es debido a una confusión entre el fin de los Merovingios y el de los Carolingios. Fue, en efecto, Chilperico III, último rey de la primera de estas dinastías, quien acabó confinado en un convento. El último descendiente legítimo de Carlomagno, a la muerte de Luis V el Perezoso, era el duque Carlos de Lorraine, que quiso disputar el trono a Hugo Capeto, y el duque de Lorraine no acabó en un convento, sino en la prisión en que lo encerró el duque de Francia.

Cuando en el siglo xvi, Francisco I, al hacerse leer, por consejo de su hermano, la *Divina Comedia*, escuchó este pasaje relativo a los Capetos, interrumpió de golpe al lector y exclamó: «¡Ah, ese mal poeta que deshonra mi casa!» Y se negó a seguir escuchando.

2 Carlos de Valois fue enviado a Toscana para «pacificar» a Florencia, desgarrada por las disensiones entre güelfos y gibelinos. Habiendo entrado en la ciudad el día 1 de noviembre de 1301, la entregó a la venganza de los partidarios del Papa. Luego vinieron los destierros. Dante, notorio gibelino e inspirador de la resistencia, había formado parte el verano anterior del Consejo de la Señoría; luego, habiendo sido enviado en embajada a Roma, fue retenido en calidad de rehén. El 27 de enero de 1302 un tribunal florentino lo condenó a dos años de destierro y a una multa de cinco mil libras, bajo la falsa acusación de prevaricación en el ejercicio de su cargo. El 10 de marzo del mismo año le instruyeron un nuevo proceso, y lo condenaron esta vez a ser quemado vivo. Afortunadamente para él, no estaba en Florencia ni tampoco en Roma, de donde había podido escapar; pero nunca más pudo volver a su patria. Se comprende fácilmente que guardara contra Carlos de Valois y, por extensión, contra todos los franceses un tenaz rencor.

3 Algunos estudios y testimonios inducen a creer que la Orden de los Templarios sobrevivió de manera oculta y difusa durante varios siglos. Se citan los nombres de los grandes maestros en la clandestinidad hasta el siglo xviii. Por lo menos parece evidente que los templarios, en los años que siguieron a la supresión de su orden, intentaron reagruparse. Juan de Longwy, sobrino de Jacobo de Molay, que había jurado vengar la memoria de su tío en las tierras del conde de Borgoña (es decir, de Felipe de Poitiers), fue el jefe de dicha organización.

* La palabra bachiller no se usaba en la Edad Media en la acepción actual; este vocablo tenía un significado militar y designaba al joven gentilhomme que no teniendo todavía edad o medios para llevar su propia mesnada, aspiraba a convertirse en caballero. Era una especie de oficial asistente que formaba parte con rango un poco superior al de escudero, del estado mayor de un jefe de mesnada.

OceanofPDF.com

El filtro

Una litera ligera, llevada por dos mulas y conducida por escuderos, entró en el gran patio de la casa de Artois, en la calle Mauconseil. Beatriz de Hirson, sobrina del canciller de Artois y dama de compañía de la condesa Mahaut, se apeó de ella. Nadie hubiese dicho que aquella hermosa joven morena acababa de recorrer casi cuarenta leguas en dos días. Su vestido apenas estaba arrugado, y tenía el rostro terso y fresco como si acabara de despertar. Además, había dormido con el balanceo de la litera, bajo buenas mantas, durante parte de la ruta. Con el pecho alto y sus largas piernas, a un paso que parecía lento porque era amplio y uniforme, se dirigió directamente al aposento de su dueña. La condesa estaba sentada a la mesa dando fin a su segunda comida, que solía tomar hacia las tres.

—Ya está, señora —dijo Beatriz, tendiendo a la condesa una minúscula caja de asta.

—¿Cómo se encuentra mi hija Juana?

Con voz nasal, lánguida y siempre teñida de ironía aunque no hubiera motivo para ironizar, la dama de compañía, marcando las pausas, respondió:

—La condesa de Poitiers está todo lo bien que cabe, señora. La estancia en Dourdan no le resulta demasiado penosa y se ha ganado la confianza de los guardianes. Está pálida y ha adelgazado un poco; la sostienen la esperanza y los cuidados que le dispensáis*.

—¿Y sus cabellos? —preguntó la condesa.

—Sus cabellos son de un año, señora, todavía no tan largos como los de un hombre; pero le crecen más espesos que antes.

—En fin, ¿está presentable?

—Con una toca alrededor del rostro, seguramente. Y además, puede ponerse trenzas postizas.

—Los postizos se quitan para ir a la cama —dijo Mahaut.

Consumió su potaje de guisantes con tocino a grandes cucharadas y, para aclararse el paladar, se bebió un cubilete de vino de Artois. Luego abrió la caja de asta y observó el polvo gris que contenía.

—¿Cuánto ha costado esto?

—Veintidós libras.

—¡Qué barbaridad! Los magos cobran cara su ciencia.

—Se arriesgan mucho.

—¿Cuánto te has guardado para ti?

—Casi nada, señora. Sólo lo necesario para comprarme el vestido escarlata que vos me prometisteis y no me habéis dado.

La condesa Mahaut no pudo contener la risa; la joven sabía cómo tratarla.

—Debes de tener el estómago vacío; prueba un poco de este pastel de pato —dijo, sirviéndose una enorme porción.

Luego, volviendo a la caja de asta, agregó:

—Creo en la virtud de los venenos para desembarazarse de un enemigo, pero no en los filtros para poner fin a una enemistad. Eso es idea tuya, no mía.

—Y sin embargo, señora, os aseguro que se ha de creer en ellos —respondió Beatriz—. Éste es muy bueno; no está hecho con cerebro de carnero, sino solamente con hierbas y lo prepararon delante de mí. Fui a Dourdan y saqué un poco de sangre del brazo derecho de doña Juana. Luego llevé esa sangre a la persona que os dije, Isabel de Fériennes, quien la mezcló con mimosa, angélica y verbena; pronunció el conjuro, colocó la mezcla sobre un ladrillo nuevo y la quemó con madera de fresno para obtener el polvo que os traigo. Ahora sólo hay que mezclarlo con alguna bebida, hacérsela beber al conde de Poitiers, y enseguida veréis cómo el amor hacia su esposa renace en él con una fuerza arrolladora. ¿No ha de venir a visitaros esta mañana?

—Lo espero. Volvió del ejército ayer tarde y le pedí que pasara a verme.

—Entonces voy a mezclar el filtro con el hipocrás que le ofrecéis para beber. El hipocrás, que es muy especiado y de color oscuro, disimulará bien el polvo. Pero os aconsejo, señora, que volváis al lecho y os finjáis enferma,

para tener la excusa de no beber. Pues sólo faltaría que al tomar este brebaje os enamorais de vuestra señora hija.

—Es una buena idea la de recibirlo acostada —respondió la condesa de Artois— y aparentar que estoy enferma. Así se pueden decir las cosas más directamente.

Ordenó levantar la mesa, pidió ropa de noche y se volvió al lecho. Luego hizo entrar a su canciller, Thierry de Hirson, y a su primo hermano, Enrique de Sully, que vivía con ella, y trabajó con ambos en los asuntos referentes a su condado.

Poco después le anunciaron la llegada del conde de Poitiers. Éste entró vestido de oscuro, como de costumbre, calzadas sus largas piernas de garza con botas flexibles y cubierta la cabeza por el bonete con cimera y un poco ladeada.

—¡Ay, yerno! ¡Cuánto me alegra que hayáis venido! ¿Sabéis en qué me ocupaba? Me estaba haciendo leer el estado de mis bienes para dictar mi última voluntad. He pasado la peor noche de mi vida, roída hasta las entrañas por la angustia de la muerte, y tenía gran temor de irme al otro mundo sin haberos mostrado mi pensamiento, porque os amo, a pesar de todo, con corazón de madre.

Para prevenirse contra la sarta de mentiras que acababa de soltar, sacó el pequeño relicario en forma de medallón que siempre llevaba en el seno, sujeto a una cadena de oro, y lo besó devotamente.

—Que san Druon me proteja —dijo, deslizando el medallón bajo su corpiño.¹

Mahaut, bien instalada entre cojines de brocado, con las mejillas llenas y coloreadas, ancha de hombros y de carnosos brazos, tenía el aspecto de gozar de una excelente salud. Tal vez lo que necesitaba era hacerse extraer un cuarto de litro de sangre.

«Bueno, dejémosle representar su comedia —pensó Felipe de Poitiers—. Tanto por su naturaleza como por su aspecto es el vivo retrato de Roberto. Se odian por lo iguales que son. Seguro que va a hablarme de él.»

No se equivocó. Mahaut comenzó enseguida a echar pestes de su malvado sobrino. De sus maniobras e intrigas y de la liga que instigaba contra ella. Tanto para Mahaut como para Roberto, todos los asuntos

pasaban por el Artois, que se disputaban desde hacía tres años. Sus pensamientos, diligencias, amistades, alianzas, e incluso sus amores se relacionaban siempre, de algún modo, con esta lucha. Uno entraba en un clan solamente porque el otro pertenecía al clan contrario; Roberto apoyaba una ordenanza real porque Mahaut la desaprobaba; Mahaut era de antemano hostil a Clemencia de Hungría porque Roberto había apoyado esa boda. Este odio que excluía todo acuerdo, toda transacción, sobrepasaba su motivo, y cabía preguntarse si entre gigante y gigante no había una pasión oculta, desconocida por ellos mismos, que se hubiera aplacado mejor con el incesto que con la guerra.

—Todas sus maldades precipitarán mi muerte —dijo Mahaut—. He sabido que mis vasallos, reunidos por Roberto, se han juramentado en mi contra. Ello me ha trastornado y reducido al estado en que me encuentro.

—Han jurado matarme, mi señor —intervino Thierry de Hirson.

Felipe de Poitiers se volvió hacia el canónigo-canciller y se dio cuenta de que él, y no Mahaut, estaba enfermo de miedo.

—Iba a reunirme con el ejército para poner orden en mi mesnada —prosiguió Mahaut—; había hecho sacar, como veis, mis vestidos de guerra...

Señaló hacia un rincón de la pieza en el que se veía un imponente maniquí que soportaba una larga túnica de malla de acero y una sobretúnica de seda bordada con las armas del Artois; al lado se hallaban los guanteletes y el yelmo.

Mahaut suspiró. Lamentaba la ocasión perdida, pues le gustaba vestirse de caballero, como un hombre.

—Después me he enterado del fin de esa gloriosa cabalgada que ha costado al reino dinero y honra. ¡Ah! Se puede decir que vuestro pobre hermano no es muy afortunado y que cuanto emprende le sale al revés. La verdad es que, y os lo digo como lo siento, hubierais sido mejor rey que él, y es una gran pena para todos, yerno mío, que nacierais el segundo. Vuestro padre, que Dios tenga en su seno, suspiraba frecuentemente por ello.

Desde el escándalo de la torre de Nesle y de la prisión de Juana en Dourdan, el conde de Poitiers sólo había visto a su suegra en las ceremonias públicas, como los funerales de Felipe el Hermoso, o en las sesiones de la Cámara de los Pares, pero nunca en privado. Se trataban con la mayor frialdad. Para reanudar la relación, aquello era demasiado. Mahaut no se

quedaba corta en el cumplido. Invitó a su yerno a sentarse más cerca de su lecho. Hirson y Sully se apartaron hacia la puerta.

—No, mis buenos amigos, no estáis de más, pues bien sabéis que no tengo secretos para vosotros —les dijo. Al mismo tiempo, les hizo una seña para que salieran de la estancia.

Porque en aquella época, los grandes señores raramente recibían visitas a solas. Sus habitaciones y salas estaban continuamente ocupadas por parientes, familiares, vasallos y sirvientes. Las entrevistas se celebraban generalmente a la vista de todos o, por lo menos, en presencia de un hidalgo de cámara o de una dama de compañía. De ahí la necesidad de las alusiones y las medias palabras. Cuando dos interlocutores principales se retiraban al hueco de una ventana a hablar en voz baja, los asistentes fingían indiferencia, pero se sentían vejados e inquietos. Cualquier conversación a puerta cerrada parecía una confabulación, y ésa era la apariencia que Mahaut quería dar a su entrevista con el conde de Poitiers; aunque sólo fuera para comprometerlo un poco y hacerlo entrar en su juego.

En cuanto se quedaron solos, Mahaut le preguntó:

—¿Cuáles son vuestros sentimientos hacia mi hija Juana?

Como tardaba en responder, Mahaut empezó su defensa. Verdad era que Juana de Borgoña había obrado mal, incluso muy mal, al no advertir a su marido de las intrigas de alcoba que deshonoraban a la casa real, haciéndose cómplice... voluntaria, involuntariamente, ¿quién podía decirlo?, del escándalo. Pero ella no había pecado con su cuerpo, ni había traicionado el matrimonio. Todo el mundo lo reconoció, y el propio rey Felipe, a pesar de su enojo, así lo había creído, puesto que asignó a Juana una residencia particular, sin dar a entender jamás que su reclusión fuera a perpetuidad.

—Lo sé, pues estuve en el consejo de Pontoise —dijo el conde de Poitiers, que quería cortar aquellos amargos recuerdos.

—¿Cómo iba Juana a traicionaros, Felipe? Os ama. Sólo os ama a vos. Basta que recordéis sus gritos cuando la llevaban en aquella carreta negra: «¡Decid a mi señor Felipe que soy inocente!» Yo, su madre, tengo todavía el corazón partido por haber tenido que presenciar aquello. Y en los quince meses que dura su reclusión en Dourdan, y lo sé por su confesor, jamás ha salido de su boca una palabra en contra de vos; sólo frases de amor y plegarias a Dios para recuperar vuestro corazón. Os aseguro que tenéis en

ella una esposa más fiel y rendida que muchas, y que ha sido duramente castigada.

Echaba tranquilamente toda la culpa a Margarita de Borgoña, puesto que no era de su familia y, además, estaba muerta. Margarita era la pecadora, la desvergonzada y la zorra; Margarita había arrastrado a Blanca, pobre niña inconsciente, y había abusado de la amistad de Juana. Por otra parte, incluso Margarita tenía disculpa. La esperanza de ser reina no lo llena todo, ¡y qué mujer no se hubiera entristecido con el marido que le habían dado! En una palabra, Mahaut consideraba a Luis el Obstinado como el principal responsable de su propio infortunio.

—Parece que vuestro hermano, como hombre, no está muy bien dotado...

—Siempre me han asegurado, por el contrario, que es normal en ese aspecto; quizás un poco asustadizo, pero en modo alguno impotente —respondió el conde de Poitiers.

—Vos no recibís, como yo, las confidencias de mujeres —replicó Mahaut.

Se incorporó apoyándose en las almohadas y miró a su yerno fijamente a los ojos.

—Felipe, hablemos claro —dijo—. ¿Creéis que la heredera del trono, la pequeña Juana de Navarra, es de Luis o del galán de Margarita?

Felipe de Poitiers se frotó la barbilla un instante.

—Mi tío Carlos de Valois afirma que es bastarda —respondió—, y el propio Luis, por su forma de alejarla de su lado, parece confirmarlo. Otros, como mi tío el conde de Evreux o el duque de Borgoña, la creen legítima.

—Si le sucediera alguna desgracia a Luis, cuya salud no es muy robusta, vos ocupáis el segundo puesto en la línea de sucesión. Pero si la pequeña Juana de Navarra es declarada bastarda, como nosotros creemos que es, entonces vos ocuparíais el primer puesto y seríais rey. Vos estáis hecho para reinar, Felipe.

—Quizá la nueva esposa que llega de Nápoles le dé un heredero a mi hermano.

—Si él es capaz de procrear. O si Dios le da tiempo... —dijo Mahaut, recalcando las últimas palabras.

En este momento entró Beatriz de Hirson llevando una bandeja que contenía un jarro cincelado, cubiletes de plata sobredorada y almendras garrapiñadas. Mahaut tuvo un gesto de impaciencia. ¡En buen momento venían a molestarla! Pero, sin inmutarse ni apresurarse, la dama de compañía llenó los cubiletes y ofreció al conde de Poitiers el hipocrás y las almendras. Mahaut tendió maquinalmente la mano hacia el otro cubilete. Pero Beatriz la miró de tal forma que se contuvo, y dijo:

—No, estoy demasiado enferma; me palpita el corazón.

Poitiers reflexionaba. Durante los últimos meses no había dejado de pensar también en la eventualidad de su sucesión. En resumidas cuentas, Mahaut le ofrecía su alianza y su apoyo para el caso de que Luis X muriera.

Beatriz de Hirson había salido.

—¡Ah, Felipe, salvad a mi hija Juana de la muerte, os ruego que lo hagáis! —exclamó Mahaut patéticamente—. No merece tal suerte.

—Pero ¿quién la amenaza? —preguntó el de Poitiers.

—Roberto, siempre él. He sabido que estaba de acuerdo con vuestra hermana Isabel para maquinar la perdición de mis hijas y de Margarita. Aquí mismo vi a ese gran zorro, donde vos estáis sentado, que, con semblante compungido, vino a comunicarme mi desgracia. Yo le creí sincero. ¡Cómo se relamía, el cerdo! Pero eso no le traerá felicidad, como no se la trajo a Isabel. Su marido ha perdido Escocia y continúa revolcándose en el vicio con los cargadores. —Mahaut calló un instante porque Poitiers acercó el cubilete a sus ojos miopes para examinar el cincelado; enseguida se apresuró a añadir—: Pero ese diablo de Roberto aún hizo más. ¿Sabéis que el día en que encontraron muerta a Margarita en su calabozo estuvo Roberto en Château-Gaillard de madrugada?

—¿De verdad? —dijo Poitiers sin mostrarse excesivamente sorprendido.

Él también tenía sus fuentes de información. Bebió un trago y pareció que apreciaba la bebida.

—Blanca, encerrada en la misma torre, lo oyó todo. La pobre niña, que desde entonces está como loca, me hizo llegar un mensaje el otro día... Creedme, Felipe, va a matarlas una tras otra. Su juego está claro. En este momento puede obrar a su gusto y obtenerlo todo del rey; son cómplices del mismo crimen. Basta que Roberto hable para que Luis apruebe. Ahora va a atacar a mi descendencia. Estoy sola, viuda, con un hijo demasiado joven

para apoyarme en él y por cuya vida tiemblo como por la de mis hijas.² Tantos temores y penas, ¿no han de precipitar la muerte de una mujer? — De nuevo tocó el relicario del pecho—. Dios es testigo de que no quisiera morir dejando a mis hijos a merced de ese chacal. Os suplico que llevéis a vuestra esposa junto a vos para protegerla y demostrar al mismo tiempo que no estoy sin aliado. Porque si Juana desapareciera, o siguiera recluida, y me quitaran el Artois, en lo cual están fuertemente empeñados, entonces me vería obligada a pedir para mi hijo la devolución del palatinado de Borgoña, que fue la dote de Juana.

Poitiers no pudo menos de admirar la destreza con que su suegra acababa de plantar su última lanza. De esta forma el negocio quedaba claramente planteado: «O bien os reconciliáis con Juana y os empujo al trono si queda vacante, con el fin de que mi hija sea reina de Francia, o bien rechazáis la reconciliación conyugal; pero entonces cambio mi postura y negocio la recuperación del condado de Borgoña a cambio del de Artois.»

Ahora bien, el condado de Borgoña era no solamente una inmensa posesión, sino también, por su condición de palatinado, el posible acceso a la Corona del Imperio alemán.

Poitiers contempló un instante a Mahaut, monumental entre los grandes cortinajes de brocado que pendían alrededor de su lecho.

«Es astuta como la zorra y obstinada como el jabalí; sin duda se ha ensuciado las manos de sangre, pero nada podrá impedirme sentir cierta amistad por ella... Tanto en su violencia como en sus mentiras hay siempre algo de candidez.»

Para disimular la sonrisa que tenía a flor de labios, bebió del cubilete dorado.

No prometió nada, no aseguró nada, porque era de naturaleza reflexiva y no consideraba urgente decidir. Pero al menos veía ya el medio de compensar en el Consejo de los Pares la influencia de Carlos de Valois, que consideraba funesta.

Bebió un último trago y dijo:

—Volveremos a hablar de todo esto en la coronación, donde nos veremos dentro de poco, madre mía.

Y por ese «madre mía» que oía por primera vez desde hacía quince meses, Mahaut comprendió que había ganado.

Tan pronto como desapareció Poitiers, entró Beatriz y examinó el cubilete.

—Lo ha vaciado casi hasta el fondo —dijo con satisfacción—. Ya veréis, señora, como monseñor de Poitiers irá bien pronto a Dourdan.

—Lo que veo —respondió Mahaut— es que sería un buen rey... si perdiéramos al nuestro.

NOTAS

¹ San Druon, nacido en 1118 en la aldea de Epinoy, dependiente entonces de la diócesis de Tournay, luego de la de Arras, era venerado especialmente en el Artois. Vino al mundo gracias a la cesárea practicada a su madre ya muerta. Desde muy joven sintió gran inclinación a la piedad y fue el blanco de la crueldad de los niños de su edad, que lo acusaban de haber matado a su madre. Creyéndose culpable, se entregó a toda clase de prácticas religiosas con el fin de expiar este crimen involuntario. A los diecisiete años renunció a la vida señorial, distribuyó los considerables bienes que había heredado y entró de pastor en casa de una viuda llamada Isabel Lehaire, en el pueblo de Sebourg, condado de Hainaut, a trece kilómetros de Valenciennes. Tenía tanto cariño a los animales y los cuidaba tan bien que todos los habitantes del pueblo le pidieron que guardara sus ovejas al mismo tiempo que las de la viuda Lehaire. Fue entonces cuando los ángeles empezaron a cuidar de su rebaño mientras él iba a oír misa...

Luego emprendió peregrinación a Roma, y tanto lo satisfizo que la repitió nueve veces. Pero tuvo que renunciar a los viajes al verse atacado por «rotura de intestinos», mal que, al parecer, sufrió durante cuarenta años sin dejarse curar. A pesar del mal olor que despedía, sus virtudes atrajeron a numerosos penitentes de la región. Pidió que le construyeran, junto a la iglesia de Sebourg, una barraca desde donde pudiera ver el tabernáculo, y prometió no salir de ella hasta el fin de su vida. Cumplió fielmente su

promesa, incluso el día en que se incendió la iglesia y con ella la barraca. El fuego lo respetó, y entonces comprendieron que era santo.

Murió el 16 de abril de 1189. De muchas leguas a la redonda, llegó la gente deshecha en llanto para besarle los pies y llevarse algún trozo del miserable vestido que lo cubría. Sus parientes, los señores de Epinoy, quisieron trasladar su cuerpo al pueblo natal, pero el carro donde habían depositado el cadáver se encalló a la salida de Sebourg, y todos los caballos que se agregaron no pudieron hacerlo avanzar. Se vieron obligados a dejar el cuerpo del santo en el lugar de su muerte.

Su fama se acrecentó extraordinariamente con la curación del conde de Hainaut y de Holanda, que sufría horriblemente de mal de piedra, el cual, en cuanto se arrodilló ante la tumba de san Druon para decir una plegaria, expulsó «tres piedras del tamaño de una nuez».

La fiesta del santo todavía se celebra, tradicionalmente, el lunes de Pentecostés, en la iglesia parroquial y en el pozo de san Druon, en Carvin-Epinoy.

2 El último hijo y único varón de Mahaut, llamado Roberto como su primo, no tenía entonces más que dieciséis años. No tuvo tiempo de hacer nada notable para los acontecimientos de la época porque murió en 1317, antes de los dieciocho años. Fue enterrado en los franciscanos de París y trasladado posteriormente a Saint-Denis. La estatua yacente de Roberto de Artois que se encuentra en Saint-Denis no es pues la de nuestro héroe —que fue enterrado en Londres— sino la del hijo de Mahaut.

* Recordamos (véase El Rey de Hierro) que Juana de Borgoña, condesa de Poitiers, no fue condenada por adulterio, sino por complicidad en el de su prima Margarita y su hermana Blanca. Mientras estas fueron encerradas en Château Gaillard, Juana de Poitiers fue confinada en el castillo de Dourdan por un tiempo no determinado y con un trato mucho menos severo. En términos modernos podríamos decir que la colocaron en régimen de delito político, mientras Margarita y Blanca estaban en régimen de delito común.

Una boda campestre

El martes 13 de agosto de 1315, al despuntar el alba, los habitantes del pequeño burgo de Saint-Lyé, en Champaña, fueron despertados por las cabalgadas provenientes del norte y del sur, por los caminos de Sézanne y de Troyes.

Primero llegaron al galope los maestresalas de la casa del rey con todo un ejército de escuderos, semilleros y criados que desapareció bajo las bóvedas del castillo. Luego apareció una gran carreta de muebles y vajilla custodiada por mayordomos, plateros y tapiceros; por último, toda la clerecía de Troyes, montada sobre mulas y entonando cánticos, seguida de cerca por los mercaderes italianos que asistían habitualmente a las famosas ferias de Champaña. La campana de la iglesia empezó a tocar a vuelo; el rey iba a casarse inmediatamente en Saint-Lyé.

Entonces los campesinos comenzaron a gritar «¡Viva!», y las mujeres fueron a los campos a recoger flores para esparcirlas por el suelo, como si fuera a pasar el Santo Sacramento, mientras los oficiales de la despensa real se dispersaban por los alrededores para llevarse cuanto podían encontrar, ya fuesen huevos, carne, aves de corral o peces de vivero.

Por suerte había dejado de llover desde la noche anterior, pero el día era pesado y gris; el calor del sol, a falta de sus rayos, llegaba a través de las nubes. La gente del rey se secaba la frente y los campesinos, mirando el cielo, anunciaban que la tormenta estallaría antes de vísperas. En el castillo se oían los golpes de los carpinteros; las chimeneas de las cocinas despedían denso humo; se descargaban grandes carretadas de paja que iba a extenderse por las salas para que sirviera de lecho a las gentes de la escolta.

Saint-Lyé no había conocido semejante bullicio desde el día en que Felipe Augusto, a comienzos del siglo anterior, fue a confirmar

solemnemente la donación de aquella fortaleza a los obispos de Troyes. Un acontecimiento cada cien años.¹

Hacia las tres, el rey, rodeado de sus hermanos, sus tíos y sus primos Felipe de Valois y Roberto de Artois, cruzó el pueblo a galope sin responder a las aclamaciones y destrozando la alfombra de flores que hubo que reemplazar tras su paso.

Corrió una media legua más y, de repente, vio aparecer en sentido contrario el cortejo de Clemencia de Hungría que, conducido por el obispo de Troyes, Juan de Auxois, avanzaba a paso de procesión.

—¡El rey, señora, el rey! —dijo Hugo de Bouville, que cabalgaba junto a la litera de la princesa.

Clemencia, asomándose para mirar, le preguntó cuál de aquellos caballeros que iban a su encuentro era su futuro marido. El señor de Bouville se explicó mal, o Clemencia no entendió bien la respuesta y creyó que su prometido era el conde de Poitiers, ya que se mantenía en su montura con natural nobleza, y le pareció, con su alta esbeltez, el más seductor. Sin embargo, fue el caballero menos apuesto quien puso primero pie en tierra y avanzó hacia la litera. Hugo de Bouville, saltando de su caballo, se precipitó hacia él, le tomó la mano para posar en ella sus labios e, hincando la rodilla, dijo:

—Señor, he aquí a doña Clemencia de Hungría.

Entonces la princesa angevina vio al joven de grandes ojos pálidos y tez de color desvaído cuyo destino, lecho y poder, por capricho del destino, y por las intrigas palaciegas, iba a compartir.

Luis la contempló en silencio, estupefacto, hasta tal punto que, en el primer momento, Clemencia creyó no haberle agradado.

Ella fue la que se decidió a romper el silencio.

—Señor Luis —dijo—, soy para siempre vuestra servidora.

Estas palabras parecieron desatar la lengua de Luis el Obstinado.

—Temía, prima, que el retrato que me enviaron fuera engañoso y adulator —dijo—, pero veo en vos más gracia y belleza de lo que la pintura mostraba.

Y se volvió hacia su séquito como para hacerle apreciar su suerte.

Luego vino la presentación de los miembros de la familia. Un señor de gran corpulencia, vestido de oro como si fuera a participar en un torneo, abrazó a Clemencia llamándola «sobrina mía», y le aseguró que la había visto de niña en Nápoles. Clemencia comprendió que se trataba de Carlos de Valois, el principal artífice de su boda. Luego supo que el elegante caballero que se inclinó diciéndole «hermana mía» era el mayor de sus cuñados.

De golpe los caballos de la litera se apartaron; una colosal masa humana, revestida de rojo, de la que Clemencia sólo logró ver la cabeza, tapó la luz un instante.

—Vuestro primo, el señor Roberto de Artois —oyó decir la princesa.

Reanudaron la marcha de inmediato, y el rey rogó al obispo que tomara la delantera y se ocupara de que todo estuviese preparado en la iglesia.

Clemencia había esperado que el encuentro se desarrollara de manera muy distinta. Había imaginado que encontraría tiendas de campaña levantadas en un lugar elegido de antemano, que los heraldos de armas harían sonar por ambos lados sus trompetas y que ella descendería de la litera para tomar un ligero refrigerio, durante el cual comenzaría a tratar a su prometido. Esperaba también que la ceremonia nupcial se celebrara al cabo de unos días y fuera el preludio de dos semanas de festejos, con justas, juglares y trovadores, tal como era costumbre en las bodas de los príncipes.

La brusquedad de aquel recibimiento en el bosque, en un camino de herradura, y la falta de ceremonial la sorprendieron un poco. Parecía simplemente haberse cruzado, por casualidad, con una partida de caza. Todavía se desconcertó más cuando supo que iba a casarse inmediatamente en un castillo vecino, donde pasaría la noche, para partir al día siguiente hacia Reims.

—¿Volvéis a la guerra, mi dulce señor? —preguntó al rey, que cabalgaba a su lado.

—Ciertamente, señora, volveré a la guerra... el año próximo. Si no he perseguido más allá a los flamencos este año, dejándolos con su temor, se debe a mi prisa por venir a recibirlos y concluir nuestros esponsales.

Este cumplido le pareció a Clemencia tan extraño que no supo qué pensar. Iba de sorpresa en sorpresa. Aquel rey tan impaciente por unirse a ella, que licenciaba a su ejército, le ofrecía una boda de pueblo.

A pesar de los ramos de flores y del entusiasmo de los campesinos, el castillo de Saint-Lyé, pequeña fortaleza de espesos muros manchados por tres siglos de humedad, le pareció siniestro a la princesa napolitana. Apenas dispuso de una hora para cambiarse de ropa y estar un poco a solas antes de la ceremonia, si así podía decirse de hallarse en una habitación donde los tapiceros no habían acabado de colocar las colgaduras, y donde el conde de Valois se apresuró a dar vueltas a su alrededor como un abejorro dorado, con intención de instruirla acerca de cuanto debía saber sobre la corte de Francia y, principalmente, de la posición esencial que él, Carlos de Valois, ocupaba en ella.

Clemencia tuvo que enterarse de que Luis X, aunque poseía todas las cualidades deseables en un esposo, no tenía otras virtudes, sobre todo en política. Era muy influenciable, y se defendía mal de los malos consejeros. En el asunto de Flandes, por ejemplo, Carlos de Valois estimaba que Luis no lo había escuchado lo bastante y que había prestado demasiada atención a los consejos del condestable y al conde de Poitiers. En cuanto a la elección del Papa... ¿Había pasado Clemencia por Aviñón? ¿A quién había visto? ¿Al cardenal Duèze? Naturalmente, había que elegir a Duèze... Clemencia debía comprender por qué el conde de Valois había insistido y maniobrado tanto para que ella llegara a ser reina de Francia; confiaba mucho en su buena presencia, su encanto y su prudencia para ayudarlo a gobernar al rey. Que Clemencia no dudara en abrirse a él con absoluta confianza y para lo que fuere. Desde aquel momento, los dos debían formar una estrecha alianza. ¿No era su pariente más próximo en la corte por su primer matrimonio con Margarita de Anjou? ¿Y no había hecho muchas veces de padre al joven soberano?

La verdad era que Clemencia comenzaba a sentirse mareada con aquel alud de palabras, con todos aquellos nombres pronunciados en desorden y con la agitación de aquel personaje bordado de oro que giraba a su alrededor. Demasiadas impresiones nuevas y demasiados rostros entrevistos se mezclaban en su cabeza. Además, iba a casarse al cabo de un momento. Estaba convencida de la buena voluntad de todos y emocionada de que el conde de Valois le demostrara tanta solicitud. Pero ella hubiera querido poder preparar su alma. ¿Era aquello, pues, un matrimonio digno de una reina?

Tuvo el valor de preguntar por qué se apresuraban tanto para la ceremonia.

—Porque Luis será coronado el domingo en Reims, y ha querido adelantar vuestra unión para que estéis a su lado —respondió Valois.

Lo que no se dijo fue que los gastos de la boda eran por cuenta de la Corona, mientras que los de la coronación corrían a cargo de los regidores de Reims. Ahora bien, las arcas del Tesoro, después del fracaso del ejército embarrado, estaban más vacías que nunca. De ahí aquella boda improvisada, sin el menor fausto; los festejos que correspondían serían ofrecidos por los habitantes de Reims.

Clemencia de Hungría sólo tuvo un poco de paz cuando reclamó a su confesor. Se había confesado por la mañana, pero quería estar segura de llegar sin pecado al altar. ¿No había cometido alguna falta venial en esas últimas horas, contra la humildad al extrañarse de la poca pompa con que la recibían, o contra la caridad con el conde de Valois?

Mientras se cumplían los últimos preparativos, Hugo de Bouville fue abordado en el patio del castillo por Spinello Tolomei. El capitán general de los lombardos, siempre atento a pesar de sus sesenta años y su gran barriga, estaba también en Reims, pues había proporcionado gran parte de los suministros para la coronación. Pudo dar a Hugo de Bouville noticias sobre Guccio, hospitalizado todavía en Marsella.

—¿Qué necesidad tenía de lanzarse al agua? —gimió Tolomei—. ¡Ah, cuánta falta me hace estos días! Él es quien debería recorrer los caminos.

—¿Y creéis que yo no lo he echado en falta desde que salí de Marsella? —respondió Bouville—. La escolta ha gastado el doble de lo que hubiera costado el viaje si él se hubiera cuidado de las cuentas.

Tolomei estaba preocupado. Con el ojo izquierdo cerrado y el labio un poco caído, se quejaba de los acontecimientos, de las tasas sobre las ventas, del control de los mercados y de las últimas medidas referentes a los lombardos. Todo ello tenía mucho que ver con las ordenanzas del rey Felipe. «Para habernos asegurado que todo iba a cambiar...»

El señor de Bouville se separó de Tolomei y se unió al cortejo nupcial.

Carlos de Valois acompañó a la novia al altar. Luis X, en cambio, tuvo que ir solo. No estaba presente ninguna mujer de la familia para sustituir el acompañamiento materno. Su tía abuela, Inés de Francia, hija de san Luis y

duquesa viuda de Borgoña, se había negado a asistir, negativa bastante comprensible puesto que era la madre de Margarita de Borgoña. La condesa Mahaut tenía como pretexto los impedimentos de última hora debidos a la agitación del Artois. Iría directamente a Reims para la coronación, a la cual la obligaban a comparecer por sus funciones de par. Las condesas de Valois y de Evreux, que eran esperadas, no llegaron; se supo que un error en el itinerario las había desviado hacia una capilla de Saint-Lyé distante una decena de leguas en los alrededores de Reims...

Monseñor Juan de Auxois, tocado con la mitra, oficiaba. Durante el tiempo que duró la misa, Clemencia se reprochaba no haber podido recogerse como era su deseo. Se esforzaba en elevar su pensamiento al cielo, pidiendo a Dios que le concediera, en todos los momentos de su vida, las virtudes de esposa, las cualidades de soberana y las bendiciones de la maternidad; pero sus ojos, a pesar suyo, se dirigían hacia el hombre que oía respirar a su lado, cuyos rasgos apenas conocía y cuyo lecho iba a compartir aquella misma noche.

Cada vez que se arrodillaba, el rey tenía una tos breve, parecida a un tic nervioso; en una persona todavía joven sorprendía la profunda arruga que surcaba su barbilla demasiado corta. Su boca era pequeña, caída en las comisuras; su cabello largo y liso, de un color indefinible. Y cuando aquel hombre se volvía hacia ella, se sentía turbada por el modo en que la miraba con sus grandes ojos claros. Se extrañaba de no volver a hallarse en aquel estado de absoluta felicidad, sin reservas, del cual disfrutaba al salir de Nápoles.

«Dios mío, no permitáis que sea ingrata con los beneficios que me concedéis.»

Pero no siempre se domina al pensamiento, y Clemencia se vio asaltada por la idea de que si hubiera podido elegir entre los tres príncipes de Francia, habría preferido al conde de Poitiers. Se sintió sobrecogida de espanto y estuvo a punto de gritar: «No, no quiero, no soy digna.» En ese momento se oyó a sí misma responder «sí», con una voz que le pareció la suya, al obispo, que le preguntaba si quería tomar por esposo a Luis, rey de Francia y de Navarra.

El primer trueno de la tempestad prevista se oyó en el momento en que ponían en el dedo de Clemencia un anillo demasiado grande; los asistentes

se miraron y más de uno se santiguó.

Cuando salió el cortejo, los campesinos esperaban agrupados ante la iglesia, en mangas de camisa y con las piernas cubiertas de andrajos. Clemencia no se dio cuenta de que decía:

—¿No les van a dar limosna?

Había pensado en voz alta, y los acompañantes observaron que su primera palabra de reina era bondad.

Para complacerla, Luis X ordenó a su chambelán que lanzara unos puñados de monedas. Los campesinos se echaron al suelo, y el espectáculo que se ofreció a la recién desposada fue el de una salvaje batalla entre las flores esparcidas. Se oían los desgarrones de los vestidos, gruñidos sordos como los de los perros y cabezazos. Los barones se divertían en grande contemplando la refriega. Uno de los villanos, más fuerte y alto que los otros, aplastó con su pie una mano que había tomado una moneda y la obligó a abrirse.

—Ese bribón me parece que sabe lo que hace —dijo Roberto de Artois—. ¿A quién pertenece? Se lo compro encantado.

Clemencia vio con disgusto que Luis también reía. «No es así como se da —pensó—. Yo le enseñaré.»

Empezó a llover.

Las mesas habían sido preparadas en la sala mayor del castillo. La cena duró cinco horas. «Ya soy la reina de Francia», se decía Clemencia. No se acostumbraba a esta idea. La glotonería de los señores franceses la asombraba. A medida que corría el vino, subía el tono de las voces. Única mujer en aquel banquete de guerreros, Clemencia veía converger en ella todas las miradas, y adivinaba que en el extremo de la sala los comentarios tenían un tono bastante subido.

De cuando en cuando, alguno de los convidados se ausentaba. Mateo de Trye, primer chambelán, gritó:

—El rey nuestro señor no quiere que orinéis en la escalera por donde ha de pasar.

Iban ya por el cuarto servicio de seis platos, consistente en un cerdo asado entero y un pavo real con todas las plumas de su cola reconstituidas. Dos escuderos se adelantaron sosteniendo una empanada, que depositaron

ante la pareja real. Cortaron la pasta y salió saltando un zorro vivo, en medio de las exclamaciones de los comensales. Al no poder preparar platos montados y castillos de azúcar, que requerían varios días de trabajo, los cocineros habían querido lucirse de esa manera.

El zorro, alocado, daba vueltas por la sala con su cola rojiza y espesa a ras de las losas y sus hermosos ojos brillantes, un poco lechosos, atemorizados.

—¡Al zorro, al zorro! —gritaban los señores saltando de sus asientos.

Se improvisó la caza alrededor de las mesas. Roberto de Artois atrapó al animal. El gigante hundió su masa humana bajo las mesas, y surgió levantando en la mano al zorro que, aullando, descubría sus cortos colmillos bajo el negro hocico; luego Roberto apretó lentamente las manos, se oyó crujir las vértebras, los ojos del zorro se pusieron vidriosos y Roberto soltó sobre la mesa el animal muerto, ante la reina, como un homenaje.

Clemencia, que sujetaba con el pulgar su anillo demasiado grande, preguntó si era costumbre en Francia que las mujeres de la familia no asistieran a las bodas. Luis le dio algunas explicaciones confusas.

—Pero de todas formas, hermana mía, no hubierais tenido ocasión de ver a mi esposa —dijo el conde de Poitiers.

—¿Por qué, hermano mío? —preguntó Clemencia, que sentía interés por cuanto él decía aunque le costaba contestarle.

—Porque todavía está encerrada en el castillo de Dourdan —respondió Felipe de Poitiers. Luego, volviéndose al rey, prosiguió—: Hermano, en este día de felicidad para vos, os pido que levantéis el castigo impuesto a mi esposa Juana. Sus errores no fueron crímenes y está arrepentida.

Luis, tomado por sorpresa, no sabía qué haer. Ante Clemencia, ¿debía mostrarse compasivo o, por el contrario, firme, cualidades ambas igualmente reales? Buscó con la mirada a su tío Carlos de Valois para pedirle consejo, pero éste acababa de salir a tomar aire. Roberto de Artois estaba en el otro extremo de la sala explicando a Felipe de Valois, hijo de Carlos, cómo atrapar un zorro sin dejarse morder.

—Señor, esposo mío —dijo Clemencia—, por amor a mí, conceded a vuestro hermano la gracia que os solicita. Hoy es día de esponsales, y quisiera que todas las mujeres de vuestro reino compartieran mi alegría.

Se tomaba a pecho el asunto, con repentino celo, como si se sintiera aliviada de que Felipe de Poitiers hablara de su esposa y de que expresara el deseo de que volviera al hogar.

Luis había comido mucho y había vaciado su copa más de lo conveniente. Se acercaba el momento en que iba a poseer aquel bello cuerpo tranquilo del que sería dueño en adelante. Su cabeza no podía sopesar las consecuencias políticas de lo que se le pedía.

—No hay nada, amiga mía, que no quiera hacer por complaceros —dijo—. Podéis, hermano mío, recuperar a vuestra esposa Juana y traerla entre nosotros cuando os plazca.

Carlos de la Marche, que había seguido con atención el diálogo, dijo entonces:

—Y sobre Blanca, hermano mío, ¿qué decidís? ¿Me autorizáis a...?

—¡A Blanca, jamás! —cortó el rey.

—Solamente a ir a verla a Château-Gaillard y meterla en un convento, donde recibiría un trato menos duro.

—¡Jamás! —repitió Luis el Obstinado en un tono que no admitía réplica.

El resentimiento de Luis con Juana, por la parte que había tenido en su infortunio conyugal, estaba muy atenuado por su nuevo matrimonio. Por el contrario, sentía terror de que Blanca, fuera de la fortaleza y del aislamiento absoluto, divulgara las circunstancias de la muerte de Margarita. Este temor le inspiró, por una vez, una decisión rápida y sin apelación posible.

Clemencia, comprendiendo que era prudente contentarse con su primera victoria, no se atrevió a intervenir.

—¿Eso significa que jamás tendré derecho a desposar? —continuó Carlos.

—Dejadlo encomendado a la suerte, hermano mío —respondió Luis.

El hermoso, pero blando, rostro de Carlos de la Marche adquirió una expresión mohína y obstinada.

—Parece que la suerte favorece más a Felipe que a mí.

Y desde aquel momento, Carlos de la Marche estuvo resentido, no contra su hermano el rey, sino contra su hermano el conde de Poitiers.

Al final de esa agotadora jornada, la joven reina estaba tan cansada que los sucesos de la noche se desarrollaron para ella como en otra vida. No

sintió espanto, ni excesivo sufrimiento, ni particular felicidad. Estuvo simplemente sumisa, admitiendo que las cosas debían suceder así. Oyó, antes de caer en el sueño, balbuceantes palabras que le hicieron suponer que su esposo la apreciaba. Si hubiera sido menos inexperta en este terreno, hubiera comprendido que, al menos por un tiempo, tendría poder absoluto sobre Luis X.

Éste, en efecto, se maravillaba de encontrar en esta hija de rey una pasividad que sólo había encontrado hasta entonces en las sirvientas. La angustia de los desfallecimientos que se apoderaban de él en el lecho de Margarita había desaparecido. Tal vez, después de todo, no estaba hecho para las morenas. Por varias veces salió triunfante de aquel hermoso cuerpo que lucía débilmente, como nacarado, bajo la pequeña lámpara de aceite suspendida del dosel del techo, y del cual su deseo podía disponer a placer. Nunca había realizado semejante proeza.

Cuando salió de la habitación, ya entrada la mañana, la cabeza le daba vueltas, pero la mantenía erguida y con más orgullo que si hubiera vencido a los flamencos; su noche de bodas le había borrado el recuerdo de sus sinsabores militares.

Por primera vez, Luis fue capaz de afrontar sin turbación las alegres chanzas de su primo de Artois, que pasaba por ser el macho mejor provisto y resistente de la corte.

Luego, hacia mediodía, iniciaron la marcha hacia el norte. Clemencia se volvió para llevarse en el recuerdo la imagen de aquel castillo donde se había convertido en mujer y reina, y cuyas dimensiones exactas jamás llegaría a recordar.

Dos días después, llegaron a Reims. Los habitantes no habían visto ninguna coronación desde hacía treinta años. Es decir, por lo menos para la mitad de la población el espectáculo era completamente nuevo. Los oficiales reales, atareados, corrían del ayuntamiento al arzobispado en compañía de los regidores. En las plazas se habían instalado toda clase de mercaderes, juglares y amaestradores de animales como para una feria. Los grandes barones y los altos prelados, llegados de todas partes de Francia, pasaban con sus escoltas en busca de sus albergues. Campesinos, burgueses y señores afluían de las cercanías a engrosar una multitud que los sargentos pugnaban por contener en el itinerario empaliado del cortejo real.

Los habitantes de Reims no habían imaginado que tendrían ocasión de contemplar esa cabalgata y de pagar su coste varias veces en un futuro próximo.

El rey que aquel día franqueaba el gran portal de la catedral de Reims iba acompañado por los tres sucesores que le depararía la historia. En efecto, detrás de Luis X avanzaban sus hermanos Felipe y Carlos, e igualmente su primo Felipe de Valois. Antes de transcurridos catorce años, la corona se habría posado sobre las tres cabezas.

NOTAS

¹ No hay acuerdo sobre la fecha exacta del segundo matrimonio de Luis X. Algunos autores la sitúan el 3 de agosto, otros el 13 e incluso el 19. Lo mismo ocurre con la fecha de la coronación, que varía según los textos entre el 19, el 21 y el 24 de agosto. La colección de ordenanzas de los reyes de Francia, que fue impresa en el siglo xviii y cuya cronología está muy lejos de ser segura, establece que el rey se encontraba el 3 de agosto en Reims, el 6 y el 7 en Soissons, y el 18 en Arras. Ahora bien, teniendo en cuenta que Luis X había tomado la oriflama en Saint-Denis el 24 de julio, parece materialmente imposible, por breve que fuera la expedición a Flandes, que hubiera tenido tiempo de volver con el «ejército embarrado» y llegar a la región de Champaña antes del 10 de agosto.

Consideramos la fecha del 13 de agosto, dada por el padre Anselmo, como la más probable, ya que, debiendo tener lugar la coronación en domingo o en un día de gran fiesta religiosa, creemos que Luis X fue coronado el 15 de agosto o el domingo 18 de agosto. Sabemos, por otra parte, que en esas ocasiones los festejos se prolongaban durante varios días, lo que explica el baile de fechas.

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS DE FLANDES, EL ARTOIS

OceanofPDF.com

Los aliados

De todas las actividades humanas, la de gobernar a los semejantes, aun siendo la más envidiada, es la más decepcionante, porque nunca tiene fin y no permite al espíritu reposo alguno. El panadero que ha sacado su hornada, el leñador ante la encina abatida, el juez que acaba de ordenar un arresto, el arquitecto que ve poner el remate a un edificio, el pintor una vez terminado su cuadro, pueden, al menos por una noche, gozar de esa tranquilidad relativa que produce el esfuerzo terminado. El gobernante, jamás. Apenas parece allanarse una dificultad política cuando otra, en gestación mientras se solucionaba la primera, exige atención inmediata. El general vencedor se beneficia largamente de los honores de su victoria; pero el gobernante ha de afrontar la nueva situación creada por esa misma victoria. Ningún problema puede quedar sin solución durante mucho tiempo, porque el que hoy parece secundario, adquirirá mañana trágica importancia.

El ejercicio del poder sólo es comparable al de la medicina, que conoce igualmente ese encadenamiento sin tregua, esa primacía de urgencias, esa constante vigilancia de los trastornos benignos que pueden ser síntomas de lesiones graves, en fin, ese perpetuo compromiso de la responsabilidad en terrenos donde la sanción depende de circunstancias futuras. El equilibrio de las sociedades, como la salud de los individuos, jamás tiene carácter definitivo y no puede constituir una labor acabada.

El oficio de rey, cuando los reyes mandaban, comportaba esa misma servidumbre ininterrumpida.

Cuando Luis X había logrado aplazar el asunto de Flandes, dejándolo apartado al no poder resolverlo, apenas había corrido a Reims a revestirse del místico prestigio que la coronación confería al soberano, estallaron otras revueltas en el norte de Francia.

Los barones del Artois, tal como habían prometido a Roberto, no se desarmaron al dejar el ejército embarrado. Recorrían el país con sus mesnadas, intentando ganar para su causa las poblaciones. Toda la nobleza se había puesto de su parte y, por consiguiente, también el campo. La burguesía de las ciudades estaba dividida. Arras, Boulogne y Théroutanne estaban de parte de la liga. Calais, Avesnes, Bapaume, Aire, Lens y Saint-Orner seguían fieles a la condesa Mahaut. El condado se hallaba en un estado de agitación muy próximo a la insurrección.

La alta nobleza estaba representada en la liga por Juan de Fiennes, cuñado del conde de Flandes, lo cual hacía particularmente inquietante aquel movimiento rebelde.

Para las actuaciones judiciales, los conjurados contaban con uno de los suyos, Gerardo Kiérez, hombre muy hábil en formular quejas, redactar peticiones y llevar las acciones jurídicas ante el Parlamento y el consejo del rey.

Los señores de Souastre y de Caumont dirigían las organizaciones militares.

Todos trabajaban para el conde y bajo la inspiración de Roberto de Artois. Sus reivindicaciones eran de dos clases. Por un lado, requerían la aplicación íntegra e inmediata de la carta que habían obtenido recientemente, que restauraba las «costumbres» de tiempos de san Luis; por otro lado, reclamaban cambios de personal en la administración del condado y, ante todo, la destitución del canciller de Mahaut, Thierry de Hirson, su bestia negra.

La aceptación de sus exigencias hubieran privado a la condesa Mahaut de toda autoridad en su territorio, cosa que esperaba firmemente Roberto.

Pero Mahaut no era mujer para dejarse despojar. Obrando con astucia, discutiendo, prometiendo sin cumplir, fingiendo ceder un día para reanudar la negociación al siguiente, intentaba ganar tiempo por el medio que fuera. ¿Las costumbres? Desde luego, concedería las costumbres. Pero antes tenía que hacer una investigación, con el fin de conocer exactamente las costumbres de cada señoría. ¿Los prebostes, los oficiales, el propio canciller? Si habían faltado o habían abusado en sus funciones, los castigaría sin piedad. Pero para eso había que hacer también una investigación... Y luego, llevaron el debate ante el rey, que no comprendió

nada y tenía otras preocupaciones. La condesa Mahaut escuchaba las quejas del maestro Kiérez y le testimoniaba su buena voluntad. Para ponerse de acuerdo en todo se reunirían próximamente en Bapaume. ¿Por qué en Bapaume? Porque allí estaban de parte de ella y allí tenía una guarnición... Insistía que fuera Bapaume. Luego, el día convenido no acudió a Bapaume porque tenía que ir a Reims para la coronación... Pasada la coronación olvidó la entrevista prometida. Sin embargo, iría enseguida al Artois; debían tener paciencia. Las investigaciones seguían su curso, es decir, los sargentos recogían bajo amenaza de latigazos o de prisión testimonios favorables a la administración del canciller Thierry de Hirson.

A los barones se les encendió la sangre; se declararon en abierta rebelión y prohibieron a Thierry que volviera al Artois y lo daban por muerto si se dejaba ver. Luego enviaron a buscar al otro hermano Hirson, Denis, el tesorero, quien tuvo el poco tacto de comparecer; poniéndole una espada en la garganta, le obligaron a renegar de su hermano bajo juramento.¹

Las cosas tomaban tan peligroso cariz que Luis X determinó ir hasta Arras a restablecer el orden. Fue; pero no hubo resultado. ¿Qué podía hacer si había licenciado a su ejército y la única mesnada que estaba en pie era precisamente la que se rebelaba?

El 19 de septiembre, la gente de Mahaut creyó conveniente detener por sorpresa a los señores de Souastre y de Caumont, que parecían haber acaudillado el levantamiento, y decidieron arrojarlos a la prisión. Roberto de Artois abogó por ellos ante el rey de inmediato.

—Señor, primo mío, sabéis que no estoy metido en ese asunto en absoluto; eso incumbe a mi tía Mahaut, pues ella gobierna el condado, con el buen resultado que se ve. Pero si continúan encarcelados Souastre y Caumont, os digo que habrá guerra en el Artois. Os lo comunico por el bien del reino.

El conde de Poitiers tiraba por el otro lado:

—Tal vez ha sido poco acertado haber detenido a esos dos señores, pero sería torpeza más grave soltarlos ahora. Daría pie a cualquier rebelión en el reino; es vuestra autoridad, hermano, lo que está en juego.

Carlos de Valois se encolerizó.

—Ya basta, sobrino —dijo, dirigiéndose a Felipe de Poitiers—, con que os haya devuelto a vuestra mujer, que sale precisamente uno de estos días

de Dourdan; no queráis abogar ahora por la causa de su madre. No se puede pedir al rey que abra las prisiones para quienes os agraden y las cierre para los que os desagraden.

—No veo la relación, tío —respondió Felipe.

—Yo sí la veo. Se diría que la condesa Mahaut dirige vuestros pasos.

Finalmente, Luis ordenó a Mahaut poner en libertad a los dos señores.

En el clan de la condesa comenzó a circular este malicioso juego de palabras: «Nuestro señor Luis por ahora se inclina por la clemencia.»

Souastre y Caumont, dos buenos mozos que se complementaban de maravilla, uno deslenguado y el otro rudo en los golpes, salieron de su encierro de una semana con una aureola de mártires. El 26 de septiembre convocaron en Saint-Pol a todos sus partidarios, llamados ahora «aliados». Souastre habló largo y tendido, y la grosería de su lenguaje, unida a la violencia de sus propuestas, arrebataron al auditorio. Había que negarse a pagar los impuestos y había que prender a los prebostes, recaudadores y a toda clase de agentes, sargentos o representantes de la condesa.

El rey había enviado a dos consejeros, Guillermo Flotte y Guillermo Paumier, para apaciguar los ánimos y negociar una nueva entrevista, esta vez en Compiègne. Los aliados aceptaron en principio esta entrevista, pero apenas salieron de la reunión los dos Guillemos llegó un emisario de Roberto de Artois, sudoroso y sin aliento por la larga galopada. Llevaba a los barones esta simple noticia: la condesa Mahaut, rodeado su desplazamiento del mayor secreto, se dirigía al Artois. Al día siguiente estaría en Vitz, en casa de Denis de Hirson.

Cuando Juan de Fiennes hizo pública esta noticia, Souastre exclamó:

—Mis señores, ahora ya sabemos lo que debemos hacer.

Aquella noche los caminos del Artois resonaron bajo los cascos de los caballos y el ruido de las armas.

NOTAS

1 Toda la familia Hirson ocupaba cargos y sinecuras en la administración del Artois o en la mansión de Mahaut. Además de Thierry, el canciller, y de las dos damas de compañía, llamadas Mahaut y Beatriz, Pedro de Hirson era baile de Arras. Guillermo de Hirson era panetero, llamado también intendente de la condesa, y había tres Hirson más, sobrinos de Thierry, con cargos en la corte del Artois.

OceanofPDF.com

Juana, condesa de Poitiers

El carruaje, tallado, pintado y dorado, se deslizaba por entre los árboles. Era tan largo que costaba tomar las curvas, y tan pesado que al subir las cuestas los hombres de la escolta tenían que echar pie a tierra para empujarlo.

Aunque la enorme caja de encina descansaba directamente sobre los ejes, en su interior no se notaban demasiado las sacudidas del camino debido a la gran cantidad de cojines y tapices. En él iban instaladas seis mujeres, casi tan cómodamente como si estuvieran en una habitación, charlando, jugando a las tabas o a las adivinanzas. Se oía el roce de las ramas bajas contra el cuero del techo.

Juana de Poitiers apartó la cortina bordada con flores de lis y los tres castillos del Artois.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Vamos bordeando el Authie, señora —respondió Beatriz de Hirson—. Acabamos de atravesar Auxi-le-Château. Antes de una hora estaremos en Vitz, en casa de mi tío Denis, que se alegrará de volveros a ver. Y tal vez esté ya la señora Mahaut con vuestro esposo.

Juana de Poitiers miraba el paisaje: los árboles todavía verdes, los prados en los que los campesinos segaban bajo un cielo luminoso, porque como suele ocurrir después de los veranos lluviosos, el tiempo aquel fin de septiembre era espléndido.

—Os ruego, señora Juana, que no os asoméis con tanta frecuencia —continuó Beatriz—. La señora Mahaut ha recomendado que tengáis cuidado en no mostraros cuando estemos en el Artois.

Pero Juana no podía contenerse. ¡Mirar!, no hacía otra cosa desde que había salido hacía ocho días de su encierro. Como un hambriento se harta de comida creyendo que nunca podrá saciarse, así volvía ella a tomar

posesión del universo con la mirada. Las hojas de los árboles, las ligeras nubes del campanario que se divisaba a lo lejos, el vuelo de un pájaro, la hierba de los taludes, todo poseía un esplendor exultante.

Cuando se habían abierto ante ella las puertas del castillo de Dourdan y el capitán de la guarnición, haciendo una profunda reverencia, le deseó feliz viaje y le expresó qué honrado se sentía por haberla tenido de huésped, Juana sintió una especie de vértigo. «¿Volveré a acostumbrarme a la libertad?», se preguntaba.

En París la esperaba una decepción. Su madre había tenido que partir precipitadamente para el Artois. Sin embargo, le había dejado su carruaje, así como varias damas de compañía y muchas sirvientas. Mientras sastres, costureras y bordadoras se afanaban para reponer su vestuario, Juana había aprovechado aquellos días de espera para recorrer la capital en compañía de Beatriz. Se sentía como una extranjera venida del otro extremo del mundo y se maravillaba de cuanto veía. ¡Las calles! No se cansaba del espectáculo que ofrecían. ¡Los puestos de la galería Mercière, las tiendas del muelle de los Orfebres! Aunque todavía conservaba aquella actitud distante, controlada, que había sido siempre la suya, sus ojos brillaban, su cuerpo se animaba con una alegría sensual al tocar los brocados, las perlas y los objetos de oro. Y sin embargo, no podía apartar el recuerdo de sus visitas a esas mismas tiendas con Margarita de Borgoña, Blanca y los hermanos de Aunay...

«En mi prisión me prometí que si salía alguna vez —se decía—, no iba a perder el tiempo en cosas frívolas. Por otra parte, no sentía tanta inclinación por estas cosas en otro tiempo. ¿De dónde procede este súbito deseo que no puedo reprimir?»

Observaba los tocados de las mujeres, fijándose en los detalles nuevos de la moda y la forma que tenían aquel año las cofias, vestidos y sobretúnicas. Intentaba leer en los ojos de los hombres la impresión que les hacía. Los mudos cumplidos que le dedicaban, el modo de volver la cabeza los jóvenes que se cruzaban con ella, podía darle una completa seguridad. Encontraba a su coquetería una excusa hipócrita. «Necesito saber —pensaba— si todavía tengo encanto para mi esposo.»

A decir verdad, los dieciséis meses de prisión apenas la habían desmejorado. El régimen de Dourdan no era en absoluto comparable en

nada al de Château-Gaillard. Juana disponía de una habitación decente y de una criada; podía leer, bordar y hasta pasear por el jardín del castillo. Se había aburrido, intolerablemente, mucho más de lo que había sufrido.

Con las trenzas postizas sobre las orejas, su fino cuello sostenía con la misma gracia de siempre aquella pequeña cabeza de altos pómulos y ojos azules ligeramente alargados hacia las sienes, aquellos ojos que recordaban, como su manera de andar y toda su persona, los galgos de Berbería. Juana se parecía poco a su madre, salvo en su robusta salud, y más bien se asemejaba al difunto conde palatino, que había sido señor de gran elegancia.

Ahora que estaba a punto de llegar al fin de su viaje, Juana sentía crecer su impaciencia; aquellas últimas horas le parecían más largas que todos los meses transcurridos. ¿No habían aminorado su marcha los caballos? ¿No se podía dar prisa a los palafreneros?

—¡Ah! También yo, señora, tengo deseos de llegar, pero no por los mismos motivos que vos —decía una de las damas de compañía en el lado opuesto del carruaje.

Esta dama, la señora de Beaumont, estaba embarazada de seis meses. El camino comenzaba a serle penoso; a veces bajaba la mirada hacia su vientre y lanzaba un suspiro tan grande que las otras mujeres no podían reprimir la risa.

Juana de Poitiers preguntó a media voz a Beatriz:

—¿Estás segura de que mi esposo no ha tenido ninguna mujer durante este tiempo? ¿No me has mentado?

—No, señora, os lo aseguro. Y además, aunque mi señor de Poitiers se hubiera fijado en otras mujeres, ahora no podría hacerlo..., después de haber bebido el filtro, que os lo devolverá por completo. ¡Pensad que él mismo ha solicitado del rey vuestro regreso!

«Y aunque tenga una amante, no importa. Me acomodaré. Un hombre, aunque sea compartido, vale más que la prisión», pensó Juana, y apartó de nuevo la cortina, como si eso pudiera acelerar la marcha.

—Os ruego, señora —dijo Beatriz—, que no os mostréis tanto. En este momento no nos quieren mucho por aquí.

—Sin embargo, la gente parece muy afable. ¿No tienen aspecto agradable esos campesinos que nos saludan? —respondió Juana.

Dejó caer la cortina, y no vio que, en cuanto hubo pasado el carruaje, tres campesinos que acababan de hacerle una profunda reverencia volvieron corriendo a la maleza, desataron los caballos y partieron al galope.

Un momento después el carruaje entró en el patio del caserón de Vitz; la impaciencia de la condesa de Poitiers tuvo que sufrir una nueva prueba. Denis de Hirson, al recibirla, le notificó que ni la condesa de Artois ni el conde de Poitiers habían llegado, y que la esperaban en el castillo de Hesdin, diez leguas más al norte. Juana palideció.

—¿Qué significa esto? —preguntó en un aparte a Beatriz—. ¿No parece una huida para evitar verme?

Y se apoderó de ella una repentina angustia. Aquel viaje, la sangre extraída de su brazo, el filtro, los agasajos del guardián de Dourdan, ¿no serían elementos de una comedia en la que Beatriz hacía el papel de villano? Juana, después de todo, no tenía ninguna prueba de que su marido la hubiera reclamado de verdad. ¿No la llevaría de una prisión a otra, rodeando este traslado de apariencias de libertad? A no ser... a no ser que — y Juana se estremecía pensando en lo peor— hubieran tomado la precaución de mostrarla, tanto en París como en el Artois, libre y perdonada, para luego hacerla desaparecer impunemente. Beatriz no le había ocultado que Margarita había muerto en circunstancias muy sospechosas, y Juana se preguntaba si no iba a sufrir ella la misma suerte.

Apreció poco la comida que le ofreció Denis de Hirson. El estado de felicidad que conocía desde hacía ocho días había cedido el paso bruscamente a la peor ansiedad, e intentaba leer su destino en el rostro de quienes la rodeaban. Beatriz, siempre con su voz vagamente irónica, estaba impenetrable. Su tío el tesorero apenas le hablaba, respondía con evasivas a las preguntas y demostraba estar preocupado. Además, estaban los señores de Licques y de Nédonchel, que le fueron presentados a Juana como encargados de escoltarla hasta Hesdin. Los encontraba poco agradables. ¿No estarían encargados de cumplir una tarea siniestra en cualquier recodo del camino?

Ninguno hablaba a Juana de su detención; todos fingían desconocer que hubiera estado en prisión, y esto no le daba ninguna seguridad. Las

conversaciones, de las que nada comprendía, versaban únicamente sobre la situación del Artois, las «costumbres», la entrevista de Compiègne propuesta por los enviados del rey y las revueltas.

—Señora, ¿no habéis observado agitación en los caminos, ni grupos de hombres armados? —preguntó Denis de Hirson a Juana.

—No he visto tal cosa, señor Denis —respondió—, y el campo me ha parecido estar muy en calma.

—Sin embargo, desde ayer y durante toda la noche me han informado de movimientos de gentes armadas; dos de nuestros prebostes han sido atacados esta mañana.

Juana se inclinaba a creer cada vez más que estas palabras no tenían otra finalidad que apaciguar su desconfianza. Tenía la impresión de que un hilo invisible iba cercando su garganta. Estaba sola, terriblemente sola.

La dama encinta comía con extraordinaria glotonería, y continuaba soltando profundos suspiros cada vez que se miraba el vientre.

—Os aseguro, señor Denis, que la condesa Mahaut se verá obligada a acceder. Ejerced sobre ella vuestra influencia —decía el señor de Nédonchel, hombre de largos dientes, rostro pálido y hombros encorvados—. Al menos que ceda en algo. Que renuncie a vuestro hermano, por duro que me resulte decíroslo, o que finja renunciar, porque los aliados no querrán llegar a un acuerdo mientras él sea canciller, y os aseguro que el señor de Licques y yo arriesgamos mucho al permanecer fieles a la condesa mientras fingimos estar con los otros barones. Cuanto más tarde ella, más partidarios tendrá Roberto.

En ese momento entró en el comedor un sargento destocado y sin aliento.

—¿Qué ocurre, Cornillot? —preguntó Denis de Hirson.

El sargento Cornillot susurró unas frases entrecortadas al oído de Denis de Hirson. Inmediatamente, éste palideció, apartó el mantel que le cubría las rodillas y saltó del asiento.

—Un momento, señores, tengo que ir a ver...

Y salió a todo correr por una de las puertas laterales del comedor, seguido de cerca por Cornillot. Sus precipitados pasos se perdieron en la escalera.

Instantes después, cuando los invitados no se habían repuesto aún de su sorpresa, llegó un gran clamor del patio. Parecía que acababa de entrar al galope un ejército entero. Un perro, que debía de haber recibido una patada, daba tremendos aullidos. Licques y Nédonchel se precipitaron a las ventanas, mientras las damas del séquito de la condesa de Poitiers se arrimaban a un rincón de la estancia como gallinas asustadas. Junto a Juana sólo habían quedado Beatriz de Hirson y la dama encinta, cuyo rostro había palidecido.

Beatriz juntó las manos; temblaba. Juana se dio cuenta de que no estaba implicada con los asaltantes. Pero eso no mejoraba la situación y, de todas formas, no había tiempo para pensar.

La puerta, más que abrirse, voló por los aires, y una veintena de barones, conducidos por Souastre y Caumont, entraron, espada en mano, vociferando:

—¿Dónde, dónde está el traidor? ¿Dónde se esconde?

Se detuvieron, un poco vacilantes, ante el espectáculo que se les ofrecía. Tenían varios motivos para sorprenderse. Primero, la ausencia de Denis de Hirson, a quienes estaban seguros de encontrar allí y que había desaparecido como tras del paño de un prestidigitador. Luego, aquel grupo de mujeres, gimoteantes y pasmadas, apretadas unas contra otras y presintiendo una violencia general. Y además, la presencia de Licques y Nédonchel, que creían de los suyos. La noche anterior, en Saint-Pol, aquellos dos caballeros se contaban entre los conjurados y ahora los encontraban comiendo en una casa que pertenecía al bando contrario.

Los tráfugas fueron insultados groseramente; les preguntaron cuánto cobraban por su perjurio y si se habían vendido a los Hirson por dinero. Souastre golpeó con su guantelete de hierro la larga y pálida cara de Nédonchel, que se puso a sangrar por la boca.

Licques se esforzaba en dar explicaciones, para justificarse.

—Hemos venido para abogar por vuestra causa; queríamos evitar muertes e inútiles estragos. Íbamos a obtener más con palabras que vosotros con las espadas.

Lo obligaron a callarse y lo colmaron de injurias. Del patio llegaba el tumultuoso clamor de los otros «aliados». No eran menos de un centenar.

—No pronunciéis mi nombre —susurró Beatriz a la condesa de Poitiers—, porque buscan a mis tíos.

La dama encinta sufrió una crisis nerviosa y se desplomó sobre su banco.

—¿Dónde está la condesa Mahaut? ¡Tendrá que oírnos! ¡Sabemos que se encuentra aquí, hemos seguido su carruaje! —gritaban los barones.

Juana de Poitiers comenzaba a comprender. No era su vida lo que querían aquellos vocingleros. Pasado el primer momento de pánico, montó en cólera, y la sangre de los Artois se despertó en ella.

—Soy la condesa de Poitiers y la que viajaba en el carruaje que habéis visto —exclamó—, y me disgusta que se entre con tanto estrépito en el lugar donde me encuentro.

Como los insurgentes ignoraban que hubiera salido de la prisión, este imprevisto anuncio los dejó silenciosos por un momento. Decididamente, iban de sorpresa en sorpresa.

—¿Queréis decirme vuestros nombres? —prosiguió Juana—. Tengo por costumbre hablar únicamente con personas a las que conozco, y deseo saber quién se esconde bajo vuestros arneses de guerra.

—Yo soy el señor de Souastre —respondió el cabecilla de grandes cejas rojizas—. Éste es mi compañero Caumont, y aquéllos son Saint-Venant, Juan de Fiennes y el señor de Longvillers. Buscamos a la condesa Mahaut...

—¿Cómo? —cortó Juana—. ¡Sólo oigo nombres de hidalgos! No lo hubiera creído, a juzgar por vuestro modo de tratar a damas, que debierais proteger y no asaltar. Ved a la señora de Beaumont, que está embarazada y a punto de dar a luz, a quien habéis hecho desmayar. ¿No os da vergüenza?

Se advirtió un movimiento de vacilación entre los aliados. Juana era hermosa y su manera de hacerles frente los impresionaba.

Además, era la cuñada del rey y parecía haber sido perdonada. Juan de Fiennes, el de mejor cuna y el más importante de aquellos señores, le aseguró que no le deseaba ningún mal, que sólo buscaban a Denis de Hirson, porque había jurado renegar de su hermano y no había cumplido su juramento.

La verdad es que esperaban apresar a Mahaut en una trampa y obligarla a ceder por la fuerza. Para vengarse de su fracaso se pusieron a saquear la casa.

Durante una hora, la mansión de Vitz resonó con el estrépito de las puertas derribadas, los muebles destrozados y la vajilla lanzada contra el suelo. Arrancaban los tapices de las paredes y robaban la plata de los aparadores.

Luego, un poco calmados aunque siempre amenazadores, hicieron subir a Juana y a las mujeres al gran carruaje dorado. Souastre y Caumont tomaron el mando de la escolta y la comitiva emprendió la ruta de Hesdin.

De esta manera los aliados estaban ahora seguros de dar con el paradero de la condesa de Artois.

A la salida del burgo de Ivergny, a una legua aproximadamente de distancia, se detuvieron. Otros aliados, lanzados a la busca de Denis de Hirson, acababan de atraparlo en el momento en que intentaba salvar el Authie atravesando los pantanos. Apareció embarrado, apaleado, sangrando, encadenado y titubeante entre dos barones a caballo.

—¿Qué van a hacerle? ¿Qué van a hacerle? —murmuró Beatriz—. ¡En qué estado lo han dejado! —Y comenzó a pronunciar en voz baja misteriosas plegarias que no tenían sentido ni en latín ni en francés.

Después de muchas palabras, los barones decidieron guardarlo como rehén y encerrarlo en un castillo próximo. Pero su furor asesino necesitaba una víctima. Habían apresado al sargento Cornillot al mismo tiempo que a Denis. Cornillot, para su desgracia, había participado días antes en la detención de Souastre y de Caumont. Éstos lo reconocieron y los aliados exigieron arreglar cuentas allí mismo. Pero era necesario que su muerte sirviera de ejemplo e hiciera reflexionar a los agentes de Mahaut. Unos querían colgarlo, otros quemarlo, otros enterrarlo vivo. Con la mayor crueldad, discutían la manera de matarlo mientras él, de rodillas, con el rostro sudoroso, clamaba su inocencia y suplicaba perdón.

Souastre encontró una solución con la que todos estuvieron de acuerdo, menos el condenado.

Fueron a buscar una escala y Cornillot, atado por los sobacos, fue colgado de un árbol; luego, cuando hubo pataleado un buen rato ante la risa de los barones, cortaron la cuerda y lo dejaron caer al suelo. El desgraciado, con las piernas rotas, daba alaridos mientras cavaban su tumba. Lo enterraron de pie hasta la cabeza, en la cual se movían dos ojos enloquecidos.

El carruaje de la condesa de Poitiers estaba esperando para reanudar la marcha, y las damas de compañía se tapaban las orejas para no oír los alaridos del atormentado. La condesa de Poitiers se sentía desfallecer, pero no se atrevía a intervenir por temor a que la cólera de los aliados se volviera contra ella.

Por último, Souastre entregó su gran espada a uno de sus escuderos. El resplandor de la hoja brilló a ras del suelo y la cabeza del sargento rodó por la hierba, al tiempo que un chorro de sangre brotaba de sus arterias cortadas.

En el momento en que el carruaje se puso en marcha, la dama encinta fue presa de dolores y comenzó a dar gritos echándose hacia atrás. Comprendieron que el embarazo no llegaría a buen término.

La segunda pareja del reino

Hesdin era una imponente fortaleza de tres murallas separadas por fosos, erizada de torres, abarrotada de edificaciones, de cuadras, graneros y depósitos, y comunicada con el campo circundante por varios subterráneos. Podía albergar cómodamente una guarnición de ochocientos arqueros. En el interior del tercer patio se hallaba la residencia principal de los condes de Artois, compuesta de varios edificios suntuosamente amueblados.

«Mientras este lugar sea mío —solía decir Mahaut—, los malvados barones no se apoderarán de mí. Se desgastarán antes de que cedan estas murallas, y mi sobrino Roberto se engaña si cree que le dejaré apoderarse de Hesdin.»

«Hesdin me pertenece por derecho y por herencia —declaraba por su parte Roberto de Artois—. Mi tía Mahaut me lo robó, junto con todo el condado. Pero no me detendré hasta quitárselo.»

Cuando los aliados se presentaron al caer la noche ante el primer recinto su número había disminuido sensiblemente. Escoltaban el carruaje de Poitiers y llevaban la cabeza del sargento Cornillot en la punta de una pica. El señor de Journy había abandonado el cortejo con el pretexto de que debía vigilar la vuelta de su retoño, y el señor de Givenchy, recién casado, había hecho lo mismo alegando que temía que su joven mujer se aburriera o se inquietara. Otros, cuyas cercanas mansiones se veían desde el camino, habían preferido ir a cenar a su casa, llevándose a sus íntimos amigos y asegurando que volverían enseguida. Los obstinados no sumaban más de treinta, llevaban muchos días cabalgando y comenzaban a sentir el peso de sus vestidos de acero.

Tuvieron que parlamentar un buen rato ante el primer cuerpo de guardia para que los dejaran entrar. Luego tuvieron que esperar nuevamente entre el primero y el segundo recinto. Juana de Poitiers aguardaba con ellos.

La luna nueva se había levantado en el cielo, aún claro, pero las sombras comenzaban a espesarse en los patios de Hesdin. Al parecer de los barones, todo estaba tranquilo, incluso demasiado tranquilo. Les extrañaba ver tan pocos soldados. Al fondo de una cuadra, un caballo relinchó al olfatear la presencia de otros caballos.

En el frescor del atardecer, Juana reconoció los perfumes de su infancia.

La señora de Beaumont, en el carruaje, continuaba gimiendo que se moría. Los barones discutían entre sí. Algunos creían que lo hecho ya era suficiente, que todo presagiaba una emboscada y que hubiera sido mejor volver otro día en mayor número. Juana comprendió al instante que se la llevarían como rehén.

Finalmente bajó el segundo puente levadizo y luego el tercero. Los barones vacilaban.

—¿Estás segura de que mi madre está aquí? —susurró Juana a Beatriz de Hirson.

—Os lo juro por mi vida, señora.

Entonces Juana asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

—Bien, mis señores, ¿habéis perdido aquella gran prisa por hablar con vuestra señora feudal, o es que os falta el valor en el momento de presentaros ante ella?

Estas palabras hicieron avanzar a los barones, que por no desmerecer ante los ojos de una dama entraron en el tercer patio y echaron pie a tierra.

Por preparado que se esté para enfrentarse con un hecho, éste raramente se presenta como uno esperaba.

Juana de Poitiers había imaginado de veinte formas distintas el momento en que se reuniría con los suyos. Estaba dispuesta a todo, tanto a la glacial acogida como a los cálidos abrazos; tanto a la gran escena de reconciliación oficial como a una reunión íntima de reconciliación. Para cada eventualidad había previsto su actitud y sus palabras. Pero nunca había imaginado que entraría en el castillo familiar escoltada por el desorden de la guerra civil y por una dama de compañía a punto de abortar.

Cuando Juana entró en la sala iluminada con cirios, la condesa Mahaut, en pie, con los brazos cruzados y los labios apretados, miraba avanzar a los barones. Las primeras palabras de Juana fueron para decir:

—Madre, hay que socorrer a la señora de Beaumont, que está a punto de perder su fruto. Vuestros vasallos la han atemorizado terriblemente.

La condesa encargó inmediatamente a su ahijada Mahaut de Hirson, hermana de Beatriz y también dama de compañía, que fuera en busca de los maestros Hermant y Pavilly, sus «médicos» particulares, con el fin de que atendieran a la paciente.

Luego, arremangándose, se dirigió a los barones.

—¿Son éstas, malvados señores, acciones propias de caballeros? ¿Creéis que deteniendo a mi noble hija y a las damas de su séquito vais a doblegarme? ¿Os gustaría que se obrase de la misma forma con vuestras mujeres y doncellas cuando viajan por los caminos? ¡Vamos, responded, y decidme qué excusa dais a vuestras fechorías, para las que solicitaré castigo al rey!

Los barones empujaron a Souastre, susurrándole:

—¡Habla! Di lo que debes...

Souastre carraspeó para aclararse la garganta. Había hablado y vituperado tanto, que ahora, en el momento más importante, le fallaba la voz.

—Señora —comenzó con voz un poco ronca—, queremos saber si vais a desaprobar finalmente a vuestro nefasto canciller, que ahoga nuestras demandas, y si reconoceréis nuestras costumbres tal como existían en tiempo del señor san Luis...

Se interrumpió al ver entrar en la pieza a un nuevo personaje, el conde de Poitiers. Con la cabeza inclinada un poco hacia un hombro, avanzaba con paso largo y mesurado. Los barones, que no esperaban ver aparecer así de repente al hermano del rey, se arracimaron.

—Mis señores... —dijo el conde de Poitiers.

Al advertir la presencia de Juana, se detuvo.

Se le acercó y le besó la mano de la manera más natural del mundo ante la concurrencia, para dejar bien claro que su mujer estaba perdonada y que, por lo tanto, los intereses de Mahaut eran para él asuntos de familia.

—Bien, mis señores —continuó—, os vemos descontentos. Pues bien, nosotros también lo estamos. Pero si nos obstinamos, unos y otros, y usamos la violencia, no lograremos nada de provecho... ¡Ah! Os reconozco,

señor de Baillencourt; os vi en el ejército. La violencia es el recurso de la gente que no sabe pensar... Os saludo, señor de Caumont. ¡Ah! ¡Mi primo de Fiennes! No esperaba vuestra visita en tal compañía. —Al mismo tiempo pasaba entre ellos, los miraba directamente, se dirigía por su nombre a los que conocía y les tendía su mano para que la besaran en señal de homenaje —. Si la condesa de Artois quisiera castigaros por las malas acciones que acabáis de cometer contra ella, le sería fácil. Mirad por esa ventana, señor de Souastre, y decidme si tendríais posibilidad de escapar.

Algunos aliados se precipitaron hacia las ventanas y vieron las murallas erizadas de cascos que se recortaban contra el crepúsculo. En el patio estaba formada una compañía de arqueros y los sargentos estaban preparados para levantar los puentes y dejar caer los rastrillos a la primera señal.

—¡Huyamos, aún estamos a tiempo! —murmuraron unos cuantos.

—No, señores, no huyáis. Vuestra huida no os llevaría más allá de la segunda muralla... Una vez más os digo que queremos evitar la violencia, y pido a vuestra señora feudal que no use las armas contra vosotros. ¿No es así, madre?

La condesa Mahaut aprobó con un ligero movimiento de cabeza.

—Intentemos resolver nuestras diferencias de otro modo —continuó el conde de Poitiers, sentándose. Invitó a los barones a hacer lo mismo, y pidió que trajeran de beber.

Como no había asiento para todos, algunos se sentaron en el suelo. Aquella combinación de amenazas y cortesía los desorientaba.

Felipe de Poitiers les habló durante largo rato. Les hizo ver que la guerra civil sólo trae desgracias, que eran súbditos del rey antes que de la condesa Mahaut y que debían someterse al arbitraje del soberano. Éste había enviado a dos emisarios para firmar una tregua: el señor de Flotte y el señor de Paumier. ¿Por qué habían rechazado dicha tregua?

—Mis compañeros ya no confían en la condesa Mahaut —respondió Juan de Fiennes.

—Se os pidió la tregua en nombre del rey; es al rey, pues, a quien habéis afrentado al poner en duda su palabra.

—Pero, mi señor Roberto de Artois nos había asegurado... —dijo Souastre.

—¡Ah! ¡Ya esperaba eso! Tened cuidado, mis buenos señores, en no hacer demasiado caso del consejo de mi señor Roberto, que habla con bastante facilidad en nombre del rey y os hace actuar por su cuenta. Nuestro primo de Artois perdió su causa contra la señora Mahaut hace seis años, y el mismo rey, mi padre, cuya alma Dios guarde, dictó el fallo. Lo que pase en este condado sólo os concierne a vosotros, a la condesa y al rey.

Juana de Poitiers observaba a su marido. Escuchaba feliz el tranquilo timbre de su voz; volvía a ver aquella manera que tenía de levantar de repente los párpados para acentuar sus frases y aquella indolencia en la actitud que no era más que fuerza disimulada. Felipe parecía maduro. Sus rasgos eran acusados; su nariz, grande y delgada, destacaba; el rostro comenzaba a adquirir su estructura definitiva. Felipe parecía haber logrado una singular autoridad, como si desde la muerte de su padre hubiera heredado algo de su natural majestad.

Tras una larga hora de parlamentar, el conde de Poitiers había obtenido lo que deseaba, o al menos lo que razonablemente se podía obtener. Denis de Hirson sería liberado; Thierry, por el momento, no aparecería por el Artois, pero la administración de la condesa seguiría igual hasta finalizar las investigaciones; la cabeza del sargento Cornillot sería entregada de inmediato a los suyos para que recibiera cristiana sepultura... No se podía hacer nada más.

—Porque actuar de la manera que lo habéis hecho —dijo el conde de Poitiers— es comportarse como descreídos y no como defensores de la verdadera fe. Tales acciones dan pie a las venganzas, de las que pronto seríais víctimas vosotros mismos.

A los señores de Licques y de Nédonchel se los dejaría en paz, porque sólo habían querido el bien de todos. Las damas y doncellas serían respetadas por ambas partes, como era de rigor en tierra de caballería. Y luego todos se reunirían en Arras al cabo de quince días, el 7 de octubre, para concluir una tregua hasta la famosa conferencia de Compiègne, tantas veces rechazada, y que, esta vez, se fijaba para el 15 de noviembre. Si los dos Guillelmos, Flotte y Paumier no lograban compaginar las aspiraciones de los barones con los deseos del rey, se estudiaría el envío de otros negociadores.

—No es necesario firmar nada hoy; confío, mis señores, en vuestra palabra —dijo el conde de Poitiers—. Sois hombres razonables y de honor; sé muy bien que vos, Fiennes, vos, Souastre, vos, Loos, y todos vosotros os tomaréis a pecho el no decepcionarme, dejándome comprometer en vano ante el rey. Y cuento con vosotros para aconsejar prudencia a vuestros amigos y hacerlos respetar nuestros acuerdos.

Los había manejado tan bien que partieron dándole las gracias como si hubieran encontrado en él un defensor. Montaron en sus caballos, cruzaron los tres puentes levadizos y se perdieron en la noche.

—Mi querido hijo —exclamó la condesa Mahaut—, me habéis salvado. Yo no hubiera sabido tener tanta paciencia.

—Os he hecho ganar quince días —dijo Felipe, encogiéndose de hombros—. ¡Las costumbres de san Luis! Parece como si mi padre no hubiera existido jamás. Cuando un gran rey ha hecho progresar el país, ¿se han de encontrar siempre idiotas que se obstinan en volver atrás? ¡Y mi hermano les da ánimos!

—¡Ah, qué pena, Felipe, que no seáis rey! —exclamó la condesa.

Felipe no respondió; miraba a su mujer.

Ésta, al ver disipados sus temores y que tantos meses de esperanza lograban su objetivo, se sentía de repente sin fuerzas y luchaba contra las lágrimas que asomaban a sus ojos. Para ocultar su turbación, se dirigió a través de la pieza a cada uno de los rincones de su juventud. Cada objeto que reconocía aumentaba su emoción. Encontró el ajedrez de jaspe y calcedonia con el que aprendió a jugar.

—Ya ves, nada ha cambiado —dijo la señora Mahaut.

—No, nada ha cambiado —repitió Juana, con un nudo en al garganta.

Se volvió hacia la librería, que después de las de los monasterios era una de las más ricas del reino; contenía doce volúmenes. Juana acarició las encuadernaciones... *Las infancias de Ogier*, la Biblia en francés, *La Vida de los Santos*, las *Aventuras de Renart el zorro*, el *Roman de Tristán*^{*}... ¡Había contemplado tantas veces, en compañía de su hermana Blanca, las hermosas ilustraciones pintadas sobre las hojas de pergamino...! Y una de las damas de Mahaut les leía.

—Esto lo conocías... Sí, lo había comprado ya —dijo la condesa, mostrando el *Roman de la Violette*.

Intentaba disipar la turbación que se había apoderado de los tres.

En este momento entró el enano de Mahaut, llamado Jeannot *el Alocado*, con el caballo de madera sobre el que solía caracolear por la estancia.

Tenía más de cuarenta años, ancha cabeza con grandes ojos de perro y una pequeña nariz chata; llegaba apenas a la altura de las mesas y llevaba un vestido bordado y un gorro redondo.

Cuando vio a Juana, se sobrecogió; abrió la boca pero no dijo nada, y en lugar de danzar haciendo cabriolas, como era su deber, se precipitó hacia la joven y se echó al suelo para besarle los pies.

La resistencia de Juana y el dominio de sí misma acabaron por ceder. De repente se puso a sollozar; se volvió hacia el conde de Poitiers, y al ver que éste le sonreía, se lanzó a sus brazos, balbuceando:

—¡Felipe! ¡Felipe! ¡Al fin, al fin os encuentro de nuevo!

La dura condesa Mahaut sintió una pequeña sacudida en el corazón al ver que su hija se había precipitado hacia su marido, y no hacia ella, para llorar de felicidad. «Pero ¿qué otra cosa podía esperar? —pensó—. Lo más importante es que he triunfado.»

—Felipe, vuestra mujer está cansada —dijo—. Llevadla a vuestros aposentos, os subirán la cena. —Y cuando los dos pasaron junto a ella, agregó en voz baja—: Ya os dije que ella os quería.

Los contempló mientras cruzaban la puerta. Luego le hizo una señal a Beatriz para que los siguiera discretamente.

Más tarde, ya de noche, cuando la condesa Mahaut se tragaba su sexta y última comida diaria para compensar sus fatigas, entró Beatriz con una media sonrisa en los labios.

—¿Qué? —preguntó la condesa.

—El filtro, señora, ha hecho el efecto esperado. Ahora duermen.

La condesa Mahaut se apoyó ligeramente en la almohada.

—Alabado sea Dios —dijo—. Hemos rehecho la segunda pareja del reino.

* Todavía se conserva un gran número de inventarios de comienzos del siglo XIV. Entre ellos, el que mandó hacer Mahaut de Artois con la descripción minuciosa de los objetos y de su valoración tras el saqueo de su castillo de Hesdin.

OceanofPDF.com

La amistad de una sirvienta

Pasaron varias semanas, que fueron casi tranquilas para el Artois. Las partes contrarias se reunieron en Arras, luego en Compiègne, y el rey prometió dictar arbitraje antes de Navidad. Los aliados, apaciguados por el momento, volvieron a sus sombríos castillos.

Los campos estaban negros y desiertos; las ovejas se apretujaban en el redil. Las auroras de diciembre, humeantes, semejaban fuegos de leña verde.

En la residencia real de Vincennes, rodeada de bosques, la reina Clemencia descubriría el invierno de Francia.

Por la tarde, la reina bordaba. Había comenzado un gran mantel que representaba el paraíso. Los elegidos paseaban en él bajo un cielo azul, entre limoneros y naranjos; era un paraíso muy parecido a los jardines de Nápoles. «No se es reina para ser feliz», pensaba a menudo Clemencia, repitiéndose las palabras de su abuela María de Hungría. No es que fuera desgraciada, propiamente hablando; no tenía ninguna razón para serlo. «Soy injusta —se decía—, al no dar las gracias al Creador por todo lo que me ha dado.» No podía comprender la razón de aquella lasitud, de aquella melancolía, de aquel aburrimiento que, día tras día, pesaba sobre ella... ¿No estaba rodeada de mil cuidados? Tenía siempre a su lado por lo menos a tres damas de compañía, elegidas entre las más nobles del reino, dispuestas a ejecutar sus menores deseos, a anticiparse a sus menores gestos, llevar su misal, preparar su aguja, tenerle el espejo, peinarla, taparla con un manto en cuanto refrescaba...

Varios jinetes tenían como única misión hacer el recorrido entre Nápoles y Vincennes para llevar y traer las cartas que intercambiaba con su abuela, con su tío el rey Roberto y con todos sus parientes.

Tenía para su uso exclusivo cuatro jacas blancas, enjaezadas con frenos de plata y riendas tejidas con hilos de oro, y para los desplazamientos largos le habían regalado un gran carruaje de viaje, tan rico y con ruedas tan resplandecientes, que, a su lado, el de la condesa Mahaut parecía una carreta para llevar heno.

Y Luis, ¿no era en verdad el mejor esposo de la Tierra? Al visitar Vincennes, había dicho que le gustaba aquel castillo y que viviría allí; enseguida decidió instalarse en aquel lugar. Muchos señores, imitando al rey, fijaron su residencia en aquellos parajes. Y Clemencia, que no había imaginado lo que podía ser el invierno en Vincennes, no se atrevía a confesar que hubiera preferido volver a París.

Verdaderamente, el rey colmaba todos sus deseos. No pasaba día sin que le llevara un nuevo regalo.

—Amiga mía —le había dicho Luis—, quiero que seáis la dama mejor provista del mundo. Ése es mi gran deseo.

¿Pero necesitaba ella tres coronas de oro, una con diez grandes rubíes, otra con cuatro grandes esmeraldas, dieciséis pequeñas y ochenta perlas, y la tercera con más perlas, esmeraldas y rubíes?

Para la mesa, Luis le había comprado doce jarros de plata dorada, esmaltados con las armas de Francia y Hungría. Y puesto que era piadosa y él admiraba su devoción, le había ofrecido un gran relicario, por el cual pagó ochocientas libras, con un fragmento de la Vera Cruz. Hubiera sido desalentar tan buena voluntad decir a su esposo que igualmente se podía rezar en medio de un jardín, y que la más hermosa custodia del mundo, a pesar del arte de los orfebres y de la fortuna de los reyes, seguía siendo el sol que brilla en el cielo azul sobre el mar.

El mes anterior, Luis le había hecho donación de tierras que Clemencia aún no había tenido tiempo de visitar: las casas y mansiones de Mainneville, Hébécourt, Saint-Denis de Fermans, Wardes y Dampierre, los bosques de Lyons y de Bray.¹

—¿Por qué, mi dulce señor, vais a desposeeros de tantos bienes en mi favor si no soy más que vuestra sirvienta, y sólo puedo disfrutar de ellos a través de vos? —le había preguntado.

—No me desprendo de nada —había respondido Luis—. Todos estos señoríos pertenecían a Marigny, a quien los he tomado mediante juicio, y

puedo disponer de ellos como me plazca. Quiero, por si me ocurriera alguna desgracia, convertiros en la más rica dama del reino.

A pesar de la repugnancia que sentía en heredar los bienes de un ahorcado, ella no podía rehusarlos, puesto que se le concedían como donaciones de amor que el rey proclamaba en el acto mismo de la donación: «Por la feliz y agradable compañía que Clemencia nos hace humilde y amigablemente...»

También le había concedido en propiedad las casas de Corbeil y de Fontainebleau. Cada noche que pasaba al lado de ella parecía valer un castillo. Sí, Luis la quería mucho. En su presencia jamás se había comportado con obstinación y ella no comprendía la razón de su apodo. Jamás había habido disputa ni violencia entre ellos. Verdaderamente, Dios le había dado un buen esposo.

Y a pesar de todo esto, Clemencia se aburría y suspiraba mientras tiraba de los hilos de oro de sus limones bordados.

Se había esforzado vanamente en interesarse por los asuntos del Artois. Luis, a veces, discurría solo ante ella mientras se paseaba a grandes pasos por la habitación.

La asustaban las grandes exclamaciones que lanzaba el conde Roberto y la manera como gritaba «prima» como si parara una jauría; para ella, aquel hombre era, ante todo, un estrangulador de zorros. La irritaba el señor de Valois, que frecuentemente decía:

—Bien, sobrina, ¿cuándo daréis un heredero al reino?

—Cuando Dios quiera, tío —respondía ella suavemente.

De hecho no tenía amigos. Comprendía, porque era sensata y carecía de vanidad, que todo el afecto que le testimoniaban era interesado. Se daba cuenta de que nunca se quiere a los reyes por sí mismos, y que los que se arrodillan ante ellos sólo piensan en recoger del suelo algunas migajas del poder.

«No se es reina para ser feliz; puede, incluso, que ser reina impida ser feliz», se repetía Clemencia. Aquella tarde, el conde de Valois, con su paso siempre apresurado, entró y le dijo:

—Sobrina, os traigo una noticia que va a agitar la corte: vuestra cuñada, la señora de Poitiers está embarazada. Las matronas lo han certificado esta

mañana.

—Lo celebro por la señora de Poitiers —dijo Clemencia.

—Espero que os manifieste su agradecimiento —prosiguió Carlos de Valois— porque a vos debe su actual estado. Si no hubierais solicitado su perdón el día de vuestros esponsales, dudo mucho de que Luis se lo hubiera concedido tan pronto.

—Dios me prueba, pues, que hice bien, ya que acaba de bendecir esta unión.

—Parece que Dios bendice menos rápidamente la vuestra —respondió Carlos—. ¿Cuándo, sobrina mía, os decidiréis a seguir el ejemplo de vuestra cuñada? En verdad es una lástima que se os haya adelantado. Vamos, Clemencia, permitidme que os hable como un padre. Ya sabéis que no me gusta guardarme las cosas que he de decir... ¿Cumple bien Luis sus deberes con vos?

—Luis es tan atento como puede serlo cualquier esposo.

—Sobrina mía, entendedme lo que quiero decir; hablo de los deberes de esposo cristiano, de los deberes corporales, si preferís.

Clemencia se puso colorada y balbució:

—No creo que Luis pueda ser censurado sobre ese punto. Sólo llevo cinco meses casada y no creo que haya motivo de alarma.

—Pero, en fin, ¿honra con regularidad vuestro lecho?

—Casi cada noche, tío, si es eso lo que deseáis saber y no puedo hacer más que ser su sirvienta cuando él quiera.

—¡Bien! ¡Esperemos! ¡Esperemos! —dijo Carlos de Valois—. Pero comprended, sobrina, que fui yo quien arregló vuestro matrimonio. No quisiera que me reprocharan haber hecho una mala elección.

Entonces Clemencia tuvo, por primera vez, un acceso de cólera. Apartó su bordado, se levantó y con voz que recordaba el tono de la anciana reina María, respondió:

—Parecéis olvidar, señor de Valois, que mi abuela tuvo trece hijos, y que mi madre, Clemencia de Habsburgo, tenía tres hijos cuando murió, a una edad casi igual a la mía. Mi tía Margarita, vuestra primera esposa, no os dio motivo de queja, que yo sepa. Las mujeres de nuestra familia son fecundas, como lo prueban en muchos reinos. Si no se cumplen, pues, vuestros

deseos, no será por mi sangre. Y sobre este punto, señor, ya hemos hablado bastante, por hoy y para siempre.

Y fue a encerrarse en su habitación, sin permitir que la siguiera ninguna dama de compañía.

Dos horas más tarde, Eudelina entró a prepararle el lecho y la encontró sentada junto a la ventana, cuando ya era noche cerrada.

—¿Cómo, señora —exclamó—, os han dejado sin luz? ¡Voy a llamar!

—No, no, no quiero ver a nadie —dijo débilmente Clemencia.

La lencera avivó el fuego de la chimenea, que se extinguía, hundió en las brasas una rama resinosa y se sirvió de ella para encender un cirio plantado sobre un pie de hierro.

—¡Oh, señora, estáis llorando! —dijo—. ¿Os han afligido?

La reina se secó las lágrimas.

—Un mal sentimiento me atormenta el alma —dijo de pronto—, siento celos.

Eudelina la miró sorprendida.

—¿Celosa vos, señora? ¿Qué motivo tenéis para estarlo? Estoy segura de que nuestro señor Luis no os engaña ni tiene intención de hacerlo.

—Siento celos de la señora de Poitiers —prosiguió Clemencia—. La envidia porque va a tener un hijo, mientras que yo no lo espero. ¡Oh! Me siento feliz por ella, sí, estoy satisfecha; pero no sabía que la felicidad del prójimo pudiera lacerar tan fuertemente. Jamás lo había sentido.

—¡En verdad, señora, la felicidad ajena puede causar mucho dolor!

Eudelina dijo esto de una curiosa manera, no como una sirvienta que aprueba las palabras de su dueña, sino como una mujer que ha sufrido el mismo mal y lo comprende. Su tono no se le escapó a Clemencia.

—¿Tú tampoco tienes hijos? —le preguntó.

—Sí, señora, sí, una hija que lleva mi nombre y que acaba de cumplir diez años.

Se volvió y comenzó a preparar la cama, doblando las cubiertas de brocado gris y de piel de ardilla.

—¿Cuánto tiempo llevas de lencera en este castillo? —prosiguió Clemencia.

—Desde la primavera, poco antes de vuestra llegada. Hasta entonces estaba en el palacio de la Cité, donde cuidaba de la ropa de nuestro señor Luis, después de haber hecho lo mismo durante diez años para su padre, el rey Felipe.

Se hizo el silencio; sólo se oía la mano de la lencera golpeando las almohadas.

«Seguro que conoce todos los secretos de esta casa... y de sus alcobas — se decía la reina—. No, no le preguntaré. Está mal hablar con las sirvientas... No es digno de mí.»

¿Pero quién podía informarla exactamente, si no era una sirvienta, uno de estos seres que comparten la intimidad de los reyes sin compartir su poder? Jamás hubiera tenido la audacia de preguntar a los príncipes de la familia sobre la cuestión que la atormentaba desde su conversación con Carlos de Valois. Por otra parte, ¿le hubieran dado una respuesta sincera? No tenía confianza con ninguna de las grandes damas de la corte, porque ninguna había demostrado ser verdaderamente su amiga. Se sentía como una extranjera a la que se abruma con vanas alabanzas, pero a quien se observa y acecha, y cuya menor falta o debilidad jamás será perdonada. Por ello sólo podía confiarse a sus sirvientas. Eudelina, sobre todo, le parecía digna de confianza. Con su mirada franca, su sencillez, sus gestos seguros y tranquilos, la primera lencera se mostraba cada día más solícita y sus atenciones eran sin ostentación.

Clemencia se decidió:

—¿Es verdad que la pequeña señora de Navarra, a quien se tiene alejada de la corte y a quien sólo he visto una vez, no es de mi esposo? —preguntó, y al mismo tiempo pensaba: «¿No debería haberme enterado antes de estos secretos de la Corona? Mi abuela debería haberme informado anticipadamente de cuanto atañía a mi matrimonio; la verdad es que me han dejado llegar a este matrimonio ignorando muchas cosas.»

—¡Bah!, señora... —respondió Eudelina mientras continuaba arreglando los cojines y como si la pregunta no la sorprendiera demasiado—, creo que nadie lo sabe, ni siquiera nuestro señor Luis. Cada uno habla de ello según su conveniencia. Los que afirman que la señora de Navarra es hija del rey tienen interés en decirlo, al igual que quienes la consideran una bastarda. Incluso hay algunos, como mi señor de Valois, que cambian de opinión

según los meses, cuando la verdad es sólo una. La única persona que podía tener la certeza era la señora de Borgoña y ahora descansa bajo tierra... — Se interrumpió y miró a la reina—. ¿Os inquietáis, señora, por saber si nuestro señor el rey...?

Se interrumpió de nuevo, pero Clemencia le dio ánimos con la mirada, por lo que prosiguió:

—Tened la seguridad, señora, de que monseñor Luis no está impedido de tener un heredero, como pretenden malas lenguas en el reino e incluso en la corte.

—¿Sabe alguien...? —murmuró Clemencia.

—Yo lo sé —dijo Eudelina lentamente—, y se ha tenido mucho cuidado en que sólo yo lo sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir la verdad, señora, porque yo también tengo un gran secreto. Sin duda debería callarme..., pero no es ofender a una dama como vos, de tan alto rango y tan caritativa, confesaros que mi hija es de monseñor Luis.

La reina contempló a Eudelina con asombro infinito. Que Luis hubiera tenido una primera esposa no le había planteado a Clemencia ningún problema personal. Como todos los príncipes, Luis se había casado de acuerdo con los intereses del Estado. El escándalo, la prisión y luego la muerte lo habían separado de una mujer infiel. Clemencia no se preguntaba sobre la intimidad o las desavenencias de la pareja. Ninguna suposición, ninguna curiosidad asaltaba su pensamiento. Pero he aquí que el amor, el amor no conyugal se mostraba ante ella en la persona de aquella hermosa mujer rubia y sonrosada en la plenitud de su treintena, y Clemencia se puso a imaginar...

Eudelina tomó el silencio de la reina como una censura.

—No fui yo quien lo intentó, señora, os lo aseguro. Fue él quien impuso su autoridad. Además, él era muy joven, no podía tener discernimiento y una gran dama le hubiera asustado, sin duda.

Clemencia le dio a entender con un ademán que no deseaba más explicaciones.

—Quiero ver a tu hija.

La lencera la miró con expresión de terror.

—Podéis verla, señora, por supuesto que podéis, porque sois la reina. Pero os pido que no lo hagáis, ya que entonces se sabría que os he hablado. Se parece tanto a su padre que monseñor Luis, con el fin de que no ofendiera vuestra vista, la ha hecho encerrar en un convento poco antes de vuestra llegada. Sólo la veo una vez al mes, y cuando tenga la edad tomará los hábitos.

Las primeras reacciones de Clemencia siempre eran generosas.

—Pero ¿por qué? —dijo a media voz—. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Cómo pudo creer que iba a gustarme tal acción? ¿A qué clase de mujeres están acostumbrados los príncipes de Francia? O sea, mi pobre Eudelina, que por mi culpa te han separado de tu hija. Te pido que me perdones.

—¡Oh, señora! —respondió Eudelina—. Bien sé que no es obra vuestra.

—Y no lo es, pero yo he sido la causa —dijo Clemencia pensativa—. Cada uno de nosotros no sólo es responsable de sus malas acciones, sino de todo el mal que provoca, aun sin quererlo.

—A mí misma, señora —prosiguió Eudelina—, que era primera lencera en el palacio, me ha enviado monseñor Luis aquí, a Vincennes, en peores condiciones que en París. Nadie debe protestar ante la voluntad del rey, pero la verdad es que me agradece poco el silencio que he guardado. Sin duda, mi señor Luis quería ocultarme también a mí; no creía él que preferiríais esta residencia entre los bosques al gran palacio de la Cité. —Había empezado a confiarse, y ya no podía detenerse—. Debo confesaros —prosiguió— que a vuestra llegada sólo estaba dispuesta a servirlos por obligación, pero ciertamente no por gusto. Ha sido necesario que seáis tan noble dama, y que tengáis tan buen corazón como hermoso rostro, para que os haya cobrado afecto. No sabéis lo mucho que os quieren los humildes. ¡Deberíais oír hablar de la reina en las cocinas, en las caballerizas, en los lavaderos! Allí, señora, tenéis muchas más almas fieles que entre los grandes barones. Habéis conquistado el corazón de todos, incluso el mío, que era el más cerrado, y no tenéis ahora sirvienta más devota que yo —concluyó Eudelina, tomando la mano de la reina para besarla.

—Haré que te devuelvan a tu hija —dijo Clemencia—, y la protegeré. Le hablaré al rey.

—No hagáis nada, señora, os lo suplico —exclamó Eudelina.

—El rey me colma de tantos regalos que no deseo, que bien puede concederme uno que de verdad me plazca.

—No, no, no lo hagáis —repitió Eudelina—. Prefiero ver a mi hija bajo un velo que bajo tierra.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Clemencia sonrió, casi se rió.

—¿Tanto temor les inspira el rey de Francia a la gente de tu condición? ¿O es que el recuerdo del rey Felipe, tenido por hombre sin piedad, sigue pesando sobre vosotros?

Eudelina sentía tanto afecto por la reina como rencor por Luis el Obstinado, y la ocasión era propicia para demostrar esos sentimientos.

—Todavía no conocéis a mi señor Luis como lo conocemos todos aquí —dijo—; aún no os ha mostrado el revés de su alma. Nadie ha olvidado —añadió bajando la voz— que nuestro señor Luis hizo atormentar a los servidores de su casa después del proceso de la señora Margarita, y que fueron recogidos al pie de la torre de Nesle ocho cadáveres completamente mutilados. ¿Creéis que cayeron por casualidad? No querría que el azar nos empujara, a mi hija y a mí, a caer de la misma manera.

—Son rumores que hacen circular los enemigos del rey...

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Clemencia recordó las alusiones del cardenal Duèze en Aviñón. «¿Me habré casado con un hombre cruel?», se preguntaba.

—Lamento haber hablado demasiado —continuó Eudelina—. Quiera Dios que no os enteréis de nada peor, y que vuestra bondad os deje en la ignorancia.

—¿De qué cosa peor podría enterarme? Algo relacionado con la muerte de Margarita, ¿verdad?

Eudelina se encogió de hombros con expresión de tristeza.

—Sois la única en la corte, señora, que aún ignora lo ocurrido. Si todavía no os han informado es porque algunos aguardan el mejor momento para lastimaros más. La hizo estrangular, se sabe con toda seguridad. En Château-Gaillard nadie se priva de decirlo. Pero al conoceros han acabado por aprobar al rey.

—Dios mío, Dios mío, ¿será posible... que haya matado para casarse conmigo? —Clemencia gimió, ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Ah! No volváis a llorar, señora —suplicó Eudelina—. Pronto va a ser la hora de cenar y no podéis presentaros así. Voy a refrescaros la cara.

Fue a buscar una bacía de agua fresca y un espejo, pasó un paño mojado por las mejillas de la reina y le ató una trenza rubia que se le había deshecho. Sus gestos eran suaves y había en ella una especie de ternura protectora.

Los rostros de las dos mujeres se reflejaron juntos en el espejo; dos rostros con la misma tez rubia y dorada, con los mismos ojos grandes y azules.

—¿Sabes que nos parecemos? —dijo la reina.

—Es el más bello cumplido que me han hecho y quisiera que fuese verdad —respondió Eudelina.

Como la emoción era grande en las dos, y ambas tenían igual necesidad de amistad, el mismo impulso las empujó una hacia la otra y, por un instante, permanecieron abrazadas.

NOTAS

¹ La fortuna de Clemencia de Hungría, tanto en tierras como en joyas, constituida esencialmente por regalos de Luis X, era enorme. Durante la corta duración de su matrimonio, Clemencia recibió no menos de catorce castillos, algunos de los cuales se contaban entre las más importantes residencias reales.

El tenedor y el reclinatorio

Con la barbilla levantada, la sonrisa a flor de labios y vestido con un manto forrado de piel sobre su camisa de noche, Luis X entró en la habitación.

Durante la cena había encontrado a la reina extrañamente taciturna, distante, casi ausente; había seguido la conversación tardíamente y apenas había respondido a las palabras que se le dirigían; pero Luis no se había inquietado. «Las mujeres están sujetas a cambios de humor —se decía—, y el regalo que le traigo le devolverá la alegría.» Era de esos maridos sin imaginación que tienen una pobre idea de sus esposas y creen que todo se arregla con un regalo. Entró haciéndose el gracioso y llevando un pequeño estuche de forma alargada.

Apenas se sorprendió al encontrar a Clemencia arrodillada en el reclinatorio. La reina, por lo general, terminaba sus oraciones de la noche antes de que él entrara. Le hizo una señal con la mano que significaba: «No os preocupéis por mí, acabad en paz», y se situó en el otro extremo de la habitación, haciendo girar el estuche entre las manos.

Pasaban los minutos; el rey tomó una almendra garrapiñada de una copa que había cerca del lecho y se puso a masticar. Clemencia seguía arrodillada. Luis se le acercó y advirtió que ella no rezaba, sino que estaba mirándolo.

—Ved, amiga mía —dijo—, ved la sorpresa que os traigo. ¡Oh! No es una joya, es más bien una rareza, un capricho de orfebrería. Mirad...

Abrió el estuche y sacó un objeto largo y brillante con dos puntas en un extremo. En su reclinatorio, Clemencia dio un respingo.

—¡Eh!, amiga mía —exclamó Luis entre risas—, no tengáis miedo, que esto no se ha hecho para herir; se llama tenedor y sirve, por ejemplo, para comer las peras. Mirad qué bien trabajado está.

Colocó sobre el reclinatorio un tenedor de dos púas de acero muy agudas, sujetas a un mango de marfil y oro cincelados.

La reina no parecía demasiado interesada por el regalo, ni siquiera apreció su novedad. Luis se sintió decepcionado.

—Lo he hecho fabricar —contestó— por mediación de maese Tolomei, quien lo encargó especialmente a un orfebre de Florencia. Parece ser que sólo existen cinco tenedores como éste en el mundo, y he querido que tuvierais uno para que no os ensuciéis vuestros hermosos dedos cuando comáis fruta. Es un objeto propio para damas; los hombres nunca se atreverían a utilizarlo, excepto ese afeminado de Eduardo, mi cuñado de Inglaterra, quien según me han dicho se sirve de él en la mesa sin temor a las burlas.

Confiaba en que sus palabras hubiesen sonado amables y hasta graciosas, y esperaba una sonrisa. Pero Clemencia no se había movido del reclinatorio y no dejaba de mirar a su marido fijamente. Nunca había estado más hermosa; sus largos cabellos dorados le caían hasta la cintura.

—¡Ah! —prosiguió Luis—, maese Tolomei me ha informado de que su sobrino, a quien envié con Hugo de Bouville a Nápoles para recogeros, está curado; pronto emprenderá el camino hacia París, y en cada carta habla a su tío de las delicadezas que tuvisteis con él.

No obtuvo respuesta. «¿Pero qué le ocurre? —se preguntó Luis—; al menos podría darme las gracias.» Con cualquier otra persona que no fuera Clemencia ya habría montado en cólera, pero no se resignaba a ver enturbiada tan pronto su felicidad por una escena matrimonial. Se dominó, e hizo un nuevo intento.

—Esta vez creo que el asunto del Artois se va a arreglar —dijo—. Las cosas se presentan bien. La entrevista en Compiègne, a la que tan dulcemente me acompañasteis, ha dado los resultados que esperaba y muy pronto voy a pronunciar mi arbitraje. Todo se apacigua desde que estáis conmigo.

—Luis —dijo de repente Clemencia—, ¿de qué murió vuestra primera esposa?

Luis se inclinó hacia delante, como si hubiera recibido un golpe en el vientre, y la contempló por un instante, estupefacto.

—Margarita murió..., murió —respondió agitando las manos—, de una fiebre en el pecho que la ahogó, según me dijeron.

—Luis, ¿podéis jurarlo ante Dios?

—¿Qué queréis que jure? —dijo Luis el Obstinado alzando la voz—. No tengo nada que jurar. ¿Adónde pretendéis ir a parar? ¿Qué queréis saber? Os he dicho lo que os he dicho, y os ruego que os contentéis con ello; no tenéis por qué saber más. —Se puso a recorrer la habitación. A la altura del escote de su camisa de noche, la base del cuello había enrojecido; sus grandes ojos pálidos habían adquirido un inquietante centelleo—. ¡No quiero que me hablen de ella! —gritó—. ¡Jamás! Y vos menos que nadie. Os prohíbo, Clemencia, pronunciar ante mí el nombre de Margarita... —Se interrumpió por un exceso de tos.

—¿Podéis jurarme ante Dios —repitió Clemencia con determinación— que vuestra voluntad no tuvo nada que ver con su muerte?

La cólera nublabla enseguida el juicio de Luis. En lugar de negar simplemente y fingir reír, como si se tratara de una suposición absurda y ofensiva, replicó:

—¡Y aunque hubiera sido así! Vos seríais la última en tener derecho a reprochármelo. Es a vuestra abuela a quien deberíais echárselo en cara.

—¿A mi abuela? —murmuró Clemencia—. ¿Qué tiene que ver mi abuela con esto?

Luis comprendió enseguida que acababa de decir una tontería, lo cual no hizo más que aumentar su furia; pero era demasiado tarde para volverse atrás.

—¡Sí, la culpa fue de María de Hungría! —repitió—. Exigió que vuestra boda se celebrara antes del verano. Entonces deseé (entendedlo bien, solamente deseé) que Margarita muriera antes de este tiempo. ¡Expresé mi deseo en voz alta y fue atendido, nada más! Si no lo hubiera hecho, vos no seríais reina de Francia. No os hagáis, pues, la inocente, y no vengáis a censurarme por lo que os ha ido tan bien y os ha situado más arriba que toda vuestra parentela.

—Si hubiera sabido que ése era el precio, jamás hubiese aceptado —exclamó Clemencia—. ¡Por este crimen, Luis, es por lo que Dios no nos da un hijo!

Luis dio media vuelta y se quedó inmóvil, estupefacto.

—Sí, debido a este crimen y a todos los otros que habéis cometido —continuó la reina, levantándose del reclinatorio—. ¡Hicisteis asesinar a vuestra esposa! Hicisteis detener con falsas pruebas al señor de Marigny. Mantenéis en prisión a los legistas de vuestro padre. Hicisteis atormentar a vuestros propios servidores. Atentasteis contra la vida y la libertad de las criaturas de Dios. Por esto, ahora Dios os castiga impidiéndoos engendrar nuevas criaturas.

Luis, estupefacto, la veía avanzar hacia sí. Había, pues, una tercera persona que no se inmutaba con sus arrebatos, en quien no hacía mella su furor y que se le imponía. Su padre, Felipe el Hermoso, lo había dominado por la autoridad; su hermano, el conde de Poitiers, lo dominaba por la inteligencia, y ahora su segunda esposa lo dominaba por la fe. Nunca hubiese imaginado que su juez se le presentaría en la cámara nupcial y bajo la apariencia de aquella mujer tan hermosa, cuyos cabellos rubios volaban como un cometa.

Luis contrajo el rostro en una mueca; parecía un niño a punto de echarse a llorar.

—¿Y qué queréis que haga ahora? —preguntó con voz aguda—. No puedo resucitar a los muertos. ¡No sabéis lo que es ser rey! Absolutamente nada se hace por voluntad mía y vos me culpáis de todo. ¿Qué queréis conseguir? ¿Para qué sirve reprocharme lo que no tiene remedio? Separaos pues de mí, regresad a Nápoles si no podéis tolerar mi presencia. Y esperad que haya Papa para pedirle que anule nuestra unión... ¡Ah, ese Papa! Ese Papa que nunca consiguen elegir —agregó apretando los puños—. ¡No sabéis lo mucho que me ha preocupado esa elección! Nada de esto hubiera ocurrido si hubiera habido un Papa.

Clemencia le puso las manos en los hombros. Era un poco más alta que el rey.

—No puedo pensar en separarme de vos —dijo—. Soy vuestra esposa para compartir vuestra vida, y eso incluye tanto vuestras miserias como vuestras alegrías. Lo que quiero es salvar vuestra alma y moveros al arrepentimiento, sin el cual no hay perdón.

Luis la miró a los ojos, y no vio en ellos más que bondad y compasión. Respiró más tranquilo y la atrajo hacia sí.

—Amiga mía, amiga mía —murmuró—, sois mejor que yo, sí, mucho mejor, y no sabría vivir sin vos. Os prometo enmendarme y lamentar el mal que he podido causar. —Mientras hablaba, hundió la cabeza en el hombro de la reina y le besó el nacimiento del cuello—. Ah, amiga —continuó—, ¡qué buena sois! ¡Qué hermoso es amaros! Os prometo ser como vos queréis. ¡Sí, tengo remordimientos que me causan a menudo grandes terrores! Sólo olvido cuando estoy en vuestros brazos. Venid, amiga mía, venid a que nos amemos.

Intentaba llevarla hacia la cama, pero ella permanecía inmóvil; la sentía crispase, resistirse.

—No, Luis, no —dijo muy bajo—. Tenemos que hacer penitencia.

—Ya haremos penitencia, amiga; ayunaremos tres veces por semana, si queréis. ¡Venid, que estoy deseoso de vos!

La reina se apartó y, como él no la soltaba, cedió una costura de su vestido. El ruido del desgarrón asustó a la reina, que se cubrió con la mano su hombro desnudo y corrió a refugiarse detrás del reclinatorio.

Este movimiento de temor originó en Luis un nuevo acceso de cólera.

—Decidme, de una vez, qué tenéis y qué hay que hacer para complaceros —exclamó.

—No quiero perteneceros antes de ir en peregrinación. Iremos a pie, luego sabremos si Dios nos perdona concediéndonos un hijo.

—¡El mejor peregrinaje para lograr un hijo se hace aquí! —dijo Luis señalando el lecho.

—¡Ah, no os burléis de las cosas de la religión! —respondió Clemencia—. No es así como podéis convencerme.

—Es muy extraña vuestra religión, que os ordena rechazar a vuestro esposo. ¿No os han instruido sobre un deber al que no podéis negaros?

—Comprended...

—¡Sí, os comprendo! —gritó—. Comprendo que me rechazáis. Comprendo que no os plazco, que hacéis conmigo como Margarita...

Y avanzó con los ojos fijos en el tenedor de las aceradas puntas que seguía todavía sobre el reclinatorio. Ella adelantó la mano para recoger el objeto antes de que lo hiciera el rey. Por fortuna, él ni siquiera reparó en ese

gesto; no prestaba atención más que al pánico y la desesperación que lo dominaban.

Luis sólo se sentía seguro de sus facultades viriles junto a un cuerpo dócil. Pensar que era rechazado lo dejaba indefenso; el drama de su primer matrimonio no tenía otro origen. ¿Y si aquella inhibición volvía a presentarse? No hay mayor dolor que verse incapacitado de poseer lo que más se desea. ¿Cómo podía explicar a Clemencia que, para él, el castigo había precedido al crimen? Le aterraba pensar que pudiera ponerse en marcha nuevamente el horrible engranaje de negativas, impotencia y odio. Dijo como para sí:

—¿Será verdad que estoy maldito y condenado a no ser amado por quien amo?

Con los ojos cerrados, temblorosa todavía, Clemencia pensaba: «Y yo he creído que me quería matar.»

Entonces, cediendo a una vaga vergüenza tanto como a la compasión, se apartó del reclinatorio y dijo:

—Está bien, haré lo que os plazca.

Y fue a apagar las velas.

—Dejad encendidos los cirios —dijo Luis.

—¿De verdad, Luis, queréis?

—Dejad caer vuestro vestido.

Decidida ahora a toda sumisión, Clemencia se desnudó por completo, con la sensación de que obedecía al diablo. Si Luis estaba condenado, ella participaría en su condenación. Él llevó hacia el lecho aquel hermoso cuerpo de modeladas formas sobre el cual tenía de nuevo pleno poder. Para dar las gracias a Clemencia murmuró:

—Os prometo, amiga mía, os prometo poner en libertad a Raúl de Presles y a todos los legistas de mi padre. ¡En el fondo, siempre queréis las mismas cosas que mi hermano Felipe!

Clemencia pensó que su complacencia sería motivo de algún bien y que, a falta de penitencia, serían puestos en libertad algunos prisioneros.

Pero aquella noche un gran grito se estrelló contra el techo de la cámara nupcial. Después de cinco meses de casada, la reina Clemencia acababa de

descubrir que no era reina sólo para ser desdichada y que las puertas del matrimonio podían abrirse a deslumbramientos desconocidos.

Permaneció largos minutos extenuada, jadeante, maravillada, ausente de sí misma, como si el mar de su costa natal la hubiera depositado en una playa dorada. Y fue ella quien buscó el hombro del rey para adormecerse, mientras Luis, loco de agradecimiento por el placer que ella acababa de dispensarle, y sintiéndose más rey que el día de su coronación, conocía la primera noche de insomnio sin sentir la obsesión de la muerte.

Pero ésa fue una felicidad fugaz. Desde el día siguiente, sin el auxilio de su confesor, asoció indisolublemente el placer al pecado. Sin duda era de naturaleza más nerviosa de lo que parecía, porque a partir de entonces la proximidad de su esposo le causaba intolerables dolores que la incapacitaban para aceptar el homenaje real, no por negativa de su voluntad, sino por intolerancia de su cuerpo. Sinceramente se entristecía, se excusaba por ello y hacía vanos esfuerzos para saciar los insistentes ardores de Luis.

—Os aseguro, mi dulce señor —le decía—, que no podré mientras no vayamos en peregrinación.

—Pues bien, iremos, amiga mía; iremos pronto y tan lejos como queráis, y con una cuerda al cuello si os place; pero antes dejadme arreglar el asunto del Artois.

El arbitraje

La antevíspera de Navidad, en la sala más amplia de la mansión de Vincennes, transformada para la ocasión en sala de justicia, se hallaban reunidos pares, señores y legistas esperando al rey.

Por la mañana había llegado una delegación de barones del Artois, al frente de la cual estaban Kiérez y Fiennes, así como los inseparables Souastre y Caumont. Parecía que todo estaba arreglado. Los enviados del rey habían hecho un buen trabajo, multiplicando sus diligencias entre los adversarios; el conde de Poitiers había inspirado prudentes soluciones y había aconsejado a su suegra ceder en varios puntos para llevar la paz a sus dominios.

Obedeciendo las instrucciones del rey, a decir verdad bastante vagas, pero generosas en su intención —«No quiero que se derrame más sangre; no quiero que se retenga injustamente a más gente en los calabozos; quiero que se devuelva a cada uno lo que le pertenece y que la cordialidad y amistad reinen en todas partes»—, el canciller Esteban de Mornay había redactado una larga sentencia de la que Luis el Obstinado se sintió infinitamente orgulloso, como si él personalmente hubiera dictado todos sus artículos.

Paralelamente, Luis X mandaba poner en libertad a Raúl de Presles y a otros seis consejeros de su padre que se pudrían en una prisión desde el mes de abril. Esa política bondadosa lo había llevado, a pesar de la oposición de Carlos de Valois, a perdonar a la mujer y al hijo de Enguerrando de Marigny, ambos encarcelados hasta entonces.

Tal cambio de actitud sorprendía a la corte. El mismo rey fue a recibir a Luis de Marigny, lo abrazó en presencia de la reina y de varios dignatarios, y le dijo:

—Ahijado, el pasado está olvidado.

El rey empleaba ahora esta fórmula a cada momento, como si quisiera persuadirse y persuadir a los demás de que habían empezado una nueva fase de su reinado.

Aquella mañana se sentía particularmente en paz con su conciencia mientras le colocaban su corona y ponían sobre sus hombros el gran manto flordelisado.

Mateo de Trye le entregó la mano de la justicia, de oro y con dos dedos levantados.

—¡Cómo pesa! —exclamó Luis—. La encontré más ligera el día de la coronación.

—Señor, ¿queréis recibir primero al maestro Martín, que acaba de llegar de París, o lo veréis después del consejo? —preguntó el gran chambelán.

—¿Ha llegado el maestro Martín? —quiso saber Luis—. Quiero verlo aquí. Que me dejen a solas con él.

El personaje que entró era un hombre de unos cincuenta años, bastante corpulento, de tez muy morena y ojos soñadores. Aunque vestía de manera muy sencilla, casi como un monje, en su porte, en sus gestos untuosos y seguros a la vez, en su forma de recoger el manto en el brazo y de inclinarse al saludar había algo de oriental. Maestro Martín había viajado mucho en su juventud, había llegado hasta Chipre, Constantinopla y Alejandría. No se tenía la absoluta certeza de que hubiera llevado siempre el nombre de Martín con el que se le conocía.

—¿Habéis aclarado la cuestión que os encargué? —le preguntó sin más preámbulo el rey.

—Lo he hecho, alteza, muy honrado de haber sido consultado por vos.

—Entonces, decidme la verdad, aunque sea mala; no temo escucharla.

Un astrólogo como el maestro Martín sabía qué significaba aquello, sobre todo viniendo de un rey.

—Señor —respondió—, nuestra ciencia no es exacta y, si bien los astros no mienten nunca, nuestro entendimiento puede equivocarse al observarlos. De todos modos, no encuentro fundamento para vuestra inquietud, y nada parece impedir que tengáis descendencia. El cielo de vuestro nacimiento os es más bien favorable en este punto, y en él los astros están dispuestos en buena forma para la paternidad. En efecto, Júpiter está en la punta de

Cáncer, lo que es signo de fecundidad y, además, ese Júpiter de vuestro nacimiento forma un triángulo amistoso con la Luna y el planeta Mercurio. No debéis, pues, renunciar a la esperanza de engendrar. Por el contrario, la oposición que la Luna hace a Marte no indica para el hijo que tendréis una vida exenta de dificultades, y será necesario rodearlo desde sus primeros días de grandes cuidados y fieles servidores.

El maestro Martín se había ganado una gran fama al anunciar con mucho tiempo de adelanto, aunque con palabras vagas, la muerte del rey Felipe el Hermoso, que había de coincidir con el eclipse de noviembre de 1314. Había escrito: «Un poderoso monarca de occidente...», guardándose muy bien de precisar. Luis X lo tenía, desde entonces, en gran estima.

—Vuestra información me es preciosa, maestro Martín, y vuestras palabras me confortan. ¿Habéis podido discernir el momento más favorable para concebir a los herederos que deseo?

El astrólogo hablaba despacio para tener tiempo de encontrar para sus respuestas el giro más adecuado.

—Hablemos solamente del primero, señor, porque sobre los otros no podría responderos con suficiente seguridad... Me falta la hora del nacimiento de la reina, que ella no sabe y que nadie me ha podido dar; pero no creo cometer un gran error si os digo que antes de la entrada del sol en Sagitario os nacerá un hijo, lo que sitúa el tiempo de la concepción a mediados de febrero aproximadamente.

—Conviene, pues, apresurarme a hacer la peregrinación de San Juan de Amiens, que tanto desea la reina. ¿Y cuándo creéis, maestro Martín, que debo reemprender la guerra contra los flamencos?

—Creo que en esto, señor, debéis seguir la inspiración de vuestra sabiduría. ¿Habéis elegido fecha?

—Espero reunir el ejército antes del próximo agosto.

La soñadora mirada del astrólogo permaneció un instante clavada sobre el rey, su corona y la mano de justicia, que parecía molestarlo y que llevaba al hombro como un jardinero lleva la azada.

—Para llegar al mes de agosto habrá que pasar junio... —murmuró—, puede que los flamencos hayan dejado de inquietaros para entonces.

—¡Ya lo creo! —exclamó Luis—. Con el gran miedo que les inspiré el verano pasado se someterán sin presentar batalla antes de la estación de las cabalgatas.

Causa una extraña impresión ver a un hombre, teniendo la casi plena seguridad de que antes de seis meses habrá muerto, y oírle hacer inútiles proyectos para un porvenir que probablemente no verá. «Si llega a noviembre...», se decía Martín. Porque aparte del temible paso de junio, el astrólogo había descubierto un segundo aspecto funesto, una maligna dirección de Saturno a los veintisiete años y cuarenta y cuatro días del nacimiento del rey. «Dos conjunciones fatales con seis meses de intervalo. Si verdaderamente engendra, la segunda coincidirá con el nacimiento del niño... De todas formas, tales cosas no pueden decirse.»

Sin embargo, antes de partir con la bolsa que el rey acababa de entregarle, Martín se creyó obligado a añadir:

—Señor, una palabra más para la conservación de vuestra salud. Cuidaos del veneno, sobre todo al declinar la primavera.

—Entonces, ¿debo abstenerme de comer hongos? Me gustan mucho; pero a veces me han causado desarreglos intestinales. —A continuación, preocupado de repente añadió—: ¡Veneno!... ¿Queréis decir... la mordedura de alguna víbora?

—No, señor, me refiero a los alimentos.

—¡Ah, bien!, gracias por vuestro consejo, maestro Martín.

Inmediatamente, mientras se dirigía a la sala de justicia, Luis ordenó a su chambelán que redoblaran la vigilancia en las cocinas, que se surtiera solamente de comestibles de segura procedencia y que hiciera probar todos los platos dos veces en lugar de una antes de servirlos.

Luego entró en la gran sala, todos se levantaron y se mantuvieron en pie hasta que se instaló bajo el dosel.

Sentado en el trono, con los faldones del manto recogidos sobre las rodillas, Luis se sentía en aquel instante como el Señor del Cielo de las vidrieras de las iglesias. A derecha e izquierda, sus barones bellamente vestidos inclinaban devotamente la cabeza. A pesar de todo, había momentos de satisfacción en el oficio de rey, y Luis prolongaba su placer.

«He aquí —pensaba—, que voy a dictar sentencia y todo el mundo se conformará, y así se restablecerá la paz y la buena armonía entre mis súbditos.»

Ante él estaban las dos partes que habían dado lugar al arbitraje. Por un lado, la condesa Mahaut, que llevaba una corona que descollaba entre los consejeros apiñados en torno a ella. Por otro, la delegación de los «aliados» del Artois. Había en ellos cierta falta de uniformidad en su manera de presentarse pues, aunque llevaban sus mejores vestidos, no eran todos de última moda. Aquellos pequeños señores tenían un aire provinciano. Souastre y Caumont se habían presentado como para ir de torneo, y se sentían un poco embarazados con sus yelmos que sostenían con la mano ante el pecho.

Los grandes barones designados para acompañar al rey habían sido elegidos prudentemente a partes iguales entre los partidarios de ambos bandos. Carlos de Valois y su hijo Felipe, Carlos de la Marche, Luis de Clermont, Berardo de Mercoeur y, sobre todo, Roberto de Artois eran partidarios de los aliados. Se sabía que, por otra parte, Felipe de Poitiers, Luis de Evreux, Enrique de Sully, los condes de Boulogne, de Saboya, de Forez y el señor Miles de Noyers apoyaban a Mahaut.

—*In nomine patris et filii...*

Los asistentes se miraron, sorprendidos. Era la primera vez que el rey abría su consejo con una plegaria y solicitaba para sus decisiones las luces divinas.

—Nos lo han cambiado —susurró Roberto de Artois a Felipe de Valois—. Miradlo, parece un obispo en el púlpito.

—Mis muy queridos hermanos, mis muy queridos tíos, mis buenos primos y mis bien amados vasallos. Tenemos el gran deseo, y el deber, por mandato de Dios, de mantener la paz en nuestro reino y condenar la división entre nuestros súbditos...

Luis, que a menudo tartamudeaba en público, se expresaba ahora de manera lenta pero clara; verdaderamente se sentía inspirado, y al escucharlo aquel día cabía preguntarse si su verdadero destino no hubiera sido el de un buen cura de aldea.

Se volvió primero hacia la condesa Mahaut y le rogó que siguiera sus consejos.

—Señor, nada deseo tanto como la concordia y ansío poder complaceros en todo —respondió ella.

El rey se volvió a continuación hacia los aliados y les hizo la misma recomendación.

—Señor —respondió Gerardo Kiérez—, no queremos más que el apaciguamiento y mostrarnos vuestros fieles vasallos.

Luis miró a sus tíos, hermanos y primos como si les dijera: «Ved lo bien que he sabido arreglar las cosas.»

Acto seguido se sentaron los miembros de la asamblea, y el canciller Esteban de Mornay leyó la sentencia de arbitraje que empezaba con una declaración de intenciones.

El pasado, según aquella fórmula tan apreciada por el rey, estaba olvidado. Odios, ofensas y rencores quedaban perdonados por una y otra parte. La condesa Mahaut reconocía sus obligaciones para con sus súbditos, se comprometía a mantener la paz en el Artois, a no tomar represalias con los aliados, ni buscar ocasión de causarles daño o molestias; aceptaría, como había hecho el rey, las costumbres en uso en tiempos de san Luis, y aceptaría también que se probaran ante ella por gente digna de crédito, caballeros, clérigos, burgueses, abogados...

Luis apenas escuchaba. Después de dictar la primera frase, le parecía haber hecho todo. El detalle de las disposiciones jurídicas, cuya redacción había dejado a Mornay, no le interesaba. Su pensamiento iba por otros derroteros. Contando con los dedos, pensaba: «Febrero, marzo, abril, mayo..., entonces el heredero me nacerá hacia noviembre...»

—«Si hay alguna queja contra la condesa —leía Esteban de Mornay—, el rey hará examinar por los investigadores si la queja es fundada y, en ese caso, si la condesa se niega a acatar la justicia, el rey la obligará. La condesa, por otra parte, deberá, en las multas que reclame, declarar el monto para cada delito. La condesa tendrá que entregar a los señores las tierras que retiene sin sentencia a su favor...»

Mahaut comenzó a agitarse, pero los cuatro hermanos Hirson —el canciller, el tesorero, el administrador y el bailío— la calmaron.

—¡No se habló de esto en la reunión de Compiègne! —decía Mahaut.

—Es preferible perder un poco que perderlo todo —le susurró Denis.

El recuerdo del paseo que hubo de hacer encadenado el día de la muerte del sargento Cornillot lo inclinaba al compromiso.

Mahaut se arremangó y siguió escuchando, conteniendo la cólera.

La lectura duraba ya casi un cuarto de hora, cuando un estremecimiento de interés recorrió la sala; Mornay abordaba el tema de Thierry de Hirson. Todas las miradas se dirigieron hacia el canciller de Mahaut y sus hermanos.

—«... En lo que respecta al señor Thierry de Hirson, que los aliados reclaman que sea juzgado, el rey decide que se lleven las acusaciones ante el obispo de Thérouanne, del que depende el señor Thierry; sin embargo, no podrá presentar su defensa en el Artois, porque el antedicho señor Thierry es muy odiado en el país. Sus hermanos, hermanas y sobrinos no podrán volver tampoco al Artois mientras no sea fallado el juicio por el obispo de Thérouanne y confirmado por el rey...»

A partir de ese momento, los Hirson abandonaron la actitud conciliadora que habían conservado hasta entonces.

—¡Fijaos en vuestro sobrino! ¡Observad su triunfo! —dijo Pedro, el baile de Arras.

En efecto, Roberto de Artois intercambiaba sonrisas con sus primos de Valois.

—¡Aún no se ha dicho todo, amigos míos, aún no se ha dicho todo! —murmuró Mahaut, con la mandíbula apretada—. ¿Creéis que voy a abandonaros, Thierry?

Cuando se acabó la lectura de la sentencia de arbitraje, el obispo de Soissons, que había participado en las negociaciones, se adelantó con el Evangelio en la mano y lo presentó a los barones. Éstos se levantaron a la vez y tendieron la mano derecha, mientras Kiérez, en su nombre, juraba sobre el libro sagrado respetar escrupulosamente el arbitraje del rey. Luego, el obispo se acercó a Mahaut.

El pensamiento del rey en ese momento viajaba por los caminos. «Haremos a pie las últimas leguas de ese peregrinaje a Amiens, y el resto en carreta. Necesitaremos botas forradas. Además llevaré mis cocineros y salseros, pues debo guardarme de los venenos... Esperemos que Clemencia esté libre de los dolores que la entorpecen para el amor.» Soñaba con la

vista puesta en los dedos de oro de la mano de la justicia cuando escuchó a Mahaut gritar de repente:

—¡Me niego a jurar! ¡No aceptaré esta nefasta sentencia!

Un gran silencio cayó sobre la asamblea, sobrecogida por la audacia de esta negativa lanzada a la cara del soberano. Se preguntaban qué terrible sanción iba a formular la boca real.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luis, inclinándose hacia el chambelán—. ¿Por qué se niega? El arbitraje me parece justo.

Miraba a los asistentes con aire ausente, más sorprendido que contrariado.

Entonces Roberto de Artois se levantó e hizo oír su vozarrón:

—Señor, primo mío, ¿vais a permitir que se os desafíe y se os abofetee? Nosotros, vuestros parientes y consejeros, no lo toleraremos. Ved el agradecimiento que se os tiene por ser bondadoso. Sabéis que por mi parte era opuesto a todo acuerdo amigable con la señora Mahaut, de quien me avergüenzo que sea de mi sangre. Porque toda la benevolencia que se le dispensa no hace más que animarla a realizar mayores villanías. ¿Me creeréis por fin, mis señores —continuó tomando a la asamblea por testigo—, me creeréis por fin cuando afirmo, como vengo haciendo desde hace tantos años, que he sido engañado, traicionado, expoliado por ese monstruo de hembra que no respeta ni el poder del rey ni el poder de Dios? ¿Cabe asombrarse de la actitud de una mujer que no obedeció la voluntad de su padre moribundo y se apropió de bienes que no le pertenecían, aprovechándose de mi infancia para despojarme?

Mahaut, en pie, con los brazos cruzados, miraba a su sobrino con desprecio y cólera mientras, a dos pasos de ella, el obispo de Soissons dudaba en si dejar o no el pesado Evangelio.

—¿Señor, sabéis por qué —continuó Roberto— la señora Mahaut rechaza hoy el arbitraje que aceptó ayer? Porque habéis añadido una sentencia contra Thierry de Hirson, contra esa alma vendida y condenada, contra ese bribón cuyos pies deben de tener pezuñas de demonio. Fue él quien, por mandato de la señora Mahaut, trabajó y falsificó de tal forma los escritos que me hizo perder mi herencia. El secreto de sus malas acciones los ha unido tan vergonzosamente que la condesa Mahaut ha tenido que beneficiar a todos los hermanos y parientes de Thierry, que se ceban en este

desdichado pueblo del Artois, tan próspero en otro tiempo, tan miserable ahora que no tiene otro recurso que la rebelión.

Los aliados escuchaban con el rostro iluminado, y parecía que estaban a punto de aclamar a Roberto, quien, con el mismo énfasis, agregó:

—Si tenéis el atrevimiento, si tenéis la audacia, señor, de perjudicar a Thierry, de quitarle la mínima parte del fruto de sus robos, de amenazar la uña pequeña del dedo pequeño del más pequeño de sus sobrinos, ahí está la señora Mahaut enseñando sus garras y dispuesta a escupir al rostro de Dios. ¡Porque los votos de su bautismo y la pleitesía que os rindió, rodilla en tierra, no significan nada en comparación con su sumisión a Thierry de Hirson, que es su verdadero señor feudal!

Mahaut no se había inmutado.

—La mentira y la calumnia, Roberto, se deslizan por tu boca como la saliva —dijo calmamente la condesa—. Ten cuidado en no morderte la lengua, porque podrías morir.

—¡Callaos, señora! —gritó bruscamente Luis el Obstinado—. ¡Callaos! ¡Me habéis engañado! Os prohíbo volver al Artois si no aceptáis la sentencia que acabo de dictar, y que, como todo el mundo me ha dicho, es una buena sentencia. Hasta entonces residiréis en París o en Conflans, y en ninguna otra parte. Basta por hoy; he pronunciado mi sentencia.

Sufrió un violento ataque de tos, que lo obligó a encogerse en el trono.

—¡Así reviente! —dijo Mahaut entre dientes.

El conde de Poitiers no había pronunciado una sola palabra. Balanceaba una pierna y se acariciaba pensativamente la barbilla.

TERCERA PARTE

EL TIEMPO DEL COMETA

OceanofPDF.com

El nuevo dueño de Neauphle

Dos días después de la festividad de Reyes, que era jornada de mercado, reinaba una gran agitación en la banca lombarda de Neauphle-le-Château. Limpiaban la casa de arriba abajo; el pintor del pueblo daba una mano de pintura a la gruesa puerta de entrada; se lustraban los cofres cuyas barras de hierro brillaban más que la plata; se pasaba la escoba a lo largo de los frisos para quitar las telarañas; se encalaban las paredes y se enceraban los mostradores. Los empleados buscaban los registros esparcidos, las balanzas y las fichas de contar, y tenían que esforzarse para conservar la calma ante la clientela.

Una joven de unos diecisiete años, alta, de hermosas facciones y mejillas encendidas por el frío, cruzó el umbral y se detuvo, sorprendida por aquel bullicio. Por el manto con que se abrigaba, por el broche de plata que llevaba en el cuello y por su porte se adivinaba que era hija de la nobleza. Los lugareños se descubrieron la cabeza al verla.

—¡Ah, señorita María! —exclamó Ricardo, el primer empleado—. ¡Sed bienvenida! Entrad y calentaos. Vuestro cesto está preparado, como todas las semanas; pero con este trajín lo he guardado.

Hizo pasar a la joven a una pieza contigua, que servía de sala común a los empleados de la banca y donde había un gran fuego. De una alacena sacó un canasto de mimbre cubierto con una tela.

—Nueces, aceite, tocino, especias, harina de trigo, guisantes secos y tres grandes salchichas —dijo—. Mientras nosotros tengamos alimentos, a vos no os faltarán. Son órdenes del señor Guccio. Y, como de costumbre, lo añadido todo a su cuenta... El invierno comienza a hacerse largo y mucho me sorprendería que no acabase en hambre, como el año pasado. Sin embargo, este año estaremos mejor provistos.

María tomó el cesto.

—¿Ninguna carta? —preguntó.

El primer empleado sacudió la cabeza con fingida tristeza.

—No, hermosa dama, esta vez no hay carta. —Sonrió al ver la decepción que se retrataba en el rostro de María, y añadió—: No hay carta; pero sí una buena noticia.

—¿Está curado? —exclamó la joven.

—¿Por qué creéis que hacemos todos estos preparativos, en pleno enero, cuando nunca se pinta antes de abril?

—Ricardo, entonces ¿es verdad? ¿Llega vuestro amo?

—Sí, viene; ya está en París y nos ha anunciado que llegará mañana.

—¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy al saber que volveré a verlo! —Luego, conteniéndose, como si con su explosión de alegría hubiera faltado al pudor, agregó—: Toda mi familia se alegrará de verlo de nuevo.

—Ha pedido que le preparemos alojamiento. Venid, María, quiero que me deis vuestra opinión sobre la habitación que le hemos preparado y que me digáis si la encontráis de vuestro gusto.

La condujo al piso y abrió la puerta de una habitación amplia y baja, las vigas de cuyo techo acababan de encerar. Estaba amueblada con piezas de encina bastante toscas, una cama estrecha pero cubierta con un rico brocado de Italia, algunos objetos de estaño y un candelabro. María contempló la estancia por unos momentos y dijo:

—Todo está muy bien; pero espero que vuestro amo tenga pronto su residencia en la mansión.

Ricardo sonrió de nuevo.

—También yo lo espero —admitió—. Os aseguro que todo el mundo está muy intrigado con la llegada del señor Guccio y con la noticia de que va a quedarse a vivir aquí. Desde ayer, no cesa de entrar gente con cualquier pretexto, molestándonos por nada, como si en el burgo nadie más fuera capaz de contarles el cambio de los doce dineros de un sueldo. Todo para embelesarse con los trabajos que realizamos en la casa y hacernos explicar el motivo. Hay que decir que el señor Guccio es muy querido en este país desde que echó al preboste Portefruit, de quien todos se quejaban. Será muy bien recibido, y creo que se convertirá en el verdadero dueño de Neauphle,

después de vuestros hermanos, naturalmente —añadió, acompañando a la joven hasta la puerta del jardín, por donde la hizo salir.

Nunca le había parecido a María más corto el camino que separaba el burgo de Neauphle de la mansión de Cressay. «Viene... viene... viene... —se repetía como si cantara mientras saltaba de rodada en rodada—. Viene, me ama y pronto nos casaremos. Va a ser el verdadero dueño de Neauphle.» El cesto de víveres no le pesaba en el brazo.

Al entrar en el patio de Cressay, encontró a su hermano Pedro, que salía de las cuadras.

—¡Viene! —le gritó.

—¿Quién viene?

Era la primera vez que desde hacía varios meses veía a su hermana demostrar verdadera alegría.

—¡Guccio!

—¡Ah! ¡Buena noticia! —exclamó Pedro de Cressay—. Es un buen compañero y tendré gran placer en volver a verlo.

—Viene a quedarse en Neauphle. Su tío le ha cedido la banca. Y sobre todo... —Se interrumpió. Pero, incapaz de guardar su secreto por más tiempo, atrajo la cara mal afeitada de su hermano, lo abrazó y agregó—: Va a pedir mi mano.

—¡Ah, vaya! —exclamó Pedro—. ¿Y de dónde has sacado esa idea?

—No es una idea. Lo sé... lo sé... lo sé...

Atraído por el ruido, Juan de Cressay, el hermano mayor, salió de la cuadra donde estaba limpiando su caballo. En la mano llevaba un haz de paja.

—¡Parece, Juan, que nos llega un cuñado de París! —dijo el hermano menor.

—¿Un cuñado? ¿Cuñado de quién?

—¡Nuestra hermana ha encontrado marido!

—Eso sí que es una buena noticia —repuso Juan.

Entraba en el juego, creyendo que se trataba de una broma.

Pedro de Cressay era rubio como su hermana, Juan tenía el pelo castaño y llevaba barba, espesa y mal cuidada.

—¿Y cómo se llama ese poderoso barón que ambiciona unirse con nuestras ruinosas torres y nuestra gran fortuna en deudas? —continuó—. Espero al menos, hermana mía, que sea rico, ya que lo necesitamos mucho.

—Lo es —dijo María—. Se trata de Guccio Baglioni.

Por la mirada que le lanzó su hermano mayor, tuvo la inmediata certeza de haber provocado un drama. De repente sintió frío y le empezaron a zumbar los oídos.

Juan de Cressay siguió fingiendo durante unos segundos que se tomaba el asunto a broma; pero el tono de su voz había cambiado. Deseaba saber qué razón tenía su hermana para hablar de aquella manera. ¿Había tenido con él relaciones o palabras que rebasaban los límites de la honestidad? ¿Le había escrito sin saberlo la familia?

A cada pregunta, María respondía con una vaga negación que escondía muy mal su turbación, cada vez más creciente. El mismo Pedro se sentía incómodo. «Debería haberme callado», se decía.

Entraron los tres en la gran sala de la mansión, donde su madre, la señora Eliabel, hilaba lana junto a la chimenea. La castellana había recobrado su robustez natural gracias a las vituallas que cada semana, desde la escasez del invierno anterior, les hacía llegar Guccio.

—Sube a tu habitación —dijo Juan de Cressay a su hermana.

Como hermano mayor tenía autoridad de jefe de familia. Cuando salió María y se oyó cerrar la puerta de su habitación en el piso, Juan puso a su madre al corriente de lo que acababa de saber.

—¿Estáis seguro, hijo mío? ¿Es posible? —exclamó—. ¿A quién se le ocurre la loca idea de que una joven de nuestro rango, cuyos antepasados pertenecen a la caballería desde hace dos siglos, pueda casarse con un lombardo? Estoy segura de que ese joven Guccio, quien, por otra parte, es muy agradable y tiene bellas maneras, nunca ha pensado en eso.

—No sé si él lo ha pensado, madre mía —respondió Juan—, pero sí sé que María lo piensa.

La señora Eliabel se sonrojó.

—¡Esa pequeña ve visiones! —exclamó—. Si ese joven, hijos míos, ha venido tantas veces a visitarnos y nos ha demostrado tanta amistad, es porque tiene más interés, creo yo, por vuestra madre que por vuestra

hermana. ¡Oh!, sin ninguna deshonestidad —se apresuró a añadir—, y sin que haya pasado por sus labios ninguna palabra ofensiva. Son cosas que una mujer adivina, y he comprendido que me admiraba... —Se incorporó en su asiento, hinchando el pecho.

—Yo no estoy seguro, madre —respondió Juan de Cressay—. Recordad que durante la última estancia de Guccio lo dejamos solo varias veces con nuestra hermana cuando parecía estar tan enferma, y que a partir de entonces ella recobró la salud.

—Quizá fue porque desde aquel momento empezó a quitarse el hambre, y nosotros con ella —observó Pedro.

—Sí, pero advertid que, desde entonces, siempre hemos tenido noticias de Guccio a través de María. Su viaje a Italia, su accidente... Ricardo siempre informa a María y nunca a nosotros. Y luego su insistencia en ir ella misma a buscar los víveres a la banca. Os digo que detrás de todo esto hay alguna maquinación sobre la que no hemos tenido los ojos bastante abiertos.

La señora Eliabel dejó la rueca, sacudió los hilos de lana de su falda y, levantándose, declaró con tono ultrajado:

—Sería en verdad gran villanía por parte de ese jovenzuelo haber usado su mal adquirida fortuna para sobornar a mi hija, pretendiendo comprar nuestra alianza con algunos alimentos o vestidos, cuando el honor de ser nuestro amigo debería pagarle con creces.

Pedro de Cressay era el único de la familia que carecía de sentido de la realidad. Era sencillo y leal, y no tenía prejuicios. Lo irritaban las manifestaciones que oía, cargadas de mala fe, celos y vanas pretensiones.

—Parece —dijo— que los dos olvidáis que seguimos debiendo trescientas libras al tío de Guccio, el cual nos hace la gracia de no reclamárnoslas. Y si el preboste Portefruit no nos embargó, se lo debemos a Guccio. Recordad también que nos ha evitado morir de hambre con todas sus vituallas, que nunca hemos pagado. Antes de alejarlo, pensad un poco si podéis pagar. Guccio es rico, y con los años lo será todavía más. Cuenta con gran protección, y si el rey de Francia lo encontró de buena apariencia para unirlo a la embajada que fue a Nápoles a buscar la nueva reina, no veo por qué nosotros hemos de pretender ser inaccesibles.

Juan se encogió de hombros.

—Eso lo sabemos por María —dijo—. Y fue con la embajada como mercader, para atender su negocio.

—¡Y aunque el rey lo haya enviado a Nápoles, no por eso le va a dar su hija! —exclamó la señora Eliabel.

—Mi pobre madre —replicó Pedro—. María no es hija del rey de Francia, que yo sepa. Ciertamente es hermosa...

—¡No venderé a mi hermana por dinero! —gritó Juan de Cressay.

Sus ojos brillaban entre el hirsuto vello.

—No, no la venderás —replicó Pedro—, pero elegirías para ella un carcamal, sin que te ofendiera que fuera rico, a condición de que llevara espuelas en sus talones gotosos. ¡Si ella ama a Guccio, tú no la vendes! ¿La nobleza? ¡Bah! Nosotros dos nos bastamos para mantenerla. Por mi parte os digo que no vería con malos ojos ese matrimonio.

—¿Y tampoco verías con malos ojos a tu hermana instalada en Neauphle, en nuestro feudo, detrás de un mostrador de banca, calculando el vellón y traficando en especias? Dices desatinos, Pedro, y me pregunto de qué te viene el poco respeto que tienes por lo que somos —dijo la señora Eliabel—. De todas formas, mientras yo viva, no consentiré tan desigual matrimonio, y tu hermano tampoco. ¿No es así, Juan?

—Por supuesto, madre. Ya lo hemos discutido bastante, y ruego a Pedro que no hable nunca más de esto.

—Está bien, está bien. Tú eres el mayor, haz lo que creas conveniente —dijo Pedro.

—¡Un lombardo, un lombardo! —continuó la señora Eliabel—. ¿Decís que viene ese joven Guccio? Dejadme a mí, hijos míos. El crédito y los favores que le debemos nos impiden cerrarle la puerta. Está bien, lo recibiremos; pero si él es pícaro, yo lo seré más. Me encargaré de quitarle las ganas de volver otra vez, si es que lo hace por el motivo que nos tememos.

El recibimiento de la señora Eliabel

Al alba del día siguiente parecía que la fiebre que reinaba en la banca de Neauphle había invadido la mansión de Cressay. La señora Eliabel metía prisa a su sirvienta, y seis campesinos de la vecindad habían sido obligados a trabajar gratuitamente durante una jornada. Fregaban los suelos, arreglaban las mesas como para una boda, apilaban a ambos lados de la chimenea troncos cortados. La cuadra rebosaba de paja fresca y se barría el patio. En la cocina, un jabato y un carnero enteros daban vueltas en el asador, mientras se cocían pasteles en el horno. En la aldea se extendía el rumor de que los Cressay esperaban a un enviado del rey.

El aire era frío, ligero, con un poco de ese sol de enero que alegra los desnudos ramajes y pone en las charcas de los caminos unas cuantas gotas de luz.

Guccio llegó hacia el final de la mañana, cubierto con un manto forrado de buena piel, tocado con una gran caperuza de paño verde que le caía sobre la espalda, y montado en su hermoso caballo bayo, bien alimentado y finamente enjaezado. Iba acompañado por un criado y en todo daba la impresión de ser un hombre rico.

Encontró a la señora Eliabel y a sus dos hijos vestidos de fiesta. La acogida que le dispensaron, la solicitud de los sirvientes, los abrazos de la señora Eliabel, los preparativos en el cobertizo y en la casa le parecieron buen augurio. Seguramente María había hablado a su familia. Sabían para qué venía, y lo trataban ya como prometido. Sólo Pedro de Cressay parecía un poco turbado.

—Mis buenos amigos —exclamó Guccio—, me alegra enormemente volver a veros. Pero no era necesario que os metierais en tantos gastos. Tratadme como si fuera de la familia.

Esta frase disgustó a Juan, quien intercambió una mirada con su madre.

Guccio había cambiado un poco de aspecto. De su accidente conservaba una ligera rigidez en la pierna derecha que no dejaba de darle cierta altiva elegancia a su andar. Las semanas de inmovilización en el lecho del hospital habían favorecido un último empujón de crecimiento. Sus rasgos eran más marcados y su rostro tenía una expresión más seria y madura. Se había desvanecido la adolescencia y había adquirido apariencia de hombre.

Pero no había perdido su aplomo de antes, al contrario, le costaba menos imponerse a los demás. Hablaba con menos acento italiano y con más lentitud, aunque con los mismos gestos.

Mirando las paredes de la casa como si ya fuera su dueño, preguntó a los hermanos Cressay si tenían intención de efectuar algunas reparaciones en la mansión.

—He visto en Italia —dijo— unos techos que harían aquí el mejor efecto. ¿No pensáis reconstruir vuestro cuarto de baño? Hoy en día se construyen pequeños y tienen todas las comodidades. A mi juicio, esto es indispensable para el cuidado del cuerpo entre la gente de calidad.

Daba por sobrentendido: «Estoy dispuesto a pagaros todo esto, porque me gusta vivir así.» Igualmente tenía sus ideas sobre el mobiliario y la tapicería que había que colgar en los muros para alegrarlos. Aquella osadía comenzaba a irritar de verdad a Juan de Cressay, y hasta el mismo Pedro creía que hablar de rehacer toda la casa, cuando acababa de llegar, era ir un poco deprisa.

Guccio miraba unas cosas y otras desde hacía media hora, y María seguía sin aparecer. «Tal vez —pensó— deba declararme antes...»

—¿Tendré el placer de ver a María? ¿Nos acompañará en la comida?

—Por supuesto, por supuesto; está arreglándose y enseguida bajará —respondió la señora Eliabel—. Vais a encontrarla muy cambiada; se siente muy feliz.

Guccio se levantó; el corazón le latía con fuerza.

—¿De verdad? —exclamó—. ¡Oh, señora Eliabel, qué alegría me dais!

—Sí, nosotros también nos alegramos de poder celebrar nuestra noticia con un amigo como vos. Nuestra querida María se ha prometido... —Hizo una pausa—. Se ha prometido a uno de nuestros parientes, el señor de

Saint-Venant, un hidalgo del Artois de muy rancia nobleza que está enamorado de María, y ella le corresponde.

Guccio se quedó un instante como si estuviera en medio de la niebla, incapaz de hablar, manoseando maquinalmente el relicario de oro que le había regalado la reina Clemencia y que brillaba sobre su jubón de dos colores, a la última moda italiana. Oyó que Juan de Cressay abría una puerta y llamaba a su hermana.

Haciendo un esfuerzo por reponerse, Guccio dijo, con una voz que no parecía la suya:

—¿Y cuándo será la boda?

—A principios de verano —le respondió la señora Eliabel.

—Pero es como si se hubiera celebrado —precisó Juan de Cressay—, porque ya se ha formalizado el compromiso.

Aquella mujer, a la que Guccio había dedicado sus pensamientos desde hacía tantos meses, de la que había hablado tan frecuentemente a Clemencia de Hungría, a Bouville y a Tolomei y que en la separación y en la enfermedad había sido el centro de sus sueños, entró con actitud rígida, distante, aunque sus ojos estaban enrojecidos. Dio la bienvenida a Guccio fríamente. Éste se limitó a felicitarla, y ella puso la mayor dignidad que le fue posible en aceptar sus cumplidos. Estaba a punto de estallar en sollozos pero consiguió dominarse tan bien que Guccio tomó por frialdad lo que sólo era temor a traicionarse y a atraer sobre sí los castigos con que la habían amenazado.

La comida, demasiado abundante, se les hizo penosa. La señora Eliabel, deleitándose en su perfidia, fingía falsa alegría, obligaba a su huésped a repetir de cada plato y ordenó a los criados que le sirvieran otro cuarto de jabato o de carnero en la rebanada de pan.

—¿Habéis perdido el apetito en vuestros largos viajes? —exclamó—. Vamos, señor Guccio, a vuestra edad hay que comer debidamente. ¿Acaso no os gusta? ¡Servíos más paté!

Guccio no pudo cruzar una mirada con María ni una sola vez.

«¡Qué orgullosa está de haber faltado a la devoción que me juró! —pensaba Guccio—. ¿Habré escapado de la muerte sólo para soportar semejante afrenta? ¡Ah, mis temores no eran infundados cuando me

desesperaba en el hospital de Marsella! ¡Y aquellas absurdas cartas que le envié! Pero ¿por qué contestarme, por medio de Ricardo, que seguía con el mismo pensamiento y que languidecía con la espera... mientras que al mismo tiempo se comprometía con otro? ¡Es una traidora y no se lo perdonaré jamás! ¡Vaya comida que estoy pasando! ¡No recuerdo haber tenido otra peor!»

La búsqueda de la venganza es a veces un atenuante de la pena. «Podría, naturalmente, exigir el inmediato reembolso del crédito, y esto los pondría en tan gran aprieto que tal vez habrían de renunciar a la boda.» Pero el procedimiento le parecía de una bajeza intolerable. Con burgueses tal vez hubiera obrado así; tratándose de hidalgos que querían abrumarlo con su nobleza, buscaba una respuesta de hidalgo. Quería demostrarles que era más señor que todos los Cressay y Saint-Venant de la Tierra.

Esta preocupación lo absorbió al final de la comida. Cuando servían los postres se quitó de repente el relicario y lo tendió a la joven diciendo:

—He aquí, hermosa María, el regalo de boda que os hago. La reina Clemencia..., sí, la misma reina de Francia me lo puso en el cuello por los servicios que le presté y por la amistad con que me honra. En él va encerrada una reliquia de san Juan Bautista. No pensaba separarme nunca de ella, pero parece que es posible desprenderse fácilmente de lo que se tiene como el bien más querido... Y seré feliz si, de ahora en adelante, lo lleváis para que os proteja, como a vuestros hijos, que os deseo tengáis con vuestro hidalgo del Artois.

Era la única manera que había encontrado para demostrar su desprecio y probar a los Cressay que habían perdido, en su persona, un buen partido. Le resultó caro decir esta frase. Decididamente, con los Cressay, que no tenían un cuarto, los grandes impulsos de Guccio acababan siempre en un gesto costoso. Se presentaba para recibir, y se iba, indefectiblemente, habiendo dado.

María apenas consiguió evitar estallar en sollozos. Las manos le temblaban cuando se llevó a los labios el relicario. Pero Guccio ya había dado media vuelta.

Poniendo como pretexto su reciente herida y la fatiga del viaje, se despidió enseguida, llamó a su criado, se puso su manto forrado, montó a

caballo y salió del patio de Cressay con la certeza de que no volvería a poner los pies en aquella casa.

—Ahora tendremos que escribir a nuestro primo Saint-Venant —dijo la señora Eliabel a su hijo Juan en cuanto Guccio cruzó el portón.

De vuelta en la banca de Neauphle, Guccio no dijo palabra en toda la tarde. Se hizo llevar los libros y fingió concentrarse en el examen de las cuentas. Ricardo, el primer empleado, comprendió que las cosas no le habían ido bien; pero juzgó prudente abstenerse de hacerle preguntas.

Guccio pasó una noche de insomnio en el alojamiento que le habían preparado con todo cuidado para una larga estancia. Ahora lamentaba haber regalado el relicario, lamentaba su decisión de establecerse en Neauphle, lamentaba sus cartas, lo lamentaba todo. «Ella no merecía tanto; no soy más que un imbécil... ¿Y qué va a decir mi tío Spinello de mi vuelta? —se preguntaba, agitándose entre las arrugadas sábanas—. Porque yo no estaré aquí ni un día más, después de tal humillación... No volveré a hacer más tonterías. Podría haberme vuelto en la escolta de la reina y lograr un buen puesto en su casa. Me caigo al agua por haber querido saltar demasiado deprisa y tengo que pasarme seis meses en el hospital. ¡En lugar de regresar a París y labrar allí mi porvenir me meto en este burgo perdido para casarme con una pueblerina que se me había metido en la cabeza desde hace casi dos años, como si no hubiera otra mujer en el mundo! Y la encuentro comprometida con un bobo de su raza. ¡Buen trabajo!»

Por la mañana, agotado por los reproches, el rencor y el insomnio, hizo atar el equipaje y ensillar su caballo. Estaba comiendo una escudilla de sopa, antes de marchar, cuando la sirvienta que había visto la víspera en casa de los Cressay se presentó en la banca y solicitó hablarle a solas; tenía que darle un mensaje: María, que había logrado escaparse por una hora, esperaba a Guccio a medio camino entre Neauphle y Cressay, a orillas del Mauldre. «En el lugar que vos sabéis», agregó la sirvienta.

Guccio comprendió que se trataba del cercado de los manzanos a orillas del río donde se dieron el primer beso.

—Decidle a María que, por su parte, es un trabajo inútil, porque, por la mía, no deseo verla más.

—Os juro, señor, que deberíais ir a su encuentro; si os han ofendido, no ha sido por culpa de ella —dijo la sirvienta.

Sin dignarse responder, saltó a la silla y emprendió el camino. «¡El muelle de Marsella...! ¡El muelle de Marsella! Que me sirva de lección —se decía—. Basta de tonterías. ¡Sabe Dios lo que me espera si la vuelvo a ver! ¡Que se trague sus lágrimas, si tiene ganas de llorar!»

Recorrió así cerca de cuatrocientos metros en dirección a París; luego, de repente, ante el asombro de su criado, hizo dar vuelta al caballo y lo puso al galope campo atrás.

En unos minutos estuvo a orillas del Mauldre; vio el cercado, y a María que lo esperaba bajo los manzanos.

La calle de los Lombardos

Cuando Guccio, al final del día, entró en el patio de la banca Tolomei en la calle de los Lombardos, su caballo estaba cubierto de espuma.

Guccio arrojó las riendas a su criado, atravesó la gran galería de mostradores y subió la escalera que conducía al gabinete de su tío tan deprisa como le permitía su cadera rígida.

Abrió la puerta; la espalda de Roberto de Artois tapaba la luz. Éste se volvió.

—¡Ah! ¡La providencia os envía, amigo Guccio! —exclamó abriendo los brazos—. Precisamente estaba pidiendo a vuestro tío un mensajero diligente y seguro para que fuera al Artois a reunirse con Juan de Fiennes. Tendréis que ser prudente, joven —agregó, como si la aceptación por parte de Guccio estuviera fuera de duda—, porque mis buenos amigos los Hirson no se avienen con su desgracia y sueltan los perros contra cualquiera que va de mi parte.

—Mi señor —respondió Guccio, sin aliento aún por la carrera—, el año pasado estuve a punto de vomitar mi alma en el mar para ir a servirlos a Inglaterra; acabo de pasar seis meses en cama por ir a Nápoles al servicio del rey, y todos estos viajes no me han traído nada bueno. Permitidme que esta vez no os obedezca, pues tengo mis propios asuntos que no admiten espera.

—Os pagaré tan bien que no lo lamentaréis.

—¡No iría ni por mil libras, mi señor! —exclamó Guccio—. Y menos al Artois.

Roberto se volvió hacia Spinello, que se mantenía en la oscuridad con las manos apoyadas en el vientre.

—Decidme, amigo banquero, ¿habéis oído jamás algo parecido? Para que un lombardo rehúse mil libras, cantidad que no le he ofrecido, es

preciso que haya graves motivos. ¿No estará pagado vuestro sobrino por Thierry de Hirson, a quien Dios estrangule, y con sus propias tripas, si es posible?

Tolomei se echó a reír.

—No temáis, mi señor; sospecho que mi sobrino más bien está enredado estos días en un asunto de amor con una dama de la nobleza.

—¡Ah! Si es por servir a una dama, nada puedo exigir y le perdono su negativa. Pero esto no me soluciona nada.

—Tengo al que necesitáis, no os preocupéis; un excelente mensajero que os servirá tanto más discretamente cuanto que no os conoce. Y además... a un hábito de monje no se le presta gran atención por los caminos.

—¿Un monje?

Y Roberto hizo una mueca.

—Italiano —agregó el banquero.

—¡Ah! Eso ya está mejor, porque, veréis, Tolomei, quiero que no me falle este golpe. Como que, a menos que desobedezca al rey, mi tía no puede alejarse de París, voy a aprovechar la oportunidad para que los aliados ataquen su castillo de Hesdin..., o mejor dicho, mi castillo de Hesdin. He sobornado a dos sargentos de esa buena condesa, dos bribones como todos los que tiene a sus órdenes que se venden al mejor postor, los cuales abrirán las puertas a mis amigos. Si no puedo disfrutar de lo que me pertenece, al menos os prometo un completo saqueo, cuyo botín os encargará que vendáis.

—¡En buen asunto me metéis, mi señor!

—¡Bah! Si os han de colgar, que os cuelguen por algo. Por ser banquero sois ladrón y el encubrimiento no os asusta; nunca obligo a la gente a traicionar su condición.

Desde el arbitraje estaba de mejor humor. Entregó al banquero el mensaje que debería hacer llegar al Artois.

—Al señor de Fiennes y a ningún otro, ¿entendido? Souastre y Caumont están muy vigilados... Adiós, amigo, os quedo muy agradecido.

Se levantó, cerró el broche de oro de su manto y, poniéndole las manos sobre los hombros, dijo a Guccio:

—Divertíos, jovencito, divertíos con las damas de alta alcurnia, estáis en la edad; cuando tengáis más años, sabréis que son tan rameras como las otras, y que los placeres que tanto regatean se pueden tener por diez sueldos en el burdel.

Salió, y durante varios segundos se oyeron sus risotadas, que hacían temblar la escalera.

—Bien, sobrino, ¿cuándo es la boda? —preguntó Tolomei—. No te esperaba tan pronto.

—¡Tío, tío, es preciso que me ayudéis! —exclamó Guccio—. ¡Esa gente es monstruosa! Han prohibido a María que vuelva a verme y la obligan a casarse con un primo del norte, viejo y deforme. ¡Seguramente morirá de dolor!

—¿Qué gente? ¿Qué primo? —preguntó Tolomei—. Presumo que tus asuntos no han ido tan bien como pensabas. Cuéntamelo todo con un poco de orden.

Guccio relató a su tío la visita que había hecho a Neauphle. Con un sentido completamente latino de la tragedia, no se quedó corto en ennegrecer el cuadro. La joven estaba secuestrada y se había arriesgado a muerte, corriendo por los campos para suplicarle que la salvara. La familia Cressay quería casarla a la fuerza con un pariente lejano, personaje cargado con todas las desgracias físicas y morales.

—¡Un viejo de cuarenta y cinco años! —exclamó Guccio.

—¡Qué viejo tan joven! —murmuró Tolomei.

—Pero María sólo me quiere a mí. Me lo ha dicho y redicho, y sé que morirá si la obligan a casarse con otro. Tenéis que ayudarme, tío.

—Pero ¿qué quieres que haga?

—Tenéis que ayudarme a llevarme a María. Nos marcharemos a Italia y viviremos allí.

Spinello Tolomei, con un ojo cerrado y el otro abierto, observaba a su sobrino, entre inquieto y divertido.

—Ya te dije que no sería tan fácil, y que hacías mal en encapricharte de una hija de la nobleza. Esos nobles no tienen ni camisa para ponerse y nos deben hasta la cama en que duermen, pero nos escupen a la cara si alguno de los nuestros quiere casarse con una de sus hijas. Créeme, olvida esa

aventura. Cuando nos dirigen un insulto, generalmente es porque hemos bajado la cabeza para recibirlo. Elige, pues, cualquier hermosa joven de nuestras familias, bien provista del oro de nuestras bancas, que te dará hermosos hijos y cuyo carruaje salpicará los pies de tu pueblerina.

Guccio tuvo una repentina inspiración.

—¿No es Saint-Venant uno de los aliados del Artois? —exclamó—. ¡Debería llevar el mensaje de mi señor Roberto, buscar a Saint-Venant, provocarlo y matarlo!

Ya tenía la mano sobre la daga.

—¡Buena cosa! —dijo Tolomei— ¡Y que no haría poco ruido! Luego, los Cressay encontrarían otro prometido en Bretaña o en Poitou, y tendrías que matarlo también. ¡Buen trabajo te buscas!

—Me casaré con María o con ninguna, tío mío; y no permitiré que se case con nadie.

Tolomei levantó las manos por encima de la cabeza.

—¡Ah, la juventud! Dentro de quince años tu mujer será fea, y al mirarla, te preguntarás si aquel rostro arrugado, aquel vientre voluminoso, aquellos pechos caídos valían tantas molestias como ahora te tomas por ella.

—¡Eso no es verdad, no es verdad! Además, no pienso en lo que ocurrirá de aquí a quince años, sino en hoy, y sé que nada en el mundo puede reemplazar a María. Ella me ama.

—¿Dice que te ama? Entonces, muchacho, si te ama tanto... El matrimonio no es un estado indispensable para que dos sean felices. El obispo de París no te hablaría así, pero yo te invito a que te alegres de que quieran dar a esa beldad un marido gotoso, deforme y desdentado, según el retrato que me has hecho... Es el mejor favor que te pueden hacer.

—¡Ah, tío! No conocéis a María, ni su pureza, ni la firmeza de sus creencias. No será mía más que después de casarme con ella, y jamás pertenecerá a otro con quien no se haya unido ante Dios... En cuanto a mí, jamás aceptaría compartirla. Si piensas así, me la llevaré sin tu ayuda; recorreremos los caminos como pobres miserables y moriremos de frío al atravesar las montañas. Pero antes, voy a ver a la reina Clemencia. Ella me conoce y me aprecia.

Tolomei golpeó ligeramente la mesa con la palma de la mano. Su ojo cerrado ordinariamente se abrió de golpe.

—Vas a callarte ahora mismo —dijo sin apenas levantar la voz—. No irás a ver a nadie y menos a la reina; nuestros asuntos no van tan bien desde que ella está aquí para que tengamos necesidad de atraer la atención sobre nosotros con un escándalo. La reina es toda bondad, caridad y compasión; lo sé. De momento, desde que domina al rey, a los pobres lombardos nos chupan la sangre. El Tesoro da limosna con nuestro dinero. Nos acusan de usureros y nos achacan todos los pecados del reino. Mi señor de Valois nos defiende poco y nos decepciona mucho. La reina Clemencia te dará buenas palabras y muchas bendiciones; pero conozco a mucha gente de la corte que sería feliz prendiéndote y aplicándote el castigo reservado a los seductores de muchachas nobles, aunque sólo fuera para perjudicarme a mí, capitán general de los lombardos. El viento no sopla a nuestro favor. Los amigos de Marigny, que no me tenían demasiada simpatía, han sido liberados y forman piña alrededor del conde de Poitiers...

Pero Guccio no escuchaba. En aquel momento, le daban igual los impuestos, las ordenanzas y las fluctuaciones del poder. Ni siquiera lo atemorizaba la perspectiva de un proceso y de la cárcel. Se obstinaba en su proyecto: raptaría a María.

—Pero desgraciado —dijo Tolomei, tocándose la frente—. ¿No ves que antes de recorrer diez leguas ya os habrían detenido? A tu doncella la meterían en un convento; en cuanto a ti..., ¿quieres casarte con ella? ¡Bueno! Te voy a ayudar, ya que éste parece el único medio de curarte... —Cerró el ojo izquierdo—. Dispuesto como estás a hacer una locura, porque no es otra cosa, siempre será menos grave si no te dejo actuar solo —agregó—. Pero ¿por qué ha de apoyar uno las tonterías de su familia? —Agitó una campanilla, y se presentó un empleado—. Ve al convento de los hermanos agustinos —le dijo Tolomei—, a buscar al fraile Vincenzo, que llegó el otro día de Perusa...

Boda a medianoche

Dos días después, Guccio reemprendía la ruta de Neauphle, y en compañía de un monje italiano que debía ir al Artois a entregar el mensaje de Roberto. Dado que le habían pagado generosamente, el fraile Vincenzo no había vacilado en dar un rodeo y prestar a Tolomei dos servicios en lugar de uno.

No era la primera intriga en que intervenía aquel monje, encargado por su orden de recorrer los caminos de Francia e Italia. El banquero, por otra parte, alterando un poco la verdad, había sabido dar a las preocupaciones de su sobrino un aire patético. Guccio había seducido a una joven, cometiendo con ella pecado carnal, y Tolomei no quería que esas dos criaturas viviesen por más tiempo en pecado. Pero debería obrar discretamente para no despertar las sospechas de la familia...

Entrada la noche, Guccio y el monje se presentaron en la mansión de Cressay. La señora Eliabel y sus hijos estaban a punto de acostarse.

El joven lombardo solicitó hospitalidad, con el pretexto de que no tenía las llaves de su alojamiento, que sus empleados vivían en Montfort y que necesitaba albergar a aquel religioso venido a traerle noticias de Toscana. Como Guccio había pernoctado en la mansión varias veces, incluso a instancias de los Cressay, su petición no los sorprendió en modo alguno; la familia se esforzó por acoger bien a los viajeros.

—Fray Vincenzo y yo nos acostaremos en la misma habitación —dijo Guccio.

Vincenzo tenía una cara redonda que inspiraba tanta confianza como su hábito; además sólo hablaba italiano, lo que le evitaba responder a cualquier pregunta.

Durante la frugal cena ofrecida a los viajeros, nadie hizo alusión al pretendido compromiso de María con su primo lejano; parecía que todos

querían evitar que saliera a colación.

María no se atrevía a mirar a Guccio, pero éste aprovechó un momento en que ella pasó por su lado para susurrarle:

—No os durmáis esta noche y estad preparada para salir.

Cuando iban a acostarse, fray Vincenzo dirigió a Guccio una frase, incomprensible para los Cressay, en la que se refería a *chiave* y *capella*.

—Fray Vincenzo me pregunta —tradujo Guccio a la señora Eliabel— si podéis confiarle la llave de la capilla, ya que ha de marcharse muy pronto y antes quisiera celebrar misa.

—Desde luego —respondió la castellana—; uno de mis hijos se levantará para ayudarle a celebrar.

Guccio rechazó la oferta. Fray Vincenzo se levantaría muy temprano, antes del amanecer, e insistía en no molestar a nadie; él mismo, Guccio, tendría el honor de ayudarle.

La señora Eliabel entregó al monje una vela, la llave de la capilla y la del tabernáculo. Luego se despidieron todos.

—Decididamente, creo que hemos juzgado mal a este Guccio. Es muy respetuoso con los asuntos de religión —dijo Pedro a su hermano, cuando se dirigían hacia su cuarto, situado en el ala izquierda de la mansión.

La señora Eliabel ocupaba la cámara señorial de la planta baja. María se alojaba en un piso, a media altura de la torre cuadrada por la cual se accedía a las habitaciones de los huéspedes.

Una vez en la habitación que les habían destinado, fray Vincenzo invitó a Guccio a confesarse. Y de súbito Guccio se maravilló de los extraños caminos del destino que lo habían conducido a él, pequeño sienés nacido en uno de los más ricos palacios de la ciudad, a encontrarse allí, arrodillado sobre el entarimado mal unido del suelo, en mitad de la campiña de Île-de-France, preparando su alma ante un monje de Perusa al que apenas conocía, para casarse a escondidas, con riesgo de su vida si era descubierto, con la hija de un caballero pobre. Sólo los apresurados latidos de su corazón le advertían que era a él, al Guccio de siempre, a quien tal cosa sucedía.

Hacia medianoche, cuando toda la mansión estaba sumida en el silencio, Guccio y el monje salieron con paso quedo de su habitación. El joven araño suavemente la puerta de María; enseguida apareció la muchacha. Sin decirle

palabra, Guccio la tomó de la mano, bajaron la escalera de caracol y salieron al exterior por la cocina.

—Mirad, María —murmuró Guccio—, hay estrellas... El monje va a casarnos.

Ella no demostró sorpresa ni reserva. Tres días antes, en el huerto de manzanos, le había prometido volver y había vuelto; le había prometido casarse con ella, e iba a hacerlo. Poco importaban las circunstancias; se sometía a él enteramente.

Gruñó un perro, pero al reconocer a María se calló. La noche era helada, pero ni Guccio ni María sentían frío.

Entraron en la capilla. Fray Vincenzo encendió el cirio en la minúscula lámpara que brillaba encima del altar. Aunque nadie podía oírlos, continuaban hablando en voz baja. El monje preguntó si la novia estaba confesada. Respondió que lo había hecho la antevíspera, y el fraile la absolvió de los pecados que hubiera podido cometer desde entonces.

Minutos después, tras dos «síes» ahogados, el sobrino del capitán general de los lombardos de París y la dama de Cressay estaban unidos ante Dios, aunque no ante los hombres.

—Hubiera querido ofreceros una boda más suntuosa —murmuró Guccio.

—Para mí, mi dulce amado, no ha podido ser más bella —respondió María—, ya que me ha ligado a vos.

Volvieron sin dificultad a la casa y subieron la escalera. Al llegar a la mitad, fray Vincenzo tomó a Guccio por los hombros y lo empujó suavemente a la habitación de María.

Desde hacía dos años, María amaba a Guccio. Desde hacía dos años, no pensaba más que en él y sólo vivía con la esperanza de pertenecerle. Ahora que su conciencia estaba en paz y que el terror a la condenación había sido eliminado, nada le impedía dar libertad a su pasión.

El sufrimiento de las jóvenes, en el momento de la unión carnal, se debe más al temor que a la naturaleza. María sentía el amor aun antes de haberlo conocido y se abandonó a él sinceramente, con admirado deslumbramiento. Guccio, por su parte, aunque sólo contaba diecinueve años, tenía ya bastante experiencia para evitar torpes apresuramientos. Esa noche hizo de

María una mujer feliz, y como en el amor sólo se recibe en la medida en que se da, también él quedó colmado.

Hacia las cuatro el monje fue a despertarlos y Guccio regresó a su habitación. Luego fray Vincenzo bajó la escalera con bastante ruido, pasó por la capilla, sacó su mula de la cuadra y desapareció en la noche.

Al primer albor, la señora Eliabel entreabrió la puerta de la habitación de los viajeros y echó una ojeada al interior. Guccio dormía tranquilamente, con respiración acompasada; sus negros cabellos se arremolinaban sobre la almohada; su rostro tenía una expresión infantil y pacífica.

«¡Ah, qué hermoso caballero!», pensó la señora Eliabel.

El cometa

Por aquellos mismos días de finales de enero en que Guccio se casaba secretamente con María de Cressay, la corte de Francia, para cumplir un voto de la reina Clemencia, se dirigía en peregrinación a Amiens.

Después de haber recorrido la última parte del camino con los pies en el barro y atravesado la ciudad cantando salmos, los reales peregrinos recorrieron arrodillados la nave de la catedral para acabar, finalmente, reptando lenta y penosamente ante la supuesta cabeza de san Juan Bautista expuesta en una capilla lateral.

La reliquia provenía de un tal Wallon de Sartou, cruzado en 1202, que se había dedicado a buscar restos piadosos y se había traído en el equipaje tres piezas inestimables: las cabezas de san Cristóbal y de san Jorge, y parte de la de san Juan.

La reliquia de Amiens, rodeada de innumerables cirios y de millares de exvotos acumulados durante un siglo, estaba constituida por los huesos de la cara encerrados en un relicario de plata dorada, cuya parte superior, en forma de gorro, hacía las veces de cráneo. Aquella calavera negra, bajo su corona de zafiros y esmeraldas, parecía reír y, propiamente hablando, era aterradora. Encima de la órbita izquierda se veía un orificio, según la tradición, producto de la puñalada que le dio Herodes cuando le fue presentada la cabeza del Bautista. El conjunto de la reliquia reposaba sobre una bandeja de oro.

Clemencia, insensible aparentemente al frío de la capilla, se entregó a su devoción, y el propio Luis X, lleno de fervor, logró permanecer inmóvil durante toda la ceremonia. Su espíritu volaba por alturas que no estaba acostumbrado a alcanzar.

Los felices resultados de esta peregrinación no tardaron en manifestarse. Hacia mediados de marzo, la reina advirtió síntomas que le permitían

confiar en que, por la bienhechora intercesión del santo, sus ruegos habían sido escuchados.

No obstante, los médicos y las parteras no se atrevieron a asegurar nada, y pidieron un mes para dictaminar con certeza.

Durante esa espera, el misticismo de la reina prendió en su esposo, que se puso a gobernar como si aspirara a la canonización.

Generalmente es malo desviar a la gente de su condición natural. Vale más dejar que el malvado siga en su maldad que transformarlo en cordero. No siendo la bondad algo natural en él, la usará de forma deplorable.

Luis el Obstinado, en efecto, imaginando que así se libraba de sus faltas, empezó a vaciar las prisiones de tal modo que el crimen floreció en París, donde se cometían más rapiñas, agresiones y asesinatos que en los últimos cuarenta años. Las rondas estaban sobrecargadas de trabajo. Como se obligó a las muchachas de vida alegre a no salir de los límites del barrio que les había asignado san Luis, la prostitución clandestina se desarrollaba en las tabernas y, sobre todo, en los baños públicos, a tal punto que un hombre honrado ya no podía ir a tomar su baño de agua caliente sin exponerse a las tentaciones de la carne que se ofrecía sin velos.

Clemencia había sugerido a Luis que restituyera a los herederos de Marigny los bienes del antiguo rector del reino, o al menos la parte que le habían asignado a ella.

—¡Ah! Eso, amiga mía —respondió Luis—, no puedo hacerlo; el rey no puede equivocarse. Pero os prometo, en cuanto lo permita el estado del Tesoro, asignar a mi ahijado Luis de Marigny una pensión que lo compensará con creces.

En cuanto a los lombardos, cuyos privilegios habían sido recortados, manejaban con menos facilidad las llaves de sus cofres cuando se trataba de necesidades de la corte. Y los antiguos legistas de Felipe el Hermoso, a la cabeza de los cuales estaba Raúl de Presles, habían formado un partido de oposición alrededor del conde de Poitiers, que contaba con el franco apoyo del condestable Gaucher de Châtillon.

En el Artois, la situación no mejoraba. A pesar de todas las diligencias, la condesa Mahaut seguía irreductible y se negaba a aceptar el arbitraje. Se quejaba de que sus barones hubieran querido cercar su castillo. La traición de los dos sargentos que debían entregar la plaza a los aliados fue

descubierta a tiempo, y para que sirviera de escarmiento, dos esqueletos colgaban de las almenas de Hesdin. Sin embargo, la condesa, obligada a acatar la prohibición del rey, no había vuelto al Artois desde Navidad, así como ninguno de los Hirson. La confusión era grande, pues, en toda la zona alrededor de Arras. Todo el mundo se hacía con el poder que le convenía, y los barones escuchaban las buenas palabras como quien oye llover.

—¡No más sangre, mi dulce señor, no más sangre! —suplicaba Clemencia—. Haced entrar en razón a vuestro pueblo por medio de la plegaria.

Esto no impedía que sus súbditos se destriparan brutalmente en los caminos del norte.

Luis tal vez hubiera actuado con más energía en el asunto si al mismo tiempo, aproximadamente para la Pascua, no hubiera tenido que concentrar toda su atención en la situación de París.

El lluvioso verano de 1315, el verano del «ejército embarrado», había sido doblemente funesto: el rey hundió su ejército y el pueblo vio pudrirse las cosechas en los campos. Sin embargo, los campesinos, aleccionados por la experiencia del año anterior, no habían vendido el poco trigo recolectado, por muy necesitados que estuvieran de dinero. El hambre se desplazó, pues, de las provincias a la capital, donde la harina era mucho más cara y donde más adelgazaba la gente.

—¡Dios mío, Dios mío, hay que darles de comer! —decía la reina Clemencia al ver las hordas famélicas que iban hasta Vincennes para mendigar algo que llevarse a la boca.

Llegaban en tan crecido número que hubo necesidad de defender con la tropa los accesos al castillo. Clemencia aconsejó grandes procesiones del clero por las calles y, después de Pascua, impuso a la corte el mismo ayuno que durante la Cuaresma. Carlos de Valois acató la orden complacido, pero él mismo traficaba con los cereales en su condado. Siempre que tenía que acudir a Vincennes, Roberto de Artois se hacía servir antes una comida para cuatro hombres. Mientras, repetía una de sus sentencias favoritas: «Vivamos bien para morir gordos.» Después, en la mesa de la reina, podía poner cara de penitente.

En aquella mala primavera apareció un cometa en el cielo de París, y permaneció visible durante tres noches. Nada frena la imaginación del

desventurado. El pueblo quiso ver en ese cometa el anuncio de grandes calamidades, como si las que sufría no fueran bastantes. El pánico se apoderó de la multitud y estallaron motines en varios puntos, sin que se supiera con certeza contra quién iban dirigidos.

El canciller instó vivamente al rey a volver a la capital, aunque sólo fuera por algunos días, con el fin de mostrarse a la población. Así, en el momento en que el bosque que rodea Vincennes comenzaba a reverdecer, Clemencia, que encontraba de nuevo cierto encanto a aquel lugar, se vio obligada a trasladarse al gran palacio de la Cité, que le parecía tan frío y hostil.

Allí se realizó la consulta de los médicos y comadronas que debían dictaminar sobre el embarazo de la reina.

El rey estuvo muy nervioso aquella mañana, y para calmar su impaciencia organizó un partido de pelota en el jardín de palacio, a pocas millas del islote de los Judíos. Un muro y un estrecho brazo de agua separaban el jardín donde Luis corría tras una pelota de cuero, del lugar en que, veinticinco meses antes, el gran maestre de los templarios se tostaba entre las llamas.

El rey estaba bañado en sudor, orgulloso del punto que sus hidalgos le habían dejado ganar y, cuando Mateo de Trye se acercó con paso rápido. Luis interrumpió el partido y le preguntó:

—¿Qué, está embarazada la reina?

—Todavía no se sabe, alteza; los médicos están deliberando. Pero mi señor de Poitiers os ruega que vayáis a verlo urgentemente. Está en la pequeña sala de justicia con mi señor de Valois, mi señor de la Marche y algunos otros.

—No quiero que se me importune; no tengo ahora la cabeza para tratar ningún asunto.

—La cosa es grave, alteza, y mi señor de Poitiers afirma que van a decirse cosas que debéis escuchar vos mismo.

Luis, a disgusto, dejó caer la pelota de cuero, se enjugó la cara, se puso el jubón encima de la camisa, y dijo:

—¡Continuad sin mí, mis señores! —Luego, entrando en palacio, advirtió a su chambelán—: En cuanto se sepa algo sobre la reina, venid a

decírmelo.

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

El cardenal hechiza al rey

El hombre no iba custodiado por soldados ni arqueros como un acusado corriente, sino por dos jóvenes hidalgos al servicio del conde de Poitiers. Llevaba un hábito demasiado corto que dejaba ver un pie tullido.

Luis X apenas reparó en él. Saludó con la cabeza a sus hermanos, a su tío Carlos de Valois y al señor Miles de Noyers, que se habían levantado a su entrada.

—¿De qué se trata? —preguntó, ocupando un lugar en medio de ellos y haciendo un gesto para que tomaran asiento.

—De un oscuro y tortuoso asunto de brujería. Por lo menos, así se nos asegura —respondió Carlos de Valois con un dejo de ironía.

—¿No podía encargarse de eso la cancillería sin apartarme de mis asuntos?

—Eso mismo comenté yo a vuestro hermano Felipe —dijo el conde de Valois.

El conde de Poitiers cruzó las manos con gesto tranquilo.

—Hermano —dijo—, el asunto me ha parecido importante, no por tratarse de un caso de brujería, cosa bastante corriente, sino porque parece que ocurre en el seno mismo del cónclave, y pone en evidencia los sentimientos de ciertos cardenales hacia vos.

Un año antes, la palabra cónclave hubiera bastado para poner frenético a Luis. Pero desde que la supresión de su primera mujer le había permitido casarse de nuevo, la elección de Papa le interesaba mucho menos.

—Este hombre se llama Everardo —continuó el conde de Poitiers.

—Everardo... —repitió maquinalmente el rey.

—Es clérigo en Bar-sur-Aube, pero antes perteneció a la Orden de los Templarios, donde tenía rango de caballero.

—¡Un templario! ¡Oh, sí! —dijo el rey.

—Hace unas dos semanas se entregó a nuestros hombres de Lyon, que nos lo han enviado.

—Que os lo ha enviado a vos, Felipe —precisó Carlos de Valois.

El conde de Poitiers fingió no oír la pulla, y siguió:

—Everardo ha manifestado que tenía algunas revelaciones que hacer. Se le prometió que no sufriría ningún mal a condición de que confesara la verdad; promesa que le confirmamos aquí. Según sus declaraciones...

El rey tenía los ojos fijos en la puerta, acechando la aparición de su chambelán; la posibilidad de la paternidad era, por el momento, su única preocupación. El gran defecto de aquel soberano, como gobernante, era tener la mente siempre ocupada en una cuestión distinta de la debatida. Era incapaz de concentrar su atención, lo cual constituye la mayor ineptitud para el gobierno.

Se sorprendió del silencio que se había creado y emergió de su ensoñación. Sólo entonces miró al detenido, observó su cara sacudida por tics, sus largas y enjutas mandíbulas, sus negros ojos extraviados y su extraña postura derrengada. Luego, dirigiéndose a Felipe de Poitiers, dijo:

—Y bien, hermano...

—No quiero turbar vuestros pensamientos, hermano. Espero que hayáis terminado de soñar.

Luis enrojeció ligeramente.

—No, no, os escucho, continuad.

—Según sus declaraciones, Everardo fue a Valence para buscar la protección de un cardenal por una diferencia que tenía con su obispo... Habrá que aclarar este punto —agregó Felipe dirigiéndose a Miles de Noyers, que dirigía el interrogatorio.

Everardo escuchaba sin abrir la boca, y el conde de Poitiers prosiguió:

—En Valence, conoció, según él por casualidad, al cardenal Francesco Caetani...

—El sobrino del papa Bonifacio —dijo Luis para demostrar que atendía.

—Eso es..., y se hizo íntimo de este cardenal muy versado en alquimia, ya que en su casa, según nos dice Everardo, hay una cámara repleta de hornos, retortas y polvos diversos.

—Todos los cardenales son más o menos alquimistas; es su manía —dijo Carlos de Valois encogiéndose de hombros—. El mismo monseñor Duèze ha escrito un tratado sobre esto...

—Exacto, tío; pero este caso no es asunto de alquimia, que es ciencia muy útil y respetable... El cardenal Caetani deseaba encontrar a alguien que pudiera convocar al diablo y realizar hechizos.

Imitando a su tío, Carlos de la Marche dijo:

—He ahí un cardenal que huele a chamusquina.

—Pues bien, que lo quemen —dijo con indiferencia Luis, que de nuevo miraba la puerta.

—¿A quién queréis quemar, hermano? ¿Al cardenal?

—¡Ah! ¿Es un cardenal? Entonces no.

Felipe de Poitiers lanzó un suspiro de cansancio antes de proseguir, poniendo más énfasis:

—Everardo respondió al cardenal que él conocía un hombre que fabricaba oro en beneficio del conde de Bar...

Al oír este nombre, Valois se levantó indignado, y exclamó:

—¡La verdad es, sobrino, que nos haces perder el tiempo! ¡Conocemos bastante bien a nuestro pariente el conde de Bar, para saber que no es dado a tales tonterías, aunque en este momento no somos demasiado amigos! Estamos ante una falsa denuncia de brujería, como hay veinte cada día, y no merece la pena que la escuchemos.

A pesar de la disciplina que se había impuesto a sí mismo, Felipe acabó por perder la paciencia.

—Igual que escuchasteis las denuncias de brujería cuando se referían a Marigny, aceptad al menos prestar atención a ésta. En primer lugar, no se trata del conde de Bar, como veréis ahora mismo. Porque Everardo no fue a buscar al hombre que había dicho, sino que, en su lugar, presentó al cardenal a un tal Juan de Pré, otro antiguo templario, que se encontraba en Valence, también por casualidad. ¿No es así, Everardo?

El interrogado aprobó silenciosamente, bajando tanto la cabeza que enseñó la tonsura.

—En efecto, en efecto... —murmuró Carlos de Valois.

Volviéndose a Everardo, Felipe de Poitiers le preguntó de repente:

—¿Conoces al señor Juan de Longwy?

El rostro de Everardo se contrajo con un tic más violento y sus manos de largos dedos apretaron el cordón de su hábito. Pero respondió sin turbarse:

—No, monseñor, sólo lo conozco de nombre. Únicamente sé que es sobrino de nuestro difunto gran maestro.

—¡Difunto..., la expresión es buena! * —comentó Valois en voz baja.

—¿Estás seguro de no haber tenido nunca ninguna relación con él —insistió Poitiers—, ni de haber recibido, por antiguos hermanos, ningún informe de su parte?

—He oído decir que el señor de Longwy intentaba mantener relación con algunos de nosotros, pero nada más.

—¿Y no te habrá dicho Juan de Pré, por ejemplo, el nombre de un templario que fue al ejército de Flandes a entregar mensajes al señor de Longwy y a recoger los suyos?

Carlos de Valois estaba sorprendido. Decididamente, Felipe sabía mucho sobre muchas cosas. ¿Pero por qué se guardaba siempre la información?

Everardo se había puesto a temblar. Felipe de Poitiers no le quitaba los ojos de encima. Aquel hombre correspondía exactamente a la descripción que le habían hecho.

—¿Te han atormentado alguna vez? —preguntó.

—¡Mi pierna, monseñor, mi pierna responde por mí!

Luis el Obstinado pensaba: «Estos médicos tardan demasiado. Clemencia no está embarazada y nadie se atreve a venir a decírmelo.» Volvió a la realidad cuando Everardo se echó de rodillas ante él y empezó a gritar:

—¡Alteza! ¡Alteza! ¡Os suplico que no me hagáis atormentar de nuevo! ¡Juro ante Dios que digo la verdad!

—No hay que jurar; es pecado —le dijo el rey.

Los dos bachilleres obligaron a Everardo a levantarse.

—Habrá que aclarar también este punto del ejército —dijo Felipe—. Continuemos el interrogatorio.

Miles de Noyers preguntó:

—Entonces, Everardo, ¿qué os dijo el cardenal?

El antiguo templario, mal recobrado de su pánico, respondió con voz precipitada:

—El cardenal nos dijo a Juan de Pré y a mí que deseaba vengar la memoria de su tío y llegar a ser Papa, y que para eso tenía que destruir a los que se le oponían. Nos prometió trescientas libras si podíamos ayudarle. Y los dos primeros a quienes nombró...

Everardo vaciló, miró al rey, luego bajó los ojos.

—Bien, proseguid —dijo Miles.

—Nos nombró al rey de Francia y al conde de Poitiers, diciéndonos que se sentiría satisfecho si los veía pasar con los pies por delante.

Luis X se miró maquinalmente los zapatos. Después, sobresaltado, exclamó:

—¿Con los pies por delante? ¿Entonces es mi muerte lo que deseaba ese malvado cardenal?

—Exactamente, hermano —dijo Felipe sonriendo—, y la mía también.

—¿Y vos, cojo, no sabíais que por tal crimen seríais quemado en este mundo y condenado en el otro? —continuó Luis.

—Señor, el cardenal Caetani nos aseguró que cuando fuera Papa nos absolvería de todo.

Inclinado, con las manos en las rodillas, Luis miraba con estupor al antiguo templario. En aquel momento le vinieron a la memoria las advertencias de Martín.

—¿Tanto me detestan que quieren matarme? —dijo—. ¿Y de qué manera quería el cardenal mandarme al otro mundo?

—Nos dijo que estabais demasiado bien protegido, señor, para mataros con el acero o el veneno, y que era necesario proceder por medio del hechizo. Con este fin, nos hizo tomar una libra de cera virgen que empezamos a ablandar en una bacía de agua caliente, en el cuarto de los hornos. Luego Juan de Pré fabricó hábilmente una imagen de hombre con una corona... —Luis X se persignó— y luego otra menor, con una corona más pequeña. Durante nuestro trabajo, el cardenal vino a visitarnos; parecía muy contento, hasta se echó a reír cuando vio la primera imagen y nos dijo: «Tiene un miembro muy grande.»

—¿Y después? —preguntó Luis nerviosamente—. ¿Qué hicisteis con esas imágenes?

—Pusimos papeles dentro.

—¿Qué papeles?

—Los que es preciso colocar en la imagen con el nombre del que representa y las palabras del conjuro. ¡Pero os juro, señor —exclamó Everardo—, que no escribimos vuestro nombre, ni el del señor de Poitiers! Tuvimos miedo en el último momento y escribimos los nombres de Jaime y Pedro Colonna...

—Los dos cardenales Colonna —precisó Felipe.

—Ya que el cardenal nos los había citado también como enemigos suyos... ¡Juro que es así!

Luis X se volvió hacia su hermano como si buscara consejo y apoyo.

—¿Creéis, Felipe, que este hombre dice la verdad? Los atormentadores tendrán que trabajarlo bien.

Al escuchar la palabra «atormentadores», por segunda vez Everardo se echó de rodillas y se arrastró hacia el rey, repitiendo que le habían prometido no torturarlo si lo confesaba todo. De la comisura de sus labios salía un poco de espuma blanca y el terror daba a su mirada aspecto de demencia.

—¡Detenedlo! ¡Impedid que me toque! —gritó Luis—. Este hombre es un poseso.

Y difícilmente se hubiera podido decir cuál de los dos, el rey o el hechicero, estaba más asustado por el otro.

—¡Los tormentos no sirven de nada! —chillaba el antiguo templario—. ¡Los tormentos me han hecho renegar de Dios!

Miles de Noyers tomó nota de esta espontánea confesión.

—Ahora estoy arrepentido —continuó Everardo, todavía de rodillas—. Lo confesaré todo... No teníamos agua para bautizar las imágenes. Se lo advertimos al cardenal, que se encontraba reunido en consistorio en la iglesia mayor, y nos contestó por medio de su secretario Andrés que fuéramos a pedirla al padre Pedro, a una iglesia que está detrás de la carnicería, fingiendo que el agua era para un enfermo. —No había ya necesidad de preguntar. Everardo daba detalles y decía los nombres de las

personas al servicio del cardenal—. Después tomamos las dos imágenes, un jarro con agua bendita y dos candelas bendecidas también. Lo ocultamos todo bajo nuestros hábitos, y el hermano Bost nos llevó a casa del orfebre del cardenal, un tal Baudon, que tenía una mujer muy joven y muy agradable. Ambos actuaron como padrinos. Bautizamos las imágenes en una bacia. Después de esto, las llevamos de nuevo al cardenal, que estaba muy agradecido. Y él mismo les clavó largos alfileres en el corazón y en otras partes vitales.

Se entreabrió la puerta y Mateo de Trye asomó la cabeza; pero el rey le hizo señal con la mano para que se retirara.

—¿Y luego? —preguntó Miles de Noyers.

—Luego, el cardenal nos pidió que procediéramos a otros hechizos —respondió Everardo—. Pero entonces me inquieté, porque había mucha gente que empezaba a enterarse del asunto, y partí hacia Lyon, donde me entregué a los hombres del rey, que me enviaron aquí.

—¿Cobrasteis las trescientas libras?

—Sí, señor.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Carlos de la Marche—. ¿Para qué puede necesitar un clérigo trescientas libras?

Everardo bajó la cabeza.

El rey, absorto en secretas angustias, no decía nada.

—¡Al Petit-Châtelet! —dijo Felipe de Poitiers a sus dos bachilleres, señalando a Everardo. Éste se dejó llevar sin oponer la menor resistencia. Parecía que de repente le hubiesen abandonado las fuerzas—. Estos antiguos templarios son un buen vivero de brujos —continuó Poitiers.

—Nuestro padre no debería haber quemado al gran maestro —murmuró Luis X.

—¡Ah, eso ya lo dije yo! —exclamó Carlos de Valois—. Hice todo lo posible para oponerme a aquella funesta sentencia.

—Es verdad, tío, lo hicisteis —respondió Felipe de Poitiers—. Pero ahora no se trata de eso. Salta a la vista que los fugitivos del Temple siguen unidos, y que están dispuestos a todo para servir a nuestros enemigos. Este Everardo no ha confesado ni la mitad de lo que sabe. Su relato está preparado, se ve claro, pero todo no puede ser inventado. Es evidente que

ese cónclave que se arrastra de ciudad en ciudad, desde hace dos años, deshonor tanto a la cristiandad como perjudica al reino, y que los cardenales se comportan, con el fin de obtener la tiara, de una manera que merece la excomunión.

—¿No será el cardenal Duèze —dijo Miles de Noyers— quien nos ha enviado a ese hombre para perjudicar a Caetani?

—Es muy posible —dijo Felipe de Poitiers—. Everardo parece que se alimenta de cualquier plato, con tal de que su contenido esté un poco podrido.

Fue interrumpido por Carlos de Valois, cuyo rostro había recobrado un gran aire de seriedad y reflexión.

—¿No creéis, Felipe —dijo—, que deberíais daros una vuelta por ese cónclave, ya que demostráis conocer bien el asunto? A mi juicio, vos sois el único que puede desembrollar esta madeja de intrigas, esclarecer esas criminales maniobras y acelerar la ansiada elección.

Felipe sonrió ligeramente. «Tío Carlos se cree muy hábil en este momento —pensó—. Al fin ha encontrado la ocasión para alejarme de París y enviarme a un avispero...»

—¡Ah, éste es un buen consejo, tío! —dijo Luis X—. Ciertamente, Felipe debe prestarnos este servicio. Hermano, os agradecería que aceptarais... y fuerais a investigar acerca de esas imágenes que nos representan. ¡Oh, sí! Hay que hacerlo cuanto antes; vos tenéis tanto interés como yo. ¿Sabéis algún medio religioso para protegerse del hechizo? De todas formas, Dios es más fuerte que el diablo... —No daba la impresión de estar completamente seguro.

El conde de Poitiers reflexionaba. En el fondo, lo tentaba la proposición de dejar por unas semanas la corte, donde no podía impedir ninguna tontería y estaba constantemente en conflicto con Valois y Mornay, e ir por fin a realizar una tarea útil. Llevar consigo a sus amigos y fieles partidarios: el condestable Gaucher, el legista Raúl de Presles, Miles de Noyers..., un hombre de guerra, otro de leyes y otro, finalmente, de guerra y de leyes, puesto que Miles era consejero en el Parlamento después de haber sido mariscal en el ejército. Y además, ¡quién sabe! El que hace a un Papa se encuentra en buena disposición para recibir una corona. El trono del Imperio alemán, con el que había soñado su padre para él, y al que podía aspirar como conde palatino, podía quedar libre algún día...

—Pues bien, sea, hermano; acepto por serviros —respondió.

—¡Ah, qué buen hermano sois! —exclamó Luis X. Se levantó para abrazar a Felipe pero se detuvo con un chillido.

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna! Me tiembla y la siento fría. ¡No noto el suelo!

Se hubiera dicho, porque él lo creía, que el demonio lo tenía ya aferrado por la pantorrilla.

—No es nada, hermano —dijo Felipe—, se os ha dormido, nada más. Frotaos un poco.

—¡Ah! ¿Creéis que sólo es eso?

Y Luis el Obstinado salió cojeando, como Everardo.

Al entrar en sus habitaciones, le notificaron que los médicos habían dictaminado afirmativamente y que, si Dios lo quería, sería padre hacia el mes de noviembre. Sus familiares se asombraron de no verlo, en aquel momento, demostrar plenamente su alegría.

* Se refiere a un juego de palabras intraducibles: "feu notre grand-Mâitre", "feu" (fuego) — "feu" (difunto). (Nota del Traductor).

«Pongo el Artois bajo mi gobierno»

Al día siguiente, Felipe de Poitiers visitó a su suegra para anunciarle su próxima partida. La condesa Mahaut residía entonces en su nuevo castillo de Conflans, llamado así porque estaba situado exactamente en la confluencia del Sena y del Marne, en Charenton; el mobiliario y la decoración no estaban terminados todavía.

Beatriz de Hirson asistía a la entrevista. Cuando el conde de Poitiers refirió el interrogatorio del templario, las dos mujeres tuvieron el mismo pensamiento e intercambiaron una breve mirada. El hombre del cardenal Caetani tenía una sorprendente semejanza con el falso fabricante de cirios que las había ayudado, dos años antes, a envenenar a Guillermo de Nogaret.

«Sería muy extraño que hubiera dos antiguos templarios del mismo nombre y ambos versados en brujería. La muerte de Nogaret fue una buena recomendación ante el sobrino de Bonifacio. Fue a hacerse pagar por aquel lado. ¡Oh, mal asunto!», se decía Mahaut.

—¿Qué aspecto tenía ese Everardo? —preguntó.

—Delgado, moreno, con aspecto de loco, y cojea.

Mahaut miró a Beatriz; ésta le hizo un signo afirmativo con los párpados. La condesa de Artois sintió la desgracia cernirse sobre ella. Sin duda, iban a seguir interrogando a Everardo, y esta vez emplearían los instrumentos adecuados para refrescar su memoria... Y si hablaba... No es que las personas que rodeaban a Luis X lamentaran mucho la muerte de Nogaret, pero sin duda verían con satisfacción cualquier posibilidad de servirse de aquel asesinato para procesarla. ¡Qué partido sacaría de eso Roberto! Podía temerse cualquier cosa si Everardo hablaba, si es que no lo había hecho ya... Mahaut maquinaba planes: «Hacer matar a un prisionero en una prisión real no es cosa fácil... ¿Quién podría ayudarme, si es que todavía hay tiempo?

Felipe, nadie más que Felipe; es necesario que se lo confiese. Pero ¿cómo se lo tomará? Si se niega a ayudarme, no tengo salvación...»

—¿Lo han torturado? —preguntó.

También Beatriz tenía un nudo en la garganta.

—No ha habido tiempo... —respondió Poitiers, que se había agachado para atarse el zapato—, pero...

«Alabado sea Dios —pensó la condesa Mahaut—, aún no hay nada perdido. ¡Vamos, digámoslo de una vez!»

—Hijo mío... —empezó.

—Es una verdadera lástima —continuó el conde de Poitiers, todavía agachado—, porque ahora ya no se sabrá nada. Everardo se ha colgado esta noche en su calabozo del Petit-Châtelet. Sin duda por temor a ser torturado de nuevo.

Oyó dos profundos suspiros y se levantó, un poco sorprendido de que las dos mujeres mostraran tanto pesar por la muerte de un desconocido de tan baja ralea.

—Ibais a decirme algo, madre, y os he interrumpido...

Instintivamente, la condesa tocó a través de su vestido la reliquia que llevaba sobre el pecho.

—Quería deciros... ¿Qué quería deciros? ¡Ah, sí! Quería hablaros de Juana. Veamos... ¿la llevaréis en vuestro viaje?

Se había recobrado, y ahora su tono era normal. ¡Pero, Señor, qué susto!

—No, su estado lo impide —respondió Felipe—. Precisamente de eso quería hablaros. Le faltan tres meses para dar a luz y sería una imprudencia llevarla por malos caminos. Tendré que desplazarme mucho...

Beatriz de Hirson, mientras, vagaba por el mundo de los recuerdos. Volvía a ver la trastienda de la calle Bourdonnais; respiraba el olor a cera, sebo y velas; sentía de nuevo el contacto de las duras manos de Everardo sobre su piel y la extraña impresión que le había causado unirse con el diablo. Y he aquí que el diablo se había colgado...

—¿Por qué sonreís, Beatriz? —le preguntó el conde de Poitiers.

—Por nada, señor... Porque siempre me place veros y escucharos.

—Me gustaría que durante mi ausencia, madre —prosiguió Felipe—, Juana viviese aquí con vos. Podréis rodearla de los cuidados que necesita, e

incluso estará más protegida. Porque he de decir que desconfío bastante de las intenciones de nuestro primo Roberto, quien, cuando no puede acabar con los hombres, ataca a las mujeres.

—Lo que significa, hijo mío, que me colocáis entre los hombres. Si es un cumplido, no me disgusta en absoluto.

—En verdad, es un cumplido —dijo Felipe.

—¿Estaréis de regreso para el parto de Juana? —preguntó Mahaut.

—Lo deseo fervientemente, pero no puedo asegurar nada. Este cónclave parece una madeja tan enredada que tardaré tiempo en deshacerla.

—Me inquieta mucho que os alejéis por tanto tiempo, Felipe, ya que seguramente mis enemigos aprovecharán vuestra ausencia para ganar terreno en el asunto del Artois.

—Pues bien, poned por excusa mi ausencia y no cedáis en nada —dijo Felipe, despidiéndose.

Días después, el conde de Poitiers salía hacia el mediodía, y Juana fue a instalarse en Conflans.

Tal como había previsto Mahaut, la situación en el Artois empeoró inmediatamente. La primavera incitaba a los aliados a salir de sus castillos. Sabiendo que la condesa estaba aislada y caída en desgracia, decidieron administrar la provincia por su cuenta, cosa que hacían mal. Pero les gustaba bastante el estado de anarquía, y era de temer que su ejemplo fuera seguido por los condados vecinos.

Luis X, que había vuelto a Vincennes, resolvió acabar con aquello de una vez por todas. Su tesorero lo animaba a ello, ya que habían dejado de percibirse los impuestos del Artois. Mahaut se disculpaba diciendo que estaba incapacitada para recaudar tasas, y los barones alegaban otro tanto. Era el único punto en el que estaban de acuerdo los adversarios.

—No quiero más reuniones del consejo ni compromisos de enviados parlamentarios; todos se mienten mutuamente y no se adelanta nada —había declarado Luis X—. Esta vez voy a proceder de manera directa y haré ceder a la condesa Mahaut.

Durante aquellas semanas, el rey daba muestras de encontrarse en perfecto estado de salud. Apenas sentía molestias y ya casi no tenía tos ni dolores de vientre; los piadosos ayunos impuestos por Clemencia le habían

sido beneficiosos. Así que se persuadió de que el hechizo practicado contra él había sido ineficaz. No obstante, por precaución, comulgaba varias veces a la semana.

Rodeó a la reina no sólo de las matronas más famosas del reino, sino también de los más competentes santos del Paraíso: san León, san Norberto, santa Coleta, santa Juliana, san Druon, santa Margarita y santa Felicidad, esta última para que únicamente tuviera varones. Cada día llegaban nuevas reliquias: tibias y premolares se acumulaban en la capilla real.

La perspectiva de un hijo, con la seguridad de que sería suyo, había completado la transfiguración del rey y lo había convertido en un hombre medio, casi normal.

El día que convocó a Mahaut estaba aparentemente sosegado, tranquilo y cortés. De Charenton a Vincennes no había más que un paso. Para dar a la entrevista un carácter familiar, recibió a Mahaut en el pabellón de Clemencia. Ésta bordaba. Luis habló en tono conciliador.

—Firmad el arbitraje que he dictado, prima —dijo—, ya que al parecer sólo podremos lograr la paz a este precio. ¡Y luego ya veremos! Después de todo, esas costumbres del tiempo de san Luis no están bien definidas, y siempre encontraréis la manera de recuperar con una mano lo que hayáis fingido dar con la otra. Es lo mismo que yo hice con los habitantes de Champaña cuando su conde y el señor de Saint-Phalle vinieron a reclamarme su carta. Hice añadir: «Aparte de los casos que, por costumbre inveterada, atañen al príncipe soberano y a nadie más...» Ahora, cuando se presenta un litigio, siempre atañe al príncipe soberano.

Al mismo tiempo le acercó con un gesto amistoso la copa de la que iba tomando almendras garrapiñadas.

Mahaut se abstuvo de apuntar que la ingeniosa fórmula de la que Luis se enorgullecía ahora se debía a Enguerrando de Marigny.

—Sin embargo, alteza, primo y señor mío, el caso no es el mismo —respondió ella—, porque yo no soy príncipe soberano.

—¡No importa! Puesto que yo ejerzo la soberanía por encima de vos. Si hay alguna queja, me la presentarán a mí y yo fallaré a favor vuestro.

Mahaut tomó un puñado de almendras garrapiñadas de la copa.

—Muy buenas, muy buenas —dijo con la boca llena, intentando ganar tiempo—. No soy aficionada a las golosinas y, sin embargo, debo decir que son muy buenas.

—Mi bien amada Clemencia sabe que me gusta picar a todas horas, y se cuida de que no me falten —dijo Luis volviéndose hacia la reina con el aire de un esposo que quiere proclamar su felicidad.

Clemencia levantó la vista de su bordado y le dedicó una sonrisa.

—Entonces, prima —prosiguió el rey—, ¿vais a firmar?

Mahaut acababa de triturar una almendra bañada en azúcar.

—¡Pues bien! No, alteza, primo y señor mío, no puedo firmar —dijo—. Hoy tenemos en vos un rey muy bueno; no dudo que actuaríais según los sentimientos que me decís. Pero vos no duraréis siempre, y yo menos todavía. Después de vos pueden venir... quiera Dios que lo más tarde posible, reyes que no juzguen con la misma equidad. Tengo la obligación de pensar en mis herederos, y no puedo dejarlos a merced del poder real, por más que le debamos.

Aunque la forma era muy cuidada, la negativa no era por ello menos categórica. Luis, que había afirmado a la gente de su confianza que convencería a la condesa con su diplomacia personal mejor que con grandes audiencias públicas, perdió rápidamente la paciencia; su vanidad estaba en juego. Comenzó a recorrer la habitación, alzó la voz, dio un puñetazo sobre un mueble. Al encontrarse con la mirada de Clemencia, sin embargo, se contuvo, turbado, e hizo un esfuerzo por recobrar su majestad.

Sin duda alguna, Mahaut era más fuerte que él en la argumentación.

—Poneos en mi lugar, primo —decía ella—. Vais a tener un heredero; ¿consentiríais en legarle un poder disminuido?

—Exactamente, señora, no le dejaré un poder disminuido, ni el recuerdo de un padre débil. Y ya que os obstináis en hacerme frente, pongo el Artois bajo mi gobierno. ¡Ya está dicho! Y podéis arremangaros, no me dais miedo. En adelante, vuestro condado será gobernado directamente en nombre mío por uno de mis señores, que yo designaré. En cuanto a vos, no tendréis derecho a alejaros más de dos leguas de las residencias que os he señalado. Y no os presentéis ante mí, porque no tendré ningún placer en veros.

El golpe era fuerte y Mahaut no se lo esperaba. Decididamente, Luis había cambiado.

Las desgracias nunca vienen solas. Mahaut había sido despedida tan bruscamente que, al salir de la habitación de la reina, llevaba todavía en la mano una almendra garrapiñada. Se la puso maquinalmente en la boca, y la mordió con tanta fuerza que se le partió un diente.

Durante una semana Mahaut permaneció en Conflans como una pantera enjaulada. Con sus andares masculinos iba de las habitaciones que dominaban el Sena al patio principal, rodeado de galerías. Desde allí, por encima de la fronda del bosque de Vincennes, distinguía los estandartes de la residencia real. Su rabia no tuvo límites cuando, el 15 de mayo, Luis X, poniendo en práctica su proyecto, nombró gobernador del Artois al mariscal de Champaña, Hugo de Conflans. Mahaut consideró la elección de este gobernador una burla y un supremo ultraje.

—¡Conflans! ¡Conflans! —repetía—. ¡Me encierra en Conflans y nombra a un Conflans para robarme mis tierras!

Descargaba su cólera en las personas que tenía junto a sí; abofeteó a maese Renier porque le falló la voz durante un oficio; su enano se escondía por los rincones en cuanto la veía llegar; increpaba a Thierry de Hirson, a quien acusaba de ser la causa de sus disgustos; incluso reprochaba a su hija Juana no haber sabido retener a su marido y haberlo dejado ir al cónclave.

—¡Qué nos importa un Papa —gritaba— cuando estamos a punto de ser despojados! El Papa no nos devolverá el Artois.

Una mañana gritó a Beatriz:

—Y tú, ¿no puedes hacer nada? ¡No sabes más que echar mano de mi dinero, enfundarte en buenos vestidos e irte con el primer perro que pasa! ¿Has decidido no serme de ninguna utilidad?

—¿Cómo, señora? —dijo suavemente Beatriz—. ¿No os han aliviado el dolor las especias que os he traído?

—No me refiero al diente. Tengo que arrancarme otro mayor y tú sabes su nombre. ¡Ah! Cuando hay que fabricar filtros de amor te mueves, te preocupas, encuentras magos, pero cuando necesito un verdadero servicio...

—Sois injusta, señora; habéis olvidado muy pronto cómo hice envenenar a Nogaret y el peligro que corrí por vos.

—No lo olvido, no lo olvido; pero ahora Nogaret me parece una pieza menor...

Aunque Mahaut no retrocedía ante la idea del crimen, le desagradaba tener que hablar de él. Beatriz, que la conocía bien, se complacía pérfidamente en obligarla a ello. Mirando a través de sus largas pestañas negras, la dama de compañía, con su voz lenta y vagamente irónica que arrastraba al final de las palabras, preguntó:

—¿De verdad, señora? ¿Tan alta es la muerte que deseáis?

—¿En qué crees que pienso desde hace una semana, tonta de remate? ¿Qué otra cosa puedo hacer sino rogar a Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana para que Luis se caiga del caballo y se rompa la cabeza, o que se ahogue al tragarse una nuez?

—Tal vez haya medios más rápidos, señora...

—Encuéntramelos, pues, si eres tan lista. ¡Oh! De todos modos, ese rey no está destinado a llegar a viejo; no hay más que oírlo toser para saberlo. Pero es ahora cuando me convendría que reventara... No tendré paz hasta que lo empuje a Saint-Denis.

—Porque así, mi señor de Poitiers tal vez fuera regente del reino... y os devolvería el Artois.

—¡Eso es! Tú me comprendes de maravilla, mi pequeña Beatriz; pero también sabes que no es fácil. ¡Ah! Te aseguro que si alguien me diera una buena fórmula para despacharlo no le escatimaría el oro, te lo aseguro.

—La señora de Fériennes conoce algunas fórmulas...

—¿Magia, cera y fórmulas de hechicería? Al parecer, Luis ya ha sido hechizado, y míralo. Nunca ha tenido mejor aspecto que esta primavera. Diríase que ha firmado un pacto con el diablo.

—Si ha firmado un pacto con el diablo, quizá no sea gran pecado enviarlo al infierno... mediante un alimento convenientemente preparado.

—¿Y cómo te las arreglarás? ¿Qué vas a decirle: «Tomad esta preciosa tarta de grosellas que os envía vuestra prima Mahaut, que tanto os quiere»? ¿Y esperas que se la coma con los ojos cerrados? Has de saber que, desde este invierno, por algún repentino miedo que ha tenido, hace probar tres veces los platos que le sirven, y dos escuderos armados acompañan su comida desde la cocina hasta la mesa. ¡Ah, es tan miedoso como malvado!

Beatriz miró al vacío y se acarició la garganta con la yema de los dedos.

—Me han dicho que comulga con frecuencia, y la hostia se toma confiadamente...

—Eso se le ocurre a cualquiera, por ello recelan. El capellán está vigilado y Mateo de Trye, el primer chambelán, lleva siempre en su escarcela la llave del sagrario. ¿Irás a buscarla allá?

—¡Bah! Nunca se sabe —dijo Beatriz—. La escarcela se lleva en la cintura... De todas formas, es un método arriesgado.

—Si hemos de dar el golpe, ha de ser seguro y sin que nadie pueda saber nunca de dónde ha venido.

Permanecieron un momento silenciosas...

—El otro día os quejabais —dijo de pronto Beatriz— de que los ciervos infestaban vuestros bosques y se comían los retoños. No me parece mala idea pedir a la señora de Fériennes un buen veneno para empapar las flechas con que se cazan los ciervos... El rey es bastante aficionado a la carne de venado.

—¡Claro, y reventará toda la corte! Por mi parte no corro ningún peligro, ya que no me invitan. Pero te lo repito: los criados prueban todos los platos antes de servirlos y, además, los tocan con el unicornio.¹ Enseguida descubrirían de qué bosque provenía el ciervo... En fin... tener el veneno es una cosa y, administrarlo, otra. Pide un veneno de acción rápida y que no deje rastro. Beatriz, me parece que aquel manto de tejido jaspeado que llevé en el viaje para la coronación te gustaba mucho... ¡Pues bien! Es tuyo.

—¡Oh, señora, señora! ¡Qué buen corazón tenéis!

Y Beatriz se echó al cuello de Mahaut y la abrazó.

—¡Ay, mi diente! —exclamó la condesa, llevándose la mano a la mejilla—. ¡Y pensar que me lo partí con una almendra garrapiñada que me ofreció Luis!

Se interrumpió de golpe, y sus ojos grises adquirieron un extraño brillo.

—Las almendras... —murmuró—. Eso es, Beatriz; procúrate ese veneno diciendo que es para mis ciervos. Creo que nos será útil.

NOTAS

1 El unicornio es un animal legendario que sólo ha existido en blasones, frescos y tapicerías. No obstante, su único cuerno tenía fama de ser un antídoto universal. En realidad, lo que se vendía, a precio muy elevado, como cuerno de unicornio, era la defensa del narval, o unicornio de mar, con la cual se «tocaban» los alimentos para descubrir la presencia de sustancias venenosas.

OceanofPDF.com

En ausencia del rey

Uno de los últimos días de mayo, cuando el rey había ido de caza con halcón, anunciaron a la reina Clemencia la visita de la condesa de Poitiers. Las dos cuñadas se veían frecuentemente, y Juana jamás dejaba de manifestarle el reconocimiento que le debía por haberle conseguido su perdón. Clemencia, por su parte, se sentía ligada a la condesa de Poitiers por esa ternura que se experimenta tan de buen grado hacia las personas a quienes se ha hecho algún bien.

Aunque la reina, cuando se enteró de que Juana estaba encinta, tuvo un momento de celos o, más exactamente, la sensación de ser víctima de una injusticia del destino, este sentimiento desapareció enseguida al saber que también ella se encontraba en el mismo estado. Más aún, los embarazos parecían haber acercado a las dos cuñadas. Charlaban largamente de su salud, del régimen que seguían, de los cuidados que debían tener. Y Juana, que antes de su condena había dado a luz tres niñas, comunicaba a Clemencia sus experiencias.

Todo el mundo admiraba la elegancia con que Juana llevaba su embarazo de más de siete meses. Entró en la habitación de la reina con la cabeza erguida, el paso seguro, el rostro fresco y armonioso como siempre, y su vestido convenientemente ensanchado.

La reina se levantó para recibirla, pero la sonrisa que tenía en los labios se desvaneció al ver que Juana no llegaba sola; detrás de ella entraba la condesa de Artois.

—Señora, hermana mía —dijo Juana—, quisiera rogaros que mostrarais a mi madre los tapices de hermoso tejido con que habéis decorado y dividido últimamente vuestra habitación.

—En efecto —dijo la condesa Mahaut—, mi hija me los ha elogiado tanto que he sentido deseos de admirarlos yo también. Ya sabéis que soy

muy entendida en ese género de trabajo.

Clemencia estaba perpleja. Le disgustaba contravenir las órdenes de su marido, que había prohibido a Mahaut aparecer por la corte; pero, por otra parte, le parecía poco delicado despedir a la terrible condesa, ahora que había llegado amparándose en el estado de su hija como si fuera protegida por un escudo. «Su visita debe de tener algún motivo grave —pensó Clemencia—. Tal vez busque un medio de ser perdonada sin demasiada humillación. Seguramente lo de mis tapices no es más que una excusa.»

Fingió, pues, creerlas y condujo a las dos visitantes a la cámara cuya distribución acababa de cambiarse.

Los tapices no sólo servían para decorar las paredes, sino que también, colgados del techo, dividían la habitación, excesivamente amplia, en pequeñas piezas más íntimas, más fáciles de calentar y que permitían a los soberanos aislarse de sus damas y servidores. Era como si príncipes nómadas hubieran levantado sus tiendas en el interior de un edificio.

Los tapices de Clemencia representaban escenas de caza en paisajes exóticos, en los que tigres, leones y otros animales salvajes galopaban bajo naranjos, y donde pájaros de extraño plumaje revoloteaban entre flores. Los cazadores y sus armas sólo aparecían al fondo, medio ocultos por el follaje, como si el artista se hubiera avergonzado de mostrar el instinto animal del hombre.

—¡Ah, qué hermosura —exclamó la condesa— y qué placer ver telas tan bien trabajadas!

Se acercó, palpó el tejido, lo acarició.

—Mirad, Juana —continuó—, qué bien urdido y suave está el hilo. Fijaos en el hermoso contraste de este fondo de ramaje y estas flores de añil con el rojo de quermes de las plumas de estos papagayos. ¡Verdaderamente, aquí hay mucho arte en el manejo de las lanas!

Clemencia la observaba con cierto asombro. Los ojos grises de la condesa Mahaut brillaban de alegría y su mano se suavizaba. Con la cabeza ligeramente ladeada, se complacía en contemplar la delicadeza de los contornos y el contraste de los tintes. Esa extraña mujer, fuerte como un guerrero, astuta como un canónigo, feroz en sus apetitos y en sus odios, se abandonaba, desarmada de repente, ante el encanto de un tapiz de calidad.

Y lo cierto es que era la mujer más experta que sobre tal materia había en el reino.¹

—Verdaderamente, es una buena elección, prima —continuó—, y os felicito por ella. Estas telas darían aire de fiesta a la más fea muralla. Están hechas a la manera de Arras pero las lanas destacan más vivamente en la trama. La gente que os los ha confeccionado es muy hábil.

—Son los artesanos tapiceros que trabajan en mi país —explicó Clemencia—. Pero debo confesaros que provienen del vuestro, al menos los maestros tejedores. Mi abuela, que me ha enviado estos tapices de figuras para reemplazar los regalos desaparecidos en el mar, me ha cedido también a sus artesanos. Los he instalado cerca de aquí, y por un tiempo van a seguir tejiendo para mí y para la corte. Si os agrada emplearlos, o bien a Juana, podéis disponer de ellos. Les pedís el dibujo que os guste, y ellos con sus manos y lanzaderas os reproducirán exactamente la imagen.

—Pues bien, trato hecho, prima; acepto complacida —declaró la condesa—. Deseo decorar un poco mi residencia, donde me aburro, y puesto que el señor de Conflans gobierna a mis tejedores de Arras, el rey me perdonará que ponga un poco a mi servicio a los vuestros de Nápoles.

Clemencia se tomó la ironía tal como había sido dicha, con una media sonrisa. Entre ella y la condesa de Artois acababa de establecerse, en un instante, esa complicidad que nace del gusto compartido por el lujo y las obras de arte.

Mientras la reina seguía mostrando a Juana los tapices de las paredes, la condesa Mahaut se acercó a los que aislaban el lecho real, junto al que había visto una copa llena de almendras garrapiñadas.

—¿Está el rey rodeado también de tapices? —preguntó a Clemencia.

—No, Luis todavía no los tiene en su habitación. Duerme muy pocas veces en ella.

—Eso demuestra que le agrada mucho vuestra compañía, prima —repuso la condesa alegremente—. Por otra parte, ¿qué hombre no apreciaría criatura tan hermosa?

—Temía —continuó Clemencia con el impudor de las almas puras— que Luis se alejase de mí por estar embarazada. ¡Pues bien! No lo ha hecho. ¡Oh, dormimos muy cristianamente!

—Lo celebro, verdaderamente lo celebro —dijo la condesa Mahaut—. Continúa durmiendo con vos. ¡Qué buen esposo tenéis! El mío, al que Dios guarde, no hacía lo mismo.

Había llegado junto a la mesita de noche.

—¿Puedo, prima? —preguntó, señalando la copa—. ¿Sabéis que me habéis hecho aficionar a las almendras garrapiñadas?

A pesar del dolor de boca que seguía mortificándola, cogió una y la mordió estoicamente.

—¡Oh, qué amarga! —dijo—. Voy a tomar otra.

Dando la espalda a la reina y a Juana de Poitiers, que estaban a menos de cinco pasos, sacó de su escarcela una almendra garrapiñada hecha en su casa y la deslizó en la copa.

«Nada se parece más a una almendra garrapiñada que otra almendra garrapiñada —se dijo—, y si encuentra ésta de sabor un poco diferente, creerá que es amarga.»

Se acercó a las dos mujeres.

—Vamos, Juana —continuó—, decid ahora a vuestra señora cuñada lo que guardáis en el corazón, y que tanto deseáis hacerle saber.

—La verdad es, hermana mía —dijo Juana vacilando un poco—, que quería confiaros mi pena.

«Ya está, por fin voy a saber el motivo de su venida», pensó Clemencia.

—Mi esposo está muy lejos —continuó Juana— y su ausencia me inquieta el alma. ¿No podríais conseguir del rey que Felipe regresara para el momento de mi parto? En estos casos no me gusta tener al marido lejos. Tal vez sea debilidad, pero una se siente como protegida y los dolores que ocasiona el hijo parecen menores si el padre está cerca. Pronto lo experimentaréis, hermana.

La condesa Mahaut se había guardado de poner al corriente a Juana de su plan, pero se servía de su hija para llevarlo a cabo. «Si el golpe tiene éxito —había pensado—, convendría que Felipe regresara a París lo antes posible para tomar el poder como regente.»

La petición de Juana era la que más podía emocionar a Clemencia. Ésta, que había temido que le hablaran del Artois, se sintió aliviada al ver que

sólo se trataba de una llamada a su bondad. Haría todo lo que estuviera a su alcance para que se cumplieran los deseos de Juana.

La condesa de Poitiers le besó las manos, y la de Mahaut la imitó, exclamando:

—¡Ah, qué buena señora sois! ¡Ya le dije a Juana que el único recurso erais vos!

Al salir de Vincennes para regresar a Conflans, la condesa Mahaut se decía: «Ya está hecho... Ahora sólo falta esperar. ¿Qué día la comerá? ¿Esta tarde, quizás, o dentro de tres días? A menos que Clemencia... No es aficionada a los dulces, pero quizá, por un capricho de su estado, se le ocurra comer una y precisamente ésa. ¡Bah! También sería buen castigo quitarle a Luis de un golpe a su mujer y a su hijo. Entonces tendría que rehacer el trabajo...»

—Estáis muy silenciosa, madre —dijo Juana—. Esta entrevista se ha desarrollado muy bien. ¿Os ha disgustado algo?

—Nada, hija mía, nada en absoluto —respondió Mahaut—. Hemos dado un buen paso.

NOTAS

¹ Todos los talleres de tapicería conocidos en Europa, principalmente en Italia y en Hungría, a finales de la Edad Media, habían sido fundados por tejedores llegados de Flandes o del Artois. Se considera que la ciudad de Arras fue el centro de esta naciente industria en el siglo xiv. Este florecimiento se atribuye concretamente a la iniciativa de la condesa Mahaut y a los alicientes que prodigó a los oficios que constituían la riqueza de su provincia.

Cuando los tapiceros parisinos comenzaron a hacer la competencia a los talleres del Artois, la condesa Mahaut no tuvo preferencias e hizo igualmente encargos a los artesanos de París.

El inventario de los bienes de la reina Clemencia es uno de los primeros en que se citan «ocho tapices con imágenes y árboles en una escena de

caza».

OceanofPDF.com

El monje ha muerto

El mismo acontecimiento natural que en la corte de Francia hacía tan felices a la reina y a la condesa de Poitiers iba a sembrar el drama y el desastre en una pequeña mansión a diez leguas de París.

Desde hacía varias semanas, María de Cressay tenía el rostro demudado por la angustia y la pena. Casi no respondía a las preguntas que le hacían. Sus ojos, de un color azul oscuro, se habían agrandado con un cerco malva y una pequeña vena se dibujaba en su sien transparente. Su actitud era de extravío.

—¿No habrá recaído en su languidez, como el año pasado? —preguntaba su hermano Pedro.

—No, ahora no adelgaza —respondía la señora Eliabel—. Es pena de amor, creo que tiene demasiado metido en la cabeza a ese Guccio. Es hora de casarla.

Pero el primo de Saint-Venant en el que habían pensado los Cressay había contestado que, por el momento, estaba demasiado ocupado en los asuntos del Artois para pensar en el matrimonio.

—Se habrá informado sobre el estado de nuestra fortuna —decía Pedro de Cressay—. Ya veréis, madre, ya veréis como tal vez un día lamentaremos haber desdeñado a Guccio.

El joven lombardo continuaba siendo bien recibido en la mansión, donde fingían tratarlo como amigo, igual que antes. El préstamo de trescientas libras seguía vigente, así como sus intereses. Por otra parte, la penuria no había terminado aún, y los Cressay no habían dejado de reparar en que la agencia de Neauphle sólo estaba provista de víveres los días en que María iba a buscarlos. Juan de Cressay, por dignidad, pedía a veces a Guccio la cuenta de la deuda; pero una vez la nota en su poder, se olvidaba de pagar siquiera una pequeña parte. Y la señora Eliabel continuaba dejando ir a su

hija a Neauphle una vez por semana, aunque acompañada por una sirvienta y con el tiempo cuidadosamente medido.

Las entrevistas clandestinas de los dos esposos eran pues, raras. Pero la joven sirvienta se mostraba sensible a la generosidad de Guccio. Y además, Ricardo, el primer empleado, no le era indiferente. Soñaba con tener una posición burguesa y se entretenía de buen grado entre los cofres y los registros, escuchando el agradable tintineo de la plata en las balanzas, mientras el primer piso albergaba precipitados amores.

Esos minutos robados a la vigilancia de la familia Cressay y a las prohibiciones del mundo, eran como retazos de luz para aquel extraño matrimonio que no contaba ni con diez horas de vida en común. Guccio y María vivían toda la semana del recuerdo de esos instantes; el encanto de su noche de bodas no se había desvanecido. Sin embargo, en los últimos encuentros, Guccio observó un cambio en el semblante de su joven esposa. También él, como la señora Eliabel, había notado en María la ansiedad en su mirada, su tristeza y la nueva sombra bajo sus ojos que le comía las mejillas.

Atribuyó aquellos signos a las dificultades y amenazas que pesaban sobre su situación, realmente falsa. La felicidad, dispensada en mínimas dosis y envuelta siempre en el disimulo, pronto se convierte en tortura. «Es ella la que no quiere revelar nuestro secreto —se decía—. Pretende que su familia jamás querrá reconocer nuestro matrimonio y que me hará perseguir. Y mi tío es del mismo parecer. ¿Qué hacer pues?»

—¿Qué os inquieta, mi bien amada? —le preguntó el tercer día de junio—. En estos últimos encuentros, cada vez os veo menos feliz. ¿Qué teméis? Ya sabéis que estoy aquí para defenderos de todo.

Ante la ventana tendía sus ramas un cerezo en flor, rumoroso de pájaros y avispas. María se volvió con los ojos húmedos.

—De lo que me llega, mi dulce amado —dijo—, ni vos mismo podéis defenderme.

—¿Qué os llega, pues?

—Nada más que lo que debe venir de vos —respondió María, bajando la cabeza.

Guccio quiso asegurarse de haber comprendido bien.

—¿Un hijo? —murmuró.

—Temía confesarlo. Tengo miedo de que ahora me améis menos.

Guccio permaneció unos segundos incapaz de pronunciar palabra, ya que no se le ocurría ninguna. Luego le tomó la cara entre las manos y la obligó a mirarlo.

Como casi todos los seres destinados a la locura de la pasión, María tenía un ojo ligeramente menor que el otro; esta pequeña diferencia, que en nada perjudicaba la belleza de su rostro, se acentuaba con la preocupación que sentía y hacía su expresión más emotiva.

—María, ¿no os hace eso feliz? —inquirió Guccio.

—¡Oh, sí, seré feliz si vos lo sois también!

—¡Pero si es maravillo, María! —exclamó él—. ¡Ahora deberán pregonarse nuestros esponsales a los cuatro vientos! Ahora vuestra familia se verá obligada a ceder. ¡Un hijo! ¡Un hijo!

La miró de arriba abajo, deslumbrado. Se sintió hombre, se sintió fuerte. Poco faltó para que se asomara a la ventana y gritara la noticia a los cuatro vientos.

Siempre que le ocurría algo, aquel joven veía el lado bueno. Sólo al día siguiente se daba cuenta de los trastornos que podían acarrearle sus actos.

Desde abajo llegó la voz de la sirvienta, recordándoles la hora que era.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —dijo María—. Nunca me atreveré a confesarlo a mi madre.

—Soy yo quien irá a decírselo —respondió Guccio.

—Esperad, esperad todavía una semana.

La precedió por la estrecha escalera de madera, tendiéndole las manos, para ayudarla a bajar, peldaño a peldaño, como si se hubiera vuelto frágil y tuviera que sostenerla a cada paso que daba.

—Pero si todavía no siento ninguna molestia... —dijo ella.

Guccio se dio cuenta de su cómica actitud y soltó una carcajada de felicidad. Luego la estrechó en sus brazos y se dieron un beso tan largo que ella quedó sin respiración.

—Tengo que irme, tengo que irme —musitó.

Pero la alegría de Guccio, sin embargo, era contagiosa, y María se marchó más tranquila. Volvía a sentir confianza sencillamente porque

Guccio compartía su secreto.

—¡Ya veréis, ya veréis cuán hermosa será nuestra vida! —le dijo mientras la acompañaba hasta la puerta del jardín. Es un gran acto de sabiduría y piedad, por parte del Creador, habernos impedido conocer el porvenir al tiempo que nos ha otorgado las delicias del recuerdo y la ilusión de la esperanza. Pocas personas querrían sobrevivir si supieran lo que les espera. ¿Qué hubieran hecho aquellos dos esposos, esos dos amantes, si hubieran sabido aquella mañana que no volverían a verse en toda su vida?

María regresó cantando todo el camino, flanqueado de prados y árboles en flor. Quiso detenerse a orillas del Mauldre para recoger lirios.

—Son para adornar la capilla —dijo.

—Señora, daos prisa —le respondió la sirvienta—; os van a reñir.

María entró en la mansión, subió directamente a su habitación y, al abrir la puerta, creyó que el suelo se hundía bajo sus pies. La señora Eliabel se hallaba en el centro de la estancia observando una sobrevesta descosida por el talle. María vio extendida sobre la cama toda su escasa ropa, que ella había ensanchado de la misma manera.

—¿De dónde vienes tan tarde? —preguntó la señora Eliabel fríamente.

María no dijo palabra, y dejó caer los lirios que todavía llevaba en la mano.

—No necesito que hables para saberlo —continuó la señora Eliabel—. Desnúdate.

—¡Madre! —gimió María con voz entrecortada.

—¡Te ordeno que te desnudes!

—Jamás —replicó María.

Una sonora bofetada respondió a su negativa.

—Y ahora, ¿vas a someterte? ¿Vas a confesar tu pecado?

—¡No he pecado! —respondió María violentamente.

—¿Y de dónde te viene esa gordura? —preguntó la señora Eliabel, mostrando los vestidos.

Su cólera creció al ver ante ella, no una niña dócil a la voluntad materna sino, de repente, una mujer que se enfrentaba a ella.

—Pues bien, sí, voy a ser madre; sí, es de Guccio —exclamó María—, y no me avergüenzo, ya que no he pecado. Guccio es mi marido.

La señora Eliabel no dio ningún crédito al relato de la boda a medianoche y, aunque lo hubiera admitido como cierto, nada habría cambiado. María había obrado contra la voluntad familiar, contra la autoridad paterna, ejercida, en nombre del padre muerto, por la madre y el hermano mayor. Una hija no tenía derecho a disponer de sí misma. Y luego, aquel monje italiano podía muy bien ser un monje falso. No, decididamente no creía en aquel matrimonio.

—¡En la hora de mi muerte, madre, no confesaré otra cosa distinta de la que os he dicho! —repetía María.

La tormenta duró una larga hora; finalmente la señora Eliabel encerró a su hija con doble cerrojo.

—¡Al convento! ¡Irás al convento de jóvenes arrepentidas! —le gritó a través de la puerta.

Y María se deshizo en sollozos entre su ropa esparcida.

La señora Eliabel tuvo que esperar hasta la noche para poner a sus hijos al corriente de la noticia. El consejo de familia fue breve. La cólera se apoderó de los dos jóvenes, y Pedro, sintiéndose casi culpable por haber defendido a Guccio, se mostró el más exaltado, el más dispuesto a la venganza. ¡Habían deshonrado a su hermana! ¡Los habían traicionado abominablemente bajo su propio techo! ¡Un lombardo! ¡Un usurero! Iban a clavarlo por el vientre en la puerta de su banca.

Volvieron a ensillar los caballos y, armados de sus jabalinas de caza, partieron al galope hacia Neauphle.

Pero aquella noche, Guccio, demasiado agitado para poder dormir, había salido a pasear por el jardín. La noche estaba constelada de estrellas, impregnada de aromas; la primavera de Île-de-France en su apogeo, inundaba el aire de un perfume fresco de savia y de rocío.

En medio del silencio del campo, Guccio escuchaba complacido el sonido de sus zapatos... un paso fuerte... un paso débil sobre la grava, y la alegría no le cabía en el pecho.

«Y pensar que hace seis meses yacía en una triste cama de hospital... ¡Qué hermoso es vivir!», pensaba.

Soñaba. Su suerte estaba echada, pero él soñaba en su futura felicidad. Veía ya crecer en torno a él a una numerosa prole nacida de un amor

maravilloso, en cuyas venas se mezclaría la sangre libre de Siena con la noble sangre de Francia. Iba a ser el gran Baglioni, jefe de una poderosa dinastía. Pensaba afrancesar su nombre; sería Balion, de Neauphle. El rey le concedería un señorío, y el hijo que llevaba María, porque no tenía la menor duda de que nacería varón, sería un día armado caballero.

No lo sacó de su ensueño más que el ruido de unos galopes sobre el empedrado de Neauphle, que se detuvieron ante la banca. La aldaba de la puerta sonó con violencia.

—¿Dónde está ese bribón, ese granuja, ese judío? —gritó una voz que Guccio reconoció enseguida como la de Pedro de Cressay.

Como no abrieron de inmediato, los dos hermanos empezaron a aporrear la puerta con el mango de las jabalinas. Guccio se llevó la mano a la cintura. No llevaba la daga. Oyó a Ricardo bajar las escaleras pesadamente.

—¡Ya va, ya va! ¡Ahora voy! —decía el primer empleado con voz de hombre molesto por haber sido sacado de la cama.

Luego se oyó el ruido de los cerrojos al descorrerse y, poco después, el estallido de una furiosa discusión, de la que Guccio sólo percibía fragmentos.

—¿Dónde está tu dueño? ¡Queremos verlo inmediatamente!

—¡Ese perro, ese usurero ha deshonrado a nuestra hermana! ¡No nos iremos hasta que le hayamos arrancado la piel!

La discusión terminó con un gran grito. Seguramente habían golpeado a Ricardo.

—¡Danos luz! —gritó Juan de Cressay. Y Guccio oyó la misma voz, que gritaba a través de la casa—: ¡Guccio! ¿Dónde te escondes? ¡Sólo tienes valor con las muchachas! ¡Atrévete a salir, sucio cobarde!

Los postigos se habían entreabierto en las casas de la plaza. Los lugareños escuchaban, susurraban, sonreían burlonamente; pero ninguno se asomó. Un escándalo siempre es divertido. Y además, la jugada hecha a sus señores, a aquellos dos jóvenes que los trataban con tanta altivez y continuamente los requerían para trabajar gratuitamente, los complacía bastante. De poder elegir, se hubieran puesto de parte del lombardo, aunque sin arriesgarse a recibir una paliza por él.

A Guccio no le faltaba valor, pero le quedaba un poco de cerebro; de nada le hubiera servido, no teniendo a mano ni siquiera un cuchillo, enfrentarse con dos hombres furiosos y armados.

Mientras los hermanos Cressay registraban la casa y descargaban su cólera sobre los muebles, Guccio corrió hacia la cuadra. Hasta allí le llegó la voz de Ricardo, que gemía:

—¡Mis libros! ¡Mis libros!

«Da lo mismo —pensó Guccio—; no lograrán abrir los cofres.»

La luna daba suficiente claridad para permitirle pasar rápidamente la brida a su caballo y echarle una silla al lomo; lo cinchó a ciegas, se agarró a la crin para ayudarse a montar y escapó por la puerta del jardín. Así salió de la banca.

Al oír el galope, los hermanos de Cressay se precipitaron a la ventana.

—¡Huye, huye el muy cobarde! ¡Toma el camino de París! ¡A él, a él! ¡Cortadle el camino, villanos!

Naturalmente, nadie se movió. Entonces los dos hermanos salieron de la banca y se lanzaron en persecución de Guccio.

Pero la montura del joven lombardo era de buena casta y salía fresca del establo. Los caballos de Cressay eran poco más que jacas, y tenían sobre sus lomos toda una jornada. Hacia Rennemoulins, uno de ellos empezó a cojear tanto que fue necesario abandonarlo, y los dos hermanos tuvieron que compartir la otra montura, que, por añadidura, padecía de huélfago y al respirar producía por las narices un ruido como de cepillo para la madera.

Por ello Guccio les tomó mucha delantera. Llegó a la calle Lombards al amanecer, y sacó a su tío de la cama.

—¡El monje! ¿Dónde está el monje? —preguntó.

—¿Qué monje, Guccio? ¿Qué te ocurre? ¿Quieres ahora tomar los hábitos?

—No, tío Spinello, no os burléis. Tengo que encontrar al monje que me casó. ¡Me persiguen y mi vida corre peligro!

Contó de un tirón su historia: le era indispensable obtener el testimonio del monje.

Tolomei lo escuchaba con un ojo abierto y el otro cerrado. Bostezó dos veces, lo que exasperó a Guccio.

—No te excites tanto. Tu monje ha muerto —dijo al fin Tolomei.

—¿Muerto? —exclamó Guccio.

—¡Sí, muerto! Tu estúpido matrimonio te ha evitado al menos su misma suerte, porque si hubieras ido, como quería Roberto de Artois, a llevar su mensaje a los aliados, seguramente no tendrías que inquietarte por los sobrinos-nietos que me das sin que yo te los haya pedido. Fray Vincenzo fue asesinado cerca de Saint-Pol por la gente de Thierry de Hirson. Llevaba consigo cien libras más. ¡Ah, me cuesta caro ese Roberto!

Tolomei llamó a un criado para que le trajera una palangana de agua templada y su ropa.

—Pero ¿qué voy a hacer, tío Spinello? ¿Cómo puedo demostrar que verdaderamente soy el esposo de María?

—Eso no es lo más importante —dijo Tolomei—. Aunque tu apellido y el de tu doncella estuvieran inscritos en un registro, nada cambiaría. No por eso dejarías de estar casado con una hija de la nobleza sin consentimiento de los suyos. Los mozos que te persiguen pueden sacarte tranquilamente la sangre del cuerpo sin ningún temor. Son nobles, y esa gente puede asesinar impunemente. Como mucho, tendrían que pagar la multa impuesta por matar a un lombardo, que no es muy elevada. Y hasta quizá los felicitarían.

—¡En buen lío me he metido!

—Bien puedes decirlo —asintió Tolomei, hundiendo la cabeza en el agua.

Resopló unos segundos y se secó con un lienzo.

—Bien, me parece que hoy tampoco tendré tiempo de hacerme afeitar. ¡Ah, he sido tan necio como tú! —Estaba visiblemente preocupado—. Lo primero que hay que hacer es ponerte a salvo —continuó—. Nada de esconderse en casa de un lombardo. Si tus perseguidores han alborotado el pueblo, también llamarán al preboste de París y, si no te encuentran aquí, enviarán a la ronda a registrar las casas de todos nosotros. ¡Ah, menudo papel voy a hacer ante las otras compañías! Déjame pensar... ¡Ah, sí! ¿Y Boccaccio, el viajante de los Bardi?

—Pero tío, Boccaccio es lombardo como nosotros y, además, ahora se encuentra fuera de Francia.

—Sí, pero es del agrado de una dama que pertenece a la burguesía de París, con la cual ha tenido un hijo sin estar casado. Es buena persona, lo sé. Y al menos ella comprenderá tu problema. Irás a pedirle refugio... Yo me encargo de tus queridos cuñados cuando se presenten, a menos que ellos se encarguen de mí y esta noche te quedes sin tío.

—¡Oh, no, no temáis! Son violentos pero nobles. Os respetarán por vuestra edad.

—¡Buena armadura es tener las piernas débiles!

—Tal vez se hayan cansado por el camino y no vengan.

Tolomei sacó la cabeza de la túnica que acababa de pasarse por encima de la camisa de día.

—Eso me extrañaría mucho —respondió—. De todas formas, querrán demandarnos y procesarnos. Tendré que poner sobre aviso a alguna persona de categoría para que tape el asunto antes de que se desate el escándalo. Podría dirigirme a mi señor de Valois; mas él promete pero no cumple. ¿Mi señor Roberto? Sería como encargarse a los heraldos de la ciudad que proclamaran la noticia a los cuatro vientos.

—¡La reina Clemencia! —exclamó Guccio—. Ella me tomó mucho cariño durante el viaje...

—¡Ya te respondí acerca de eso en otra ocasión! La reina se lo dirá al rey, que se lo dirá al canciller..., que alborotará a todo el Parlamento. ¡Bonita causa íbamos a tener!

—¿Y por qué no a Hugo de Bouville?

—¡Ah! Ésa es una buena idea —dijo Tolomei—. Tal vez la primera que tienes desde hace seis meses. Hugo de Bouville... Claro que sí... No brilla por su inteligencia, pero conserva su influencia por haber sido chambelán del rey Felipe. No está comprometido en intrigas y tiene cara de hombre honrado...

—Y además me aprecia mucho —dijo Guccio.

—¡Sí, ya lo sabemos! Decididamente, todo el mundo te aprecia. Un poco menos de amor nos iría muy bien. Anda, ve a esconderte en casa de esa dama de tu amigo Boccaccio y... por favor, que no se ponga a amarte también. Yo voy corriendo a Vincennes para hablar con el señor de

Bouville. Probablemente es el único hombre que no me debe nada, y a él precisamente he de ir a pedirle algo, ya ves tú.

OceanofPDF.com

Vincennes estaba de duelo

Cuando Tolomei, montado en su mula gris y seguido por un criado, entró en el primer patio de la mansión de Vincennes, quedó sorprendido al ver la gran cantidad de gente de todas clases reunida. Hombres de armas, servidores, escuderos, señores, legistas y burgueses se movían en el más completo silencio, como si hombres, animales y cosas hubieran cesado de emitir el menor ruido.

Habían esparcido por el suelo espesos haces de paja para apagar el ruido de los pasos y de las ruedas de los carros. Todo el mundo hablaba en voz baja.

—El rey se muere... —dijo a Tolomei un conocido suyo.

En el interior del castillo parecía no regir ninguna restricción, y los arqueros de guardia dejaban entrar a todo el que llegaba. Asesinos y ladrones hubieran podido infiltrarse, gracias a aquel desorden, sin que a nadie se le hubiera ocurrido detenerlos. Se oyó murmurar:

—El boticario, dejad pasar al boticario.

Pasaron dos oficiales de la casa real llevando una pesada jofaina cubierta por un paño, que iban a presentar a los médicos.

Éstos, a quienes se reconocía por su vestimenta, mantenían un conciliábulo en la antecámara. Los médicos llevaban muceta oscura encima de su vestido de paño grueso y, sobre la cabeza, un pequeño solideo semejante al de los monjes. Los cirujanos lucían un vestido de tela de mangas largas y estrechas, y de su redondo bonete caía un velo blanco que les tapaba las mejillas, la nuca y los hombros.

Tolomei se informó. El rey estaba muy bien el día anterior, pues hasta había jugado a la pelota por la tarde. Luego entró en las habitaciones de la reina y, poco después, lo vieron encogerse y ponerse a vomitar. Por la noche, él mismo había solicitado los sacramentos.

Los médicos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza del mal; unos, basándose en los ahogos y desvanecimientos que sufría, aseguraban que el agua fría bebida tras el esfuerzo físico había provocado el acceso; otros afirmaban que el agua no podía haberle quemado las entrañas hasta el punto de «hacerle manar sangre por abajo».

Desorientados por el misterioso origen del mal, y también neutralizándose mutuamente, como ocurre cuando se llama a numerosos médicos a la cabecera de un paciente ilustre, sólo aconsejaban remedios benignos que no comprometían su responsabilidad.

Los señores que estaban en el patio aludían, con palabras encubiertas, al asunto del hechizo, aparentando saber más de lo que decían. Además, ya consideraban otros problemas. ¿Quién iba a ser regente? Algunos lamentaban que el conde de Poitiers estuviera ausente; otros, en cambio, lo celebraban. ¿Había expresado el rey formalmente su voluntad a este respecto? Se ignoraba. Pero había llamado a su canciller para añadir un codicilo a su testamento.

Avanzando a través de aquella agitación silenciosa, Tolomei pudo llegar hasta la habitación en que agonizaba el soberano entre chambelanes, servidores, miembros de su familia y de su consejo.

Empinándose, el jefe de las bancas lombardas logró distinguir, por encima de un muro de hombros, el busto de Luis X apoyado en cojines, cuyo rostro reflejaba la proximidad del fin. Con una mano en el pecho, la otra en el vientre y las mandíbulas apretadas, gemía.

Alguien susurró:

—La reina, la reina; el rey llama a la reina...

Clemencia estaba sentada en la habitación contigua, rodeada de sus damas de compañía, del gordo Hugo de Bouville y de Eudelina, la primera lencera, cuya mano sostenía. La reina no había dormido en toda la noche. La desesperación y el insomnio le oprimían las sienes mientras Carlos de Valois, agitándose delante de ella, le decía:

—Mi querida, mi buena sobrina, debéis estar preparada para lo peor.

«Estoy preparada —pensaba Clemencia—, y no necesito que él me lo diga. Diez meses de felicidad. ¿Sólo a esto tenía derecho? Quizá no he agradecido a Dios lo suficiente el habérmelos concedido. Lo peor no es la muerte, puesto que nos encontraremos en el cielo. Lo peor es para este hijo

que nacerá dentro de cinco meses, a quien Luis no verá, y que sólo conocerá a su padre cuando también él llegue al más allá. ¿Por qué permite Dios esto?»

—Descargad sobre mí todos los trabajos y dificultades y pensad solamente que lleváis en vuestro seno la esperanza del reino. Vuestro estado no os permite asumir la tarea de regente; además, los franceses verían con malos ojos ser gobernados por una mujer extranjera. ¿Y Blanca de Castilla?, me diréis. Ciertamente, pero ella era reina desde hacía muchos años. Nuestros barones no han tenido aún bastante tiempo para conocerlos. Debo aliviarlos de los deberes del trono, lo que en el fondo no cambiará casi nada... —El chambelán que venía a comunicar a la reina que el moribundo la requería entró en aquel instante, pero Carlos de Valois lo detuvo con un gesto y prosiguió—: No constituye vanidad proponerme a mí mismo, pues soy el único que puede ejercer útilmente la regencia y, os aseguro, sabré inspirar a los franceses el amor que deben a la madre de su futuro rey, si Dios nos hace la merced de que sea varón.

—Tío —exclamó Clemencia—, Luis respira todavía. Rogad más bien para que lo salve un milagro y aplazad al menos vuestros proyectos hasta después de su muerte. Y en lugar de retenerme aquí, dejad que ocupe mi lugar, que es junto a su cabecera.

—Desde luego, sobrina, desde luego. Pero es que hay cosas que han de tenerse en cuenta cuando se es reina. No nos podemos abandonar al dolor, como el resto de los mortales. Luis, en su codicilo, acaba de haceros grandes donaciones. Ha concedido generosamente diversas pensiones, una de ellas a Luis de Marigny, que van a cargar un poco más el Tesoro; pero no ha dispuesto nada referente a la regencia...

—Eudelina, no me abandones —murmuró la reina, levantándose. Y al dirigirse hacia la habitación del rey, dijo a Bouville—: ¡Hugo, amigo mío! ¡No lo puedo creer! ¡Decidme que no llegará tal desgracia!

Era demasiado para el buen señor de Bouville, que se puso a sollozar.

—¡Cuando pienso que él me envió a buscaros a Nápoles! —respondió.

Más extraña era la actitud de Eudelina. La lencera no se separaba ni un momento de la reina, que se dirigía a ella para todo. Nada sentía ante la agonía de aquel hombre, amado primero con docilidad y odiado luego con perseverancia. No pensaba ni en él ni en sí misma. Parecía que sus

recuerdos hubieran muerto antes que aquel que los había originado. Toda su emoción se había volcado sobre la reina, su amiga. Y si Eudelina sufría en aquel momento era sólo por ver sufrir a Clemencia.

La reina cruzó la habitación, apoyándose en Eudelina y en Hugo de Bouville.

Al ver a este último, Tolomei, que seguía en el umbral de la puerta, se acordó de repente de lo que había venido a hacer.

«La verdad es que no es el momento de hablar con el señor de Bouville —se dijo—, y a esta hora los dos Cressay estarán sin duda ya en mi casa. ¡Ah, que muerte tan inoportuna!»

En aquel instante lo empujó una masa poderosa: la condesa Mahaut, arremangada, se abría paso. Tan grande era su autoridad que, a pesar de saberla en desgracia, nadie se extrañó de que se aproximara por su condición de familiar próxima y par del reino, ni se opuso a ello.

Había compuesto el semblante procurando reflejar el mayor estupor y la más grande aflicción. En el umbral murmuró, aunque con claridad, para que al menos la pudieran oír diez personas:

—¡Dos en tan poco tiempo! Verdaderamente es demasiado. ¡Pobre reino!

Se acercó con su gran paso de soldado al grupo en que estaban Carlos de la Marche, Roberto de Artois y Felipe de Valois. Tendió sus manos a Roberto, haciéndole señal con los ojos de que estaba demasiado emocionada para hablar, y de que, en un día así, había que olvidar cualquier diferencia. Luego, se dejó caer de rodillas junto al lecho real y con voz entrecortada, dijo:

—Señor, os suplico que me perdonéis todas las penas que os he causado.

Luis la miró. Sus grandes ojos pálidos estaban rodeados por las profundas ojeras de la muerte. En ese preciso momento le iban a cambiar el bacín a la vista de todos; en esta incómoda postura, intentando dominarse, tenía por primera vez un poco de verdadera majestad, y algo, en fin, de la realaleza que le había faltado durante toda su vida.

—Os perdono, prima mía, si os sometéis al poder del rey —respondió cuando le hubieron deslizado bajo el asiento un nuevo bacín.

—¡Alteza, os lo juro! —respondió Mahaut.

Y más de un asistente se emocionó sinceramente al ver a la terrible condesa doblar la cerviz.

Roberto de Artois entrecerró los ojos y murmuró al oído de sus primos:

—No lo haría mejor si lo hubiera matado.

Luis sufrió un nuevo cólico y se llevó las manos al vientre. Sus labios descubrieron sus dientes apretados; el sudor le corría por las sienes y le empapaba los cabellos a lo largo de las mejillas. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Entonces, ¿esto es sufrir? ¿Esto es...?

OceanofPDF.com

Tolomei ruega por el rey

A media tarde, cuando Tolomei regresó a su casa, su primer empleado le informó de que dos hombres lo esperaban en la antecámara de su gabinete.

—Parecen muy irritados —agregó—. Estan aquí desde la hora nona, sin haber comido nada, y aseguran que no se moverán hasta que os hayan visto.

—Sí, ya sé quiénes son —dijo Tolomei—. Cerrad las puertas y reunid en mi gabinete a toda la gente de la casa: empleados, criados, palafrenes y sirvientas. ¡Y deprisa! ¡Todo el mundo arriba!

A continuación subió lentamente la escalera con el paso de un viejo abrumado por la desgracia; se detuvo un instante en el rellano, escuchando el tumulto que sus órdenes habían originado en la casa; esperó a que aparecieran las primeras cabezas en los escalones de abajo y, por último, entró en la antecámara con ambas manos en la frente.

Los hermanos Cressay se levantaron y Juan, avanzando hacia él, exclamó:

—¡Maese Tolomei! Nosotros somos...

—¡Sí, ya lo sé! —lo interrumpió Tolomei con voz quejumbrosa—. Sé quiénes sois, y sé también lo que venís a decirme. Pero esto no es nada en comparación con lo que nos aflige.

Como el otro quería proseguir, se volvió hacia la puerta y dijo al personal que comenzaba a dejarse ver:

—Entrad, amigos míos, entrad todos; venid a escuchar la espantosa nueva de boca de vuestro dueño. Vamos, entrad, hijos míos.

La estancia se llenó enseguida. Si los hermanos Cressay hubieran intentado el menor movimiento los hubieran desarmado al instante.

—Pero ¿qué significa esto, señor Tolomei? —preguntó Pedro, a quien dominaba la impaciencia.

—Un momento, un momento —respondió Tolomei—. Lo ha de saber todo el mundo.

Y los hermanos Cressay, súbitamente inquietos, pensaron que el banquero iba a revelar públicamente su deshonor. Era más de lo que deseaban.

—¿Están todos? —preguntó Tolomei—. Entonces escuchadme, amigos míos.

Y no dijo nada. Se hizo un largo silencio. Tolomei había escondido la cara entre las manos y daba la impresión de que estaba llorando. Cuando descubrió el rostro, su único ojo abierto estaba lleno de lágrimas.

—Amigos míos, hijos míos —dijo al fin—, es algo demasiado espantoso. Nuestro rey... sí, nuestro bien amado rey acaba de morir.

La voz se le ahogaba en la garganta y se golpeaba el pecho como si fuera responsable de la muerte del soberano.

Aprovechó el efecto de la sorpresa para ordenar:

—¡Todos de rodillas y recemos por su alma!

Él mismo se dejó caer pesadamente en el suelo, y todo su personal lo imitó.

—¡De rodillas, mis señores! —dijo con reproche a los dos hermanos Cressay que, impresionados por la noticia y turbados por el espectáculo que tenían delante, eran los únicos que seguían de pie.

—*In nomine patris...* —comenzó Tolomei, y estalló entonces un concierto de estridentes lamentaciones.

Las sirvientas de la casa, todas italianas, formaron un coro de plañideras según la mejor tradición de su país:

—*Un uomo così buono, un signore tanto generoso! Il cielo se l'è preso!* —se lamentaban criadas y lavanderas. Con las faldas por encima de la cabeza, se balanceaban a derecha e izquierda, las manos juntas levantadas hacia el techo—. *Era come un padre per noi tutti! Era il protettore degli umili. Il nostro padre, il nostro protettore, l'abbiamo perduto. Ahimè! Ahimè!*

Tolomei se había incorporado y circulaba entre su personal.

—¡Vamos, rezad, rezad con fervor! ¡Sí, era puro, sí, era santo! ¡Pecadores, eso es lo que somos nosotros, empedernidos pecadores! Rezad

también vosotros, jóvenes —dijo señalando con la cabeza a los hermanos Cressay—. ¡También a vosotros se os llevará la muerte! ¡Arrepentíos, arrepentíos!

La escena duró sus buenos veinte minutos. Luego, Tolomei ordenó:

—Cerrad las puertas, cerrad las ventanillas. Hoy es día de duelo; esta tarde no abriremos la banca.

Los servidores salieron, sorbiéndose las lágrimas. Cuando el primer empleado pasó junto a él, Tolomei le susurró:

—Sobre todo, no paguéis nada. El oro tal vez cambie de valor mañana...

Las mujeres seguían gritando mientras bajaban la escalera: «¡Era el bienhechor del pueblo! ¡Jamás, jamás tendremos un rey tan bueno!»

Tolomei dejó caer el tapiz que cerraba la entrada de su gabinete.

—¡Ya veis! ¡Así pasan las glorias del mundo! —dijo.

Pedro y Juan de Cressay, turbados y abatidos, estaban callados. Su drama personal se ahogaba en la general desgracia del reino. Además, sentían la fatiga de una noche de cabalgada, ¡y en qué montura!

Su llegada a París, apenas apuntaba el día, montados los dos en una jaca con huélfago y llevando la ropa vieja que usaban en el campo, había provocado la risa a su paso.

Seguidos por un grupo de chillones rapazuelos, se habían perdido en el dédalo de calles de la ciudad. Tenían el estómago atrozmente vacío y su resentimiento se había debilitado grandemente al ver la suntuosa residencia de Tolomei. La riqueza que resplandecía por todas partes, el numeroso personal bien vestido y alimentado, los tapices, los muebles tallados, los esmaltes y marfiles... «En realidad —pensaba cada uno de ellos sin atreverse a confiarlo al otro—, tal vez nos hayamos equivocado al mostrarnos tan quisquillosos con relación a la sangre; una fortuna como ésta equivale al rango de señor.»

—¡Vamos, mis buenos amigos! —dijo Tolomei, con la familiaridad que le permitía el hecho de haber rezado juntos—. Hablaremos de este penoso asunto, ya que, a pesar de todo, hay que seguir viviendo, y la vida continúa a pesar de los que se van. Naturalmente, queréis hablarme de mi sobrino. ¡Bandido! ¡Malvado! ¡Hacerme eso a mí, que lo he cubierto de bondades! ¡Miserable joven que no tiene vergüenza! ¡Sólo me faltaba hoy este nuevo

dolor! Lo sé, lo sé todo. Esta mañana me ha hecho llegar un mensaje. Ante vos tenéis a un hombre deshecho. —Estaba ante ellos un poco encorvado, con la mirada baja, completamente abatido en apariencia—. Y además, es un cobarde —continuó—. ¡Un cobarde! Siento vergüenza al confesarlo, mis señores. No se ha atrevido a afrontar mi cólera; ha partido como una flecha a Siena. Ya debe de estar lejos. Ahora, amigos míos, ¿qué vamos a hacer?

Daba la impresión de confiarse a ellos, casi de pedirles consejo. Los dos hermanos lo miraban y se miraban. Nada sucedía como ellos habían imaginado.

Tolomei los observaba a través de su párpado casi cerrado. «Bueno —se decía—. Ahora que los tengo en mis manos ya no son peligrosos; basta con encontrar la manera de enviarlos a su casa sin darles nada.»

De repente se exaltó.

—¡Pero lo desheredo, oídlo bien, lo desheredo! ¡No tendrá ni un sueldo de mí, pequeño miserable! —gritó señalando en dirección de Siena—. ¡Nada! ¡Jamás! ¡Lo dejaré todo a los pobres y a los conventos! Y si algún día cae en mis manos, lo entregaré a la justicia del rey. ¡Ay, ay! ¡El rey ha muerto!

Poco faltó para que los otros dos se pusieran a consolarlo.

Tolomei juzgó entonces que ya estaban preparados para hacerlos entrar en razón. Todas las quejas, todos los reproches que iban a hacerle los aceptaba, los aprobaba, incluso iba más allá. Pero ¿qué podía hacer cuando el culpable estaba fuera de su alcance y antes de seis días habría cruzado la frontera? ¿Rehabilitaría eso a su hermana? El escándalo no perjudicaría a nadie más que a ellos mismos. Tolomei se esforzaría en reparar el mal cometido: tenía nobles y poderosas amistades; era amigo del conde de Valois, de Roberto de Artois, del señor de Bouville... Ya encontraría un lugar para María donde ésta pudiera dar a luz el fruto de su pecado en el mayor secreto, y luego, ya procuraría encontrarle dónde quedarse. Tal vez un convento podría acoger por un tiempo su arrepentimiento. ¡Que tuvieran confianza en Tolomei! ¿No había demostrado a los Cressay que era hombre de buen corazón al retrasar el pago del crédito de trescientas libras que ya tendría que estar saldado?

—Si hubiera querido, vuestro castillo sería mío desde hace dos años. ¿Lo he querido? No, bien lo sabéis.

Los dos hermanos, ya muy vacilantes, captaron claramente la amenaza que tan paternalmente les hacía el banquero, que agregó:

—Entendámonos; yo no os reclamo nada.

Pero si se ponía el caso en manos de la justicia, forzosamente tendría que presentar un estado de cuentas, y los jueces podrían apreciar, de manera poco favorable para los Cressay, que habían aceptado muchos regalos de Guccio.

De modo que ellos, que eran unos bravos mozos, se irían a una buena posada a pasar la noche después de reponer fuerzas y sin pensar en el gasto. Allí esperarían a que Tolomei se ocupara del asunto. Pensaba proponerles al día siguiente algunas medidas satisfactorias para su honor. Ante todo, quería evitar el escándalo.

Pedro y Juan de Cressay se rindieron a sus razones, e incluso, al despedirse, le estrecharon la mano con cierta efusividad.

En cuanto salieron, Tolomei se dejó caer en una silla. Se sentía cansado y no paraba de resoplar.

«Siempre y cuando muera el rey», se dijo.

Porque, al abandonar Vincennes, Luis X todavía respiraba, aunque nadie creía que le quedaran muchas horas de vida.

¿Quién será regente?

Luis X el Obstinado falleció la noche del 4 al 5 de junio de 1316, poco después de medianoche.

Por primera vez, desde hacía trescientos veintinueve años, moría un rey de Francia sin dejar heredero varón que lo sucediera.

Carlos de Valois, tan diligente de ordinario para organizar las pompas reales, fueran nupciales o fúnebres, se desentendió por completo de los últimos honores que habían de rendirse a su sobrino.

Llamó al gran chambelán Mateo de Trye, y le dijo por toda instrucción:

—Haced como la última vez.

Él mismo se ocupó de convocar, desde las primeras horas de la mañana, un consejo, no en Vincennes, donde tal asamblea hubiera tenido que ser presidida por la reina, sino en París, en el palacio de la Cité.

—Dejemos a nuestra querida sobrina con su dolor —declaró—, y no añadamos nada que pueda perjudicar a su preciosa carga.

Aquel consejo, por su composición, más parecía una reunión de familia que una cámara de gobierno. Asistían Carlos de la Marche, hermano del difunto; Carlos de Valois y Luis de Evreux, hermanos de Felipe el Hermoso; Luis de Clermont, nieto de san Luis; Mahaut y Roberto de Artois, nieta y biznieto respectivamente de Luis VIII, y Felipe de Valois, hijo de Carlos, a los cuales se habían sumado el canciller, el arzobispo de Sens y el conde de Bouville con el fin de que estuvieran representados la justicia, la Iglesia y los grandes dignatarios de la casa real.

Carlos de Valois no había podido dejar de invitar a la condesa Mahaut, que era, junto con él mismo, el único par del reino presente en París. Así la asesina de aquel cuya sucesión se iba a debatir inmediatamente estaba allí, confirmada en sus prerrogativas, deleitándose secretamente en su victoria.

Aunque Carlos de Valois esperaba alguna oposición por parte de Mahaut, no la temía. Se creía apoyado enteramente por el resto de la parentela. Además, el canciller Mornay era obra suya; el arzobispo Marigny estaba ligado a él, y en cuanto a Hugo de Bouville, todo el mundo conocía su falta de iniciativa y su docilidad.

En verdad, Carlos de Valois se congratulaba de que Felipe de Poitiers y el condestable Gaucher de Châtillon estuvieran ausentes. Con ellos las cosas hubieran sido menos fáciles; pero, por ahora, estaban en Lyon esforzándose en reunir a los cardenales.

De este modo, el conde de Valois se sentía con las manos libres, incluso demasiado libres... Se sentó a la cabecera de la mesa, en un sillón real. Aunque intentaba dar a su rostro una expresión de pena, no podía ocultar la satisfacción que experimentaba al ocupar dicho sillón.

—Nos hemos reunido en este día de duelo que nos abruma —comenzó diciendo— para decidir cosas urgentes: la designación de curadores del vientre, que deben vigilar en nuestro nombre el embarazo de la reina Clemencia, y la elección de un regente del reino, ya que no puede haber interrupción en el ejercicio de la justicia ni en el del gobierno. Solicito vuestro consejo.

Empleaba ya expresiones de soberano y se mostraba manifiestamente como poseedor de atribuciones reales. Su actitud disgustó a su hermanastro, el conde de Evreux, cuya delicadeza de espíritu, rectitud de juicio, pulcritud moral y respeto a las instituciones se avenía mal con tales procedimientos. A causa de su naturaleza irresoluta y escrupulosa, jamás había participado activamente en el poder. Pero observaba, juzgaba y desaprobaba casi la totalidad de los actos llevados a cabo desde hacía un año bajo la inspiración de Carlos de Valois.

Al ver que éste, respondiéndose a sí mismo, proponía que el nombramiento de curadores se confiara al regente, el conde de Evreux, con la repentina brusquedad que tienen a veces las personas reflexivas, lo interrumpió:

—Permitid, hermano, que hablemos nosotros también, y si puede ser, no mezcléis todas las cuestiones. La elección de regente es asunto que tiene precedentes y depende del Consejo de los Pares. La designación de curadores es otro asunto que depende de los miembros de la familia, y ése sí

que podemos resolverlo aquí, con la asistencia del canciller. ¿Podéis adelantar algunos nombres?

Sorprendido por esta intervención, y más aún por el tono determinado con que había sido hecha, Carlos de Valois, para ganar tiempo, respondió:

—Y vos, hermano, ¿a quién proponéis?

El conde de Evreux se restregó los ojos.

—Creo —dijo— que debemos elegir a hombres cuyo pasado sea irreprochable, lo suficientemente experimentados para que podamos confiar en su prudencia y que hayan dado grandes pruebas de lealtad y abnegación hacia nuestros reyes. Yo me inclinaría por proponeros al senescal de Joinville, si su avanzada edad, que se acerca a los cien años, no lo tuviera postrado... Pero veo aquí al señor de Bouville, que fue primer chambelán del rey nuestro hermano y le sirvió en todo con fidelidad digna del mayor elogio. Él acompañó a Francia a la reina Clemencia, la cual le demuestra mucho afecto...

Carlos de Valois respiró, aliviado. Si las elogiosas palabras de Luis de Evreux no tenían otro fin que proponer a Hugo de Bouville para la función de curador, se sentía tranquilo. Se apresuró a manifestar esta satisfacción a su hermano y aprobó calurosamente la proposición, afirmando que el señor de Bouville era precisamente la persona en la que él había pensado. Todos los presentes asintieron, algunos de palabra, otros con un movimiento de cabeza y, otros más, con un simple murmullo.

El gordo Hugo de Bouville se levantó, turbado. En ese momento recibía el reconocimiento de sus largos años de dedicación a la Corona.

—Es un gran honor, es un gran honor, mis señores —declaró—. Juro vigilar el vientre de la señora Clemencia, protegerla contra todo ataque o asechanza y defenderla con mi propia vida. Pero ya que monseñor de Evreux ha citado al señor de Joinville, desearía que se nombrara al senescal junto conmigo, o si él no puede, a su hijo, con el fin de que el espíritu de mi señor san Luis esté presente en esta custodia, en la persona de su servidor, como el espíritu del rey Felipe, mi dueño, lo está en mí, servidor suyo.

Raramente había pronunciado Hugo una parrafada tan larga en el consejo, y las cosas que acababa de expresar eran un poco sutiles para él. Sus últimas palabras eran confusas; pero todos comprendieron su intención y el conde de Evreux le dio las gracias.

—Ahora —dijo Carlos de Valois—, podemos abordar la elección de regente.

De nuevo fue interrumpido, pero esta vez por Hugo de Bouville, que se había reanimado.

—Antes, mi señor..., debo rogaros humildemente que dejéis el sitio que ocupáis, porque es el del rey; ahora bien, debemos pensar que, por ahora, el rey está en el seno de la señora Clemencia.

Se produjo un silencio, durante el cual sólo se oyó el toque de difuntos de las campanas de París.

Carlos de Valois lanzó a Hugo de Bouville una furiosa mirada, aunque comprendía que debía obedecer, e incluso fingir que lo hacía a gusto. «Para que uno se fíe de los tontos —se decía mientras cambiaba de asiento—. Me he equivocado al concederle mi confianza. Tiene ideas que no se le ocurrirían a nadie.»

Todos los asistentes de la derecha tuvieron que correrse un lugar.

El señor de Bouville dio la vuelta a la mesa, tomó un taburete y fue a sentarse con los brazos cruzados, en actitud de fiel guardián, un poco retrasado respecto al asiento vacío que iba a ser objeto de tantas codicias.

Carlos de Valois hizo un signo a Roberto de Artois, el cual, sin levantarse, pronunció unas palabras apenas corteses que, en resumen, querían decir: «¡Basta de tonterías, pasemos a cosas serias!» El tiempo, según él, era demasiado valioso para perderlo en formalidades, y la Cámara de los Pares no podría por menos que ratificar lo que allí se decidiera. Luego propuso, como algo que se imponía de forma evidente, confiar la regencia a Carlos de Valois.

—No se cambia de mano el arado en medio del surco —dijo—. Bien sabemos que nuestro primo Carlos ha gobernado todo este año en nombre de nuestro pobre primo Luis, a quien vamos a enterrar. Y ha pertenecido siempre al consejo del rey Felipe, a quien evitó más de un error y para el cual ganó más de un combate. Es el primogénito de la familia y pronto llevará treinta años colaborando en las tareas de gobierno...

Sólo había dos personas que parecían desaprobare sus palabras: Luis de Evreux, que pensaba en Francia, y Mahaut de Artois, que pensaba en sí misma.

«Si Carlos es regente —se decía Mahaut— no quitará al mariscal de Conflans ni levantará el secuestro de mi condado. Carlos y Roberto están confabulados. Tal vez me precipité demasiado al despachar a Luis; debería haber esperado el regreso de mi yerno. Tendría que hablar por él, pero ¿no atraeré sospechas sobre mí?»

Intervino Luis de Evreux, dirigiéndose de nuevo a Carlos de Valois.

—Carlos, si nuestro hermano el rey Felipe hubiera muerto siendo todavía niño nuestro sobrino Luis, ¿quién hubiera sido regente por derecho?

—Yo, forzosamente —respondió Carlos de Valois, sonriendo como si le llevaran el agua a su molino.

—Porque vos erais su hermano mayor. ¿No corresponde, pues, por derecho, a nuestro sobrino el conde de Poitiers ocupar la regencia?

Mahaut recobró sus esperanzas. Y Carlos de la Marche se creyó muy hábil al comentar que su hermano Felipe no podía estar a la vez en el cónclave y en París. Mahaut se lanzó entonces al debate.

—¡Lyon no está en tierras del Gran Kan! Puede estar aquí en unos días. No somos bastantes para decidir ahora un asunto tan grave. De los doce pares del reino, sólo estamos presentes dos... No hay ningún duque-obispo, no están el condestable ni el duque de Borgoña...

Al oír este nombre, Roberto de Artois, Felipe de Valois y Luis de Clermont se sobresaltaron. Eudes de Borgoña, el nuevo duque, y su madre Inés de Francia eran los más temidos y había que darse prisa para adelantarse a sus intrigas.¹ El hijo de Clemencia estaba aún por nacer, y solamente entonces se vería si era varón o hembra. Eudes de Borgoña podía, pues, reclamar el derecho de regencia lo mismo al conde de Poitiers que a Carlos de Valois en nombre de su sobrina, la pequeña Juana de Navarra, hija de Margarita. Ahora bien, se sabía que Juana era bastarda...

—¡Vos no sabéis nada, Roberto! —exclamó Luis de Evreux—. Las presunciones no son certezas, y Margarita se llevó el secreto a la tumba donde la pusisteis.

El conde de Evreux había dicho esto último sin especificar, pero el gigante, que tenía motivos para sentirse aludido personalmente, rogó a Luis de Evreux que aclarara el sentido de sus palabras o se retractara.

—Luis, ¿habéis olvidado que os casasteis con mi propia hermana? ¿Debo esperar que mi pariente más próximo se haga eco de mis detractores? No hablaríais de otro modo si os pagaran los Borgoña.

El asunto empeoraba y, por un momento, se temió que los dos cuñados se desafiaran a un combate.

Una vez más, el escándalo de la torre de Nesle y sus consecuencias dividían a la familia de Francia, y en ese momento amenazaban con dividir el reino.

El arzobispo Marigny hizo oír entonces la voz de la Iglesia y, predicando la concordia, invitó a los adversarios a respetar lo que él llamó «tregua del duelo». A su parecer, no había que atribuir intención infamante a las palabras del conde de Evreux, y en su boca la palabra «tumba» significaba sin duda la fortaleza de Château-Gaillard, donde Margarita de Borgoña había estado recluida «como en una tumba» y donde había muerto.

Luis de Evreux ni aprobó ni negó. Por lo que se refiere a Roberto, gruñó:

—Después de todo, Château-Gaillard está más cerca de Evreux que de mi castillo de Conches.

Se abrió la puerta, entró Mateo de Trye y dijo que tenía que hacer un grave anuncio. Le rogaron que hablara.

—Mientras embalsamaban el cuerpo del rey —dijo el chambelán—, un perro que ha entrado sin ser advertido, ha lamido los trapos ensangrentados que habían servido para sacar las entrañas.

—¿Y qué? —preguntó Valois—. ¿Ésa es vuestra gran noticia?

—Es que, mis señores, el perro ha sido presa enseguida de dolores y se ha puesto a gemir y a retorcerse como si tuviera el mismo mal que ha atacado al rey; tal vez ya esté muerto.

De nuevo, sólo se oyó el toque de difuntos de la campana de Notre-Dame. La condesa Mahaut no se inmutó; pero una atroz ansiedad le oprimió el corazón. «¿Van a descubrirme por la glotonería de un perro?», se decía.

—Así pues, Mateo, ¿creéis que ha habido envenenamiento? —preguntó Luis de Evreux.

—Habrà que hacer una investigación, y llevarla a cabo rápidamente —dijo Carlos de Valois.

Hugo de Bouville, que durante toda la discusión se había mantenido en silencio detrás del asiento real, se levantó.

—Mis señores —dijo—, si han querido atentar contra la vida del rey, es de prever que se quiera atentar también contra el hijo que ha de nacer. Solicito una guardia de seis escuderos armados, bajo mis órdenes de día y de noche, para vigilar ante la puerta de la reina y detener cualquier mano criminal.

Le respondieron que obrara como juzgase mejor. Poco después se aplazó el consejo para el día siguiente sin haber decidido nada en concreto. Carlos de Valois esperaba mejorar su posición en las próximas horas.

Ya en la puerta, Mahaut alcanzó a Luis de Evreux y le dijo en voz baja:

—¿Vais a enviar un correo a Felipe, para comunicarle lo que acaba de suceder?

—Desde luego, prima, voy a hacerlo. Y voy a mandar otro a nuestra tía Inés.

—Entonces, os dejo actuar, porque estamos de acuerdo en todo.

Al salir de la sesión, Hugo de Bouville fue abordado por Spinello Tolomei, que lo esperaba en el patio de palacio y venía a pedirle protección para su sobrino.

—¡Ah, nuestro querido muchacho, el buen Guccio! —dijo el señor de Bouville—. Guccio es el hombre que necesito para ayudarme a velar sobre la reina. Inteligencia despierta, viveza... A la señora Clemencia le agrada mucho su compañía. Es una pena que no sea bachiller, ni siquiera escudero. De todas formas, hay ocasiones en que la virtud vale más que la alcurnia...

—Lo mismo piensa la joven que lo aceptó en matrimonio —dijo Tolomei.

—¡Ah, entonces se ha casado!

El banquero le explicó brevemente la desgracia de Guccio. Pero el señor de Bouville no le prestaba atención. Tenía prisa, debía regresar enseguida a Vincennes, y su intención era colocar a Guccio en la guardia de la reina. Tolomei deseaba para su sobrino un puesto menos vistoso y más alejado. Tal vez junto a una alta autoridad eclesiástica, un cardenal por ejemplo...

—¡Muy bien! Entonces, amigo mío, enviémoslo con monseñor Duèze. Decid a Guccio que venga a verme a Vincennes, de donde no puedo

moverme de ahora en adelante. Él me dará detalles de su asunto... ¡Es una buena idea! Podrá prestarme un gran servicio yendo allá. Decidle que se apresure; lo espero.

Horas después, tres jinetes galopaban hacia Lyon siguiendo tres itinerarios distintos.

El primero, pasando por «el gran camino», es decir, por Essones, Montargis y Nevers, llevaba en su cota las armas de Francia, y debía entregar una carta de Carlos de Valois a Felipe de Poitiers en la que, por una parte, le comunicaba la muerte de su hermano y por otra, se le informaba de que él, Carlos de Valois, empujado por las circunstancias y con los votos del consejo, se encontraba en la necesidad de ejercer inmediatamente la regencia.

El segundo jinete, con el distintivo del conde de Evreux y viajando por «el camino placentero», por Provins y Troyes, debía detenerse en Dijon, en casa del duque de Borgoña, antes de proseguir viaje al encuentro del conde de Poitiers; los mensajes que él iba a entregar no tenían en modo alguno el mismo contenido que el de Carlos de Valois.

Por último, siguiendo el «camino corto», por Orleans, Bourges y Roanne, cabalgaba Guccio Baglioni, mensajero ocasional, disfrazado con la librea del conde de Bouville.

Oficialmente, Guccio había sido enviado al cardenal Duèze; pero su misión lo llevaba igualmente ante el conde de Poitiers, al cual debía comunicar, de palabra, que había sospecha de envenenamiento en la muerte del rey y que la protección de la reina reclamaba vigilancia.

El destino de Francia estaba puesto en aquellas tres rutas.

NOTAS

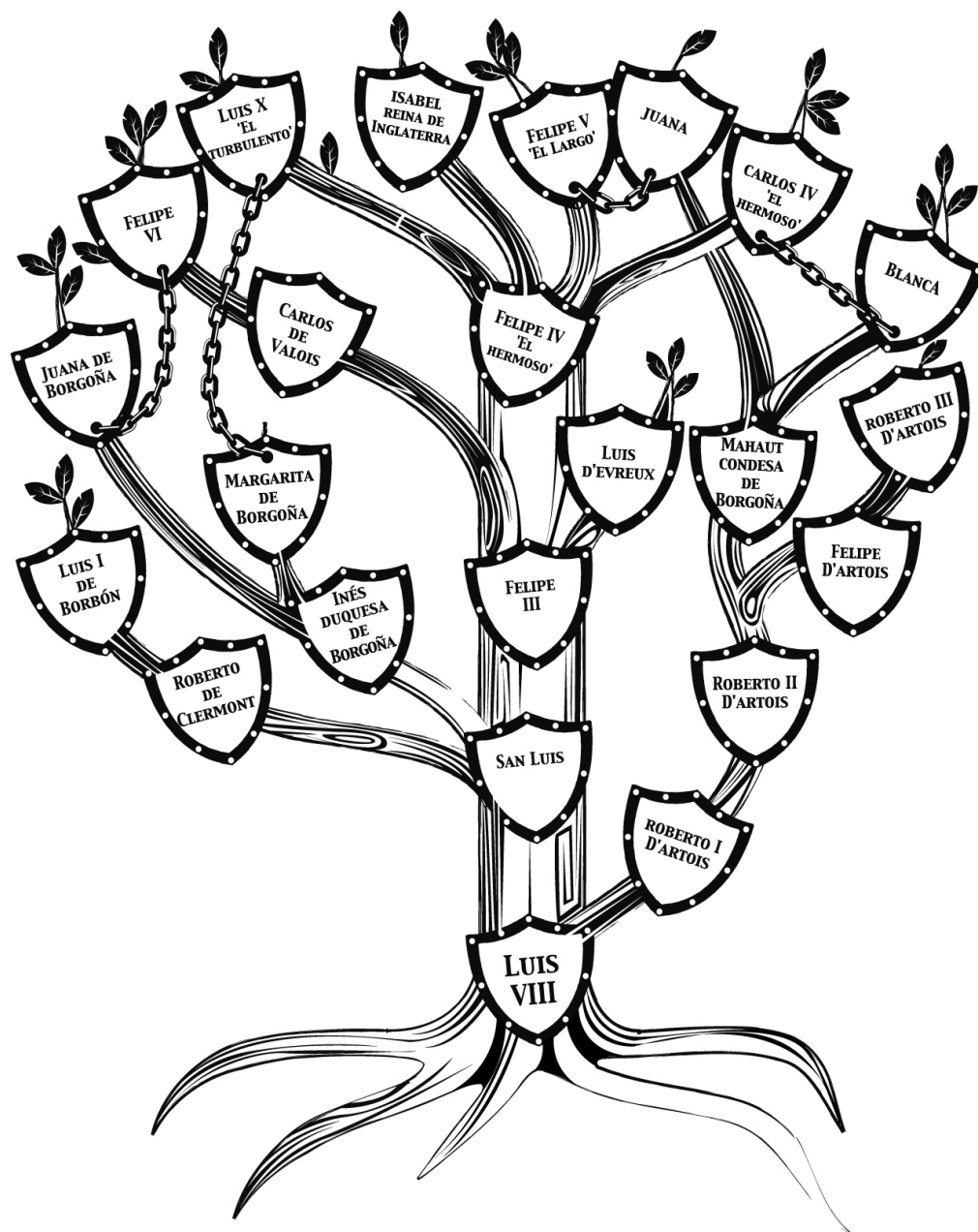
¹ Eudes de Borgoña acababa de suceder a su hermano Hugo V, muerto en Argilly a principios de mayo de 1315 y enterrado en Cîteaux el 12 de mayo.

OceanofPDF.com

REPERTORIO BIOGRÁFICO

OceanofPDF.com

Árbol genealógico



Lista biográfica

Margarita de Anjou-Sicilia (c. 1270-31 de diciembre de 1299)

Hija de Carlos II de Anjou, el Cojo, y de María de Hungría. Primera esposa de Carlos de Valois. Madre del futuro rey de Francia, Felipe VI.

Mahaut de Artois (?-27 de noviembre de 1329)

Hija de Roberto II de Artois. Condesa de Borgoña por su matrimonio en 1291 con el conde palatino Otón IV (fallecido en 1303). Condesa-par de Artois por decisión real en 1309. Madre de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Poitiers, futuro Felipe V, y de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV.

Roberto III de Artois (1287-1342)

Hijo de Felipe de Artois y nieto de Roberto II de Artois. Conde de Beaumont-le-Roger y señor de Conches (1309). Se casó en 1318 con Juana de Valois, hija de Carlos de Valois y de Catalina de Courtenay. Par del reino por su condado de Beaumont-le-Roger (1328). Desterrado del reino en 1332, se refugió en la corte de Eduardo III de Inglaterra. Fue herido mortalmente en Vannes. Está enterrado en San Pablo de Londres.

Juan de Auxois

Obispo de Troyes y, posteriormente, de Auxerre.

Baglioni, Guccio (c. 1295-1340)

Banquero sienés emparentado con la familia de los Tolomei. En 1315 tenía una sucursal de banca en Neauphle-le-Vieux. Se casó en secreto con María de Cressay. Tuvieron un hijo, Giannino (1316), cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo. Murió en Campania.

Eduardo de Bar (1285-?)

Hijo de Enrique III, conde de Bar (fallecido en 1302). Se casó en 1310 con María de Borgoña, hermana de Margarita. Cuñado de Luis X, Eudes de Borgoña y Felipe de Valois.

Beatriz de Hungría (c. 1294-?)

Hija de Carlo-Martello de Anjou. Hermana de Carlos Roberto, rey de Hungría, y de Clemencia, reina de Francia. Se casó con el delfín de Vienne, Juan II de la Tour du Pin.

Boccaccio da Chellino

Banquero florentino, viajero de la compañía de los Bardi. De una amante francesa tuvo un hijo ilegítimo (1313) que llegó a ser el ilustre poeta Boccaccio, autor del *Decamerón*.

Bonifacio VIII (c. 1215-11 de octubre de 1303)

Canónigo de Todi, abogado consistorial y notario apostólico. Cardenal en 1281. Fue elegido Papa el 24 de diciembre de 1294, tras la abdicación de Celestino V. Murió en Roma un mes después de ser víctima del «atentado» de Anagni.

Luis de Borbón (c. 1280-1342)

Señor y, posteriormente, duque de Borbón, era el primogénito del conde Roberto de Clermont (1256-1318) y de Beatriz de Borgoña, hija de Juan, señor de Borbón. Nieto de san Luis. Gran custodio del tesoro del rey desde 1312. Nombrado duque y par en septiembre de 1327.

Inés de Francia (c. 1268-c. 1325)

Última de los once hijos de san Luis. Duquesa de Borgoña por su matrimonio en 1273 con Roberto de Borgoña. Madre de Hugo V y de Eudes IV, duques de Borgoña; de Margarita, esposa de Luis X el Obstinado, rey de Navarra y después de Francia, y de Juana la Coja, esposa de Felipe VI de Valois.

Blanca de Borgoña (c. 1296-1326)

Última hija de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Casada en 1307 con Carlos de Francia, hijo tercero de Felipe el Hermoso. Acusada de adulterio (1314), juntamente con Margarita de Borgoña, fue encerrada en Château-Gaillard, luego en el castillo de Gournay, cerca de Coutances. Tras la anulación de su matrimonio (1322), tomó los hábitos en la abadía de Maubuisson.

Eudes IV de Borgoña (c. 1294-1350)

Hijo de Roberto II, duque de Borgoña, y de Inés de Francia, hija de san Luis. Sucedió en mayo de 1315 a su hermano Hugo V. Hermano de Margarita, esposa de Luis X el Obstinado, de Juana, esposa de Felipe de

Valois, futuro Felipe VI, de María, esposa del conde de Bar, y de Blanca, esposa del conde Eduardo de Savoia. Se casó el 18 de junio de 1318 con Juana, la primogénita de Felipe V (que falleció en 1347).

Hugo III de Bouville (?-1331)

Hijo de Hugo II de Bouville y de María de Chambly. Chambelán de Felipe el Hermoso. Se casó en 1293 con Margarita des Barres, de la cual tuvo un hijo, Carlos, que fue chambelán de Carlos V y gobernador del Delfinado.

Caetani, Francesco (?-marzo de 1317)

Sobrino de Bonifacio VIII y nombrado cardenal por este mismo en 1295. Implicado en un intento de hechizamiento del rey de Francia (1316). Murió en Aviñón.

Caumont

Miembro de la liga del condado de Artois que se rebeló contra la condesa Mahaut.

Carlos IV de Francia (1294-1 de febrero de 1328)

Tercer hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Conde de la Marche (1315). Sucedió, con el nombre de Carlos IV, a su hermano Felipe V (1322). Se casó sucesivamente con Blanca de Borgoña (1307), María de Luxemburgo (1322) y Juana de Evreux (1325). Murió en Vincennes, sin heredero varón. Último rey del linaje de los Capetos.

Carlos Martel de Hungría (c. 1273-1296)

Primogénito de Carlos II de Anjou el Cojo, rey de Sicilia, y de María de Hungría. Sobrino de Ladislao IV, rey de Hungría, y aspirante a sucederlo en el trono. Rey titular de Hungría desde 1291 hasta su fallecimiento. Padre de Clemencia de Hungría, segunda esposa de Luis X, rey de Francia.

Clemencia de Hungría (c. 1293-12 de octubre de 1328)

Reina de Francia. Hija de Carlos Martel de Anjou, rey titular de Hungría, y de Clemencia de Habsburgo. Sobrina de Carlos de Valois por parte de su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia. Hermana de Carlos Roberto de Hungría y de Beatriz, esposa del delfín Juan II. Se casó con Luis el Ostinado, rey de Francia y Navarra, el 13 de agosto de 1315, y

fue coronada junto a él en Reims. Quedó viuda en junio de 1316 y dio a luz un hijo en noviembre del mismo año, Juan I. Murió en el Temple.

Clemente V (?-20 de abril de 1314)

Nació en Villandraut (Gironde). Hijo del caballero Arnaud-Garsias de Got. Arzobispo de Burdeos (1300). Elegido Papa (1305) para suceder a Benedicto XI. Coronado en Lyon. Fue el primero de los Papas de Aviñón.

Colonna, Giacomo (?-1318)

Miembro de la célebre familia romana de los Colonna. Nombrado cardenal en 1278 por Nicolás III. Consejero principal de la corte romana bajo Nicolás IV. Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306.

Colonna, Pietro

Sobrino del cardenal Giacomo Colonna. Nombrado cardenal por Nicolás IV en 1288. Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306. Murió en Aviñón.

Hugo de Conflans

Mariscal de Champaña nombrado por Luis X, el 15 de mayo de 1316, gobernador del condado de Artois.

Cornillot

Sargento de la condesa Mahaut de Artois. Fue arrestado junto con Denis de Hirson por los «aliados» del Artois el 27 de septiembre de 1315 y ejecutado ese mismo día.

Eliabel de Cressay

Castellana de Cressay, cerca de Neauphle-le-Vieux, en el prebostazgo de Montfort-L'Amaury. Viuda del señor Juan de Cressay; madre de Juan, Pedro y María de Cressay.

María de Cressay (c. 1298-1345)

Hija de Eliabel de Cressay y del caballero Juan de Cressay. Casada en secreto con Guccio Baglioni y madre, en 1316, de un niño cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo, del cual era nodriza. Fue enterrada en el convento de los Agustinos, cerca de Cressay.

Juan y Pedro de Cressay

Hermanos de la anterior. Los dos fueron armados caballeros por Felipe VI de Valois tras la batalla de Crécy (1346).

Duèze, Jacobo; véase Juan XXII.

Eudelina (c. 1305-?)

Hija natural de Luis X. Monja en el convento del barrio de Saint-Marcel y posteriormente abadesa de las clarisas.

Everardo

Antiguo templario. Clérigo en Bar-sur-Aube. Implicado en 1316 en un caso de hechicería. Cómplice del cardenal Caetani en un intento de embrujar al rey de Francia.

Luis de Evreux (1276-mayo de 1319)

Luis de Francia, conde de Evreux (1298), era hijo de Felipe III el Atrevido y de María de Brabante. Hermanastro de Felipe el Hermoso y de Carlos de Valois. Se casó con Margarita de Artois, hermana de Roberto III de Artois, de la que tuvo dos hijos: Juana, tercera esposa de Carlos IV el Hermoso, y Felipe, consorte de Juana de Navarra.

Felipe IV el Hermoso (1268-29 de noviembre de 1314)

Nació en Fontainebleau. Hijo de Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón. Se casó (1284) con Juana de Champaña, reina de Navarra. Padre de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV, y de Isabel de Francia, reina de Inglaterra. Reconocido como rey en Perpignan (1285) y coronado en Reims (6 de febrero de 1286). Murió en Fontainebleau y fue enterrado en Saint-Denis.

Felipe V el Largo (1291-3 de enero de 1322)

Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Luis X y Carlos IV, y de Isabel de Inglaterra. Conde palatino de Borgoña, señor de Salins por su matrimonio (1307) con Juana de Borgoña. Conde usufructuario de Poitiers (1311). Par de Francia (1315). Regente tras la muerte de Luis X y más tarde rey a la muerte del hijo póstumo de éste (noviembre 1316). Muerto en Longchamp sin heredero varón. Enterrado en Saint-Denis.

Felipe VI (1291-enero de 1322)

Primogénito de Carlos de Valois y de su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia. Sobrino de Felipe IV el Hermoso y primo hermano de

Luis X, Felipe V y Carlos IV. Fue regente del reino a la muerte de Carlos IV el Hermoso, y luego rey cuando nació la hija póstuma de este último (abril de 1328). Entronizado en Reims el 29 de mayo de 1328. Su subida al trono, a la que Inglaterra se negaba, fue el origen de la segunda guerra de los Cien Años. Se casó en primeras nupcias (1313) con Juana de Borgoña la Coja, hermana de Margarita, que falleció en 1348. Tomó por segunda esposa (1349) a Blanca de Navarra, nieta de Luis X y de Margarita.

Isabel de Fériennes (?-1317)

Experta en magia. Testificó contra Mahaut durante el proceso instruido contra esta última tras la muerte de Luis X. Fue quemada viva, al igual que su hijo, tras la absolución de Mahaut, el 9 de octubre de 1317.

Juan de Fiennes

Barón de Ringry, señor de Rimminghen y castellano de Bourbourg. Cabecilla electo de la nobleza rebelde del Artois, fue uno de los últimos en capitular (1320). Se casó con Isabel, sexta hija de Guy de Dampierre, conde de Flandes, de la que tuvo un hijo, Roberto, condestable de Francia en 1356.

Roberto de Flandes (?-1322)

Conde de Nevers y de Flandes. Hijo de Guy de Dampierre, conde de Flandes (fallecido en 1305), y de Isabel de Luxemburgo. Se casó con Yolanda de Borgoña.

Flotte, Guillermo (?- después de 1350)

Señor de Revel y de Escot. Hijo de Pedro Flotte, canciller de Francia, asesinado en Courtrai.

Juan I de Albion (?- antes de 1333)

Conde de Forez. Embajador de Felipe el Hermoso y de Luis X en la corte papal. Guardián del cónclave de Lyon de 1316. Se casó en 1295 con Alix de Bienios, hija de Humberto de la Tour du Pin, condesa de Nevers. Padre de Luis de Nevers.

Héron, Adam

Bachiller y, posteriormente, chambelán de Felipe, conde de Poitiers, futuro Felipe V.

Denis Larchier de Hirson

Hermano de Thierry Larchier de Hirson. Tesorero de la condesa Mahaut de Artois.

Thierry Larchier de Hirson (c. 1270-17 de noviembre de 1328)

Estuvo primero a las órdenes de Roberto II de Artois, acompañó a Nogaret a Anagni y fue utilizado por Felipe el Hermoso para diversas misiones. Canónigo de Arras (1299). Canciller de Mahaut de Artois (1303). Obispo de Arras (abril de 1328).

Beatriz y Mahaut de Hirson

Damas de compañía de la condesa Mahaut de Artois y sobrinas de Thierry y Denis.

Isabel de Francia (1292-23 de agosto de 1358)

Hija de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermana de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV. Se casó con Eduardo II de Inglaterra (1308). Dirigió (1325), con Roger Mortimer, la revuelta de los barones ingleses que condujo al derrocamiento de su marido. La loba de Francia gobernó de 1326 a 1328 en nombre de su hijo Eduardo III. Desterrada de la corte (1330). Murió en el castillo de Hertford.

Juan XXII (1244- diciembre de 1334)

Jacobo Duèze era hijo de un burgués de Cahors. Cursó estudios en esa localidad y en Montpellier. Arcipreste de Saint-André de Cahors. Canónigo de Saint-Front de Périgueux y de Albi. Arcipreste de Sarlat. En 1289 viajó a Nápoles, donde no tardó en ser íntimo del rey Carlos II de Anjou, que lo nombró secretario de los consejos privados y luego canciller. Obispo de Fréjus (1300) y de Aviñón (1310). Secretario del concilio de Vienne (1311). Cardenal obispo de Porto (1312). Elegido Papa en agosto de 1316, adoptó el nombre de Juan XXII. Fue coronado en Lyon en septiembre de 1316. Murió en Aviñón.

Juana de Borgoña (c. 1293-21 de enero de 1330)

Hija primogénita de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Condesa de Poitiers por su matrimonio en 1307 con Felipe, segundo hijo de Felipe el Hermoso. Acusada de complicidad en los adulterios de su hermana y de su cuñada (1314), fue encerrada en Dourdan, luego liberada en 1315. Madre de tres hijas: Juana, Margarita e

Isabel, que se casaron respectivamente con el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el delfín de Vienne.

Juana de Francia (c. 1311-8 de octubre de 1349)

Reina de Navarra. Hija de Luis de Navarra, futuro Luis X el Obstinado, y de Margarita de Borgoña. Presunta bastarda. Eliminada de la sucesión del trono de Francia, heredó el de Navarra. Se casó con Felipe, conde de Evreux. Madre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda mujer de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

Ansel de Joinville

Primogénito de Juan de Joinville. Senescal hereditario de Champaña. Miembro del gran consejo de Felipe V y mariscal de Francia.

Juan de Joinville (1224-24 de diciembre de 1317)

Senescal hereditario de Champaña. Acompañó en la séptima cruzada a Luis IX, con el cual estuvo también cautivo. A los ochenta años escribió su *Historia de san Luis*, que lo sitúa entre los grandes cronistas.

Kiérez, Gerardo

Portavoz de los nobles rebeldes del Artois ante el rey Luis X el Obstinado.

Licques

El barón de Licques era miembro de la liga del condado de Artois y poseedor de una baronía del condado de Guines, en Picardía.

Juan de Longwy

Familiar del gran maestre Jacobo de Molay. Miembro de la liga feudal de Borgoña fundada en 1314.

Loos

Miembro de la liga del condado de Artois, de una familia originaria de Liège.

Luis X el Obstinado (octubre de 1289-5 de junio de 1316)

Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Felipe V y Carlos IV, y de Isabel, reina de Inglaterra. Rey de Navarra (1307). Rey de Francia (1314). Se casó (1305) con Margarita de Borgoña, de la cual tuvo una hija, Juana, nacida hacia 1311. Después del escándalo de la torre de Nesle y de la muerte de Margarita, se volvió a

casar (agosto de 1315) con Clemencia de Hungría. Fue coronado en Reims (agosto de 1315). Murió en Vincennes. Su hijo, Juan el Póstumo, nació cinco meses después (noviembre de 1316).

Margarita de Borgoña (c. 1293-1315)

Hija de Roberto II, duque de Borgoña, y de Inés de Francia. Casada (1305) con Luis, rey de Navarra, primogénito de Felipe el Hermoso, futuro Luis X, del cual tuvo una hija, Juana. Acusada de adulterio (suceso de la torre de Nesle, 1314), fue encerrada en Château-Gaillard, donde murió asesinada.

Enguerrando de Marigny (c. 1265-30 de abril de 1315)

Nació en Lyons-la-Forêt. Se casó en primeras nupcias con Juana de Saint-Martin; en segundas, con Alips de Mons. Fue primero escudero del conde de Bouville y después pasó a la casa de la reina Juana, esposa de Felipe el Hermoso. Fue nombrado sucesivamente guardia en el castillo de Issoudun (1298), chambelán (1304), caballero y conde de Longueville, intendente de las finanzas y de la construcción, capitán del Louvre, coadjutor en el gobierno y rector del reino durante la última parte del reinado de Felipe el Hermoso. Tras la muerte de este último, fue acusado de malversación, condenado y ahorcado en Montfaucon. Rehabilitado en 1317 por Felipe V, su cadáver fue trasladado de la iglesia de los Cartujos a la colegiata de Ecouis, por él fundada.

Guillermo de Marigny (?-1325)

Hermano menor del anterior. Secretario del rey (1301). Arzobispo de Sens (1309). Formó parte del tribunal que condenó a muerte a su hermano Enguerrando. Un tercer hermano Marigny, Juan, conde-obispo de Beauvais desde 1312, formó parte de las mismas comisiones judiciales, y prosiguió su carrera hasta 1350.

Luis de Marigny

Señor de Mainneville y de Boisroger. Primogénito de Enguerrando de Marigny. Se casó en 1309 con Roberta de Beaumetz.

Berardo de Mercœur

Señor de Gévaudan. Embajador de Felipe el Hermoso ante el papa Benedicto XI en 1304.

Se enemistó con el rey, que encargó una investigación policial sobre sus tierras (1309). Se reintegró en el consejo real con Luis X en 1314, pero Felipe V lo destituyó en 1318.

Jacobo de Molay (c. 1244-18 de marzo de 1314)

Nació en Molay (Haute-Saône). Entró en la Orden de los Templarios en Beaune (1265). Viajó a Tierra Santa. Fue elegido gran maestro de la orden en 1295. Arrestado en octubre de 1307, fue condenado y quemado en París.

Esteban de Mornay (?-31 de agosto de 1332)

Sobrino de Pedro de Mornay, obispo de Orleans y de Auxerre. Canciller de Carlos de Valois y canciller de Francia desde enero de 1315. Fue apartado del gobierno durante el reinado de Felipe V pero, durante el de Carlos IV formó parte de la Cámara de Cuentas y del Parlamento.

Gil de Nédonchel (c. 1282-c.1336)

Hijo de Guy de Nédonchel y de Alix de Créquy. Miembro de la liga del condado de Artois. Llegó a ser consejero del rey y gran chambelán del duque de Borbón.

Guillermo de Nogaret (c. 1265-mayo de 1314)

Nacido en Saint-Félix-de-Caraman, de la diócesis de Toulouse. Discípulo de Pedro Flotte y de Gil Aycelin. Impartió clases de Derecho en Montpellier (1291); juez real de la senescalía de Beaucaire (1295); caballero (1299). Destacó por su actuación en las diferencias entre la corona de Francia y la Santa Sede. Dirigió la expedición de Anagni contra Bonifacio VIII (1303). Canciller desde septiembre de 1307 hasta su muerte, instruyó el proceso de los templarios.

Miles IV de Noyers (?-1350)

Señor de Vandoeuvre y mariscal de Francia (1303-1315). Negoció la paz de Flandes con Luis de Nevers en nombre de Luis X. Fue, sucesivamente, consejero de Felipe IV, Carlos IV y Felipe V. Tuvo un papel muy importante en estos tres reinados. Encargado de las bodegas de Francia (1336).

Raúl I de Presles, (?-1331)

Señor de Lizy-sur-Ourcq. Abogado. Secretario de Felipe el Hermoso (1311). Encarcelado a la muerte de éste y liberado al final del reinado de

Luis X. Guardián del cónclave de Lyon en 1316. Ennoblecido por Felipe V, caballero del séquito de este rey y miembro de su consejo. Fundó el colegio de Presles.

Roberto de Nápoles (c. 1278-1344)

Tercer hijo de Carlos II de Anjou el Cojo y de María de Hungría. Duque de Calabria en 1296. Príncipe de Salerno (1304). Vicario general del reino de Sicilia (1296). Nombrado heredero del reino de Nápoles en 1297, accedió al trono en 1309. Fue coronado en Aviñón por el papa Clemente V. Príncipe erudito, poeta y astrólogo. Casó en primeras nupcias con Violante de Aragón, que murió en 1302; más tarde se casó con Sancha, hija del rey de Mallorca (1304).

Amadeo V de Saboya, el Grande (1249-octubre de 1323)

Segundo hijo de Tomás II de Saboya, conde de Maurienne (fallecido en 1259) y de su segunda esposa, Beatriz de Fiesque. Sucedió en 1283 a su tío Felipe. Se casó en primeras nupcias con Sibila de Baugé (que falleció en 1294), y volvió a casarse en 1304 con María de Brabante. En 1307, su hijo Eduardo se casó con Blanca de Borgoña, hermana de Margarita y de Eu-des IV.

Souastre

Miembro de la liga feudal del Artois que se rebeló contra la condesa Mahaut.

Enrique de Sully (?-c. 1336)

Hijo de Enrique III, señor de Sully (fallecido en 1285) y de Margarita de Beaumetz. Esposo de Juana de Vendôme. Encargado de las bodegas de Francia desde 1317.

Tolomei, Spinello

Jefe en Francia de la compañía sienesa de los Tolomei, fundada en el siglo xii por Tolomeo Tolomei y que se enriqueció rápidamente con el comercio internacional y el control de las minas de plata de Toscana. Todavía existe en Siena el palacio Tolomei.

Mateo de Trye

Señor de Fontenay y de Plainville-en-Vexin. Gran panetero (1298) y, posteriormente, chambelán de Luis el Obstinado y gran chambelán de Francia desde 1314.

Carlos de Valois, (12 de marzo de 1270-diciembre de 1325)

Hijo de Felipe III el Atrevido y de su primera mujer, Isabel de Aragón. Hermano de Felipe IV el Hermoso. Armado caballero a los catorce años. Investido rey de Aragón por el legado del Papa el mismo año. Jamás pudo ocupar el trono y renunció al título en 1295. Conde de Valois y de Aleuçon (1285). Conde de Anjou, del Maine y de Perche (marzo 1290) por su primer matrimonio con Margarita de Anjou-Sicilia; emperador titular de Constantinopla por su segundo matrimonio (enero 1301) con Catalina de Courtenay; nombrado conde de Romaña por el papa Bonifacio VIII. Se casó en terceras nupcias con Mahaut de Châtillon-Saint-Pol. De sus tres matrimonios tuvo abundante descendencia; su primogénito fue Felipe VI, primer rey de la dinastía Valois. Luchó en Italia por cuenta del Papa en 1301, mandó dos expediciones en Aquitania (1297 y 1324) y fue candidato al Imperio alemán. Falleció en Nogent-le-Roi y fue enterrado en la iglesia de los Jacobinos de París.